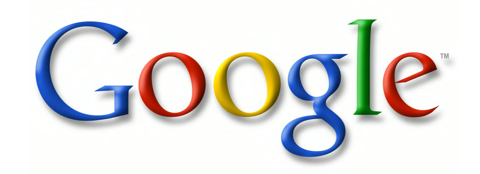
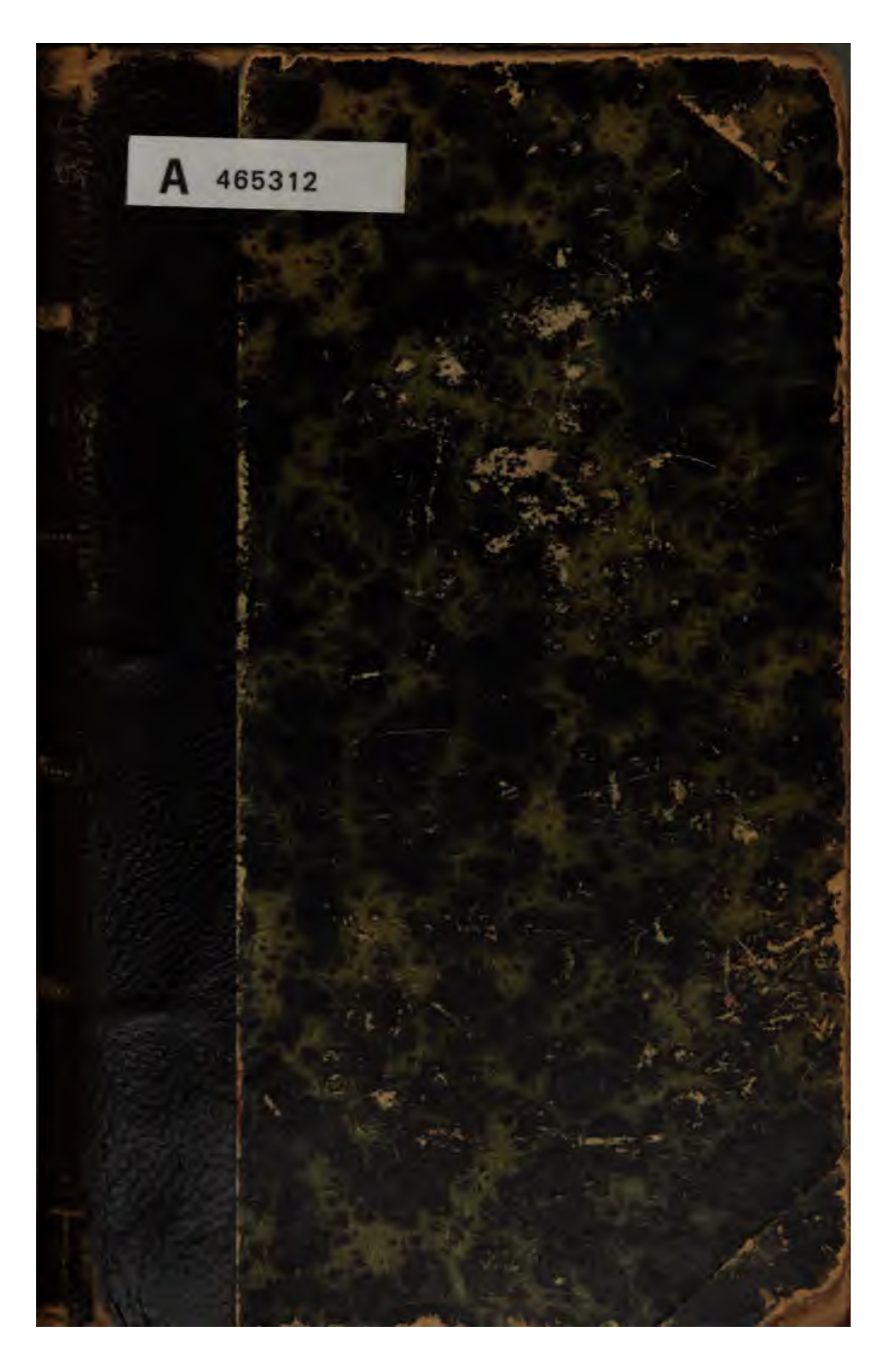
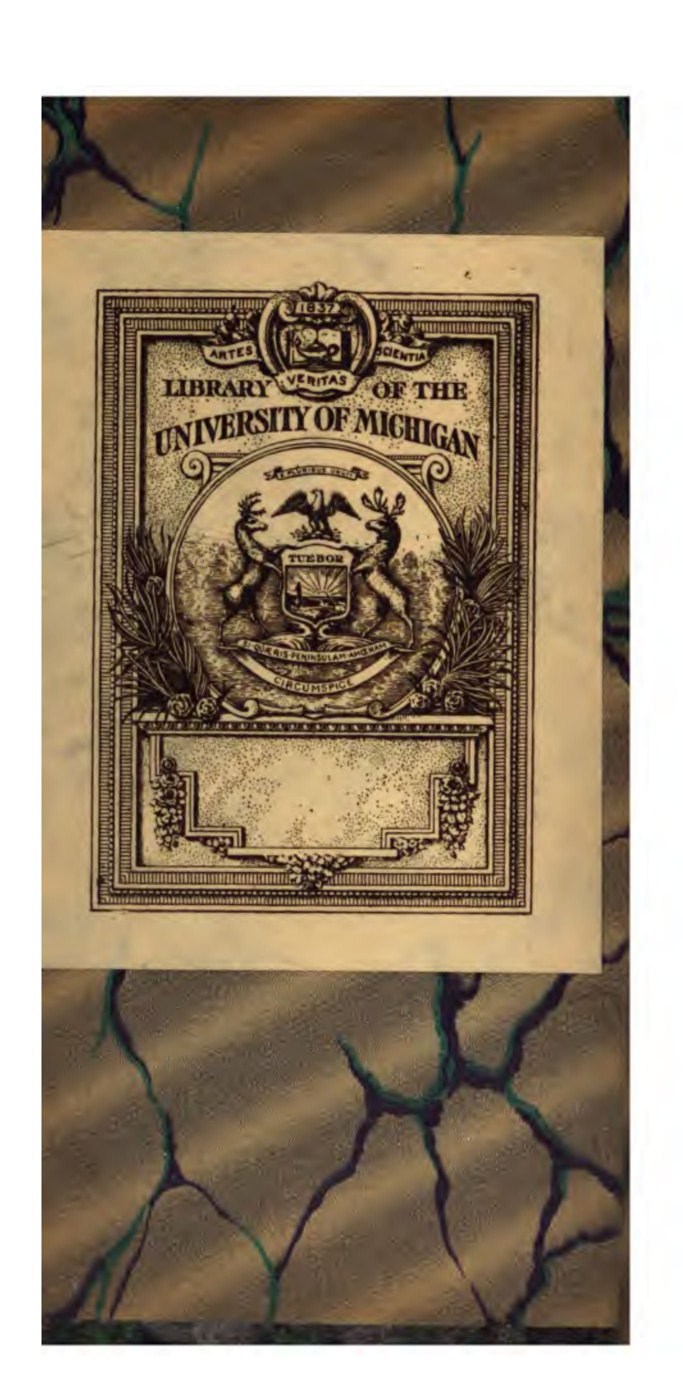
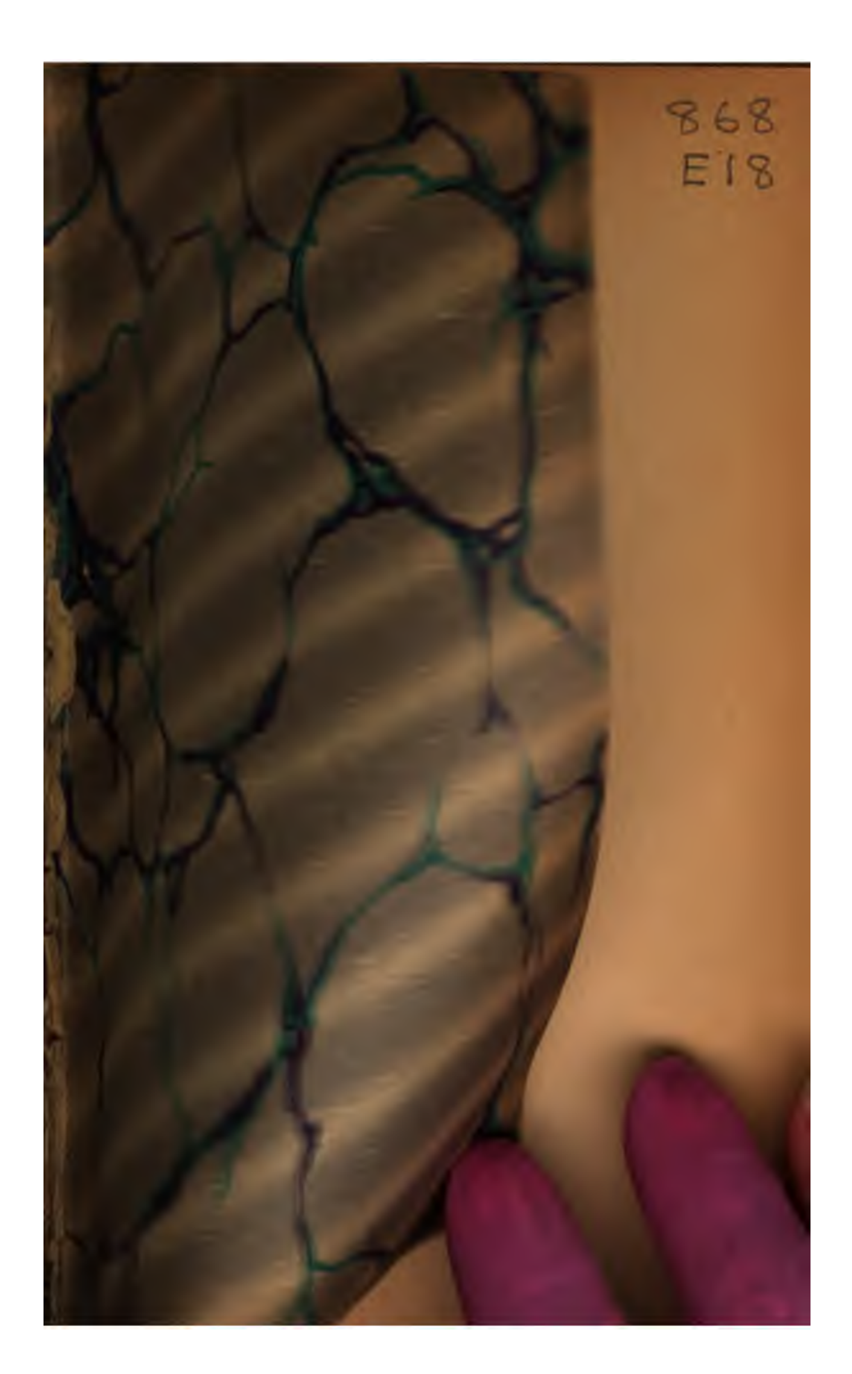



A 465312


1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE


868
E18

2 vols. $5. —

OBRAS DRAMÁTICAS

ESCOGIDAS

DE

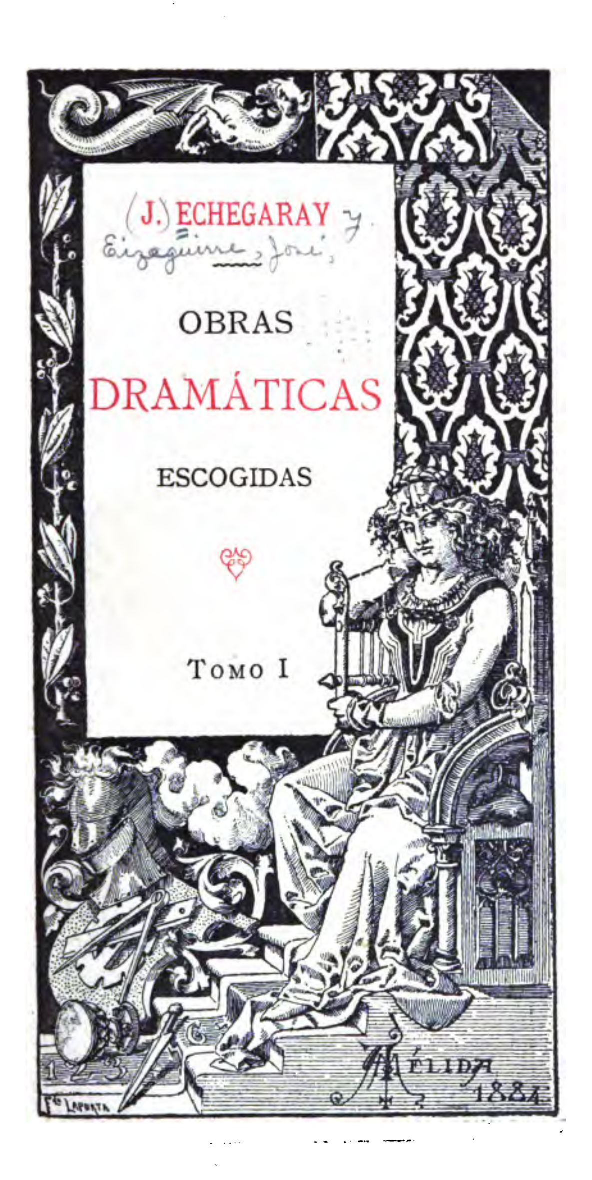
D. JOSÉ ECHEGARAY

MADRID — IMPRENTA DE TELLO — 1884



José Echegaray




(J.) ECHEGARAY
OBRAS
DRAMÁTICAS
ESCOGIDAS
TOMO I
MÉLIDA
1884



Excmo. Sr. D. José Echegaray.

Mi muy querido amigo: Extraño parecerá sin duda, que sea un conservador tan empedernido como el que firma las presentes líneas, el encargado de presentar al público este tomo con las obras dramáticas escogidas entre las muchas que la poderosa fantasía de V. ha producido. El hecho necesita explicación, que debo dar, y si en la explicación hubiera algo que á V. desagradase, me conoce lo bastante para saber que mi franqueza corre parejas con la sincera estimación que le profeso.

He asistido á todos ó á casi todos los estrenos de las obras de V., si no con el entusiasmo de sus admiradores (perdóneme la confesión por lo sincera), con el interés que se presta siempre á todo lo que sale del

tratado una gran cuestión social, y la ha tratado magistralmente. El gran galeoto siente en el rostro el rubor de la vergüenza, pero aplaude sin contradicción. Es que el vicio social existe, y el vicio ha sido fustigado con la vigorosa energía de la trajedia griega. Todos reconocen la verdad de la pintura y nadie quiere darse por aludido; pero la moral social, vengada por el genio creador del Sr. Echegaray, le debe una recompensa y una satisfacción, y esa satisfacción y esa recompensa es que todas las clases, las que puedan haber formado alguna vez el gran galeoto, como las que habitualmente protestan contra la facilidad de decir mal, se reunan para significar al insigne poeta su agradecimiento, los unos por la venganza, los otros por la lección recibida.

»Una suscrición, cuya cuota no pase de 20 reales y cuyo producto se destine á un objeto de arte, recordará al Sr. Echegaray, mientras viva, que puede obtener triunfos como el de anoche, inspirándose en los verdaderos sentimientos del arte.»

Tan honrado resultaba con esto el poeta, como el periódico que ofrecía desde opuesto campo un testimonio de admiración, y

como simultáneamente *El Imparcial*, *El Liberal* y *La Epoca*, abrieran sus columnas para la suscrición que había de conservar el imperecedero recuerdo de aquella noche, surgió después el acuerdo de emplear el producto en una reimpresión de sus *Obras dramáticas escogidas*, de que forma parte este primer tomo, salido de la excelente tipografía de nuestro común amigo Tello, otro conservador siempre deseoso de honrar el verdadero talento, y de poner su inteligencia al servicio de autores esclarecidos.

Y usted sabe, amigo mío, que el asociar mi oscuro nombre á esta publicación, para que la sombra del que presenta, haga más viva la fúlgida luz del presentado, no es un hecho enteramente voluntario.

La Epoca había tomado la iniciativa en la suscrición, y sin otra preferencia que la de la antigüedad, sus compañeros tuvieron la bondad de empeñarse en conservársela, otorgando á su propietario y antiguo director la honra de poner su nombre en estas líneas preliminares: honra, aunque inestimable, por mí muy estimada, porque al andar del tiempo, cuando aún las poderosas fantasías de V. recreen á los erudi-

tos del porvenir, nadie se acordaría, si no viera aquí su nombre, de que hubo un oscuro trabajador, quien, por espacio de cuarenta años consecutivos, se consagró á las ásperas y anónimas tareas del periodismo, y que se llamaba, repitiéndose de V. cariñoso amigo,

IGNACIO JOSÉ ESCOBAR.



LA
ESPOSA DEL VENGADOR

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Representado por primera vez en el Teatro Español el 14 de Noviembre de 1874.

PERSONAJES DE ESTE DRAMA
Y ACTORES QUE LO DESEMPEÑARON EN LA NOCHE
DEL ESTRENO.

El Conde de Pacheco, Sr. Parreño.
Doña Juana, su esposa, Srta. Castro.
Aurora, su hija, Srta. Mendoza Tenorio.
Don Carlos de Quirós, con el nombre en los dos últimos actos de Lorenzo, Sr. Vico.
Fernando, Sr. Cepillo.
Parreño, con el nombre en los dos últimos actos de Fajardo, Sr. Alisedo.
Caballeros, damas, escuderos, dueñas, etc.

Año 15...

El primer acto en Barcelona: los dos últimos en Madrid.

AL EMINENTE ACTOR

DON ANTONIO VICO,

En prueba de admiración y amistad.

JOSÉ ECHEGARAY.



ACTO PRIMERO.

La escena representa una plaza de Barcelona: á la izquierda, y en alto, un retablo con un Cristo en la cruz, alumbrado por un farol: al pié, como resguardando el retablo, una verja sobre una pequeña escalinata. A la derecha una casa con gran puerta y escudo de armas: sobre la puerta y el escudo un balconaje. En el fondo una iglesia con escalinata también. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

En la plaza, gente que va y viene: algunos entran en la iglesia: dos grupos de CABALLEROS, en primer término: uno á la izquierda, otro á la derecha.—AURORA y FERNANDO en el balcón.

(Grupo de la izquierda.)

CABALLERO 1.°

¿Será verdad?

CABALLERO 2.°

¿Será cierto?

CABALLERO 3.°

Al sonar de la mañana
las nueve en la gran campana

del viejo torreón del puerto,
con tres argelinas presas
y al aire la blanca lona,
llegaron á Barcelona
dos galeras genovesas.

CABALLERO 2.°

¿Y habéis visto?...

CABALLERO 3.°

Ví bajar
de la mayor de las dos
á don Carlos de Quirós,
y en la ciudad penetrar.

CABALLERO 2.°

Pues si *Carlos* ha llegado
¡ay del Conde de Pacheco!

CABALLERO 3.°

Aún aquí resuena el eco
del grito que el desgraciado
Marqués de Quirós y Estrada,
lanzó tras largo reñir,
sobre su pecho al sentir
del fiero Conde la espada.

CABALLERO 2.°

Venganzas tradicionales,

herencias de sangre y muerte
de dos razas que la suerte
por su mal hizo rivales.

(Grupo de la derecha.)

CABALLERO 4.º

Los dos hasta aquí vinieron,
sus odios aquí estallaron,
de esa luz aprovecharon
la claridad, y riñeron.

CABALLERO 5.º

Misterios son del destino:
el mismo triste fulgor
que alumbraba al Redentor,
alumbraba al asesino.

(Grupo de la izquierda.)

CABALLERO 3.º

Después le he vuelto á encontrar.

CABALLERO 1.º

¿A Quirós?

CABALLERO 2.º

¿A Carlos?

CABALLERO 3.º

Sí.

CABALLERO 1.º

¿Dónde lo encontraste?

CABALLERO 3.º

Aquí,
y hacia esa casa mirar
una y dos veces y tres,
le ví con adusto ceño.

CABALLERO 2.º

¿Iba solo?

CABALLERO 3.º

Con Parreño,
escudero del Marqués.

CABALLERO 2.º

Parreño es la tradición
del odio en esa familia:
en el sueño, en la vigilia,
con feroz obstinación
sólo un pensamiento fijo
hay en su cerebro inerte:
«quien al padre dió la muerte,
muera á las manos del hijo.»

AURORA.

(En el balcón de la casa de Pacheco.)
Llega la gente: ya es hora:
el toque de la oración.
(Principia á sonar la campana de la iglesia.)
(Grupo de la derecha.)

CABALLERO 4.º

De Pacheco en el balcón
¡qué dulce voz!

CABALLERO 5.º

¡Es Aurora!
(Mientras se pronuncian los dos últimos versos, continúa el toque de oraciones. Todos se descubren. Aurora se arrodilla en el balcón. Pausa.)

AURORA.

(En el balcón.)
Vamos, Fernando.

FERNANDO.

¡Hay tal prisa!
¿Para qué?

AURORA.

¡Calla, blasfemo!
(Grupo de la derecha.)

CABALLERO 4.°

Que trueques bien pronto temo
en lágrimas tu sonrisa.

FERNANDO.

(En el balcón.)
Si en el templo tu alma pura
buscar un cielo anheló,
¡qué más que el que Dios te dió
en tu divina hermosura!

AURORA.

En tus viajes conseguiste
ciencia bella y peregrina:
¿aprendiste medicina,
ó retórica aprendiste?

FERNANDO.

¡Aurora!

AURORA.

Das mal ejemplo:
te falta la gravedad
de doctor y la piedad
de cristiano: ven al templo.

(Desaparecen del balcón Aurora y Fernando.)
(Grupo de la izquierda.)

CABALLERO 2.º

De Pacheco soy amigo
y he de advertirle ¡por Dios!
que ha llegado el de Quirós,
el hijo de su enemigo.
(El grupo de la izquierda se retira al fondo del teatro.)
(Grupo de la derecha.)

CABALLERO 4.º

Un buen aviso...

CABALLERO 5.º

Excusada
precaución. Don Carlos hiere
cara á cara: mata ó muere;
no temáis una emboscada.

CABALLERO 4.º

Pero Pacheco á mi ver
pudiera evitar...

CABALLERO 5.º

¡Por Cristo,
á Pacheco nadie ha visto
la espalda á un hombre volver!
(Se retiran hacia el fondo del teatro.)

ESCENA II.

Salen AURORA y FERNANDO delante; detrás DOÑA JUANA y el CONDE de PACHECO; por último una DUEÑA y un ESCUDERO.

AURORA.

¡He de salir! (A Fernando.)

FERNANDO.

¡Haces mal!

AURORA.

¡Es empeño!

FERNANDO.

¡Es desvarío!
De la noche el vapor frío
deslustra el limpio cristal
de tus ojos.

AURORA.

¡Qué porfía!

FERNANDO.

Quien lleva por nombre Aurora
salir debe cuando dora
las cumbres el nuevo día.
Tus promesas ¿qué se hicieron?

AURORA.

¡Calla, Fernando!

FERNANDO.

¡No á fé!
¡Ojos sin luz!...

AURORA.

Ya lo sé.

FERNANDO.

Soles extinguidos fueron!
Triste esclavitud sufrían,
negra noche los rodeaba,
su limpio azul se empañaba,
y nunca, Aurora, podían,
en sombras aprisionados,
ni juguetear hechiceros,
ni rechazar altaneros,
ni mirar apasionados!

AURORA.

Es cierto, mas regresaste
desde Italia presuroso;
de mis ojos, sin reposo,
la triste sombra estudiaste,
y al poner tu sabia mano
en ellos, mi buen amigo,

vi la luz... Pero ¿qué digo?
más que mi amigo: ¡mi hermano!

FERNANDO.

(«Su hermano!» dice la impía
y así piensa que me halaga!)

AURORA.

¡Estás contento?

FERNANDO.

¡Me embriaga
el placer, hermana mía!
(Aurora le tiende cariñosamente la mano.)
(¡Al que se abrasa de amor
tenderle helada la mano!
¡darle cariño de hermano
como afrenta á su dolor!
¡limbo sin gloria ni afán
el paso cerrando á un cielo!
¡torpe barrera de hielo
en el cráter de un volcán!)
(Aurora y Fernando continúan hablando en voz baja. Un embozado se acerca cautelosamente á Pacheco.)

CABALLERO 2.°

Pacheco, piensa en Quirós,
y piensa que un hijo tiene.

JUANA.

¡Carlos viene?

CABALLERO 2.°

Carlos viene. (Se aleja.)

PACHECO.

Y bien, que venga.

JUANA.

¡Ay mi Dios!

(Otro embozado se acerca con misterio á Doña Juana.)

CABALLERO 4.°

Moderad su fiero alarde
si amais al Conde, señora.
Que no regrese á deshora...

JUANA.

¿Carlos tal vez?...

CABALLERO 4.°

Dios os guarde.

(Doña Juana y Pacheco hablan en voz baja.)

AURORA.

¿Por qué tan fieros enojos
en tu mirada severa?

FERNANDO.

¡Expones de tal manera
los cristales de tus ojos!...

AURORA.

No abrigues temor, Fernando:
seré prudente, lo juro.
Quiero ver el cielo puro,
y el sol que nace bordando
franjas de oro con su luz
en los celajes de Oriente,
y la blanca y triste frente
del Cristo que está en la cruz.

FERNANDO.

Y ¿nada más?

AURORA.

¡Y á mi padre
tan bueno y tan cariñoso!

FERNANDO.

Y ¿nada más?

AURORA.

¡Y el hermoso
rostro de mi santa madre!

FERNANDO.

Y ¿á nadie más ver ansías?

AURORA.

¿Por qué me miras así?

FERNANDO.

¿Quién te ha dado, ingrata, dí,
las inmensas alegrías
de ver el cielo y el sol,
la noche con sus estrellas,
la mañana con sus bellas
nubes de oro y de arrebol?

AURORA.

Perdóname...

FERNANDO.

¡Perdonar!...
¿Por quién ves hoy á tu ma
la faz noble de tu padre,
y á tu Dios en el altar?
De tus ojos al profundo
negro abismo, ¿quién dió
Ese que espira en la cru
el primero... ¡yo el segu

AURORA.

¡Es verdad: pobre Fer

FERNANDO.

¡Y me pudiste olvidar!

AURORA.

¡Quieres hacerme llorar!
(Llevando la mano á los ojos.)

FERNANDO.

¡Qué dicha! ¡por mí llorando!

AURORA.

Médico que con enojos
no encuentra más medicina,
ni otro remedio propina
que lágrimas á los ojos,
querrá curar, no lo niega
mi voz ingrata, Fernando,
pero es la verdad, que cuando
así nos cura, nos ciega.

FERNANDO.

Y ¿lloras por mí?

AURORA.

¡Dios mío,
en mi pena se complace!

FERNANDO.

Es que gozosa renace
mi esperanza.

AURORA.

¡Ven, impío!

(Le coge una mano y le atrae á sí.)

¡Mira de cerca mi llanto!

FERNANDO.

¡Aurora!

AURORA.

¿Ves mi dolor
de esa luz al resplandor?

(Levanta la cabeza de modo que le hiera la luz del Cristo en los ojos.)

FERNANDO.

¡Lágrimas, sí!

AURORA.

¡Cielo santo!

(Da un grito: se lleva las manos convulsivamente á los ojos y cae de espaldas: Fernando la sostiene; Doña Juana y Pacheco se acercan con afán y la rodean.)

FERNANDO.

¡Qué tienes!

PACHECO.

¡Hija!

JUANA.

¡Mi bien!

AURORA.

¡Todo está negro... ay de mí!
(Procura con las manos separar algo. Pausa. Al fin deja çaer los brazos y mira alegremente á su alrededor.)
¡Ya se van las sombras... sí!

FERNANDO.

¡Perdóname!

AURORA.

¡Madre!

JUANA.

¡Ven!
(Aurora y doña Juana se abrazan. Pequeña pausa.)

AURORA.

De esa luz destellos rojos
cayeron sobre mi frente,
y clavóse un rayo ardiente
en las niñas de mis ojos.
Después nada ví... Mas luego
todo pasó.

PACHECO.

¡Pobre Aurora!

JUANA.

¡Hija del alma!
(Aurora mira á Fernando y se enjuga los ojos sonriendo.)

FERNANDO.

¡Y aún llora!

AURORA.

Siento en las mejillas fuego.

JUANA.

¡Tú la enojaste! (Señalando á Fernando.)

AURORA.

No á fé.

PACHECO.

¿Ha sido Fernando?

JUANA.

Sí.

AURORA.

Al mirar al sol, aquí (Señalando la frente.)
siento siempre... no sé qué!

FERNANDO.

Que te muestre cuánto brilla (A Aurora.)
sus enojos, no me asombra,
ni que te busque la sombra,
es, Aurora, maravilla.
Por ley de Dios en la tierra
ó por misterioso instinto,
atracción es lo distinto
y es lo semejante guerra.
Rechaza un sér á otro sér
si ve en él su copia fría,
que al fin la monotonía
es la muerte del placer;
mas si diferentes son
y se completan unidos,
se sienten ambos vencidos
por secreta inclinación;
y es que una mágica red
los envuelve á su pesar;
que los dos quieren saciar
de lo infinito la sed.

PACHECO.

Sutil el médico viene.

FERNANDO.

Pues dudas en vos contemplo,
escuchad algún ejemplo

que mi doctrina contiene.
No envidia á la nube él sol,
que no hay luz propia en la nube,
y por eso cuando sube
la colora de arrebol.
En la caña mira el río
otro sér y se alboroza;
ella de placer solloza,
y él se deshace en rocío.
La selva en el ruiseñor
contempla otra criatura,
y le presta su espesura
para nido de su amor.
Y es que la caña y el río,
el ruiseñor y la selva,
la nube áun cuando devuelva
con magnífico atavío
el ajeno resplandor,
y el sol de rayos ardientes,
son seres tan diferentes,
que se buscan con amor;
y de aquesta simpatía
nacen en monte y en llano
un concierto soberano
y una divina armonía.

PACHECO.

Probaste con discreción
de tu tesis la mitad;

pero algo falta.

FERNANDO.

Escuchad,
que llego á la conclusión.
Se alza el mar, se ve á sí mismo
en más lejano horizonte,
y es en su cólera monte
de espuma y después abismo.
Huyendo va el huracán
de huracanes que le azotan,
y huyendo del fuego brotan
las lavas en el volcán.
Ejemplos en los que veo,
áun cuando muy de pasada,
mi doctrina comprobada
y cumplido mi deseo:
y así, puesto que en la tierra
ó por ley ó por instinto,
es atracción lo distinto,
y es lo semejante guerra,
si tu luz quiere cubrir
la noche con negro velo,
es que intenta en ese cielo
un crepúsculo fingir;
si el sol, en vez de arrebol,
te manda sus rayos rojos,
son naturales enojos
que inspira un sol á otro sol.

JUANA.

Bien dicho; pero excusar
pudiste tan bella ciencia
y tal primor, con prudencia,
y con no hacerla llorar.

AURORA.

Ven, Fernando; el tiempo pasa.

FERNANDO.

(¿Me perdonas?) (En voz baja á Aurora.)

AURORA.

(Id. á Fernando.) (¡Lo mereces!)

FERNANDO.

¡Aurora!

AURORA.

No me enterneces. (Con malicia.)

(Se dirigen los dos hacia el templo: la Dueña y el Escudero les siguen. Doña Juana detiene á Pacheco.)

(Aurora, Fernando, la Dueña, el Escudero y la gente que quedaba en la plaza, entran en el templo.)

ESCENA III.

DOÑA JUANA Y PACHECO, en primer término; D. CARLOS Y PARREÑO aparecen en una esquina, y en ella se detienen observando. La plaza desierta; se oye débilmente el órgano.

JUANA.

El corazón me traspasa
una duda... ¡Si es verdad...
si vino Carlos!...

PACHECO.

Y bien:
Dios tan solo dirá quién
es hoy digno de piedad.

(Pacheco intenta dirigirse al templo: Doña Juana le detiene de nuevo.)

JUANA.

¡Son mis angustias tan grandes!...

PACHECO.

Ya la salve está empezada...

JUANA.

¡Él es la mejor espada
de nuestros tercios de Flandes!

PACHECO.

¡Que me place, vive Cristo,

si á tal llega su bravura!
¿Le conoces por ventura?

JUANA.

Jamás, Pacheco, le he visto.

PARREÑO.

(Á D. Carlos, señalando á Pacheco y á Doña Juana.)
Un hombre y una mujer...

PACHECO.

Vamos...

JUANA.

Espera un instante.

PACHECO.

¡Estás llorosa, anhelante...
me apena tu padecer!
(Da algunos pasos: Doña Juana le detiene.)

JUANA.

Siempre he sido esposa honrada,
cariñosa y obediente;
mi vida estuvo pendiente
de tu voz, de tu mirada.

PACHECO.

Es verdad.

JUANA.

Pues vas á darme
una recompensa.

PACHECO.

¿Cuál?

JUANA.

¡Sal de Barcelona, sal!

PACHECO.

¡Eso fuera deshonrarme!

JUANA.

¡Piensa en mí, piensa en Aurora!

PACHECO.

¡En mi honor pienso también!

JUANA.

¡Yo te lo suplico!

PACHECO.

Ven.
(¡Pobre Juana, cuánto llora!)

(Pacheco intenta llevarla, pero ella resiste. Parreño en el fondo avanza algunos pasos, y después se vuelve hacia D. Carlos.)

PARREÑO.

¡Es Pacheco!... ¡mi sangre arde!

JUANA.

¡Mira allí!... ¡dos hombres, dos!
(Señalando á D. Carlos y Parreño.)

PARREÑO.

¡Nadie en la plaza! (Instando á D. Carlos.)

JUANA.

¡Por Dios,
vamos!...
(Doña Juana se lleva con afán á Pacheco hacia la iglesia.)

PARREÑO.

(Queriendo obligarle.) ¡Don Carlos!

CARLOS.

(Friamente.) Más tarde.
(Doña Juana y Pacheco entran en la iglesia: D. Carlos y Parreño avanzan al proscenio.)

ESCENA IV.

D. Carlos, Parreño.

PARREÑO.

¿A qué de Italia viniste? (Con enojo.)
¿A qué traje de Toledo,

después de probar su temple
sobre piedra y sobre cuero,
de Milán en una cota,
y contra un yunque de hierro,
esa espada que en el cinto
muerta ó dormida contemplo?

CARLOS.

Calma, calma, buen anciano.

PARREÑO.

¡D. Carlos!

CARLOS.

Basta, Parreño. (Pausa.)

PARREÑO.

¡Aquí murió!

CARLOS.

Ya lo sé.

PARREÑO.

Contra esa piedra su cuerpo
se desplomó.
(Señalando la escalinata de la verja.)

CARLOS.

¡Pobre padre!

PARREÑO.

En sangre tinto el acero,
al aire lo sacudió
con fuerte brazo Pacheco:
salpicó la roja lluvia
esa verja y este suelo,
y que Dios me lo perdone,
pero muchas veces creo
que esas manchas que la imagen
muestra al costado derecho,
de aquella sangre son gotàs
que sobre el Cristo cayeron.

CARLOS.

Aquí mi padre espiró:
aquí morirá Pacheco.

PARREÑO.

¡Morirá! ¿Cuándo?

CARLOS.

¡Esta noche!

PARREÑO.

¡Ah, mi venganza!

CARLOS.

Silencio:

no es venganza, que es castigo.

PARREÑO.

¿Qué importa el nombre?

CARLOS.

Buen viejo,
morirá como mató:
frente á frente y hierro á hierro.

PARREÑO.

Y ¿estás triste?

CARLOS.

¿Qué te extraña?
si condenado me veo
á seguir antiguos odios
de Estradas y de Pachecos.

PARREÑO.

¿Qué dices?

CARLOS.

La tradición
es implacable. Recuerdo
que aún muy niño me mostraban
retratos de mis abuelos
en los góticos salones
de mi castillo paterno,
y todos llevaban sangre

en la frente ó en el pecho.
Aquesta significaba
haber á las manos muerto
de su enemigo; y aquella,
la que con tinte siniestro
manchaba la frente altiva,
era sangre de Pacheco.
Hoy se decide mi suerte,
y escoger entre ambas debo;
y es ¡vive Dios! la elección
triste, muy triste, Parreño.

PARREÑO.

¡Tú, femeniles flaquezas!
¡Ah, don Carlos!... ¿tienes miedo?
(Acercándose á él y en voz baja.)

CARLOS.

¡Miserable!

PARREÑO.

¡Duda horrible!

CARLOS.

Me das lástima, buen viejo.
Pregunta en Flandes por mí;
pregunta en Italia luego.
Contentos allá en sus tumbas
deben estar mis abuelos.

Pero no todo es luchar;
algo más anhela el pecho:
hay vagas aspiraciones,
hay mil dulces sentimientos...
En fin, tú no me comprendes.

PARREÑO.

Don Carlos, bien te comprendo:
mueres de amor.

CARLOS.

No lo sé.
Sí lo sé: de amores muero.

PARREÑO.

¿Cuál es su nombre?

CARLOS.

Lo ignoro.

PARREÑO.

¿Italiana?

CARLOS.

No por cierto:
española.

PARREÑO.

¿Pero cuándo
has podido?...

CARLOS.

Escucha atento. (Pausa.)
Llegamos esta mañana;
tomamos tierra en el puerto;
penetré solo en las calles
en mi negra capa envuelto,
y lentamente marchaba
revolviendo en el cerebro
venganzas para mi padre,
muertes mil para Pacheco.
La capa flotó hacia atrás,
bajé el embozo un momento,
y el puño de mi tizona,
libre de pliegues molestos,
buscó la luz, dando al aire
mil acerados reflejos.
A una esquina dí la vuelta,
y á mi pesar, en el velo
de una dama que venía
marchando en sentido inverso,
seguida de airoso paje
y dueña de adusto ceño,
enganché los retorcidos
gavilanes de mi acero,
¡que siempre están gavilanes
de palomas en acecho!
Dió un grito y yo la miré:
alzó sus ojos de cielo;

rasgó el tul y huyó ligera;
no la ví más... ¡y aún la veo!
¡Mal hayan los gavilanes
que presa en ella no hicieron!

PARREÑO.

¿Y es eso todo? Ilusiones
de enamorado mancebo!

CARLOS.

Eso es todo, porque es vida,
y es esperanza, y es cielo.
Escúchame y no te burles.
Suponme presa de un sueño
poblado de mil fantasmas,
de la calentura engendro,
é imagina que por fin,
tras largo luchar, despierto,
corro al balcón, y de un valle
perfumado, alegre, fresco,
sobre mi abrasada frente
brisas matinales siento.
¿Comprendes la sensación
de bienestar, de consuelo,
que hubiese experimentado
mi sér en aquel momento?
Pues esto mismo sentí
cuando mis ojos la vieron.
Meditando en mi venganza,

ante mí pasando tercos
el cadáver de mi padre
y la espada de Pacheco,
alumbrados de esa luz
por los últimos reflejos,
marchaba yo por las calles
soñando más que despierto,
cuando la ví de repente,
tan de cerca, que su aliento
sobre mi abrasado rostro
sentí perfumado y fresco.
Yo ví su frente purísima,
á la que rubios cabellos
coronaban, como suele
con sus dorados reflejos
coronar el sol que nace
monte de nieve cubierto.
Yo ví sus ojos azules,
que en verdad me parecieron
más celestiales que aqueste
bellísimo firmamento,
que al fin este cielo es uno
y aquellos eran dos cielos.
Yo ví su dulce sonrisa,
y pensé en aquel momento
con la rapidez del rayo,
y del rayo con el fuego,
¿si en tu boca así es la risa,
qué será en tu boca un beso?

Y al ver tan divina mezcla,
y conjunto tan perfecto,
de cuanto hay de más hermoso
en la tierra y en el cielo,
sentí... yo no sé, ¡Dios mío!
lo que sentí; sólo siento
que hay más luz en el espacio,
más aromas en el suelo,
más frescura en el ambiente,
y que están los aires llenos
de divinas armonías
y celestiales conciertos!

PARREÑO.

¡Buena ocasión es, don Carlos,
de pensar en devaneos!
¡Pobre Marqués de Quirós!

CARLOS.

¡Calla, calla!...

PARREÑO.

¡Pobre dueño!
Tú descansas bajo el mármol
desgarrado el noble seno,
el que te arrancó la vida
su triunfo goza soberbio,
y el hijo que tanto amabas,
aquí, do cayó tu cuerpo,

celestiales armonías
está sin cesar oyendo.
¡Bien haya por la ventura
que goza el noble mancebo!

CARLOS.

Dije que será esta noche.

PARREÑO.

¿Me lo juras?

CARLOS.

Lo prometo.

(Sale de la iglesia Fernando y marcha con lentitud.)

Gente sale de la iglesia.

PARREÑO.

Es tan solo un caballero.

CARLOS.

Cubre el rostro y sígueme,
que más tarde volveremos.

ESCENA V.

DON CARLOS, FERNANDO, PARREÑO.

FERNANDO.

¡Cuán hermosa está rezando!
¡Con qué gracia el cuello inclina!

¡Qué palidez tan divina!
¡Carlos!

CARLOS.

¿Qué miro? ¡Fernando!

(Fernando y D. Carlos se reconocen y se abrazan. Parreño se retira al fondo.)

FERNANDO.

¡Guerra en Flandes, y tu brío
aquí en la paz consumiendo!

CARLOS.

¡Tú de una iglesia saliendo:
tú el filósofo, el impío!

FERNANDO.

¡A rogar á un ángel fuí
para el alma salvación!

CARLOS.

¿Rogaste?

FERNANDO.

De corazón.

CARLOS.

¿Y te escucho el ángel?

FERNANDO.

Sí.

CARLOS.

¿Al fin su amor obtuviste?

FERNANDO.

No lo sé.

CARLOS.

¡Que no lo sabes!

FERNANDO.

Pregúntales á las aves,
si el aire cruzar lés viste,
el camino que trazaron;
á los peces, en el mar,
pregúntales al pasar
la estela que en él dejaron;
quizá puedan responder
qué es del aire y las espumas;
pero saber no presumas
si hay amor en la mujer.
¡Ni cariño, ni pasión,
ni tu llanto, ni tu queja,
traza, rastro, huella deja
en su móvil corazón.
Es siempre, Carlos, la impía
tan cariñosa conmigo,
que muchas veces me digo,
¡alienta, esperanza mía!

Hacia mí risueña viene,
coge mi mano ardorosa,
y está Aurora tan hermosa,
tales promesas contiene
aquel divino rubor
de su tez anacarada,
que en la voz, en la mirada
presumo encontrar amor.

CARLOS.

Y amor es eso.

FERNANDO.

No á fé.

CARLOS.

¡Loco estás!

FERNANDO.

Lo pienso á veces.

CARLOS.

Fernando, tú no mereces
su cariño.

FERNANDO.

Ya lo sé.

CARLOS.

¿En qué fundas tu recelo?

FERNANDO.

Lo fundo en todo y en nada.
¡Siempre hay calma en la mirada
de aquellos ojos de cielo!
Siempre que oprimo su mano,
encuentro su mano fría.
Siempre que la llamo «mía,»
ella me llama «su hermano.»
Lloro, y llora... sin pasión;
río, y ríe... sin delirio;
ó no entiendo mi martirio,
ó no tiene corazón!
¿Has amado, Carlos, dí?

CARLOS.

Há muy poco, pero amé.

FERNANDO.

Pues si amaste, yo bien sé
que jamás amaste así.

CARLOS.

Esperar debes que crezca
esa tierna simpatía.

FERNANDO.

Lo que anhela el alma mía
es que Aurora me aborrezca.

El humano corazón
pasa del odio al cariño,
pero de ese amor de niño
jamás nace una pasión.
Perdona si con mi pena
te molesto.

CARLOS.

¡Qué locura!

FERNANDO.

Pero es tanta la amargura
de que está la copa llena,
que con mano torpe y loca,
por dividirla contigo,
la llevé, mi buen amigo,
á la tuya de mi boca.

CARLOS.

Siempre, Fernando, me viste
á tu servicio dispuesto.

FERNANDO.

¡En aquel trance funesto,
la vida, Carlos, me diste!

CARLOS.

De hazaña que poco vale
no aumentemos el valor.

PARREÑO.

Retirémonos, señor;
del templo la gente sale.
(Comienzan á salir algunas damas y caballeros de la iglesia.)

CARLOS.

Dispón, Fernando, de mí
como antiguo camarada.
(Tendiéndole la mano.)

FERNANDO.

No está mi historia acabada,
algo me falta.

CARLOS.

Pues dí.

FERNANDO.

Quiero confiártelo todo;
decirte quién es mi bella.
¿Ves, Carlos, la casa aquella?
Allí vive.

CARLOS.

(Retrocediendo.) ¿De ese modo,
Aurora es hija del Conde?

FERNANDO.

¿La viste? (Con desconfianza.)

CARLOS.

Jamás la ví.

FERNANDO.

¡Entonces!... ¡loco de mí!
¡tu enemigo!

CARLOS.

Allí se esconde
quien vertió la sangre mía.

FERNANDO.

Perdona, Carlos, mi olvido.

CARLOS.

¿Y por ella tú has sentido
esa amorosa manía?

FERNANDO.

Ausente de Barcelona
largo tiempo, y ofuscado
por mi amor desventurado...
Perdona otra vez, perdona.

PARREÑO.

Vámonos presto, señor.

CARLOS.

Adios, Fernando: en conciencia

yo presumo que es demencia
lo que tú llamas amar.
(Salen D. Carlos y Parreño.)

ESCENA VI.

FERNANDO.

¡Su enemigo!... De ese modo
muy natural le parece,
que porque al Conde aborrece
le aborrezca el mundo todo.
Anegados en sus penas,
siempre ven los corazones
al través de sus pasiones
las desventuras ajenas.
Mas ahora que en ello pienso...
la presencia aquí de Carlos...
el Conde... Aurora... á buscarlos
corro al punto. Un velo denso
se ha quitado de mis ojos.
He de evitar, vive Dios,
que aquí se encuentren los dos,
y que estallen sus enojos.

ESCENA VII.

PACHECO, FERNANDO, AURORA, DOÑA JUANA.

Al dirigirse Fernando á la iglesia, se encuentra con Pacheco, á cuyo lado vienen Doña Juana, Aurora, y detrás la Dueña y el Escudero. Sale la gente del templo y se van alejando por las calles próximas. Pacheco, rodeado de Aurora, Doña Juana y Fernando, avanza hasta el proscenio: con sus ademanes parece negarse á algo que le piden con insistencia.

PACHECO.

Entrad en casa: yo iré
muy en breve.

AURORA.

¡Padre mío,
ven!
(Con tono suplicante y procurando llevarle consigo.)

JUANA.

(En voz baja.) (¡Fernando, en tí confío!)

FERNANDO.

¡Señor!...

PACHECO.

(Dirigiéndose á la verja del Cristo.)
Presto os seguiré.

JUANA.

¡Pacheco, mira mi llanto!

PACHECO.

Dejadme, que mi oración
con calma y con devoción
rece ante ese Cristo santo.
¿No cumplo aqueste deber
todas las noches?

FERNANDO.

Mas hoy...

JUANA.

Esos avisos...

PACHECO.

No doy
á esos ruidos gran valer.

AURORA.

(A Fernando en voz baja.)
(¡Ruégale por Dios, hermano!)

FERNANDO.

¡Si llega Quirós!...

PACHECO.

Le espero
aquí como caballero,
mientras cumplo cual cristiano.

JUANA.

¡Pachecó!

PACHECO.

Juana, sosiega:
mañana van á dictar
orden para trasladar
á mi casa solariega
esa imagen. Entre tanto,
he de cumplir mis deberes...

JUANA.

¡Esposo!

AURORA.

¡Padre!

PACHECO.

¡Mujeres,
me cansa ya vuestro llanto!
¡Que no hay tal peligro os digo:
si lo hubiera, lo esperara,
que yo no escondo la cara
ni á mi Dios, ni á mi enemigo!
Donde su sangre vertí
he de decir mi oración:
tranquilo ya el corazón,
disponga el Señor de mí.

AURORA.

¿No escucharás á tu Aurora?

JUANA.

¿No cederás á mi ruego?
¡Nada consigo; está ciego!

AURORA.

¡Mira, padre, cómo llora!
(Señalando á Doña Juana.)
¡Padre! (Abrazándose á él.)

JUANA.

(Queriendo abrazarle.) ¡Mi dueño!

FERNANDO.

(Al ver que Pacheco las rechaza.) ¡El rigor
es injusto!

PACHECO.

¡Yo lo mando!
¡Juana, Aurora, desde cuándo
no soy yo vuestro señor!

(Se separa de su mujer y de su hija y extiende el brazo en ademán severo hacia la casa. Doña Juana y Aurora inclinan la cabeza, dominadas por la autoridad del Conde, y se alejan llorando. Sin embargo se detienen aún é intentan volver, pero Pacheco las rechaza con un gesto enérgico, é indica de nuevo la casa. Entran en ella y Fernando las sigue.)

ESCENA VIII.

Pacheco, D. Carlos, Parreño.

Pacheco avanza lentamente hasta la verja: se quita el sombrero, que deja en uno de los escalones, y se arrodilla en la misma escalinata. D. Carlos y Parreño aparecen en la esquina de una de las calles, y recatándose observan. La plaza solitaria. Por las ventanas de la casa del Conde se ven pasar algunas luces.

PACHECO.

Hijo de Dios, que en la cruz
por nuestras culpas espiras;
Tú, que en las almas inspiras
cuanto en ellas hay de luz,
ilumina mi conciencia
por el pecado manchada;
te lo pide acongojada
con voces de penitencia.
Como noble respondí,
cuando mi honor ultrajaron;
dudas después me asaltaron,
por eso vengo hoy á tí.
Golpeó un sayón tu mejilla
y le ofreciste las dos;
pero erás Hijo de Dios
y yo soy de humilde arcilla.
Si por acaso obré mal,
á mí venga tu castigo;
yo lo espero y te bendigo,
¡oh mi Padre celestial!

Pero si obré con razón
y fué justo el escarmiento,
da paz á mi pensamiento
y paz á mi corazón.

(Pausa. Pacheco sigue de rodillas. Mientras pronuncia los últimos versos, D. Carlos y Parreño se van acercando paso á paso, precediendo siempre éste á aquél, como si le atrajera hacia el Conde.)

¿Dónde tu respuesta está
que mi mente se arrebata?

PARREÑO.

(Poniéndole una mano sobre el hombro.)

¡Aquel que con hierro mata
por el hierro morirá!

PACHECO.

(Levantándose y poniendo la mano en la empuñadura de la espada, pero sin desnudarla.)

¿Quién eres tú, vive Dios?

PARREÑO.

Quien acompaña á su dueño.

PACHECO.

¿Y aquel del adusto ceño?

PARREÑO.

Es el hijo de Quirós.

(Los personajes se hallan en el orden siguiente: Pacheco en pié, junto á la verja; delante de él, y muy cerca, Parreño; un poco más lejos, embozado é inmóvil, D. Carlos.)

PACHECO.

(Á Don Carlos.)
¿Qué quieres de mí?

CARLOS.

(Descubriéndose.) ¿Lo dudas?

PACHECO.

De todo dudo sin pruebas.

CARLOS.

Espada en el cinto llevas.

PARREÑO.

¡De color, Pacheco, mudas!

PACHECO.

Este que así se entromete
(Señalando á Parreño.)
y me insulta con empeño,
¿viene á ayudar á su dueño
por mi espalda?

PARREÑO.

¡Infame!

CARLOS.

Vete.
(Parreño se retira.)

ESCENA IX.

DON CARLOS, PACHECO.

PACHECO.

¿Á qué vienes?

CARLOS.

Á buscarte,
y excusando alardes vanos,
vengo á morir á tus manos,
ó por mi mano á matarte.
(Desnuda la espada.)

PACHECO.

Há poco me preguntaba,
si al dar á tu padre muerte
obré bien. De alguna suerte
una respuesta buscaba.
Tú me la vienes á dar
con esa espada desnuda:
ella resuelva mi duda,
y cese ya mi dudar.
Dios decida entre los dos,
pues vió morir á tu padre.
(Señalando al Cristo.)
Ante Él y su santa Madre
reñiré en juicio de Dios.
Si obré bien, caerás allí

do tu padre cayó herido;
(Indicando la escalinata de la verja.)
si obré mal y soy vencido,
Dios tenga piedad de mí.

CARLOS.

Me cansan tantas razones:
ansia tengo de luchar:
vine á morir ó á matar,
y no á escuchar oraciones;
con que afuera la tajante.

PACHECO.

Cuenta que fuiste el primero
en desnudar el acero.
Y ahora, Carlos, adelante.
(Desnuda la espada y riñen.)

ESCENA X.

PACHECO y CARLOS riñendo; AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO y PARREÑO desde dentro, menos Aurora, que saldrá cuando lo indica el diálogo.

AURORA.

¡Ruido de espadas! (Asomándose al balcón. Después se retira precipitadamente.) Fernando,
madre! (Desde dentro.)

JUANA.

(Desde dentro.) ¡Dios mío!

AURORA.

(Siempre desde el interior de la casa.) ¡Socorro!
¡Fernando!

FERNANDO.

¡Aurora, ya corro
á salvarle! (También desde el interior.)

(En todos estos versos y áun en el resto del acto gran rapidez.)

CARLOS.

(Acosándole.) ¡Vas luchando
bravamente, buen Pacheco!
¡Nadie así me resistió!

PACHECO.

¡Es que soy Pacheco yo!

CARLOS.

¡Al fin! (Le alcanza una estocada á Pacheco.)

PACHECO.

¡Jesús! ¡Así el eco
resonó la noche aquella!

(Pacheco se lleva la mano al pecho, vacila, deja escapar la espada y cae al fin sobre la escalinata de la verja. En el mismo momento aparece Aurora en la puerta de la casa y busca á su padre con mirada ansiosa: después ve á D. Carlos. Al mismo tiempo que Aurora, sale precipitadamente Parreño por la izquierda.)

AURORA.

¡Padre del alma! ¡Asesino!

(Los actores quedan en el orden siguiente: Pacheco tendido sobre las gradas y espirante: Carlos cerca de él, sin sombrero, con el pelo en desorden y la espada en la mano, clavando su vista en Aurora; ésta mirándole como fascinada: Parreño procurando llevarle.)

PARREÑO.

¡Huyamos!

AURORA.

¡Jesús divino!

(Dá algunos pasos; después se detiene como herida por el rayo; pronuncia la precedente exclamación y se lleva la mano á los ojos.)

CARLOS.

¡Es ella, Parreño, es ella!

AURORA.

¡Yo le he visto al matador!
¡Padre! **(Extiende los brazos, pero sin avanzar.)**

PACHECO.

¡Aurora!... ¡ven!... ¡aquí!

AURORA.

¡Sangre!... ¡No veo, ay de mí!
(Da de nuevo algunos pasos y se detiene.)

CARLOS.

¡Ella, Dios santo, mi amor!

(Huye seguido de Parreño.)

ESCENA XI.

PACHECO, AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO, CRIADOS, etc.

Doña Juana, Fernando y criados rodean á Pacheco. Aurora marcha sin dirección fija y extendiendo los brazos; después vacila y cae, pero la sostienen las dueñas y doncellas.

JUANA.

¡Pacheco!

FERNANDO.

¡Mortal la herida!

PACHECO.

¡Quiero abrazar á mi Aurora!

AURORA.

¡Padre, ¿dónde estás?... ¡Ahora
voy á tus brazos!

PACHECO.

¡Mi vida!...
¡voy á morir!... ¡y se niega
á mi súplica!

AURORA.

¡No!... ¡Voy!

(Se desprende de las mujeres que la sostienen y avanza, pero al fin se para, agita los brazos en el aire y se lleva las manos á los ojos.)

¡Ven, Fernando! ¿Dónde estoy?

FERNANDO.

¡Tú, mi bien!... Aurora!... ciega!

(Corriendo al encuentro de Aurora y mirándola con afán.)

AURORA.

¡Me hirió aquel rayo de luz!...

(Con voz desfallecida.)

¡Fué la lámpara del Cristo!
¡Al matador yo lo he visto!

(Cae en los brazos de Fernando.)

PACHECO.

¡Ah, perdón... por esa cruz!

(Espira. Los actores quedan divididos en dos grupos. En la escalinata de la verja Pacheco muerto, á su lado Doña Juana: á su alrededor criados. En el centro Aurora desmayada, sosteniéndola Fernando y doncellas. Ninguna luz más que la del retablo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salón de arquitectura gótica, elegante y severo. A la derecha dos puertas. A la izquierda, en primer término, una gran ventana; en segundo término una puerta.—En el fondo, y como si estuviera labrada en el muro, una capilla con el Cristo que ocupaba el retablo en el primer acto: una pequeña verja delante del Cristo y una lámpara encendida. Al empezar el acto las dos hojas de la puerta de la capilla estarán abiertas.—Junto á la ventana un sitial de alto respaldo y talla gótica. A la dereeha, y en primer término, otro sitial y una mesa. Es de día, al declinar de la tarde. —La escena en Madrid.

ESCENA PRIMERA.

Doña Juana, arrodillada ante el Cristo y llorando.

Eres justicia y amor;
viste morir á mi esposo;
hoy te pide mi dolor
para el que murió reposo,
pena para el matador.

ESCENA II.

Doña Juana, Aurora.

Aurora entra por la puerta de la derecha, primer término, y avanza lentamente. Doña Juana sigue de rodillas sin notar la presencia de Aurora.

AURORA.

¿Dónde estás, querida madre,
que el dulce murmullo llega

de tu voz á mis oidos,
y mis brazos no te encuentran?

JUANA.

(Al oir la voz de Aurora, se levanta y cierra con precaución las puertas de la capilla.)

¡Ven, Aurora, mi consuelo!

(Sale al encuentro de Aurora y se abrazan. Pausa.)

¿Por quién olvidé mis penas?
¿Por quién pude resistir
aquella desdicha inmensa?

AURORA.

¡Pobre padre!

JUANA.

¡Qué locura
recordarte!... ¡qué imprudencia!

AURORA.

¿Cuándo nos harán justicia?
¿En qué rincón de la tierra
el infame matador
arrastrará su existencia?

JUANA.

Cálmate, Aurora.

AURORA.

Há tres años

que aquella trágica escena
ví pasar ante mis ojos,
y en esa bóveda negra,
que va conmigo doquier
cual si yo su centro fuera,
siempre, siempre la contemplo...
¡y sin embargo soy ciega!

JUANA.

Hija del alma, mi Aurora,
yo te lo ruego, desecha
tales memorias.

AURORA.

No puedo,
no puedo áun cuando quisiera.
Aquel Cristo, aquella luz,
mi padre junto á la verja
espirando; el matador
al aire la cabellera,
los ojos en mí clavados
con espantosa fijeza,
y una espada toda sangre
aun empuñando en su diestra!...
¡Extraño mirar el suyo!
¡extraña figura aquella!...
¡Y era hermoso, madre; sí!
¿Verdad que no lo creyeras?
Pero ¡ay! que era la hermosura

del ángel de las tinieblas!

JUANA.

¡Por Dios, Aurora, hija mía!
(Abrazándola con ternura.)

AURORA.

¡Me asaltan tales ideas!...

JUANA.

¡Vendrá Lorenzo!...

AURORA.

¿Qué dices?

JUANA.

Y al verte agitada, inquieta,
sentirá que le domina
á su pesar la tristeza.

AURORA.

¡Entristecerle, Dios mío,
cuando gozosa yo diera,
por evitar una lágrima
á Lorenzo, mi existencia!
Pero ignoras que tenemos
un proyecto: cuando sea
su esposa... ¿Lo seré pronto?
(Se detiene avergonzada.)

Yo lo digo porque tenga
ese consuelo Lorenzo:
él sufre también sus penas,
según parece, y me jura
que en siendo su compañera,
entre los dos partiremos
las suyas y mis tristezas.

JUANA.

Vuestro proyecto ¿cuál es?

AURORA.

Digo nuestro, áun cuando sea
más bien mío; pero al fin
él noblemente lo acepta.
Aquel que me dé su nombre
á cambio de mi terneza,
hace suyos mis agravios. (Con gran energía.)

JUANA.

¿En vengar acaso piensa
á tu padre?

AURORA.

Me ha jurado
que cuando yo le dijera
«ese fué su matador,»
muerte le dará su diestra.

JUANA.

Es Carlos fiero enemigo:
¡Dios á tu esposo proteja!

AURORA.

¡Ay, si algún día ese hombre
frente á Lorenzo se encuentra!
¡Olvidas ya su valor
indomable en la pelea!
Yo no le ví: tú le viste
aquella tarde funesta.
Cuando detenido al coche
en una garganta estrecha,
en fuga ya nuestra gente,
solas las dos, sin defensa,
éramos de los bandidos
triste y codiciada presa,
¿quién sobre negro caballo
acude la rienda suelta?
¿quién con la tajante espada
la turba feroz ahuyenta,
la vida nos salva, y luego
obtenida nuestra venia,
á Madrid nos acompaña
modelo de gentileza?
¡Lorenzo, madre, Lorenzo!
Él mi acerbo llanto seca;
él tesoros de bondad

concede á la pobre ciega...
Pero ¿qué te estoy diciendo?
¿Qué confusiones son estas?
Quise probar que era bravo
como ninguno en la tierra,
y concluyo por hablarte
de su amor y sus ternezas!

JUANA.

¿Le amas mucho?

AURORA.

Por Lorenzo
cien veces la vida diera.
No tienes celos, ¿verdad?
¿no te ofende mi franqueza?

JUANA.

¡Qué inocente! (Sonriendo y besándola.)

AURORA.

No eres tú
como Fernando. A su vuelta,
cuando á Lorenzo conozca,
verás qué enojos me muestra!

JUANA.

¡Pobre Fernando, tal vez
nunca le veremos!

AURORA.

Cesa,
madre, por Dios y no augures
otras desventuras nuevas.
(Se acerca Aurora á la ventana y en ella se detiene.)

JUANA.

¡Por tí Aurora nos dejó!

AURORA.

¡No sabes cuánta es mi pena!
¡Haber consentido al fin
en su temeraria empresa!

JUANA.

¡Mucho te quiso, hija mía!
¡fuiste siempre tan severa
con él!

AURORA.

Su hermana fuí siempre
cariñosa, siempre tierna.
Mira, madre, ¿ves allí
brillar la rosa bermeja
que Fernando me mandó
al embarcarse en Venecia
para Oriente? Pues en torno
cien flores al aire orean,
cien esencias se desprenden,

y cien aromas se mezclan
á la emanación sutil
de su corola sóberbia.
Sin embargo, yo te juro,
que en mis sentidos penetra,
sin confundirse jamás
con los aromas y esencias
balsámicas, que en el aire
esparcen sus compañeras.
Pues de este modo el cariño
de Fernando hasta mí llega,
sin que nunca lo confunda
con tu ternura materna,
ni con el ardiente amor
que Lorenzo me profesa.
¿Por qué se queja de mí?
¿En qué funda sus ofensas?
Es bueno, pero soberbio,
como esa rosa bermeja,
que fué su postrer adios
al embarcarse en Venecia.

JUANA.

¿Y si hubiese conseguido
su designio? ¿Y si trajera
ese filtro?...

AURORA.

¡Madre, madre,

no hay esperanza en la tierra:
la luz se extinguió por siempre
para mis pupilas ciegas!

ESCENA III.

AURORA, DOÑA JUANA, un CRIADO.

Por la puerta de la izquierda entra sigilosamente un Criado mostrando gran agitación; llama por señas á Doña Juana hacia la derecha, y se pone varias veces el dedo en los labios en señal de silencio. Doña Juana le sigue, y quedan ambos á la derecha formando un grupo. Aurora siempre en la ventana y sumida en profunda distracción. Doña Juana y el Criado hablan en voz baja.

CRIADO.

¡Doña Juana!... ¡Válgame
la Virgen de la Almudena!...

JUANA.

¿Qué ocurre?

CRIADO.

¡Pues... casi nada!

AURORA.

¿Quién está? (En voz alta.)

CRIADO.

Soy yo: Ribera. (Idem.)
¡Silencio!... ¡Que no nos oiga!
(Á Doña Juana.)
¡Porque... vamos, la sorpresa

pudiera causarle daño!
¡Me dijo que las orejas
me cortaba!...

JUANA.

Pero ¿quién?

CRIADO.

¡Quién ha de ser! Ya de vuelta
le tenemos... ¡Qué alegría!

JUANA.

¡Ilusión!

CRIADO.

Pues buena es esa!
Allí está... tan sólo aguarda...

JUANA.

Él!... allí!...

CRIADO.

¿Digo que venga?

(Acercándose á la puerta de la izquierda y llamando siempre en voz baja.)

¡Eh! ¡Don Fernando!

JUANA.

¡Dios mío!

(Entra Fernando: él y Doña Juana se abrazan con efusión: el Criado anda alrededor y observando á Aurora con grandes demostraciones de misterio. Aurora sin dejar la ventana vuelve la cabeza.)

CRIADO.

¡Silencio, que nos observa!
(Á Doña Juana y á Fernando.)

AURÓRA.

(Alguien vino... ¿qué me importa?
no es aquel que el alma espera.)
(Doña Juana y Fernando quedan á la derecha: Aurora en la ventana y pensativa: sale el Criado.)

ESCENA IV.

AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO.

JUANA.

¡Al fin te estrecho en mis brazos!
(Abrazándole de nuevo.)

FERNANDÓ.

¡Al fin! ¿Y Aurora?

JUANA.

¿La ves?
(Señalando hacia la ventana.)

FERNANDÓ.

(¡Ella!... mi amor!)
(Hace ademán de precipitarse hacia Aurora, pero se contiene.)

No: después.

¡Aunque me asalte en pedazos
el corazón!

(Pausa. Fernando la contempla apasionadamente.)

¡Cuán hermosa!

AURORA.

(Volviendo la cabeza, pero siempre de pié al lado de la ventana en actitud melancólica y poética, é iluminada por una luz más viva que la del resto del salón, en el que debe dominar un tinte sombrío.)

A pesar de la distancia,
inunda toda la estancia
el aroma de esa rosa.

JUANA.

(Á Fernando en voz baja.)

La que enviaste de Venecia.

FERNANDO.

¿De mí se acuerda?

AURORA.

¡Fernando!

FERNANDO.

¡Mi nombre murmura!

AURORA.

¿Cuándo
volverá? ¿Qué torpe y necia,

y cuán ingrata en verdad,
fuí, dejando que partiese,
tal vez para que muriese
en lejana soledad!
(Oculta el rostro con el pañuelo para secar el llanto.)

FERNANDO.

(Aparte.) (¿Qué importa lo que lloré,
qué importa lo que sufrí,
si de tus labios oí
lo que nunca olvidaré! (Pausa.)
¡Aquel desierto sin agua,
sus eternos arenales,
sus hordas y sus chacales,
su horrible calor de fragua!
¡Aquel apartado oriente,
aquella inmensa tristeza,
el reptil en la maleza,
la calentura en la frente!
¿Qué valen, Dios de bondad,
ni qué valen mis dolores;
si el ángel de mis amores
hoy de mí tiene piedad?)

AURORA.

Ilusiones no acaricio:
de la luz los rayos rojos
no volverán á mis ojos
por tu noble sacrificio.

FERNANDO.

¡No volverán! ¡Vive Dios
que muy pronto lo dijiste!
Como eras ciega no viste
que de nueva ciencia en pos,
al agotar la de aquí,
marché al misterioso oriente,
porque es de la luz la fuente,
¡luz buscando para tí!

(Acercándose á Doña Juana y hablándole con creciente exaltación.)

Hay yerbas maravillosas
en sus bosques dilatados.
Cuentan que están impregnados
de aquellas luces hermosas
que abrillantan las esferas,
muchas piedras de colores,
los cálices de sus flores
y las pieles de sus fieras;
y que encuentra de esta suerte
quien ciertos jugos destila,
lumbre para la pupila
y filtros contra la muerte.
Yo sus ciencias estudié,
sus secretos descubrí;
al Indo y al Ganges fuí
y hasta Damasco llegué.
¡El cielo premió mi ardor,
escuchó mi ruego ardiente,

y traigo, Aurora, de oriente
nueva luz para mi amor!

JUANA.

Pero ¿es verdad?

FERNANDO.

Verdad es.

JUANA.

¡Aurora!...
(En voz alta y precipitándose en un arranque de gozo hacia Aurora. Fernando la contiene.)

AURORA.

¡Madre!

JUANA.

¡Hija mía!...

FERNANDO.

Ahora no, que la alegría
es peligrosa. Después.
(Conteniéndola de nuevo.)

JUANA.

¡Alienta, esperanza! (En alta voz.)

FERNANDO.

(En voz baja.) (No;
fuera un imprudente alarde.)

JUANA.

¿Cuándo?

FERNANDO.

Más tarde. (Más tarde:
¡solos... solos... ella y yo!)

AURORA.

¡Fernando!... ¡Dónde estará!
¡Ya nunca más le veremos!

JUANA.

En el Señor esperemos;
quizá muy pronto... quizá...

FERNANDO.

¡Silencio! (Conteniéndola.)

AURORA.

¡Qué bien decías!
¡Cuántas veces sin razón
torturé su corazón
y amargué sus alegrías!
¡Ven, Fernando, por Dios, ven!
¡Me mata el remordimiento!

FERNANDO.

(¡Estrellas del firmamento,
arcángeles del edén!...)

AURORA.

¿Por qué crece con la ausencia
el cariño?

FERNANDO.

¡Sí: me amaba!
¡Y yo, Dios mío, dudaba
de tu infinita clemencia!
¡Ah, fatalidad, te venzo!
Ya soy dichoso!

AURORA.

(Aplicando el oido.) ¡Un corcel;
el de mi Lorenzo!... Es él.

FERNANDO.

(Cogiendo á Doña Juana por la mano con violencia, y preguntándole con angustia.)
¿Quién es él? ¿Quién es Lorenzo?

JUANA.

Con la emoción... la alegría...
advertirte no he podido...

FERNANDO.

¿Quién es *él?* (Con frenesí.)

JUANA.

Su prometido.

AURORA.

El que adora el alma mía!
(Escuchando con gozo.)

FERNANDO.

¡Ay de mí!...
(Se oprime la cabeza entre las manos, y da algunos pasos vacilante. El actor interpretará este momento como crea oportuno.)

AURORA.

¡Cuánto tardaba!

JUANA.

¡Jesús, qué pálido estás! (Á Fernando.)

AURORA.

¡Ven, mi Lorenzo!
(Sale por la puerta de la izquierda.)

FERNANDO.

¡No más!
(Se tapa los oidos para no oir á Aurora, y retrocede hacia la derecha.)

JUANA.

¿Qué tienes? (Siguiéndole con afán.)

FERNANDO.

¡¡Que yo la amaba!!
(Cae en el sillón de la derecha.)

ESCENA V.

DOÑA JUANA, FERNANDO.

JUANA.

¿La amabas?

FERNANDO.

Con loco amor;
y que me amaba creí.
Por ella tanto sufrí,
que es disculpable mi error.
Fué torpeza y egoismo;
me engañó mi ardiente anhelo;
pero ¿á qué subirme al cielo
para arrojarme al abismo!
(Se le vanta con nuevo arranque de desesperación.)

JUANA.

(¡Pobre Fernando, su pena
el corazón me traspasa!...
Mis ojos el llanto arrasa!...)
(Alto y consolándole.)
Calma tu dolor... serena
tu espíritu... ¡Qué egoista
es el corazón humano!
¡Y tú, que gozoso, ufano,
vienes á darle la vista!...

FERNANDO.

(Con terrible ironía.)
¡Sufrir yo cuanto he sufrido,
para que en dulces sonrojos
ella se mire en los ojos
de su amante prometido!
¡No verá á Lorenzo, no;
no verá la luz del día;
vivirá en noche sombría
como siempre vivo yo!
¡Que aprenda Aurora á sufrir;
que no llegue nunca á ver;
y que agote el padecer
de anhelar sin conseguir!

JUANA.

¡Por Dios, Fernando!...

FERNANDO.

(Mirando por la puerta de la izquierda.)
Ya viene!...
¿En dónde, en dónde me escondo?
¡De mi razón no respondo!

JUANA.

¡Vamos!...

FERNANDO.

¡Nada me contiene

si á ese hombre mi vista alcanza!

(Doña Juana y Fernando se dirigen á la puerta de la derecha: en el momento de llegar á ella, aparecen en la puerta de la izquierda Aurora y Carlos. Éste entra el primero, y por lo tanto de espaldas, sin que Fernando pueda verle el rostro: trae de la mano á Aurora como guiándola. Fernando se detiene un instante, y los mira con desesperación, extendiendo los brazos hacia ellos.)

¡En esto viniste á dar
después de tanto anhelar,
ilusión de mi esperanza!

(Salen Doña Juana y Fernando.)

ESCENA VI.

AURORA, CARLOS, con el nombre de LORENZO.

CARLOS.

¿Por qué cual bellos despojos
de llanto que antes vertiste,
hoy á mi encuentro viniste
con lágrimas en los ojos?

AURORA.

Del pasado me acosaron
recuerdos tan sin piedad,
que contra mi voluntad
las lágrimas me saltaron.

CARLOS.

Lo pasado fué torrente
que absorbió el mar de la nada,

la vida está consagrada
al porvenir y al presente.

AURORA.

¡Ay de mí!

CARLOS.

¡Triste suspiro!

AURORA.

¡Mi pobre hermano!...

CARLOS.

(Con profunda ansiedad.) ¡Fernando!
¿vuelve acaso? ¿cómo? ¿cuándo?

AURORA.

¡Ya no volverá!

CARLOS.

(Respiro.) (Pausa.)
¡Fernando... sí... por quien soy,
que es digno de simpatía!
(Pronuncia estos dos versos Carlos con entonación fría y forzada.)

AURORA.

¡Hoy tienes la voz sombría!

CARLOS.

Estás triste y triste estoy.

AURORA.

¡Lorenzo!...

CARLOS.

¿Por qué te asombra
que vaya á tu sér unido,
como el eco va al sonido,
como al cuerpo va la sombra,
quien cifra en tí su existencia
y de tu cariño vive,
y sin tí sólo concibe
ó la muerte ó la demencia?

AURORA.

¡Morir, delirar!... ¡Repito
que hoy estás triste!

CARLOS.

Lo ignoro.

AURORA.

¿Y es posible?

CARLOS.

Ví tu lloro
y tus tristezas imito.
¿Ves, bajo el líquido velo
de su linfa, cómo el lago

pinta con sumiso halago
sombras y luces del cielo?
¿Lo ves brillar con azul
purísimo y trasparente,
cuando de oriente á poniente
los aires tienden su tul?
¿Lo ves en la noche oscura
negro como el cielo mismo,
imitando aquel abismo,
el abismo de la altura?
Él refleja el rojo sol,
y en sus hondas peregrinas,
él refleja las neblinas
y refleja el arrebol.
Pues como el lago sereno
luz y sombra reverbera,
y de la celeste esfera
la imagen lleva en su seno,
¡yo reflejo tu dolor,
yo reflejo tu placer,
y en el fondo de mi sér
llevo el cielo de tu amor!

AURORA.

¡Canto armonioso del alma!
¡Cuán dulce tu voz resuena!... (A Carlos.)
¡Cómo se ahuyenta la pena,
cómo se torna la calma!
Fácilmente se trasluce

en terso lago el contento,
cuando el azul firmamento
en su linfa reproduce;
mas también en claro día
un cielo azul al hallarse
sin espejo en que mirarse,
¡cuánta pena sentiría!
Si soy cielo, pues así
lo ha ordenado tu deseo,
ese lago en que me veo
¿dónde está, Lorenzo?

CARLOS.

Aquí,
en el alma; y si mirar
quieres en ella clemente,
en su fondo transparente
verás tu imagen vibrar.

AURORA.

(Tristemente.) ¡Dices que mire! Pues yo
sólo miro un negro velo!
Este que llamas tú cielo
nunca en tus ojos se vió. (Pausa.)
Que eres gallardo, la gente
me asegura.

CARLOS.

¡Vida mía!...

AURORA.

Pero agregan que es sombría
algunas veces tu frente.

CARLOS.

Olvida, mi bien querido...

AURORA.

Puedo olvidarme de mí,
pero ¡ay, Lorenzo! de tí,
imposible, no me olvido.
¿Es negra tu cabellera?
¿Es bizarra tu apostura?
¿Hay en tus ojos dulzura?
¡Todo esto saber quisiera!

CARLOS.

¡Aurora!

AURORA.

Perdón, mi bien:
ya lo sé; más con saberlo
no me basta... ¡quiero verlo!

CARLOS.

¡Deliras!

AURORA.

¡Verlo también!
¡La luz, Lorenzo!

CARLOS.

¡No más!
(¡En mi rostro su mirada
ver con espanto clavada!)

AURORA.

¡Verte, Lorenzo!

CARLOS.

(Jamás!)

AURORA.

¡Escuchar tu voz amante,
adorarte cual te adoro,
y por más que á Dios imploro
no ver nunca tu semblante!

CARLOS.

(Acercándose á Aurora y cogiendo su mano con cariño.)
La oscuridad es la calma,
y la luz es la inquietud;
del amor por la virtud
ve directamente el alma,
en misterioso arrebol,
lo que ver nunca podría
con toda la luz del día
y todo el fuego del sol.
Cuando te acercas á mí,

cuando tus manos estrecho,
y el latido de tu pecho
resuena amoroso aquí,
cuando tu sér de esta suerte
se confunde con el mío,
¿de qué me sirve, Dios mío,
la luz del sol para verte?
¡Si es tu espíritu la luz
y á sí propio se ilumina!

ESCENA VII.

AURORA, CARLOS, FERNANDO.

Fernando entra violentamente por la puerta de la derecha, primer término, y se detiene á contemplar el grupo que forman Aurora y Carlos. Este último se halla de espaldas á Fernando.

FERNANDO.

(¡Los dos!... ¡Sí!... ¡bondad divina,
ven en mi ayuda!
(Procura contenerse; separa la vista de los dos amantes y oculta el rostro entre las manos.)
¡Esta cruz
ya me agobia y dobla al suelo
mis rodillas! ¡No: no más!)

CARLOS.

¿Siempre, siempre me amarás?

AURORA.

¡En la tierra y en el cielo!

FERNANDO.

(Echando mano al puñal del cinto, pero sin acabar de desnudarlo y precipitándose sobre Carlos.)
¡Basta!

AURORA.

¡Su voz!
(Aurora se separa de su amante atraida por la voz de Fernando: Carlos se vuelve rápidamente; él y Fernando se reconocen: este último se detiene. En todos estos movimientos simultaneidad y rapidez.)

FERNANDO.

(¡Él!... ¡mentira!...
¡ilusión de la venganza!)

CARLOS.

(Él!... Fernando!...)

AURORA.

(Alto.) ¡Mi esperanza!
Hacia allí, Lorenzo, mira,
¡mira por mí, que no puedo!

CARLOS.

¡Yo tampoco puedo ver!
(Ocultando el rostro.)

FERNANDO.

(Acercándose á él y en voz baja.)
¡Eras tú!... ¡no puede ser!

CARLOS.

(Lo mismo, con desesperada resolución.)
¡Yo soy!

FERNANDO.

(Siempre en voz baja.) ¡Carlos!

CARLOS.

¡No: más quedo,
si no prefieres morir!
(Cogiéndole por un brazo: Fernando se desprende con energía, retroceden y se miran ambos en ademán colérico: Aurora presta oido atento.)
(Pausa.)

CARLOS.

(En voz baja á Fernando.)
¡Salvé tu vida!

FERNANDO.

(Idem á Carlos.) Es verdad.

AURORA.

(En voz alta.) ¿Pero quién es, por piedad?

CARLOS.

(En voz baja á Fernando.)
¡Hoy la exijo!

FERNANDO.

(Idem á Carlos.) ¡Y yo vivir

quiero como nunca ahora!

AURORA.

¡Pero aquella voz, Dios mío!

FERNANDO.

Tu cólera desafío! (En voz baja á Carlos.)

CARLOS.

(En voz alta y sin poder contenerse.)
¡Fernando!

AURORA.

¡Fernando!

FERNANDO.

(En voz alta.) ¡Aurora!
(Marchan Fernando y Aurora, cada uno al encuentro del otro y se abrazan con efusión. Carlos queda á cierta distancia inmóvil y aterrado.)

AURORA.

¡Es ilusión del deseo!

FERNANDO.

¡Es albor de un nuevo día!

CARLOS.

¡Y es comienzo de agonía
para tí! (Á Fernando en voz baja.)

FERNANDO.

(A Carlos en voz baja.) ¡No: para el reo!
Yo no asesiné á su padre;
yo no he robado su amor.

AURORA.

¡Cuánta dicha!... ¡Y tú traidor,
nada me dijiste!

(A Carlos en tono de cariñosa reconvención: éste al oir la palabra *traidor* retrocede.)

¡Madre;
madre querida!...

CARLOS.

Prudente
será, Aurora, prepararla.

(Con afán y procurando conducirla á la puerta de la derecha, primer término.)

AURORA.

Es verdad... voy á anunciarla
que su deseo...

FERNANDO.

(Á Aurora adelantándose.)

Detente!

CARLOS.

(Á Fernando cerrándole el paso y en voz baja pero terrible.)
¡Silencio!
(Á Aurora, llevándola hasta la puerta.)
¡Pronto!

AURORA.

Los dos
aquí esperáis... ¡Qué alegría!
¡Fernando!... ¡y tú, vida mía!
¡Madre, madre, ven por Dios!
(Sale por la puerta de la derecha, primer término. Fernando quiere seguirla, Carlos le cierra el paso.)

ESCENA VIII.

CARLOS, FERNANDO.

FERNANDO.

Es mi amor esa mujer.

CARLOS.

Será cuando más tu anhelo:
de su amor el alto cielo
va en el fondo de mi sér.

FERNANDO.

Yo lo arrancaré de allí.

CARLOS.

Podrás la vida quitarme,
pero su amor arrancarme,
no podrás, Fernando.

FERNANDO.

Sí.
De tu espada limpia y ancha
que empaña el brillo sospecho
en buen largo y en buen trecho
una roja antigua mancha.

CARLOS.

Y ¿vas á ser de ese modo
un infame delator?

FERNANDO.

Para conseguir su amor
pronto estoy á serlo todo.

CARLOS.

Cuando á tu lado luchaba,
cuando mi pecho desnudo
era de tu pecho escudo
y mi sangre te mojaba,
pudiste decirme allí:
«por la vida que hoy me das
mañana recibirás

todo el mal que quepa en mí.»
¡Tu alma ruín de aquesta suerte
se me muestra agradecida!

FERNANDO.

Si allí me diste la vida,
aquí me has dado la muerte.

CARLOS.

¿Qué te robé que tuviera
antes que yo el pecho tuyo?
Por mi propio bien arguyo,
y arguyo de esta manera:
¡yo sólo obtuve su amor!

FERNANDO.

Mas no pudiste obtenerlo,
que fué infame pretenderlo
del Conde en el matador.

CARLOS.

Si no es tuya su venganza,
ni es suya tu sangre aleve,
en mi daño ¿qué te mueve?
¿qué, Fernando?

FERNANDO.

La esperanza.

CARLOS.

¿Piensas que conseguirás?...

FERNANDO.

Su cariño.

CARLOS.

Empeño vano:
podrá amarte como á hermano;
como á su amante jamás.

FERNANDO.

¡Sacrifiqué mi quietud
y mi vida por Aurora!

CARLOS.

Se adora porque se adora;
mas nunca por gratitud.

FERNANDO.

¡Si al fin sabe tu traición
y la sabe por mis labios!...

CARLOS.

Me odiará por sus agravios,
y á tí por la delación.
Imaginas por ruín precio
alcanzar un alma noble

y tu crimen tendrá doble
escarmiento: odio y desprecio.
Yo le diré la verdad,
que la vida te salvé.

FERNANDO.

(Su cariño perderé:
tiene razón; es verdad.)

CARLOS.

(Si á infundirle temor llego...)

FERNANDO.

(Por más que parezca extraño,
quien procura un desengaño
se hace odioso... ¡Estaba ciego!)

CARLOS.

El mal sólo engendra el mal,
y el deshonor, deshonor,
y ¡á poner vas á tu amor
la traición por pedestal!
¡Quieres su alma conseguir!
¡Quieres llegar á su altura!
¡Al cielo de su hermosura
soberbio intentas subir!
Pues para volar son malas
tus artes, que de entre el lodo
no sacaron de este modo

el plumaje de sus alas,
ni la tierna y misteriosa
pasajera golondrina,
ni la alondra peregrina,
ni el águila poderosa.
Cuando toma vida el cieno,
brota el reptil de tal fuente,
y sólo cuando esplendente
el ancho espacio sereno,
de luz, aire y tintas suaves,
engendra un sér á su hechura,
aparece la hermosura
de las plumas y las aves.
Lo juro por esta cruz:
(Golpeando la empuñadura de la espada.)
tu alma pierde á la que adora:
Aurora, como es aurora,
sólo habita entre la luz.

FERNANDO.

(Calma, calma.)

CARLOS.

(¡Ya vacila!
Alienta, esperanza, alienta!)

FERNANDO.

(Si realiza lo que intenta
¡ay de mí!)

CARLOS.

(¡Vaga intranquila
su vista!) (Alto.) Escucha, Fernando.

FERNANDO.

Escucha, Carlos.

CARLOS.

Dí, pues.

FERNANDO.

Tú primero.

CARLOS.

No, después.

FERNANDO.

(Me mira.)

CARLOS.

(Me está observando.)
(Pausa: se espían ambos recelosamente.)

FERNANDO.

Que con singular denuedo,
á mi lado combatiste,
que sangre por mí vertiste,
ni he de negarlo, ni puedo;

y pues tuya es la razón,
dispuesto estoy á cumplir
cuanto quieras exigir
por aquella obligación.
¿Qué pides?

CARLOS.

Pido la vida:
tu silencio.

FERNANDO.

Callaré.

CARLOS.

Fernando, te deberé...
(Con efusión y tendiéndole la mano, que Fernando no acepta.)

FERNANDO.

Basta ya. ¿Queda cumplida
mi obligación de este modo?

CARLOS.

¡Por la vida que te dí
cien vidas me das á mí!
¡Todo te lo debo, todo!
¡Dame tu mano... tus brazos!

FERNANDO.

No, Carlos; zanjé contigo

mi deuda; soy tu enemigo.
Están ya rotos los lazos
de gratitud y amistad,
y pues lo quiere la suerte,
entre los dos guerra á muerte
sin descanso ni piedad.

CARLOS.

Bien sabe Dios que me pesa
y que quisiera evitarla.

FERNANDO.

¿Prefieres dejar de amarla?

CARLOS.

Eso nunca.

FERNANDO.

¡La condesa!

ESCENA IX.

AURORA, DOÑA JUANA, CARLOS, FERNANDO.

AURORA.

(Á Doña Juana.)
¿Con que también lo sabías!
¿Con que todos me ocultaban
que á traición se me acercaban
esperanzas y alegrías?

FERNANDO.

¡Gozar quise en tu sorpresa!

JUANA.

Yo prevenir tu emoción.
(Aurora espera un momento y presta el oido aguardando que Lorenzo diga algo.)

AURORA.

Lorenzo, ¿por qué razón
nada me dices? ¿Te pesa
mi felicidad?

CARLOS.

No á fé.

AURORA.

Ven... más cerca... más... tu mano;
la tuya también, hermano.
(Coge una mano á Carlos y otra á Fernando. Pausa: después suelta las dos manos tristemente.)
Hay en ambos no sé qué. (Nueva pausa.)

CARLOS.

No debe el alma mecerse
con excesiva confianza
en delirios de esperanza
que pueden desvanecerse;
pues en el mundo traidor,

muchas veces, vida mía,
lo que comienza alegría
suele terminar dolor.

FERNANDO.

No debe el alma entregarse
á una desconfianza ciega
entre tanto que no llega
el desengaño á tocarse:
que en el mundo, hermana mía,
aunque dicen que es traidor,
lo que comienza dolor
suele acabar alegría.

AURORA.

Os confieso á mi pesar,
que no logro comprender,
ni por qué debo temer,
ni por qué debo esperar.
¡Es completa mi ventura,
gracias al benigno cielo!

FERNANDO.

(En voz baja á Aurora.)
(Que á tu dicha en este suelo
nada falta, ¿estás segura?
¡Mira bien!)

AURORA.

(Idem á Fernando.) ¡No puedo ver!

FERNANDO.

(Á Aurora.) (Ver no puedes? Pues te falta
la preeminencia más alta
quizá del humano sér
en esta vida terrena.)

CARLOS.

(¿Qué están hablando los dos?)

FERNANDO.

(En voz baja á Aurora.)
(¿Dónde está la luz de Dios,
que todo el espacio llena?)

AURORA.

¡Basta; no me martirices! (Idem á Fernando.)

FERNANDO.

¡Quieres ver! (Á Aurora.)

AURORA.

(Á Fernando.) ¡Delirio vano!

FERNANDO.

¡Es realidad! (Á Aurora.)

AURORA.

¡Calla, hermano!

FERNANDO.

¡Es evidencia!

AURORA.

¿Qué dices?

JUANA.

(¡Cómo los mira!) (Observando á Carlos.)

CARLOS.

(Mirando á Fernando.) (¡Ay de tí!)
(Á Doña Juana en voz baja.)
(¿Qué hablarán los dos?)

JUANA.

(Á Carlos idem.) (Tal vez
recuerdos de la niñez
evocan.)

FERNANDO.

¿Lo quieres?

AURORA.

(Á Fernando.) Sí.

FERNANDO.

Es preciso que nos deje
Lorenzo. (Á Aurora.)

AURORA.

(Á Fernando.) ¿De qué manera?

FERNANDO.

No lo sé. (Á Aurora.)

CARLOS.

(En voz alta.) ¡Fernando!

FERNANDO.

(Idem.) Espera.

AURORA.

(Á Fernando en voz baja.)
Yo haré que al punto se aleje. (Pausa
El exceso del placer
cual del dolor el exceso,
nos abruma con su peso:
me siento desfallecer.
Lorenzo, dame la mano...
acércame á esa ventana...
(Carlos la conduce á la ventana y la hace sentar en el sitial.)
¡Aire quiero!... (¡Y luz mañana!)
¡Venid!... ¡mi madre!... ¡mi hermano!
¡Los tres!... ¡más cerca de mí!
(Queda Aurora sentada junto á la ventana: Doña Juana, Carlos y Fernando, rodeándola: el salón envuelto en sombras, la ventana iluminada por los últimos rayos del sol.)
¡Cuánta dicha!... ¡De esas flores

los balsámicos olores
siento que llegan aquí!...
¡Siento el soplo de la tarde!
¡Y siento sobre mi frente
los rayos del sol poniente!
(Con dulce resignación.)
¡Si no brilla, al menos arde
y me presta su calor!..,
¡Siento, en fin, dentro del alma
luz, aromas, brisa, calma!...
¡Es que siento vuestro amor!
(Con expresión de ternura: Doña Juana la abraza enternecida: ella estrecha la mano á Carlos y después á Fernando. Pausa.)
¡Dije aromas?... Sobresale
entre todos uno... sí.
¿Llega á tí, Lorenzo, dí?
¡No hay aroma que le iguale!
¡Es ella... mi preferida!
(Á Carlos.) ¿La ves en aquella reja?
(Á Fernando.) Es ¡ay! tu rosa bermeja
que te da la bienvenida.
(Con expresión de capricho infantil.)
Quisiera tenerla.

CARLOS.

Iré...

AURORA.

¡Eres tan galante!

CARLOS.

¡Aurora!...

AURORA.

(Disculpándose con infantil humildad.)
Es un capricho...

CARLOS.

Que ahora,
al punto satisfaré.

(Carlos hace un movimiento para marchar, Fernando le mira con sonrisa irónica; aquél se detiene y se acerca á éste.)

(En voz baja á Fernando.)
(¡Bien arguyo del comienzo
pues que arranco aquella flor!)

FERNANDO.

(Idem á Carlos riendo.)
Para dársela á mi amor.

CARLOS.

(¡Es verdad!)

AURORA.

¿No vas, Lorenzo!

(Sale Carlos por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X.

AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO.

Al salir Carlos, se levanta Aurora precipitadamente: coge por la mano á Fernando y dan algunos pasos, alejándose de la ventana; Doña Juana los sigue, los tres forman un grupo estrechamente unido: en el diálogo gran rapidez.

AURORA.

Repite lo que há un instante (Con ansiedad.)
me decías.

FERNANDO.

¿Quieres ver?

AURORA.

¡Ver el sol! Y ¿puede ser?
Y ¿será cierto?

FERNANDO.

¡Delante
lo juro de aquella cruz!
(Señalando la capilla.)
¿Confianza tienes en mí?

AURORA.

¡Si tengo confianza!

FERNANDO.

Sí.

AURORA.

¡Fernando, pronto, la luz!

JUANA.

Calma tus afanes. (Á Aurora.)

AURORA.

Madre,
la esperanza me enajena:
pero ¿ves? estoy serena.

(Se acerca á Fernando y sigue con creciente ansiedad lo que dice.)

FERNANDO.

El cadáver de tu padre,
de sangre el rojo torrente,
la vista del matador,
de la luz el resplandor
hiriéndote de repente,
asaltaron tu pupila
y de horror la contrajeron,
pero no la destruyeron.

JUANA.

¡Por Dios, hija!...

AURORA.

Estoy tranquila.

(Separando á su madre dulcemente y acercándose más á Fernando.)

¡Sigue... sigue... por la cruz!

FERNANDO.

Filtros para dilatar
tus pupilas pude hallar
allí do nace la luz.

AURORA.

¡Dios del alma! (Con arrebato de alegría.)

FERNANDO.

Y voy á ver,
en tí, que mi pecho adora,
en tí, de mi cielo aurora,
nuevo sol amanecer!

AURORA.

(Separándose de él y dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

Lorenzo, Lorenzo!...

FERNANDO.

(Procurando detenerla.) ¡Calla!

AURORA.

¿Qué dices?

FERNANDO.

Debe ignorarlo.

AURORA.

¡Á mi Lorenzo ocultarlo!
De dicha mi pecho estalla,
¿y esta suprema alegría
no he de dividir con él?

FERNANDO.

¡Hermana!

JUANA.

¡Aurora!

FERNANDO.

¡Crüel!

AURORA.

Mi Lorenzo, ¿qué diría?

FERNANDO.

Ha de oponerse.

AURORA.

¡Los dos
este placer me amargáis,
cuando así le calumniáis!
¡Ven, Lorenzo, ven, por Dios!

ESCENA XI.

AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO, CARLOS,

con una flor en la mano. Aurora, al oirle, tiende hacia él los brazos.

CARLOS.

¿Qué tienes, Aurora mía?

FERNANDO.

¡Detente! (Á Aurora.)

AURORA.

Lo he de decir:
quiero con él dividir
el dolor y la alegría.
Lorenzo, dale tu mano,
(Señalando á Fernando.)
y dale tu corazón:
yo te diré la razón...
¡él es tu amigo, tu hermano!
¡Le vas, Lorenzo, á deber
más que la vida!

CARLOS.

¡Qué escucho!
(Se acerca á Fernando; éste se pára mirándole irónicamente.)

JUANA.

¡Mucho le debes!

AURORA.

¡Sí, mucho!
¡Porque al fin te voy á ver!

(Se acerca á Carlos en un momento de alegría, éste la rechaza; da algunos pasos vacilante, y muestra claramente en todos sus ademanes el estupor que le domina. El actor interpretará, sin embargo, esta situación como crea oportuno.)

CARLOS.

¿Vas á verme, Aurora?

AURORA.

¡Sí!
En su anhelo generoso,
un filtro maravilloso
ha encontrado para mí!

CARLOS.

¡Espera! ¡No te comprendo!

AURORA.

¡La luz, Lorenzo!

CARLOS.

¡Deliro!
¡Dices luz, y sombras miro
do quiera la vista tiendo!

JUANA.

(Acercándose á Carlos y cogiéndole la mano.)
¡Verá la luz, Dios clemente!

AURORA.

Fijaré en tí la mirada.
(Acercándose también á Carlos y hablándole al oido.)

FERNANDO.

Yo la palabra empeñada
cumplo religiosamente.
(Acercándose á su vez á Carlos y hablándole en voz baja y sarcástica.)
¡Doy la luz y nada más!

AURORA.

¡Lorenzo, mi bien, mi amor,
al fin te veré!
(Aproximándose á Carlos de nuevo y hablando con voz apasionada.)

CARLOS.

(Á cada personaje que se acerca retrocede huyendo con espanto de lo que oye.
¡¡Qué horror!!
¡Ella... mi Aurora... jamás!
(Cae desplomado en el suelo: todos le rodean.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO.

Doña Juana, sentada en el sillón próximo á la mesa de la derecha: á su lado, de pié, Fernando: Aurora en la puerta de la derecha, segundo término, escuchando con atención. Es de noche; sobre la mesa una lámpara. El salón envuelto en grandes sombras, la puerta de la capilla cerrada.

AURORA.

Nada se oye, al fin reposa.
(Se aproxima á su madre.)

JUANA.

Puesto que vela Fajardo
junto á Lorenzo, debieras
tú tambien algun descanso
dar al cuerpo dolorido
y al espíritu angustiado.

AURORA.

¿Para qué, madre? soy fuerte,
y esta noche empeño vano
fuera procurar reposo

antes de haber agotado,
ó de la dicha el placer,
ó el dolor del desengaño.

FERNANDO.

No temas, hermana mía,
y ten confianza.

AURORA.

¡Fernando!

FERNANDO.

En la noche de tus ojos
y en la noche del espacio,
presto rasgará las sombras
un mismo sol con sus rayos.
Y en verdad que el nuevo día
tendrá por afortunado,
en oriente dos auroras
y un sol no más en ocaso.

JUANA.

¡Dios te escuche!

FERNANDO.

Le pedí
con el alma, y me ha escuchado.

JUANA.

¿Es infalible el remedio?

FERNANDO.

Él su virtud pregonando,
al viajero se presenta
que cruza el confín asiático.

JUANA.

¿Tú viste?...

FERNANDO.

Ví con mis ojos,
y hasta toqué con mis manos.
(Pausa. Aurora se aproxima á su madre y ambas escuchan con interés.)
Rodaba sus turbias aguas
inmenso el Ganges sagrado
entre bosques de palmeras
y laureles aromáticos.
Al pié de algun bananero
maullaba el tigre, y el rastro
del cocodrilo en la orilla
conservaba el limo blando.
Era de noche: las sombras
cobijaban con su manto
las aguas del sacro río,
las selvas del suelo indiano,
y adivinaba el espíritu
en aquel nocturno caos
del misterioso infinito

el aliento soberano.
¡Do quiera la inmensidad,
lo enorme, lo ilimitado!
¡El boabab, el elefante,
el Himalaya, el Oceano! (Pequeña pausa.)
En un bosque de bambús,
tapizando un ancho claro,
flores de humilde apariencia
y cáliçes azulados,
dulcemente dormitaban
sobre sus flexibles tallos.
¡Noche de aromas y brisas,
y de rumores lejanos!
Al fin llegó la mañana
por el Oriente inflamado,
inundó las florecillas
el sol con sus puros rayos,
y al punto todos aquellos
cálices antes cerrados,
se abrieron bajo el influjo
maravilloso del astro.
Tus bellos ojos, Aurora,
son cálices azulados,
que dormitan dulcemente
todas sus hojas plegando.
De aquel sol los resplandores
en un filtro he condensado,
el jugo de ciertas plantas
cuidadoso destilando;

y presto verás, bien mío,
flor dormida sobre el tallo,
al influjo prodigioso
de la luz del cielo indiano,
dilatarse tus pupilas,
cual las flores dilataron
sus corolas al llegar
del sol los primeros rayos.
¡Ojos azules, abrid
vuestros cálices, que os traigo
la luz aquella de Oriente
en este filtro encantado!

AURORA.

¡Si fuera verdad, Dios mío!

JUANA.

¡Si fuera verdad, Dios santo!

AURORA.

¡Tanta dicha me enajena!

FERNANDO.

Me ofende sólo el dudarlo.
Infundiros quise fé,
pero á mí no me ha bastado;
su virtud maravillosa
que do quiera me ensalzaron,
por mí mismo puse á prueba

á mi regreso á Damasco.

AURORA.

¿Será esta noche?

FERNANDO.

¡Será!

JUANA.

¿Por qué tan pronto? Aguardando
á mañana...

AURORA.

¡Madre, no!

JUANA.

¡El cielo nos dé su amparo!

ESCENA II.

AURORA, DOÑA JUANA, FERNANDO, PARREÑO, este último con el nombre de FAJARDO.

Sale Parreño por la derecha, segundo término, con una luz en la mano.

JUANA.

¿Y Lorenzo? (Á Parreño.)

PARREÑO.

Vuelto apenas

de su penoso letargo,
mandóme llevar la luz,
y obedezco su mandato.
(Deja la luz sobre la mesa.)

AURORA.

¿Está más tranquilo?

PARREÑO.

(En tono brusco.) No.

AURORA.

¿Pronuncia mi nombre?

PARREÑO.

Claro.

AURORA.

¿Y qué dice?

PARREÑO.

(Impaciente.) No lo sé.

AURORA.

¿Suspira?

PARREÑO.

Suspira á ratos.

JUANA.

¿Habla?...

PARREÑO.

(Bruscamente y mostrando enojo por el interrogatorio.)
Poco, y jura mucho.

FERNANDO.

Y ¿no llama?

PARREÑO.

Sí: á los diablos.

JUANA.

¿Escucharle no pudiste?...

PARREÑO.

No es oficio de... Fajardo
sorprender en el delirio
los secretos de sus amos.

AURORA.

¿Qué secretos? No hay ninguno.

PARREÑO.

Tanto mejor; en tal caso
ni pudo decir él nada,
ni yo tampoco contarlo.

AURORA.

El contento, la emoción,
su espíritu trastornaron,
y al peso de tanta dicha
cedió mi Lorenzo amado.

PARREÑO.

Pues por lo visto, el señor,
que es en todo extraordinario,
tiene triste la alegría.

JUANA.

Dice bien el buen Fajardo. (Pensativa.)

PARREÑO.

¿En qué digo bien? (Volviendo sobre sí.)

JUANA.

¿En qué?
En observar que es extraño...

PARREÑO.

¡Extrañar!... no extraño nada,
ni áun habiéndolo extrañado,
lo dijese á voz en cuello
como cualquier mentecato.
Soy ya viejo, he visto mucho,
y sé que al hombre más bravo

eso que llaman amor
hace cobarde y menguado.
¡Él... Lorenzo... que es capaz
de emprenderla con el diablo
á cuchilladas!... ¡Por vida
de Barrabás!... ¡un desmayo!
(Á Aurora.) Podéis estar orgullosa:
bien le habéis domesticado.

FERNANDO.

¡Ese lenguaje modera!

AURORA.

Sigue, sigue, buen anciano.

JUANA.

¡Pero, Aurora!...

AURORA.

Tus palabras
no me enojan: al contrario,
ellas me prueban su amor.

CARLOS.

¡Fajardo! (Desde dentro.)

AURORA.

(A Parreño.) ¡Escucha!

CARLOS.

(Desde dentro.) ¡Fajardo!

PARREÑO.

¡Válgame Dios! otra vez
al león encadenado
le empieza la calentura.
Voy al punto... (Sale llevándose una luz.)

FERNANDO.

(Á Aurora.) Es necesario
aprovechar los momentos.
Retírate: algún descanso
toma, y después...

JUANA.

Ven, Aurora.

AURORA.

¿Y después?

JUANA.

(Pensativa.) (¡Es muy extraño!)

AURORA.

¡La luz!

FERNANDO.

La luz: te lo juro.
Vete. (Dulcemente y conduciéndola.)

AURORA.

Obedezco. Entre tanto
tú velarás por Lorenzo.

FERNANDO.

Por él quedaré velando.
(Salen Aurora y Doña Juana por la derecha, primer término.)

PARREÑO.

(Entrando de nuevo por la derecha, segundo término.)
(A Fernando.) ¡Quiere marcharse! ¡Mejor!
¡Algún ángel le ha inspirado!
La espada... el sombrero... todo...
(Recogiendo, á medida que habla, estos varios objetos.)

CARLOS.

¡Fajardo!

PARREÑO.

¡Ya voy!

CARLOS.

Con voz colérica.) ¡Fajardo! (Sale Parreño.)

ESCENA III.

FERNANDO.

¡Pobre Aurora! anhela ver,
y así conspira en su daño
sin llegarlo á comprender,
que el dolor del desengaño
será su primer placer.
Hoy vive en la oscuridad,
y es dichosa aunque delira:
¿por qué busca la verdad,
si en una hermosa mentira
está su felicidad?
¿Por qué tan loca pasión
y tan ciego frenesí?
¿De qué sirve la razón?
¿Ó es que la llama hacia sí
del abismo la atracción!
¡Qué importa! quiero alcanzar
el amor de esa mujer,
y no voy á investigar
si es preferible saber,
ó es preferible ignorar.
Y después que muera en tí
el amor que es hoy tu vida,
y que tanto aborrecí,
¿tendrás, Aurora querida,
algún amor para mí?

No lo sé; mas por mi honor,
que no dudo ni un instante:
antes de verte ¡oh dolor!
en los brazos de otro amante,
muerta te quiere mi amor.

ESCENA IV.

FERNANDO, DON CARLOS, PARREÑO.

D. Carlos entra por la derecha, segundo término: viene embozado y cubierto, y marcha lentamente: á veces se para. Parreño le sigue. Fernando se retira de suerte que no le vean y observa los movimientos de Carlos. Puede sin embargo, retirarse como en observación, mientras dura el monólogo de D. Carlos, al fondo de la ventana.

CARLOS.

Sígueme. (Á Parreño.)

PARREÑO.

Ya sigo.

FERNANDO.

(Viene...) (Retirándose.)

CARLOS.

(Sin moverse.) Salgamos pronto de aquí.
(Pausa.)
Aurora descansa allí.
¡Aurora!

PARREÑO.

¿Qué te detiene?

CARLOS.

Y ¡tú me preguntas?... Nada.
(Pausa.)
¿Cómo sostener podría
de la dulce prenda mía
frente á frente la mirada?
(Da algunos pasos para salir; después deja caer el embozo, inclina la cabeza y queda un momento en silencio.)
¡Nunca á mi lado estará,
encanto de mis sentidos!
¡su voz nunca en mis oidos
con amor resonará!
¡No más dulcísimo alarde
de mezclar nuestros alientos;
no más tiernos juramentos
al declinar de la tarde!
¡No me esperará mañana
de amor el pecho inflamado,
bajo el contorno calado
de esa gótica ventana!
¡No la veré, Dios clemente,
hermosa como ninguna,
la blanca luz de la luna
sobre la pálida frente!
¡Pasarán hora tras hora,

horas de eterna agonía,
y tras un día otro día!...
¡todos, todos... sin *Aurora*!
¡De tu hermosura jamás
vendrán á mí los reflejos,
que siempre lejos, muy lejos
de tu Lorenzo estarás!
(Pausa: oculta el rostro entre las manos.)
Dicen que he sido traidor,
que de sombras me rodeaba...
¡pero yo no te engañaba,
que era infinito mi amor!
Hoy la luz, sello infamante,
se clava sobre mi frente,
y verás al delincuente
en vez de ver al amante!
Si del cielo el resplandor
sólo nos muestra en la tierra
infamia, traición y guerra,
al criminal vencedor,
y al inocente en la cruz,
¿para qué hiciste, Dios mío,
más bien que benigno, impío,
tanto sol y tanta luz?

PARREÑO.

¿A qué te quejas en vano?
Ven pronto.

CARLOS.

Espera, Parreño.
¡Y todo habrá sido un sueño!

PARREÑO.

Ese recuerdo liviano
quizá el tiempo desvanezca.
Salgamos pronto de aquí.

CARLOS.

Dices bien, Parreño, sí:
no quiero que me aborrezca.

(Se dirigen ambos á la puerta de la izquierda. D. Carlos se detiene y queda contemplando el sitial que se halla junto á la ventana.)

PARREÑO.

(En su rostro lleva impreso
del dolor sello fatal.)

CARLOS.

¡En este mismo sitial
robé á sus labios un beso!
(Alto á Parreño.)
¡Perderla! Y ¿tú lo pensaste?
¡Marcharme! Y ¿tú lo dijiste?
¡Pues vive Dios que mentiste
ó cual necio te engañaste!
(Arroja la capa y el sombrero.)

PARREÑO.

¿Qué intentas?

CARLOS.

Mi frenesí
nada escucha, á nada cede,
¡que el mundo entero no puede
arrancármela de aquí!
(Golpeándose el pecho.)

FERNANDO.

(Presentándose en el hueco de la ventana.)
Pero en cambio podré yo.

CARLOS.

¡Fernando!
(Pausa: se contemplan con ira reconcentrada.)

PARREÑO.

¡Prudencia ten!
(En voz baja á Carlos.)

CARLOS.

¡Fernando, piénsalo bien!
¡Cede, te lo ruego!

FERNANDO.

No.

CARLOS.

¡Luchar pretendes conmigo,
y no tiemblas al mirarme!

FERNANDO.

No es mi costumbre asustarme
al mirar á mi enemigo.

PARREÑO.

¡Por Dios!

CARLOS.

Déjame, Parreño.

PARREÑO.

¡Por Dios!

CARLOS.

Vete.

PARREÑO.

(En voz baja á Carlos.) (Fuera estoy,
y ya lo sabes, yo soy
de mi señor y mi dueño.) (Váse.)

ESCENA V.

DON CARLOS Y FERNANDO.

CARLOS.

Si ver en mi alma pudieras,
si mi angustia adivinaras,
yo bien sé que te espantaras
(Con acento triste.)
ó compasión me tuvieras.
(Cambiando de tono y conteniéndose.)
Yo no quisiera ofenderte...
yo no quisiera irritarte...
¡dí si hay modo de apiadarte
ya que no de convencerte!
Si en mi ciego aturdimiento,
si en mi estilo de soldado,
pude algo haber pronunciado
que te ofenda... me arrepiento.
¿Lo ves? ¡pido compasión!
De soberbio no me tildes:
busco palabras humildes
que ablanden tu corazón.
¡Contempla aquí mi altivez
humillada á su despecho:
mira mi sangre del pecho
afluyéndome á la tez!
¡Yo, Don Carlos de Quirós,
de Italia espanto y de Flandes,

yo el más grande entre los grandes,
perdón te pido por Dios!
(Oculta el rostro entre las manos y dobla el cuerpo rendido y quebrantado.)

FERNANDO.

Modera, Carlos, tu afán,
y calma tu frenesí:
ni ofensas tengo de tí,
ni á tenerlas fuera tan
insensible á tu dolor,
que olvidarlas no quisiera;
mas la causa existe entera,
puesto que existe tu amor,
y que es mi sola esperanza
esa mujer en la vida,
de esta lucha maldecida
á que el destino nos lanza.
(Hace un movimiento para salir.)

CARLOS.

¡No te marches! ¡Irás luego!
(Deteniéndole con el ademán y voz suplicante.)
¡Escucha, Fernando, escucha,
que aunque tu pasión es mucha,
has de ceder á mi ruego!
Tu alma noble y generosa,
(Con voz persuasiva.)
tu suprema inteligencia
exploraron de la ciencia

la región maravillosa.
¡La alquimia... y el astrolabio...
piedras... plantas... teología...
la humana filosofía...
todo!... ¡En fin, eres un sabio!
Para tí, ¿qué es el amor?
un capricho, un desvarío;
fiebre, cansancio y hastío:
¡una forma del dolor!
¡Á tí, te darán consuelos,
si te venzo en esta guerra,
con sus portentos la tierra,
con sus asombros los cielos!
En cambio, ¿qué vengo á ser?
En tono cada vez más suplicante.)
No más que un rudo soldado.
De todo, ¿qué me ha quedado?
¡El amor de esa mujer!

FERNANDO.

(Con profunda ironía.)
Mi ciencia, que al fin no es mucha,
fuera ciencia de pedante,
si tú, con ser ignorante,
vencieses en esta lucha.
Ni con asombros los cielos,
ni con portentos la tierra,
pueden mitigar la guerra
de mi amor y de mis celos.

¡Mil alquimias y astrolabios,
piedras, plantas, teología,
tierra y cielo yo daría
por un beso de sus labios!
Si esa mujer es la estrella
de tu vida, y tu esperanza,
tampoco á mí se me alcanza
cómo he de vivir sin ella.
¡Con que cesa de gemir
y entiende, por Belcebú,
que has de cedérmela tú,
ó yo la he de conseguir!

CARLOS.

Y ¿todo es inútil? (Con ira.)

FERNANDO.

Todo.

CARLOS.

¿No cedes? (Con ira reconcentrada.)

FERNANDO.

Ceder... por Cristo!

CARLOS.

¡Con qué placer me habrás visto
arrastrarme por el lodo!
¿Lucha quieres?

voy ganando ¡vive Dios!
la diferencia que media
entre Lorenzo de Heredia
y don Carlos de Quirós.
Y pues al fin en mi mano
sangre tiene que tocar,
la del padre he de borrar
con la sangre del hermano.
Grande será su dolor,
mas toda mujer perdona
un crimen cuando lo abona
el delirio del amor.

FERNANDO.

¡Va discurriendo el soldado
cual doctor de Salamanca!

CARLOS.

Sin embargo, no te arranca
esa espada del costado.

FERNANDO.

¿Quién hay que á tanto resista?

CARLOS.

¿Riñes?

FERNANDO.

Sí, pero no ahora.

CARLOS.

Pues ¿cuándo?

FERNANDO.

Cuando á mi Aurora
haya devuelto la vista.

CARLOS.

No abrigues esa ilusión.

FERNANDO.

(Irónicamente.)
Sin embargo, de eso trato.

CARLOS.

Y yo, Fernando, te mato...

FERNANDO.

(Lo mismo.) ¿De veras?

CARLOS.

¡Sin compasión!

FERNANDO.

¿Y bien?...

CARLOS.

(Amenazándole.) ¡Defiéndete!

FERNANDO.

¡Hiere!

(Presentando el pecho pero retrocediendo hacia la capilla. Entra Parreño y se acerca por la espalda á Don Carlos.)

CARLOS.

¡Mira que mi sangre arde!

FERNANDO.

¡Toma mi vida!

CARLOS.

¡Cobarde!

FERNANDO.

¡La muerte aguardo!

CARLOS.

¡Pues muere!

(D. Carlos se precipita sobre Fernando; éste abre las dos puertas de la capilla y presenta el pecho á la espada de su enemigo: Parreño sujeta el brazo á D. Carlos.)

FERNANDO.

A Dios pongo por testigo
de la muerte que me das.

PARREÑO.

Don Carlos, no matarás
á un indefenso enemigo.

ESCENA VI.

AURORA, CARLOS, FERNANDO, PARREÑO.

AURORA.

Fernando, la noche pasa.

FERNANDO.

En cambio llega la aurora.

AURORA.

¿Con quién hablabas ahora?

FERNANDO.

Con Fajardò.
(Á Carlos en voz baja.) ¡Pues fracasa
tu proyecto!

PARREÑO.

¡Entra, señor!...

CARLOS.

¡Aquí no!

PARREÑO.

Se va acercando.

(Carlos intenta retroceder, pero Aurora avanza hacia ellos, y Fernando y Parreño le obligan á entrar.)

FERNANDO.

(A Carlos en voz baja.)
Vaya á solas consultando
al testigo el matador.
(Entra Carlos en la capilla, y cierran Parreño y Fernando las puertas.)

AURORA.

¿Y Fajardo? (Con cierta desconfianza.)

FERNANDO.

(En voz baja.) (Date prisa
y habla.)

PARREÑO.

(Con mal humor.) (Yo no sé fingir.)
¿Qué mandáis? (En voz alta.)

AURORA.

Nada.

FERNANDO.

(En voz baja.) (Haz venir
al instante á la condesa.)
(Sale Parreño por la puerta de la derecha, primer término.)

ESCENA VII.

AURORA, FERNANDO.

AURORA.

¿Y Lorenzo?

FERNANDO.

Meditando
sin duda está en sus deberes,
que entiende al fin.

AURORA.

(Con enojo.) ¡No le quieres!
¡tú no le quieres, Fernando!
Sus deberes ¿cuáles son?

FERNANDO.

(¡Con mil tempestades lucho!)

AURORA.

El primero amarme mucho,
con todo su corazón:
y ¿no me ama?

FERNANDO.

(¡Cruel porfía!)

AURORA.

Ei segundo... yo no sé;

pero pienso por mi fé,
que es amarme, todavía.
El tercero... y los restantes...
y todos en conclusión,
resulta que al cabo son
los mismos que fueron antes.
(Con malicia infantil.)
Y hallamos ¡bondad divina!
hecho ya nuestro recuento,
que sólo hay un mandamiento
del amor en la doctrina.

FERNANDO.

¡Basta, Aurora! (Con enojo.)
El tiempo pasa.

AURORA.

¡Pongo mi confianza en tí!

FERNANDO.

¡Sígueme!

AURORA.

Fernando, sí,
que la impaciencia me abrasa.
(Del cielo la claridad, (Deteniéndose.)
la luz del sol voy á ver,
y casi siento perder
esta triste oscuridad.)

FERNANDO.

Llega el instante, ven.

AURORA.

Sí.

(Adios, noche en que he vivido,
y en que tan dichosa he sido;
aún puedo volver á tí,
de mis venturas comienzo,
si tales son mis antojos,
(Con cierta malicia.)
con solo cerrar los ojos
y dar mi mano á Lorenzo.)

ESCENA VIII.

AURORA, CARLOS, FERNANDO.

Aurora y Fernando se dirigen á la derecha: Carlos sale de la capilla cerrándose después las puertas.

CARLOS.

¡Aurora!
(Aurora se detiene al oir la voz de Carlos, volviéndose hacia él. Fernando procura retenerla.)

FERNANDO.

(Viniste tarde,
que es mía su voluntad.)
(Aurora se desprende de Fernando, y Carlos y ella se acercan uno á otro con afan: movimiento de despecho de Fernando y de alegría de Carlos.)

AURORA.

¿Se acerca la claridad
del día?

CARLOS.

(Sombrío.) No: ni el sol arde.
Aquí... ¡tan sólo esa luz,
y dentro de la capilla,
(Mirando hacia atrás con cierto terror supersticioso.)
una lámpara que brilla
ante el Cristo de la cruz!

AURORA.

¡Siempre noche, en derredor!

CARLOS.

Siempre noche, y poco importa,
¡que áun eterna fuera corta
para nuestro inmenso amor!

AURORA.

¡Es que quiero tu semblante
ver, Lorenzo!

CARLOS.

Empeño vano:
todo rostro es un arcano:
¡ves el alma, y es bastante!
(Movimiento de Aurora.)

¡Ay, Aurora, no codicies
de mi cariño otra prueba
que en la que en sí mismo lleva!
¡ilusiones no acaricies:
el sol de la creación
podrá alumbrar todo un mundo,
mas no alumbrará el profundo
abismo del corazón!
¡Yo soy tu felicidad;
yo soy la dicha y la calma;
soy el reposo del alma
en la eterna oscuridad!
(**Aurora se deja atraer dulcemente por Carlos.**)

FERNANDO.

¡Y luché cuanto he luchado,
y sufrí cuanto he sufrido,
y todo habrá inútil sido,
porque un loco enamorado
exalte tu fantasía
y oprima tu corazón!

AURORA.

Es verdad; tiene razón;
es injusta tu porfía.
(**á Carlos separándose de él.**)

FERNANDO.

¡Conmigo la claridad

de los cielos; la evidencia
de todo; la trasparencia
divina de la verdad!

CARLOS.

¡Ella me rechaza... y huye!...
(¡Nos separará un abismo!)

FERNANDO.

De su insensato egoismo
en la defensa ¿qué arguye?

CARLOS.

La noche al dejarte á tí
me aprisionará en su tul,
¡y si en tí fué noche azul,
noche negra será en mí!

AURORA.

¡Eso es delirar, Lorenzo!

CARLOS.

¡No me abandones, Aurora!

FERNANDO.

¡Ven hermana, que ya es hora!

CARLOS.

¡Ven, mi amor!

AURORA.

Después.

FERNANDO.

¡Yo venzo!

(Aurora y Fernando se dirigen á la puerta de la derecha, primer término: Carlos loco ya de desesperación les cierra el paso.)

CARLOS.

¡No sigas! (A Fernando.)

FERNANDO

¡He de pasar
y andas en ceder reacio!

CARLOS.

¡Tinieblas del negro espacio,
sombras del fondo del mar,
noche de negro capuz,
venid todas en mi ayuda!

AURORA.

¡Lorenzo!

CARLOS.

(Á Fernando.) ¿Lo ves? ¡Ya duda!

AURORA.

No dudo: quiero la luz!
(Acercándose á Fernando como para buscar protección.)

FERNANDO.

¡Pronto! (Intentando separar á Carlos.)

CARLOS.

¡Atrás!

AURORA.

¿Qué desvarío
te avasalla?

FERNANDO.

¡Paso franco!

CARLOS.

¡Antes la vida te arranco!

AURORA.

¡Madre!... Fernando!... Bien mío!...
(Se interpone entre Carlos y Fernando.)

ESCENA IX.

AURORA, DOÑA JUANA, CARLOS, FERNANDO, PARREÑO.

Doña Juana y Parreño aparecen en la puerta de la derecha, primer término, por donde iban á salir Aurora y Fernando. Carlos retrocede, Aurora se abraza á su madre. Fernando queda cerca de ambas; Parreño va á colocarse junto á Carlos.

JUANA.

¡Qué ocurre!

AURORA.

Nada... (¡Mi pecho
va á saltar!)

JUANA.

Pero ¿qué ha sido?

FERNANDO.

De un vértigo poseido
saltó Lorenzo del lecho,
llegó impetuoso hasta aquí,
y en su fiebre de alegría,
al ver que la luz del día
á su amada prometí,
dijo... lo que no pudimos
comprender, que una locura
es al fin la calentura;
con gran pena contuvimos,

pero contenido está,
su arrebato, entre los dos;
en esto llegásteis vos,
y vedle tranquilo ya.

JUANA.

(Á Fernando en voz baja.)
Es extraño lo que vemos.

PARREÑO.

(Á Carlos en voz baja señalando á Doña Juana.)
Algo sospecha.

FERNANDO.

(En voz baja y con cierta ironía á Doña Juana.)
El placer
enloquece.

JUANA.

(Á Fernando siempre en voz baja.)
Podrá ser;
pero pronto lo sabremos.

FERNANDO.

(En voz alta.) Ahora la prueba suprema.

AURORA.

(En voz baja.) Adios, mi Lorenzo.

CARLOS.

¡Impía!

(Ella se acerca á Carlos y toma su mano, pero Carlos permanece inmóvil, silencioso y como petrificado; Doña Juana intenta separar á Aurora.)

JUANA.

Aurora.

AURORA.

Voy, madre mía.

JUANA.

Sígueme... (Llevándola consigo.)

AURORA.

(¡Su mano quema!)

FERNANDO.

(Á Carlos en voz baja y señalando á Aurora, que se aleja apoyada en Doña Juana.)

Tú, el matador de su padre,
tú, aleve entre los aleves,
¡arráncala si te atreves
de los brazos de su madre!

(Salen Doña Juana, Aurora y Fernando.)

ESCENA X.

DON CARLOS, PARREÑO.

PARREÑO.

Don Carlos, ven, ya la suerte
está echada y decidida.
(Cogiendo la capa y el sombrero de D. Carlos y procurando llevarle.)

CARLOS.

Entre la muerte y la vida
dióme el destino la muerte.

PARREÑO.

Basta ya de desvarío.
Que partir conviene infiero.

CARLOS.

(Separa á Parreño, y sombrío y distraido se acerca á la ventana.)
Déjame: respirar quiero
de la noche el vapor frío.

PARREÑO.

¿Qué esperas? Ella vendrá
á esta sala muy en breve.

CARLOS.

(Enumerando con frialdad.)
Y en mí al traidor, al aleve,
al asesino verá.

PARREÑO.

Si no quieres que así sea
salgamos pronto de aquí.

CARLOS.

Es que quiero verla, sí,
y quiero que ella me vea.
La luz brotará en sus ojos
cual nuevo sol que amanece,
y aunque es sol que me estremece,
buscaré sus rayos rojos.
¡Verla, sí! Que llega el día,
y soy como el moribundo,
que al despedirse del mundo,
en lucha con su agonía,
la vista fija en la cruz,
el sol divisa en oriente,
y alza en el lecho la frente
buscando un rayo de luz.
¡Verla por última vez,
aunque me maldiga airada,
y el fuego de su mirada,
abrase mi palidez!
¡Aunque se deje arrastrar
por sus sangrientos rencores,
y llame á sus servidores,
y la muerte me haga dar!

¿Quién sabe? Ya su furor
saciado de esta manera,
quizá más tarde tuviera
algún recuerdo de amor!
¡Tal vez en la noche oscura,
recatada bajo el manto,
fuera á regar con su llanto
mi olvidada sepultura!
Si después que yo muriese,
Aurora me perdonase,
si con nuevo amor me amase
y sus lágrimas sintiese
sobre mi losa caer...
¡del mismo infierno saldría
y á mi sepulcro vendría
sus lágrimas á beber!
Y tal dicha que la mente
no concibe; tal ventura
que sólo existe en la altura
celestial, y que impotente
lengua humana, nunca nombra,
mi espíritu estremeciera
cuando su llanto sintiera
entre mis labios de sombra.
¡Si la luz... si este dolor...
si quizá el blanco sudario...
juzgó Dios que es necesario
para sublimar su amor...

PARREÑO.

¡Basta!

CARLOS.

¡No, que anhelo más!

PARREÑO.

¡Vamos pronto!

CARLOS.

Los espero.

PARREÑO.

¡Van á llegar!

CARLOS.

Eso quiero.

PARREÑO.

¡Al abismo, señor, vas
con tu pasión maldecida!

CARLOS.

¡Así lo quiso la suerte!

PARREÑO.

¡A su padre diste muerte!

CARLOS.

A ella le daré mi vida.

PARREÑO.

¡Oigo pasos!

CARLOS.

Vienen, sí.

PARREÑO.

(Procurando llevarle, pero sin conseguirlo.)
¡Por el cielo!... ¡por tu madre!...
¡Vendrás aunque no te cuadre!
(Forcejando, pero sin vencer la fría resistencia de Don Carlos, que permanece inmóvil con la vista fija en la puerta por donde llega Aurora.)
¿La muerte quieres?

CARLOS.

¡Allí,
allí viene!

PARREÑO.

(Con desesperación.) ¡Y no le venzo!
¡Por estas canas, señor!

CARLOS.

¡Ella!... ¡mi Aurora!... ¡mi amor!
(Sin atender á Parreño y mirando siempre á la puerta. Aurora aparece sostenida por Fernando y su madre, y con una venda sobre los ojos.)

ESCENA XI.

AURORA, DOÑA JUANA, CARLOS, FERNANDO, PARREÑO.

AURORA.

(Desprendiéndose de su madre y de Fernando.)
¿Dónde, dónde está Lorenzo?

CARLOS.

Aquí está, y aquí te espera.
(Aurora y Carlos se encuentran.)

FERNANDO.

(Acercándose á Carlos y hablándole al oido.)
¿Qué proyectas, insensato?

CARLOS.

(A Aurora.) ¿Siempre me amarás?

AURORA.

¡Ingrato!

CARLOS.

Dí... suceda lo que quiera,
¿tu corazón será mío?

AURORA.

¡Aunque tú me aborrecieses,
aunque mi sangre vertieses,
fuera tuyo mi albedrío!

CARLOS.

¡Júralo!

AURORA.

¡Sí, por mi padre!

CARLOS.

¡Rasga ese lienzo! (Señalando la venda.)

FERNANDO.

(¿Qué intenta?)

CARLOS.

¡Rasga... aunque el dolor que sienta
el corazón me taladre!
¡Después, mírame!
(La lleva á la mesa en que está la luz.)

AURORA.

¡Mi amor!
(Intenta arrancarse la venda; pero Carlos la detiene espantado y arrepentido.)

CARLOS.

¡Espera!... ¡No!... ¡Luego!

AURORA.

¡Sí!
(Aurora insiste, pero Carlos la contiene todavía. Ambos deberán estar junto á la mesa, y á su alrededor, llenos de ansiedad, los demás personajes.)

CARLOS.

¡Después!... ¡Más tarde!... ¡Ay de mí!

AURORA.

¡Suelta! (Procurando desprenderse de Carlos.)

CARLOS.

(¡Me falta valor!)

JUANA.

¡Qué misterio!...

FERNANDO.

¡Concluyamos!
¡Contempla al fin de tu amante,
de tu Lorenzo, el semblante!
(Pronuncia estos dos últimos versos con terrible ironía y arrancando la venda de los ojos de Aurora.)

CARLOS.

¡No!
(Derriba la luz rápidamente, se apaga, y queda todo en profunda oscuridad.)

AURORA.

¿Qué hiciste?

PARREÑO.

¡Al fin! ¡salgamos!
(Cogiendo á D. Carlos y procurando llevarle consigo.)

AURORA.

¡Lorenzo del alma mía! (Acercándose á él.)

CARLOS.

¡Otra vez la oscuridad!
¿Lo ves? ¡La felicidad
huye de la luz del día!
(Atrayéndola apasionadamente á sí.)

FERNANDO.

¡Hermana!

JUANA.

¡Aurora!

PARREÑO.

(Á Carlos.) ¡Por Dios!

AURORA.

¡No me dejes!

CARLOS.

¡Yo dejarte!

FERNANDO.

(Aproximándose á la puerta de la izquierda.)
¡Luces pronto!

CARLOS.

(En un arranque de ira.) ¡He de matarte,
ó dejo de ser Quirós!

(Desde que se apaga la luz hasta este instante, se efectúan los siguientes movimientos escénicos: D. Carlos y Aurora forman un grupo que queda próximo á la mesa. Parreño inmediato á D. Carlos, y por lo tanto unido al grupo anterior. Doña Juana vaga perdida en la oscuridad buscando á su hija. Fernando se dirige, como queda dicho, á la puerta de la izquierda. Al pronunciar el último verso D. Carlos, se separa violentamente de Aurora, desnuda el acero y se dirige hacia donde oyó la voz de Fernando. Ambos se encuentran: Fernando saca la espada y riñen con furor, marchando en dirección á la capilla.)

CARLOS.

¡Defiéndete!

JUANA.

¡Aurora!

AURORA.

¡Madre!

CARLOS.

¡Retrocedes? (Acosándole.)

(Mientras se pronuncian los últimos versos, Doña Juana y Aurora se encuentran, y unidas se aproximan algo á la capilla, que es la dirección en que se oye el ruido de las espadas. Los movimientos anteriormente explicados traen á los actores á la siguiente situación: Carlos y Fernando riñendo junto á la capilla, pero á la izquierda, y de modo que Fernando sea el más próximo al centro. Parreño

detrás de D. Carlos. Aurora y Doña Juana á la derecha, ocupando Aurora la posición más inmediata al centro. Así, pues, los cinco personajes forman dos grupos: Fernando, Carlos y Parreño, á la izquierda; Aurora y Doña Juana, á la derecha. Al llegar á este punto, Fernando separa su acero del de Carlos, abre violentamente las dos puertas de la capilla, y se aparta uniéndose al grupo de Aurora y Doña Juana.)

FERNANDO.

¡Al fin!

AURORA.

¡Luz!

(Carlos se halla á la izquierda de la capilla, fuertemente iluminado por la lámpara del Cristo, el cabello en desorden, la espada en la mano y recordando por su postura la situación final del primer acto, cuando le vió Aurora junto al cadáver de su padre. Detrás de D. Carlos, Parreño. A la derecha Aurora, con el cuerpo inclinado hacia adelante y la vista fija en Carlos. Detrás Doña Juana y Fernando, mostrándole este último con la mano extendida la figura sombría de Carlos. En la escena ninguna otra luz ni más claridad que la de la lámpara del Cristo, de suerte que exceptuando la parte próxima á la capilla, el resto queda envuelto en sombras.)

AURORA.

¡Por el Cristo de la Cruz,
el matador de mi padre!...
¡No fantasma... huye veloz!...
¡No se va!... ¿Quién es?

(Se vuelve, coge violentamente á Doña Juana y le señala, con el brazo extendido, á su amante.)

JUANA.

¡Lorenzo!

(Oculta Doña Juana el rostro entre sus manos, se vuelve con horror y se apoya en Fernando para no caer.)

AURORA.

¡No es verdad!... ¡no me convenzo!
¡Habla! (Dirigiéndose á Carlos.)

CARLOS.

¡Dios mío! (Deja caer la espada.)

AURORA.

¡Su voz!

(Aurora hace un movimiento de horror; después se vuelve de nuevo para mirar á Carlos.)

¡Pero no! ¡no puede ser!

CARLOS.

¡Espera! ¡nada me digas!...
(Avanzando hacia el proscenio.)
¡Espera! ¡no me maldigas!...
¡Yo sé lo que debo hacer!
Á tu padre dí la muerte...
porque dió la muerte al mío:
después te dí mi albedrío...
¡porque lo quiso la suerte!
Después... después te he jurado
venganza y yo nunca miento.

¡El solemne juramento
no tengo, Aurora, olvidado,
ni el compromiso me pesa!
¡Mira!... ¿Ves?... ¡Ante mi Dios,
yo, don Carlos de Quirós,
así cumplo mi promesa!
(Desnuda la daga y se hiere en el pecho.)

AURORA.

¡Lorenzo!
(Aurora quiere precipitarse hacia Carlos; pero Doña Juana y Fernando la contienen. Parreño sostiene á D. Carlos incorporándole.)

PARREÑO.

¡Señor! (Pausa.)

CARLOS.

(Á Aurora agonizando.) ¡Jamás
te veré!... ¡voy á morir!...
¡y antes... yo... quisiera oir
una palabra no más
de compasión!... ¡Así en calma
muriera! ¡Mi dulce bien! (Con suprema angustia.)
¿me aborreces tú también?

AURORA.

¡Te amo!... ¡sí!... ¡con toda el alma!
(Se desprende de su madre y de Fernando y se precipita hacia Carlos.)

CARLOS.

¡Bendita sea la luz!

AURORA.

¡Lorenzo, mi amor, mi vida!

CARLOS.

¡Adios, mi esposa querida!

AURORA.

¡Sí... tu esposa!... ¡ante la cruz!

JUANA.

¡Qué dices!

(Doña Juana procura separarla de su amante; ella resiste: Fernando ayuda á Parreño á sostener á Carlos.)

AURORA.

¿Qué pretendéis?

CARLOS.

¡Aurora!

(Tiende los brazos á su amante como último adios y muere.)

AURORA.

(Desprendiéndose otra vez de su madre, precipitándose sobre el cuerpo inanimado de Carlos y abrazándole con delirio.)

¡Lorenzo!... ¡Yerto!

PARREÑO.

¡Don Carlos!... ¡mi señor!... ¡muerto!

AURORA.

(Se levanta, y con ademán enérgico detiene á Doña Juana, que se acercaba.)

¡Qué más venganza queréis! (Pausa.)
¡Él ha sido... y es mi amor;
él ha vengado á mi padre;
yo soy ante Dios, oh madre,
LA ESPOSA DEL VENGADOR!

(Queda Carlos en tierra: arrodillado junto á él Parreño: Fernando al lado de Carlos ocultando el rostro entre las manos: Doña Juana á la derecha: en el centro y delante Aurora, en pié y señalando el cuerpo de su amante con trágico ademán. La escena á oscuras en primer término, é iluminada en la parte próxima á la capilla por la lámpara del Cristo.)

FIN DEL DRAMA.



EN EL PUÑO DE LA ESPADA

DRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSÉ ECHEGARAY

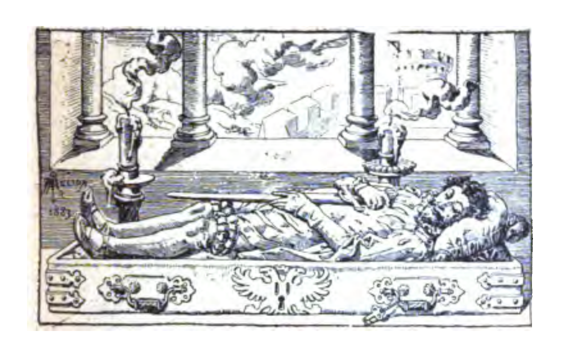
Representado por primera vez en el Teatro de Apolo el 12 de Octubre de 1875.

PERSONAJES DE ESTE DRAMA
Y ACTORES QUE LO DESEMPEÑARON EN LA NOCHE
DEL ESTRENO.

Don Rodrigo, Marqués de Moncada, Sr. Parreño.
Doña Violante, su esposa, Sra. Lamadrid.
Don Fernando de Moncada, Sr. Vico (D. Antonio).
Doña Laura de Mejía, pupila de los marqueses, Sra. Alvarez de Hernando.
Don Juan de Albornoz, conde de Orgaz, Sr. Vico (D. Manuel).
Brígida, dueña, Sra. Ramos.
Nuño, escudero, Sr. Alisedo.
Ramiro, paje, Sr. Maza.
Garcés, criado, Sr. Castro. Estos cuatro de la casa de Moncada.
Mendo, servidor de D. Juan, Sr. Torres.
Ordoño, idem, Sr. Benavides.
Criados, etc.

Época del Emperador Carlos V.

Los dos primeros actos en Madrid: el último en el castillo de Orgaz.



ACTO PRIMERO.

La escena representa un salón de la casa de Moncada: en el fondo una gran puerta; á la derecha del espectador dos; á la izquierda una ventana; próxima á ésta una mesa y un sillón; otros dos sillones á la derecha; entre las dos puertas un trofeo con espadas, puñales, hachas, etc. Es de día.

ESCENA PRIMERA.

Brígida, Nuño.

Nuño limpiando un puñal de hoja muy ancha.

NUÑO.

(Aparte y mirando por la ventana.)
(Allí está siempre: su embozo
en vano sube á la cara;
que hoy como ayer le adivino
bajo el pliegue de la capa.
¿Quién será? ¿Por qué se obstina
en observar esta casa?

¡Vive Dios, que la paciencia
á mi pesar se me acaba!)

BRÍGIDA.

Pienso que pronto de misa
los marqueses de Moncada
volverán. ¿Concluyes, Nuño?
Mucho limpiar esa daga
te cuesta, y harto te esmeras.

NUÑO.

¡Tan limpia quiero dejarla,
que espejo del mismo sol
pueda ser, si el sol la baña!

BRÍGIDA.

Muy buenos son tus deseos:
pero yo siempre manchada
y enmohecida la he visto.

NUÑO.

Estas son antiguas manchas
de sangre, que yo respeto.

BRÍGIDA.

Será así: no digo nada;
pero si el tiempo que pierdes
pensativo en contemplarla,
en dar luces y en dar brillo

al ancho acero emplearas,
hirieran más sus reflejos
que su punta toledana.

NUÑO.

¡Ay, Brígida, mil memorias,
que nunca el olvido arrastra,
al contemplar este hierro
una y otra vez me asaltan!

BRÍGIDA.

¡Veinte y dos años pasaron!

NUÑO.

Cosas hay que nunca pasan.
¡Qué noche aquella, qué noche!
¡De Orgaz las viejas murallas
pienso que aún hoy mismo rojas,
sangre de imperiales manan!
Allá en Toledo, encerrándose
la de Padilla, levanta,
con sus bravos comuneros,
el pendón de la venganza;
y en Orgaz mi buen señor,
el conde de Villafranca,
repite el eco de guerra
de la noble doña Juana.
Viejos los torreones son;
brechas hay en las murallas;

son escasos los pertrechos,
y es la gente bien escasa:
¿qué importa? Donde hay coraje,
sobran piedras y bombardas.

BRÍGIDA.

Conozco la historia, Nuño:
siempre que esas viejas armas
te ordena el Marqués limpiar,
has de volver á contarla,
y se limpian por lo menos
dos veces á la semana.
Hace un año que á Madrid,
con Laura, desde Granada,
al quedar, la pobre, huérfana,
vine y entré en esta casa;
con que dése á discurrir
el buen Nuño de Peralta
si conoceré la historia
del asalto y la matanza
de Orgaz por los imperiales.

NUÑO.

Bueno. (Con mal humor.)

BRÍGIDA.

¡Me parece!...

NUÑO.

Basta
de relatos.

BRÍGIDA.

No te ofendas.

NUÑO.

Puesto que canso...

BRÍGIDA.

No cansas;
y relación tan curiosa
oyera de buena gana
una vez más; pero siempre
empiezas y nunca acabas.

NUÑO.

Cuento de ella lo que sé.

BRÍGIDA.

Vamos... sigue... (Acercándose á Nuño.)
(Pausa.)

NUÑO.

La del alba
no era ni con mucho, cuando
«¡el condestable! ¡á las armas!»
gritaron con roncas voces

en todas las atalayas.
¡Y el asalto comenzó!...
y ¡qué asalto, Vírgen santa!
Ellos, ¡qué subir al muro
por las flexibles escalas!
y nosotros, ¡qué matar,
cuando á la almena llegaban!
¡qué gente abajo tan terca!
¡qué gente arriba tan brava!
Tres horas duró la lucha:
cayó muerto Villafranca,
diciéndome al espirar:
«¡salva á Violante, Peralta!»
y arrancando á la doncella,
que frenética estrechaba
á su padre entre los brazos,
de aquel lugar de matanza,
por patios y corredores
paso abriendo con mi espada,
á oscuro salón llegué:
detuve un punto mi planta,
sequé mi frente sangrienta,
y en el fondo de la estancia
dejando á doña Violante,
respiré más á mis anchas.
Mas poco duró el descanso
y esta escena no se aparta
de mi mente ni un momento,
y su memoria me abrasa.

BRÍGIDA.

Sigue... sigue...

NUÑO.

De repente
cual del infierno evocada,
en la puerta del salón
surgió una figura extraña.
¡Un mancebo!... ¡digo mal!...
¡casi un niño!... Roja espada
la diestra empuña: una tea
la izquierda en alto levanta,
y sobre su frente flota
la ondulante y negra llama.

(Nuño se detiene pensativo: se aleja de Brígida: se aproxima á la ventana y mira por ella con afán. Brígida le sigue. Pausa.)

BRÍGIDA.

¿Y qué más?...

NUÑO.

Siempre le veo...
¡qué noche!

BRÍGIDA.

Pero ¿no acabas?

NUÑO.

¡Otra vez ese hombre allí!...

BRÍGIDA.

Pero ¿quién?

NUÑO.

¿No ves su cara?

BRÍGIDA.

¡Juan de Albornoz! (Asomándose.)

NUÑO.

¿Le conoces?
Responde.

(Brígida vuelve al centro del escenario. Nuño la sigue.)

BRÍGIDA.

Tu cuento acaba.

NUÑO.

¡Brígida!...

BRÍGIDA.

Primero tú.

NUÑO.

Ya acabé: nada me falta.

BRÍGIDA.

Y yo también, pues te dije
que Juan de Albornoz se llama.

NUÑO.

¡Cargue el diablo con la dueña!

BRÍGIDA.

¡Váyase muy noramala
el escudero insolente!

NUÑO.

Paz tengamos.

BRÍGIDA.

Vaya en gracia:
pero concluye.

NUÑO.

¿Y después?

BRÍGIDA.

Pregunta cuanto te plazca.

NUÑO.

Bueno... bueno... si te empeñas...
mas pronto la historia acaba.
Quedamos en que el mancebo

de una sola cuchillada
partió mi frente, y que á tierra
sin decir ni «¡Dios me valga!»
vine de un golpe... (Pequeña pausa.) Miró
hacia el fondo de la estancia...
la tea apagó en el muro...
después sombras... después nada...
Perdí el sentido. Más tarde
dicen que se halló esta daga
junto á Violante, que herida
en el pecho y desmayada,
era escultura yacente
al pié de rota ventana.

BRÍGIDA.

¿Y después?

NUÑO.

¡Viven los cielos
que esta dueña no se sacia!...

BRÍGIDA.

Hasta que no llego al fin.

NUÑO.

Por muerta ya la contaban;
pero se empeñó el Marqués
en que fuese de Moncada
marquesa.

BRÍGIDA.

¿Y qué?

NUÑO.

Los casaron.
Violante casi espiraba;
pero al olor de la boda
resucitó. Cosa extraña:
lo que á un hombre da la muerte,
en las hembras es probada
medicina de salud:
¡resucitan si las casan!
Aun no pasados seis días
del asalto y la matanza,
y tres de la ceremonia
nupcial, ya Violante entraba
con nueva vida en la vida,
y á los veinte ya apoyada
lánguidamente en su esposo,
por las alamedas anchas
de las márgenes del río,
hermosa aunque triste y pálida,
iba al declinar la tarde
la marquesa de Moncada.

BRÍGIDA.

Y ¿qué más?

NUÑO.

¡Vete al infierno!
Son felices: se idolatran:
tienen un hijo, Fernando:
una pupila, que es Laura:
un servidor, que es modelo
de paciencia y de cachaza,
y una dueña quintañona,
de Lucifer viva estampa.

BRÍGIDA.

¡Ay Nuño, qué mal me quieres!
¡Ay Nuño, qué mal me tratas!

NUÑO.

¿Quién es don Juan de Albornoz?

BRÍGIDA.

¡Un señor de alta prosapia!
¡Del emperador amigo!

NUÑO.

¿Le conociste?...

BRÍGIDA.

En Granada
requirió de amores...

NUÑO.

Ya...

BRÍGIDA.

Quiso dar su nombre á Laura.

NUÑO.

¿Y ella?

BRÍGIDA.

Al principio... pues no...
no le puso mala cara:
mas conoció á don Fernando,
y el de Albornoz... santas pascuas.

NUÑO.

Ahora comprendo... cabal:
por eso ronda la casa.
No sé dónde... pero en fin,
yo he visto antes esa cara.

BRÍGIDA.

(Mirando hacia dentro.)
Vete, que Laura se acerca.

NUÑO.

¡Esta memoria es tan flaca!
(Nuño deja el puñal entre las armas del trofeo y sale.)



ESCENA II.

BRÍGIDA y LAURA.

Esta última sale por la derecha, primer término.

LAURA.

¿No ha vuelto Fernando?

BRÍGIDA.

No.
Dicen que con mucho afán
á probar un alazán
fué á la vega.

LAURA.

Le ví yo.

BRÍGIDA.

¿Al marchar le vísteis?

LAURA.

Sí.
Aún no despuntaba el día:
yo, Brígida, no dormía,
en él pensaba... y le oí.
Del lecho al punto salté;
cubrí mis hombros ufana;
abrí ansiosa la ventana,

y á la reja me asomé.
Negros estaban los cielos,
y la noche silenciosa:
una ráfaga ardorosa
de viento enredó mis velos
en las ramas del rosal
que entre mis rejas dormía...
y al potro piafar se oía
en las piedras del portal.
Nuño el caballo sacó;
ví después á mi Fernando;
la crin flotante agarrando,
de un salto al potro subió;
grité «¡adios!» y «¡adios, mi vida!»
gritó mirando á la reja;
después por una calleja
salió á carrera tendida.
Otra vez «¡adios, bien mío!»
exclamé avanzando ansiosa:
mi rostro azotó una rosa
y me bañó de rocío.
Él entre sombras huyó;
yo tras la reja quedé;
mi mano al rostro llevé,
y trazas en él halló
de reciente y triste lloro.
¡Cómo no, si se alejaba
mi Fernando? Mas ¿lloraba?
Es lo cie[illegible] ignor[illegible]

si aquel llanto matinal,
que mis mejillas sintieron,
amargas lágrimas fueron
ó perlas de mi rosal.
Mas lágrimas eran, sí,
que las probó el labio mío,
y no es amargo el rocío,
y amargo gusto sentí.
¿Por qué entre sombras se fué?
¿Por qué estaba negro el cielo?
¿Por qué se rasgó mi velo?
¿Por qué, Dios mío, lloré?

BRÍGIDA.

En Madrid, como en Granada,
por la causa más sencilla,
baña el llanto la mejilla
de una niña enamorada.

LAURA.

Brígida, tienes razón:
mas ¡qué amanecer tan triste!
Si de luto el cielo viste,
¿qué ha de hacer el corazón?

BRÍGIDA.

Mientras vuestra mente terca
desdichas está soñando,
tal vez para don Fernando

una desdicha se acerca.

LAURA.

¿Será posible?

BRÍGIDA.

Llegad .
de esa ventana al dintel.
(Se acercan Brígida y Laura á la ventana, y la dueña la obliga á que mire á la calle.)
Bajo el arco botarel
del viejo muro, observad
cómo se detiene y mira
embozado un caballero
con pluma negra al sombrero. (Pausa.)
Lentamente se retira;
mas ya volverá veloz.

LAURA.

¿Allí dices?

BRÍGIDA.

¿No le veis?

LAURA.

¿Quién es?

BRÍGIDA.

¿No le conocéis?
Se acerca...

LAURA.

¡Juan de Albornoz!
Ese hombre ¿qué busca aquí?

BRÍGIDA.

Vuestra mano ha pretendido...

LAURA.

Que no, cien veces ha oido.

BRÍGIDA.

Pues vendrá buscando un sí.

LAURA.

Me ofende su terquedad.

BRÍGIDA.

Vuestro padre lo deseaba.

LAURA.

(Señalando hacia la ventana.)
Comprendió que no le amaba,
y tuvo de mí piedad.

BRÍGIDA.

Es poderoso señor
y favorito del rey.

[illegible]

¿Por que [illegible]
tu vista [illegible]



¿No me escuchas?... ¡No mereces
el amor que puse en tí! (Pausa.)
Como el despuntar del día
fué nebuloso y fué triste,
tal vez su influjo sentiste.
Quizá su tinta sombría,
en que toda luz se anega,
las nieblas en tí dejaron,
cuando tu rostro azotaron
al galopar por la vega.
Mas al venir la mañana
rasgó el sol los negros velos,
tiñendo los anchos cielos
de oro, de azul y de grana;
que del astro peregrino
todo cede al resplandor;
y en el cielo de tu amor,
cuando empaña algún mezquino
pensamiento su cristal,
voy con angustia observando
que no hay otro sol, Fernando,
que tenga virtud igual.

FERNANDO.

Mucho antes de amanecer,
en una abierta ventana
ví yo toda una mañana,
¡todo un sol! aparecer.
Y como aun su luz sentía

al galopar por la vega,
á la alborada que llega
así orgulloso decía:
«¡no he menester tu arrebol
ni tus celajes de oriente,
que traigo sobre mi frente
los reflejos de otro sol!
¡Da luz al celeste velo,
pues necesita de tí,
que amaneció para mí
mucho antes que para el cielo!»
(Cambiando de tono.)
Mas al volver, vida mía,
y al mirar á la ventana,
en vez de aquella mañana,
ví noche y noche sombría.
Que el astro giró veloz,
vino á alumbrar otra esfera,
y ansioso su luz espera... (Con ironía.)

LAURA.

¿Quién?... ¿Dí?...

FERNANDO.

¡Don Juan de Albornoz!

LAURA.

¡Tú sabes!...

FERNANDO.

Todo lo sé.
Le ví esta casa rondar:
le hice al punto vigilar:
á Granada pregunté:
que de amores me dijeron
en otro tiempo te habló.

LAURA.

Y ¿te dijeron que yo?...

FERNANDO.

De tí nada me dijeron.

LAURA.

Entonces ¿por qué tu mente
sin fundamento se exalta?

FERNANDO.

Es que una duda me asalta:
duda propia de un demente,
duda implacable, cruel,
que jamás nadie ha sentido...
Si yo no hubiese existido
¿le hubieras amado á él?

LAURA.

Pero ¡eso es ya delirar!

FERNANDO.

¡Deliro porque te adoro!

LAURA.

Y ¿por quién, ingrato, lloro?

FERNANDO.

¿Nunca le empezaste á amar?

LAURA.

¡Y me pregunta el impío!

FERNANDO.

Goza del rey el favor;
noble, rico, gran señor...

LAURA.

Gran señor, pero no mío.
Tu Laura otro dueño acata;
otro su obediencia obtiene,
y por tan suya la tiene
que como á esclava la trata.

FERNANDO.

¿Mi escla[illegible] dices? ¡Cruel!
Busca [illegible] ali[illegible]
[illegible]na rá[illegible]
[illegible]rque [illegible]

Los ojos un luminar
buscan en el cielo puro,
que siempre en espacio oscuro
pena tienen de cegar.
Busca el oido afanoso,
porque el silencio es su muerte,
algún eco que despierte
otro eco en él misterioso.
Y yo te pregunto, Laura:
¿esclava es la luz del día,
es esclava la armonía,
y es también esclava el aura,
ó son los ojos que ciegan
si la luz no resplandece,
el oido que ensordece
cuando sus notas le niegan
melodiosos mensajeros,
y el aliento que se apaga
si el aire en torno no vaga,
los esclavos verdaderos?

LAURA.

Y ¿qué fueran, vida mía,
sin un sér que los amase
y su vida les prestase,
los aires y su armonía,
de las auras el aliento,
y áun ese sol que Dios mismo
encendió sobre el abismo

en el ancho firmamento?
¿Qué fueran? Materia inerte
en noche eterna aventada;
un escarnio de la nada
y un reflejo de la muerte.
Pues esto será mi amor,
si le hiere tu desvío:
con que dí, Fernando mío,
si hay esclavitud mayor.

ESCENA V.

LAURA, FERNANDO, BRÍGIDA, esta última por el fondo precipitadamente.

BRÍGIDA.

¡Ya vienen!...

FERNANDO.

Y ¿qué me importa?
es forzoso terminar.
Palabras quiero excusar,
que más tregua no soporta
mi delirio.
(Arrodillándose ante Laura y apoderándose de una de sus manos.) ¡Te idolatro!

LAURA.

¡Fernando?... (Instando para que se levante.)

FERNANDO.

No.

BRÍGIDA.

¡Por favor!...
(Asomándose á la puerta del fondo.)
¡Doña Violante!... ¡El señor!...
(Aparte.) (¡Allá se entiendan los cuatro!)
(Sale Brígida huyendo por la derecha.)

ESCENA VI.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, DON RODRIGO.

Doña Violante y D. Rodrigo se detienen en la puerta del fondo. Fernando siempre á los piés de Laura.

LAURA.

¡Ellos!... (Á Fernando en voz baja.)

RODRIGO.

(Á Doña Violante.) ¡Mira!...

LAURA.

(Á D. Fernando como antes.) ¡Nos han visto!

FERNANDO.

Mi esposa, Laura, serás. (En voz alta.)

LAURA.

Calla, Fernando; no más.

VIOLANTE.

¡Laura!...
(Laura corre al encuentro de Doña Violante y se abraza á ella avergonzada; Fernando se pone en pié; D. Rodrigo avanza lentamente.)

RODRIGO.

Basta. ¡Vive Cristo,
que asombra su atrevimiento!

FERNANDO.

¡Madre... señor... yo la amaba,
eterno amor la juraba,
y reitero el juramento!

RODRIGO.

¡Que aquesto, Dios de piedad,
en mi propia casa ocurra,
y que él sea quien incurra
en tamaña liviandad!

FERNANDO.

Señor...

RODRIGO.

¡Silencio, insensato!
Y tú, ¿de quién aprendiste, (Á Laura.)
cuando á mi casa viniste,
esa falta de recato?

LAURA.

¡Perdón!

VIOLANTE.

Basta ya, Rodrigo.

RODRIGO.

Harto mi enojo modero:
que es preciso ser severo
con la juventud, te digo. (Á Violante.)

VIOLANTE.

Se aman.

RODRIGO.

¿Se aman?... Poco á poco...

FERNANDO.

Anhelo hacerla mi esposa.

RODRIGO.

Y ¿la harás también dichosa?
Pero áun así, pobre loco,
con nueva razón te arguyo:
si el honor de esa mujer
tu propio honor ha de ser,
cuídalo como á honor tuyo,
y también como á honor mío:

las hembras de mi linaje
ni al mismo sol vasallaje
rinden; que el sol es sombrío
si al resplandor se compara
de su virtud y pureza.
Levanta tú la cabeza: (Á Doña Violante.)
mira á tu madre á la cara. (Á Fernando.)
Si sombra de liviandad,
siquiera en el pensamiento,
tan sólo por un momento
manchara la honestidad,
(atended y no os asombre),
de hembra soltera ó casada
de la casa de Moncada,
ó que llevase este nombre,
en sangre del corazón,
esposo, padre ó hermano,
ó ella misma con su mano,
ahogara la tentación.
Y áun os pudiera añadir
que esta noble espada lleva,
(Señalando la que tiene al costado.)
dentro de su puño, prueba
que bien pudiera servir
á las hembras de memoria
á la vez que de escarmiento.
Pero no es de este momento
el relato de la historia.

FERNANDO.

¡Padre!...
(Acercándose á D. Rodrigo y hablándole en tono suplicante.)

RODRIGO.

Tu esposa será:
yo mi palabra te doy.

FERNANDO.

¡Gracias!... (Con efusión.)

LAURA.

¡Dios mío!...
(Abrazando en un arranque de alegría á Doña Violante.)

RODRIGO.

Mas hoy
él de esta casa saldrá;
(Señalando á Fernando y dirigiéndose á Doña Violante.)
que no es bien estén unidos,
con tan inflamable pecho
los dos, bajo el mismo techo,
los esposos prometidos.

FERNANDO.

Padre...

RODRIGO.

Cesa en tu porfía.

Idos ambos... Por allí...
(Señalando á la derecha.)

FERNANDO.

(Á D. Rodrigo.)
¿Ha de ser mi esposa?

RODRIGO.

Sí.

LAURA.

¡Qué feliz soy, madre mía!
(Fernando estrecha la mano á su padre: Laura abraza á Doña Violante: Fernando y Laura se miran con amor y salen por la derecha, pero por puertas distintas.)

ESCENA VII.

DOÑA VIOLANTE, DON RODRIGO.

VIOLANTE.

Eres por demás severo
con nuestro...

RODRIGO.

Dí.

VIOLANTE.

Con Fernando.

RODRIGO.

¡Violante!... ¡Ya estás llorando!

VIOLANTE.

No le quieres.

RODRIGO.

Sí le quiero.
Es noble su corazón,
pero atropella por todo,
y he de ver si encuentro modo
de domar su condición
rebelde, terca y bravía.
Si yo no fuese su padre,
si no tuviese por madre
la dulce Violante mía,
la del alma tierna y pura,
¡vive el cielo! que creyera
que lo engendró alguna fiera
en horas de calentura.

VIOLANTE.

¡Él!... ¡Fernando!... ¿qué dijiste?
¡Soy su madre!... ¡yo le adoro!
¡es mi dicha, mi tesoro!...
(Conteniéndose y cambiando de tono por un esfuerzo supremo.)
Soldado, aun niño le hiciste
robándole á mi cariño,
y hoy vemos con extrañeza,
tú su indómita fiereza,

yo siempre el alma del niño.
Que es fiera su condición
me dices, y harto lo veo,
pero tal fué tu deseo
al formar su corazón.
¡Sobre el cráter de un volcán
(**Animándose por grados y hablando más para sí que para D. Rodrigo.**)
pasa flotante neblina;
el negro abismo fulmina,
cual encendido huracán,
llamas que ciñen audaces
la neblina trasparente,
quemando su pura frente,
con sus caricias voraces!...
¡Qué sér tan extraño luego
de allí raudo el viento arranca,
mezcla de neblina blanca
y de vapores de fuego!

RODRIGO.

Bien tu intención se adivina,
á lo que yo voy pensando:
el alma de tu Fernando
es la flotante neblina,
y ese fuego que la tierra
extiende á su alrededor
será la guerra.

VIOLANTE.

Señor...
tú lo dijiste... ¡la guerra!
Y sin que yo más arguya,
no la condición bravía
de la dulce prenda mía
te enoje: no es culpa suya.

RODRIGO.

Quiero á tu ruego ceder,
que no es mi pecho de roble,
y honrado ha de ser y noble
quien de tí recibió el sér.

VIOLANTE.

Que en la virtud y el honor
busque Fernando modelo
en tí siempre, quiera el cielo.

RODRIGO.

(Acercándose á ella con cariño.)
¡Mi Violante!...

VIOLANTE.

(Lo mismo.) ¡Mi señor!

ESCENA VIII.

DOÑA VIOLANTE, RODRIGO, GARCÉS.

GARCÉS.

Un hidalgo que ha llegado,
veros pretende, y espera;
que su nombre me dijera,
le supliqué, y se ha negado.

RODRIGO.

Pero ¿es hidalgo?

GARCÉS.

Si el porte
prueba por sí la hidalguía,
hidalgo de más valía
no ha de encontrarse en la corte.

RODRIGO.

No es justo hacer esperar
á un hombre de tal valer.
Haz á ese hidalgo saber
que puede hasta aquí llegar.

ESCENA IX.

DOÑA VIOLANTE, RODRIGO, DON JUAN.

Este último aparece en la puerta del fondo, y en ella se detiene un momento.

VIOLANTE.

Adios, Rodrigo.
(Se despide del Marqués y llega hasta la puerta de la derecha.)

JUAN.

(Desde el fondo.) Señora...

VIOLANTE.

(Aparte.) (Esa voz!... ¿qué voz es esa?...)
(Doña Violante se detiene y se vuelve hacia D. Juan. Éste avanza hasta llegar á colocarse en primer término. Los actores en el orden siguiente: cerca de la puerta de la derecha, primer término, Violante; á la izquierda Don Juan; entre ambos D. Rodrigo.)

JUAN.

Si por dicha á la Marquesa
estuviese hablando ahora,
yo suplicarla osaría
que este salón no dejara
y que benigna escuchara
con el Marqués la voz mía.

VIOLANTE.

(Aparte.) (Ese acento... ese semblante!
¡Qué recuerdos, ay de mí!)

JUAN.

¿Atendéis mi ruego?

VIOLANTE.

Sí.

(Acercándose al centro hasta quedar junto á Don Rodrigo.)

JUAN.

Pues que me encuentro delante,
por mi estrella afortunada,
y en uno son dos honores,
de los muy nobles señores
y marqueses de Moncada,
prévio su consentimiento
expondré mi pretensión.

RODRIGO.

Antes en aquel sillón
tomad, buen hidalgo, asiento.

(Doña Violante y D. Rodrigo se sientan en los dos sillones de la derecha: D. Juan en el sillón de la izquierda. Pausa.)

JUAN.

Del rey mi señor augusto,

orden cumpliendo sagrada,
tres años há que á Granada
llegué. No fué por mi gusto,
mas fué en hora venturosa,
que en sus cármenes floridos,
asombro de los sentidos,
ví la mujer más hermosa
que forjó la fantasía.
¡Era una hurí mahometana,
era una virgen cristiana,
era Laura de Mejía!

VIOLANTE.

¡Laura!

JUAN.

Laura: y de tal suerte
ha dominado mi sér
el amor de esa mujer,
que ella es mi vida ó mi muerte.
Mi vida, si al fin rendida
entre mis brazos la veo;
mi muerte, si mi deseo
no ve su dicha cumplida.
A Mejía la pedí,
y á mi súplica accedió:
pensé alcanzarla, mas no,
que de nuevo la perdí.
¿Cómo? Sus padres murieron;

quedó Laura abandonada;
los marqueses de Moncada
sus nobles tutores fueron;
partió la niña llorosa,
maldije la estrella mía...
y hoy á Laura de Mejía
vengo á pedir por esposa.

VIOLANTE.

(Aparte y mirando fijamente á D. Juan.
(En los rasgos de esa faz
y en los ecos de esa voz...)

RODRIGO.

¿Y os llamáis?

JUAN.

Juan de Albornoz,
segundo conde de Orgaz.

VIOLANTE.

(Levantándose con ímpetu, retrocediendo hacia la derecha como si huyese de D. Juan, y ocultando el rostro entre las manos. A pesar de las indicaciones que preceden, la actriz interpretará este momento como crea oportuno.)
¿Orgaz ha dicho?... ¡Ese nombre!...
(En voz alta.)

JUAN.

En verdad que no comprendo...
(Levantándose.)

VIOLANTE.

(Él es, sí!... ¡yo lo estoy viendo!) (Aparte.)
(D. Rodrigo se dirige hacia ella y procura tranquilizarla.)

RODRIGO.

Su turbación no os asombre, (Á D. Juan.)
que el título que lleváis
á su memoria presenta
de cierta noche sangrienta
la imagen.

JUAN.

Si recordáis
que mi padre y mi señor,
contra el comunero audaz
tomó por asalto á Orgaz
por su rey y emperador,
que comprenderéis no dudo,
sin asombro ni extrañeza,
mi título de grandeza
y el castillo de mi escudo.

RODRIGO.

Cuando sepáis que mi esposa
en el castillo de Orgaz,
vuelta al peligro la faz,
aquella noche horrorosa
morir á su padre vió,

y que el hierro ensangrentado
de un implacable soldado
su propio pecho rasgó,
comprenderéis, señor conde,
por qué se aleja espantada
la marquesa de Moncada,
y por qué su rostro esconde.

JUAN.

¿Aquella noche fatal...
ella estaba... estaba allí?
Y ¿vertió su sangre?...
(Con profunda emoción y señalando á la Marquesa al decir «ella.»)

RODRIGO.

Sí.
(D. Juan da algunos pasos hacia Doña Violante. D. Rodrigo se dirige al trofeo y toma el puñal que limpiaba Nuño al comenzar el acto, y que dejó en dicho trofeo al salir. D. Rodrigo con el puñal en la mano se acerca á D. Juan y se lo muestra.)
Ved el hierro.

JUAN.

(Aparte.) (¡Mi puñal!)
(D. Rodrigo vuelve á dejar el puñal en su sitio. D. Juan y Violante se miran desde lejos con expresión que los actores interpretarán como juzguen oportuno.)

VIOLANTE.

(¡Es él!) (Aparte.)

JUAN.

(Aparte.) (¡Cielo santo, es ella!
¡Otra vez en mi camino!)

VIOLANTE.

(¡Ay, por mi negro destino!) (Aparte.)

JUAN.

(¡Ay, por mi fatal estrella!) (Aparte.)

RODRIGO.

(Después de dejar el puñal en el trofeo vuelve á colocarse entre D. Juan y Violante.)
Erais muy niño sin duda
cuando ese puñal rasgaba
de la mujer que yo amaba
el seno, y esto os escuda.
De ese crimen, noble conde,
vuestra edad y condición
os absuelven con razón.
Mas si vuestra casa esconde,
y esto pronto lo sabré,
al autor de tal proeza,
ó me entregais su cabeza.
ó su cabeza tendré.

JUAN.

Mal van ya mis esperanzas,

y mal van mis alegrías,
si en vez de hallar simpatías,
odios encuentro y venganzas.
Acatando adversa ley
pronto me veréis partir;
mas antes debo cumplir
la voluntad de mi rey.
De mi rey, que guarde Dios,
este pliego he recibido, (Saca un pliego.)
y al entregarlo he cumplido
mi misión, que es para vos.
(Lo entrega ceremoniosamente á D. Rodrigo.)

RODRIGO.

Á cuanto en el pliego ordene
el monarca soberano
me someto de antemano.

JUAN.

Ved lo que el pliego contiene.

RODRIGO.

Quien es cual yo caballero
al rey debe hacienda y vida;
por mucho que el rey me pida
suyo es todo.

JUAN.

Así lo espero.
(D. Rodrigo abre el pliego y lee atentamente. Pausa.)

RODRIGO.

En carta para mí honrosa, (Inclinándose.)
que á doña Laura Mejía,
ahijada y pupila mía,
os conceda por esposa
me ordena el Emperador.

VIOLANTE.

(Tu palabra está empeñada.)
(Aparte á D. Rodrigo.)

JUAN.

¿Y contesta el de Moncada?

RODRIGO.

Que es imposible, señor.
(Con extremada cortesía y con expresión de sentimiento.)

JUAN.

De obediencia haciendo alarde,
os negáis á obedecer.

RODRIGO.

La obediencia no es deber (Con energía.)
si llega el mandato tarde.

JUAN.

Del rey en nombre lo exijo.

RODRIGO.

Y yo en mi nombre lo niego.
(Movimiento de D. Juan.)
Ya cedí al amante ruego...

JUAN.

¿De quién?

RODRIGO.

¿De quién?... ¡De mi hijo!

JUAN.

Pues es vuestro, bien podéis
recogerle la promesa.

RODRIGO.

¿Sólo porque á vos os pesa?

JUAN.

Porque al rey obedecéis.

RODRIGO.

No hay obligación que infame:
(Con creciente vigor.)
es, conde, siempre sagrada
la palabra de un Moncada
mientras hay quien la reclame;
y no es justo, ¡vive Dios!

que los míos me hallen menos
honrado, que los ajenos,
ni por el rey ni por vos.

JUAN.

Razon tenéis: mas llamad
á Fernando, que al fin es,
como vuestro, leal; después
ese pliego le mostrad;
y no dudéis que á su amor,
poniendo el deber por dique,
gustoso no sacrifique,
ante una ley superior,
juveniles fantasías.

RODRIGO.

Es el consejo prudente.

VIOLANTE.

(Aparte á Rodrigo.)
(¡Vas á poner frente á frente,
las amorosas porfías
de ese insensato escuchando,
al uno y otro rival!
¿Olvidas la sin igual
fiereza de mi Fernando?)

RODRIGO.

(No temas, no ha de venir.) (Ap. á Violante.)

JUAN.

¿Que resolvéis?

RODRIGO.

Este pliego
mostrar á Fernando.

JUAN.

¿Y luego?

RODRIGO.

Á él le toca decidir.
Dignaos, conde, esperar,
que muy pronto he de volver.

VIOLANTE.

Y yo entre tanto he de ser
quien ocupe tu lugar;
y mostrar al conde espero
que tu ausencia nada empece
para honrar... como merece
á un tan noble caballero.

(Sale D. Rodrigo inclinándose ante D. Juan.)

ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, DON JUAN.

Violante, después de seguir con la vista al Marqués y de cerciorarse de que ha salido, se acerca á Don Juan.

VIOLANTE.

En una noche funesta,
tras un combate sangriento,

de un incendiado castillo
por los salones huyendo,
iba una noble doncella,
seguida de un escudero:
detrás la muerte y las llamas
y los vencedores ébrios.
A una estancia donde sólo
los rayos puros y trémulos
de la luna penetraban,
llegarón ya sin aliento
la acongojada doncella
y el bravo y fiel escudero.
Después... después...

JUAN.

Basta ya.

VIOLANTE.

Después penetró un mancebo
con una antorcha en la mano,
humeante el desnudo acero...

JUAN.

¡No más!

VIOLANTE.

Escuchadme, conde,
y recordad.

JUAN.

¡Bien recuerdo!

La estancia toda sombría...
pintados vidrios el hueco
llenando de ancha ventana...
al través los mil reflejos,
de la luna, suspendidos
entre dos hermosos cielos,
el del espacio allá afuera,
el de una mujer adentro...
¡perdón, señora, perdón!

VIOLANTE.

Así con lloroso acento
gritó la mujer, y en vano;
no quiso escucharla el cielo.

JUAN.

Vos lo habéis dicho, señora:
estaba el vencedor ebrio:
un rayo vió de hermosura
rápido pasar huyendo,
y el alma se le abrasó
de aquel rayo con el fuego,
más que con las llamaradas
de los torreones soberbios.

VIOLANTE.

¡Orgaz, de infamia castillo!

JUAN.

¡Orgaz, castillo funesto!

¿Por qué la ví tan hermosa
al resplandor del incendio!

VIOLANTE.

Conde...

JUAN.

¡No más, por favor!

VIOLANTE.

Es, noble conde, que quiero
hablaros de mi Fernando,
y antes evocar debemos,
aunque en el alma nos hieran,
los vuestros y mis recuerdos.
La mujer pudo arrancar
con desesperado esfuerzo
aquel puñal, que en el cinto
(Señalando el puñal del trofeo.)
llevaba el noble mancebo,
y vengador de su honra
clavólo en su propio seno.
¿Y después, conde?... ¿Y después?
¡que aquí la memoria pierdo!

JUAN.

La levanté entre mis brazos...

VIOLANTE.

Es verdad... sí...

JUAN.

Marché ciego...
llegamos á la ventana;
rompí un cristal; dió de lleno
sobre su rostro la luna:
estaba pálido y yerto.
Espantado la solté;
cayó sobre el pavimento,
y sin volver la cabeza
de mí mismo salí huyendo.

VIOLANTE.

Y allí quedó una mujer
en sangre bañado el pecho;
tinieblas en derredor,
tinieblas en su cerebro;
en la ventana un cristal
roto, y allá desde el cielo
un blanco rayo de luna,
como fantástico engendro
de la noche, acariciando
con sus pálidos reflejos
de la víctima la frente
y el ensangrentado seno.

JUAN.

Y ¿cómo podré borrar
mi crimen?

VIOLANTE.

Sólo hay un medio
de que olvide yo y perdone.

JUAN.

¿Cuál es?

VIOLANTE.

Arrancar del pecho
la pasión que os avasalla:
á Laura olvidar.

JUAN.

No puedo:
pedidme la honra... la vida...
¡qué me importan!... Todo, menos
el amor de esa mujer.

VIOLANTE.

Yo lo exijo... yo lo quiero..
¡Del hijo mío es la dicha!

JUAN.

Y ¿qué importa el hijo vuestro?

VIOLANTE.

¡Qué le importa!... (Conteniéndose.)

JUAN.

Perdonad;

he dicho mal: me arrepiento:
sois sagrada para mí,
que fué mi crimen inmenso;
mas no pidáis lo imposible.

VIOLANTE.

¡Don Juan!...

JUAN.

¡Violante, no puedo!

VIOLANTE.

¡Os suplico de rodillas! (Arrodillándose.)

JUAN.

Alzad, señora, os lo ruego.

VIOLANTE.

¡Así os pedía en Orgaz!

JUAN.

¡Me enloquecéis!

VIOLANTE.

¡Por el cielo!

ESCENA XI.

DOÑA VIOLANTE, DON JUAN, FERNANDO.

Este último precipitadamente por la derecha, segundo término.

FERNANDO.

¡Al de Orgaz tú suplicando!...
¡tú de rodillas!... ¡mi madre!
¡Alza!... ¡se acerca mi padre!
Si él te viese así...

VIOLANTE.

¡Fernando!
por tu dicha era...

FERNANDO.

Lo sé.
Mas ¿para qué suplicar
cuando te basta mandar!
(Dirigiéndose á D. Juan con fiereza.)

JUAN.

¡Arrogante sois á fé!

FERNANDO.

(Á su madre.)
Pues tan venturoso ha sido
que á sus plantas te ha mirado,
has de mirarle postrado...

¡no! ¡por mi mano tendido
á las tuyas!

VIOLANTE.

¡Calla!

FERNANDO.

¡Madre!

JUAN.

¿Y cómo?

FERNANDO.

Con esta espada.

JUAN.

¿Y quién lo dice?

FERNANDO.

Un Moncada.

VIOLANTE.

¡Calla, insensato!... ¡Tu padre!
(**Señalando á la puerta de la derecha, segundo término.**)

ESCENA XII.

DOÑA VIOLANTE, FERNANDO, DON JUAN, DON RODRIGO.

RODRIGO.

¿Sabéis, conde, que me exige
la palabra que le dí?

JUAN.

Pienso, Moncada, que sí.
¿Y vos decís?...

RODRIGO

Lo que dije.

JUAN.

Pues perdonad mi porfía;
mas al partir os anuncia
el de Orgaz, que no renuncia
á doña Laura Mejía.

(D. Juan saluda y sale lentamente: al llegar á la puerta se vuelve y saluda de nuevo. D. Rodrigo le devuelve el saludo inclinándose: Fernando quiere seguirle, pero su madre le contiene.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salón de la casa de Moncada inmediato al jardín, con el cual comunica por una gran puerta situada en el fondo, y cuyos árboles se distinguen vagamente en la oscuridad de la noche. Á la derecha del espectador dos puertas; la de primer término conduce á las habitaciones de Laura; la de segundo término á las de los marqueses. Á la izquierda del espectador, y en segundo término, otra puerta mayor que las dos anteriores, y que se supone en comunicación con el vestíbulo. La puerta del fondo estará abierta constantemente, y de vez en cuando se distinguirá el follage con más claridad, como si lo hubiese iluminado la luna.

Contra el muro de la izquierda, y en primer término, un enorme banco-arcón de madera labrada, con brazos, alto respaldo y escudo en el centro; sobre él algunas armas y objetos para limpiarlas y bruñirlas, como arrojados al azar: además dos bandas. Á la derecha, primer término, una mesa y sobre ella una lámpara encendida, objetos de labor, un libro y recado de escribir: dos sillones junto á dicha mesa: dos taburetes á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

Brígida, observando por la puerta del foro.

Nada se oye en el jardín:
es la noche muy oscura:
oculta por la espesura,
de aquella alameda al fin,
está la puerta por donde
entre sombras ha salido:
en buena nos ha metido

ese condenado conde.
Mucho tarda: el tiempo vuela:
¡digo!... ¡si viene Moncada
y averigua que tapada
se fué por la callejuela,
sin escudero y sin paje,
sin litera y sin lacayo,
así como de soslayo,
y por detrás del ramaje!...
¡Á cada una de las tres
nos va á dividir en dos!
¡Del conde líbrenos Dios...
y primero del marqués!
La pobre Laura aun ignora
lo que al despuntar el día
se prepara... ¡Virgen mía!
mas lo supo la señora...
Dicen todos á una voz
que mañana, sin remedio,
se parten de medio á medio
Fernando y el de Albornoz...
No sé si es cierta la cosa,
mas cuando oigo una noticia,
sin que esto arguya malicia,
y sí ciencia provechosa
adquirida con la edad,
á mi costa y á la ajena,
digo: «mentira,» si es buena;
si es mala, digo: «verdad.»

Un ejemplo: cierto día
dicen que se ha desprendido
un paredón, y ha cogido
á mi Lucas: «¡Virgen mía!...»
grito y me gritan al punto
que en el hueco que ha dejado
un tesoro se ha encontrado.
¡Corro!... y estaba el difunto
y el hueco, pero no el oro:
y resulta en conclusión
cierto lo del paredón,
y falso lo del tesoro.

ESCENA II.

DOÑA VIOLANTE, BRÍGIDA.

BRÍGIDA.

(Asomándose de nuevo á la puerta del jardín y escuchando atentamente.)

¡Por vida de Barrabás!
¡Si llega Moncada!... ¡Al fin!...
¡Pasos oigo en el jardín!
Es ella...

(Doña Violante aparece en la puerta del fondo, y se detiene apoyándose en el muro como rendida por la emoción y el cansancio.)

VIOLANTE.

¡No puedo más!

(Brígida le quita el manto con presteza. Doña Violante

se levanta y contesta como distraida á las preguntas de la dueña.)

BRÍGIDA.

¿Era cierto?

VIOLANTE.

Cierto á fé.

BRÍGIDA.

¿Mañana se baten?

VIOLANTE.

No.

BRÍGIDA.

¿Quién ha de impedirlo?

VIOLANTE.

Yo.

BRÍGIDA.

Pero ¿cómo?

VIOLANTE.

No lo sé.

BRÍGIDA.

¿Fuísteis á su casa?

VIOLANTE.

Sí.

BRÍGIDA.

¿Le vísteis?

VIOLANTE.

No estaba ya.

BRÍGIDA.

¿Pero vendrá?

VIOLANTE.

No vendrá.

BRÍGIDA.

¿Y al de Albornoz?

VIOLANTE.

No le ví.

BRÍGIDA.

¿Y ha de ser?...

VIOLANTE.

Cuando la aurora
aparezca por oriente.

BRÍGIDA.

¡Qué juventud, Dios clemente!
Y ¿dónde riñen?

VIOLANTE.

Se ignora.

BRÍGIDA.

¿Es decir que no hay manera?...

VIOLANTE.

¿No ha de haberla, desdichada?
Yo le arrancaré la espada
de la mano cuando quiera.

BRÍGIDA.

¿Tanto podéis!

VIOLANTE.

¡Sí por Dios!

BRÍGIDA.

¡Desarmar la mano impía!...
pero ¿de quién?

VIOLANTE.

(Con enojo.) ¡Todavía!
De cualquiera de los dos.

Basta ya de preguntar.

BRÍGIDA.

Es natural interés.
Pronto volverá el marqués...

VIOLANTE.

Calla... déjame pensar.
(Doña Violante muestra gran agitación, y al fin, después de vacilar algunos instantes, se sienta á la mesa.)
¡Es preciso!... ¡valor!... ¡sí!
¡Perder no puedo un momento!...
¡se me escapa el pensamiento!...
(Se prepara á escribir; pero antes de empezar se vuelve hacia Brígida.)
Tú no te muevas de allí.
(Señalando hacia la puerta de la izquierda.)

BRÍGIDA.

En su rostro lleva escrito
el dolor... ¡pobre señora!

VIOLANTE.

Antes que llegue la aurora
ver al conde necesito.
Mañana fuera ya tarde...
¿Por qué tiemblas, corazón?
¡Escoges buena ocasión
para mostrarte cobarde!
(Al fin se decide y comienza á escribir.)

BRÍGIDA.

El llanto baña su tez.

VIOLANTE.

«¡Conde, por la honra perdida
»de nuevo os pido la vida
»ó la muerte de una vez!»
¡Qué ruido es ese? (Volviéndose.)

BRÍGIDA.

No es nada.
Aquí estoy yo vigilando.

VIOLANTE.

¡He de salvar á Fernando,
aunque me mate Moncada!
(Sigue escribiendo.)
«Veros quise, y no he podido,
»esta tarde. Lo sé todo.
»De salir no encuentro modo,
»porque espero á mi marido.»
¿Vienen?

BRÍGIDA.

No. Poned el fin.
Yo vigilo: descuidad.

VIOLANTE.

(Escribiendo.)
«Llave os mando: penetrad

»por la puerta del jardín.
»Devolved al mensajero
»este papel. No es que dude
»de vos, conde: mas acude
»á mi mente terco y fiero,
»enrojeciendo mi faz,
»el recuerdo de mi esposo
»y el recuerdo vergonzoso
»de mi deshonra en Orgaz.» (Pausa.)
Se confunde mi razón...
¿Me queda algo por decir?
(Escribiendo.) «Una luz veréis lucir
»en la puerta del salón.» (Nueva pausa.)
¡Olvidé en mi aturdimiento
decirle que es á las doce!

BRÍGIDA.

¿Acabáis!

VIOLANTE.

¡Bien se conoce
toda la angustia que siento.
(Escribiendo.) «Á las doce; después no...
»vuela el tiempo y fuera tarde.
»Dios vuestra existencia guarde
»mejor que á mí me guardó.»
Brígida...

BRÍGIDA.

¿Señora?...

VIOLANTE.

Ven:
toma esta carta.

BRÍGIDA.

La tomo.

VIOLANTE.

Ahora el manto.

BRÍGIDA.

¡El manto! ¿Cómo?
¿he de ser yo misma quién?...

VIOLANTE.

Es preciso.

BRÍGIDA.

¡Está lloviendo!
(Acercándose á la puerta del fondo.)

VIOLANTE.

Vive muy cerca el de Orgaz.

BRÍGIDA.

¡Del Cristo divina faz!

VIOLANTE.

Esta carta...

BRÍGIDA.

Ya lo entiendo.
(Aparte.) (Por entenderlo no queda:
si queda, será sin duda
porque con mi ingenio acuda
al remedio, y como pueda...)
¡El Marqués!
(Mirando por la puerta de la izquierda y ocultando la carta.)

ESCENA III.

DOÑA VIOLANTE, DON RODRIGO, BRÍGIDA, NUÑO.

D. Rodrigo y Nuño por la izquierda, en traje de calle, precedidos de dos criados con luces y seguidos de otro tercer criado: éstos se detienen en la puerta. El Marqués y Nuño dan los sombreros y las capas al último criado, que desaparece por la izquierda. El Marqués da su espada á Nuño y se acerca á Doña Violante.

RODRIGO.

¡Violante!

VIOLANTE.

¡Esposo!

RODRIGO.

¿Estas inquieta?

VIOLANTE.

No á fé.

RODRIGO.

¿Tiembla tu mano?

VIOLANTE.

No sé...

RODRIGO.

Ven; necesitas reposo.
(Aparte.) (Que todo lo sabe infiero.
Tiembla por Fernando... Es madre.
Lucha en mí el amor de padre
con la honra del caballero.)
Sígueme. (Á Violante en voz alta.)

VIOLANTE.

Rodrigo...

RODRIGO.

(Cogiéndole una mano.) ¿Ves?
¡te abrasa la calentura!

VIOLANTE.

De ese jardín la frescura...

RODRIGO.

Bien, bajaremos después:
y cerca de esa enramada
los dos y Laura, y á más

Brígida y Nuño, verás
cuán alegre es la velada.

(D. Rodrigo y Violante salen por la derecha, segundo término, precedidos de los dos criados con luces. Nuño, siempre con la espada del Marqués en la mano, intenta seguirlos; Brígida le detiene.)

ESCENA V.

BRÍGIDA, NUÑO.

BRÍGIDA.

Escucha, Nuño, un instante.
Va bien sin tí don Rodrigo,
y va bien sin ir conmigo,
mientras va con él Violante.

NUÑO.

(Dejando la espada del Marqués sobre el banco de la izquierda.)
¿Qué me quieres?

BRÍGIDA.

Un favor
pedirte. ¿Ves esta carta?
(Le muestra la de Violante.)

NUÑO.

Sí.

BRÍGIDA.

(Dudando.) Pues bien...

NUÑO.

Tu historia ensarta.

BRÍGIDA.

Hay que llevarla á un señor. (Con misterio.)

NUÑO.

(Tomando la carta y mirando al sobre. Después se la devuelve á Brígida.)
Del nombre se han olvidado.

BRÍGIDA.

No importa, yo sé quién es.

NUÑO.

Puede llevarla Garcés.

BRÍGIDA.

Es asunto reservado...
de una mujer.

NUÑO.

¿Y se llama?...
¿Laura sin duda?

BRÍGIDA.

Perdona:
mi lengua nunca pregona

los secretos de una dama.
Ni de nadie. No es prudente.
Callo, aunque el callar me hastíe.
Aquel que de mí se fíe,
que con mi silencio cuente.
Yo no hablo á tontas y á locas:
¡soy un sepulcro!

NUÑO.

Lo creo:
que siempre una momia veo
enterrada en esas tocas.

BRÍGIDA.

¡Tengamos la fiesta en paz!

NUÑO.

¡Paz á los muertos!

BRÍGIDA.

¡Peralta!

NUÑO.

Ya me callo. Pero falta
saber quién es.

BRÍGIDA.

(Con misterio.) El de Orgaz.

NUÑO.

¡Qué dices! ¿El conde?

BRÍGIDA.

Justo.

NUÑO.

¡Que me place, vive Cristo!
Jamás de cerca le he visto.

BRÍGIDA.

Pues te he dado por el gusto.

NUÑO.

Esta roja cicatriz
cuentas atrasadas tiene
con esa casa, y conviene...
En fin, iré.

BRÍGIDA.

¡Soy feliz!

NUÑO.

Y á Moncada el de Albornoz
hace pensar en Orgaz:
así lo dice su faz,
aunque lo calle su voz.

BRÍGIDA.

Pues mejor á lo que entiendo,
si á tu señor interesa.
¿El mismo te ha dicho?... (Con curiosidad.)

NUÑO.

Cesa.
Él no me habla: yo comprendo. (Pausa.)
A media tarde salimos,
en silencio caminamos,
á Madrid atrás dejamos,
y el sol ocultarse vimos.
Los celajes de occidente
más y más palidecían,
y en el cielo aparecían
las estrellas lentamente.
Un triste lejano son
llegó en las alas del viento:
de la torre de un convento
quízá el toque de oración.
Detuvimos nuestro paso,
descubrimos nuestra frente,
el toque espiró doliente,
la luz se extinguió en ocaso.
Esta roja cicatriz
mirando estuvo el marqués;
miró este puñal después,
y de la sangre el matiz

tiñó su faz. Nada hablamos:
la cabeza nos cubrimos:
á Madrid la vuelta dimos,
y ya de noche aquí entramos. (Pausa.)

BRÍGIDA.

Bueno, sigue; ya te escucho.
Sé que te miró Moncada.
¿Y después?

NUÑO.

No ocurrió nada.

BRÍGIDA.

¿Conque eso es todo?

NUÑO.

Y es mucho.
Aunque nada nos digamos,
callando nos entendemos,
que en la mirada ponemos
lo que á la lengua negamos.
Venga esa carta. De paje
haré y de dueña.

BRÍGIDA.

Pues toma.

NUÑO.

Veré al de Albornoz, y á Roma
por todo.

BRÍGIDA.

Vaya, buen viaje.

NUÑO.

(Volviendo desde la puerta y con cierta malicia.)
¿Es de Laura? (Mostrando la carta.)

BRÍGIDA.

¡Por mi fé!

NUÑO.

¡Quizá ruega al de Granada
que no le dé una estocada
á su Fernando?

BRÍGIDA.

(Con mal humor.) No sé.
(Sale Nuño por la izquierda.)

ESCENA V.

BRÍGIDA.

Y luego dicen que gruño:
pues ¿no he de gruñir con Nuño?

¡qué pesado y qué curioso!
No quisiera yo un esposo,
aun cuando me hiciera falta,
como Nuño de Peralta.

Pero, en fin, después de todo
yo me lo arreglé de modo,
que hice cuanto quise de él,
porque en el fondo es fiel
y bonachon y sencillo,
y me sirvió el pobrecillo.

Cierto que en lo testarudo
que haya otro cual Lucas dudo.
El maldito paredón
le aplastó sin compasión
todo, menos la cabeza,
que la dejó en una pieza.

Era mucho hombre ¡ay de mí!
Desde el punto en que perdí
de su regazo el calor,
de mi viudez al dolor
comprendí lo que valía,
que antes no lo comprendía.

Un murallón ¡ay mi Dios!
se interpuso entre los dos:
una eternidad de llanto

en forma de cal y canto.
¡Y pensar que no hay remedio
estando pared por medio?

Pasos oigo: vuelve ya.
¿Será Nuño? Sí será:
como que el dichoso Conde
buscó casa desde donde
contemplar la de su amor.
¡Qué posma es el buen señor!

ESCENA VI.

DON FERNANDO, BRÍGIDA, NUÑO.

BRÍGIDA.

Nuño... (Saliendo al encuentro.)
¡Don Fernando!
(Deteniéndose al verle.)

FERNANDO.

(Á Brígida.) Vete.

BRÍGIDA.

Mal tropiezo tuvo, malo.

FERNANDO.

¡Qué aguardas! Vete, te digo.

BRÍGIDA.

Obedezco... (Aparte.) (¡Es un leopardo!)
(Sale Brígida por la derecha, primer término.)

ESCENA VII.

DON FERNANDO, NUÑO.

FERNANDO.

(Á Nuño.) El fingimiento es inútil.
Desde que el sol en ocaso
hunde su frente rojiza,
hasta que encienden sus rayos
arreboles de la aurora,
¿por ventura ignoras, cándido,
que girasol de una bella,
de su reja no me aparto,
y que desde allí del Conde
la noble morada guardo?
En ella entrar yo te he visto,
y salir al breve rato.
¡Mal oficio para viejo!
¡mal oficio para hidalgo
tomaste por vida mía!

NUÑO.

¡Que tal escuche!

FERNANDO.

¡Villano!

NUÑO.

¡Órdenes cumplí!

FERNANDO.

¿De Laura?

NUÑO.

La carta que me entregaron...

FERNANDO.

¿Una carta dices, Nuño?

NUÑO.

¡Mal haya mi torpe labio!

FERNANDO.

¡Es inútil que lo niegues!

NUÑO.

¡Yo negar? Lléveme el diablo
si sirvo para estas cosas.
Brígida es quien me ha entregado
ese papel; pero creo
que fué de Laura el encargo.

FERNANDO.

Dame la respuesta.

NUÑO.

¡Yo!

FERNANDO.

Pues hubo carta es bien llano
que respuesta habrá.

NUÑO.

No sé...

FERNANDO.

¡Lo exijo!

NUÑO.

En verdad...

FERNANDO.

¡Lo mando!
Pues ella ha de ser mi esposa,
tengo derecho sobrado...
mas ¿qué me importa? si tengo
mejor derecho en mi brazo
y en este hierro que voy
á hundirte, viejo menguado,

en la garganta, si al punto
no obedeces mi mandato!

NUÑO.

Señor... señor... de mis canas...

FERNANDO.

De tus canas más despacio
hablaremos. Pero dame...
¡dame el papel entre tanto!
(Le coge violentamente. Nuño le mira tranquilo y sereno.)

NUÑO.

Porque pedirlo podéis,
señor; porque debo darlo,
no porque tema morir,
voy á ceder.

FERNANDO.

¡Pronto!
(Nuño le entrega un papel, que él coge ansiosamente.)
¡Al cabo! (Pausa.)
¡Ya lo tengo, y aun vacilo!
¡Valor, corazón menguado!
(Leyendo.) «Á mi poder llegó luego
»la carta, y mal me juzgáis
»si por ventura pensáis
»que desatentado y ciego
»no he de escuchar vuestro ruego.

»Fuera portarme cual ruin,
»y soy caballero al fin.
»A las doce, recatado
»entraré, perded cuidado,
»por la puerta del jardín.»

(Fernando se detiene y muestra en todos sus ademanes la profunda emoción de que está poseido. Sigue leyendo después de una breve pausa.)

«Para obligarme, señora,
»invocáis la honra perdida...»

(Fernando da un grito terrible; se detiene, vuelve á leer y acaba la carta con ansiedad creciente.)

«Bien sabe Dios que la vida
»diera por borrar ahora
»el crimen de aquella hora,
»en que nubló vuestra faz,
»por insensato y audaz,
»con niebla de deshonor
»y con llanto de dolor
»eterno... El conde de Orgaz.»

(El actor interpretará este momento como crea oportuno.)

NUÑO.

¿Qué teneis?... ¡qué palidez!
¡esa carta!... ¡Don Fernando!...
¡Mi dueño!... ¡No me responde!
¡tiemblan convulsos sus labios!

FERNANDO.

¡Silencio!

(El reloj de una torre da once campanadas.)

NUÑO.

Pero, señor...

FERNANDO.

Calla, Nuño... ¿qué hora ha dado?

NUÑO.

De la torre de San Justo
el eco triste y lejano,
por entre sombras y calma,
once campanadas trajo.

FERNANDO.

¿Once no más? Imposible.
Es media noche. Hace rato
que la corneja graznó
en el viejo campanario.
¿No ves el cielo qué oscuro?
¿No ves bajarse mis párpados?
Es por el peso del sueño,
no es por el peso del llanto.
Son las doce, no lo dudes.
(Aparte.) (¿Cómo no, si las aguardo?)
¿Lo niegas? Pues mira, terco...
(Le lleva por un brazo hasta la puerta de la derecha, primer término, y le obliga á mirar hacia el interior.)
¡Mira... mi Laura... mi encanto!...
¡Ella viene!... ¡son las doce!

¡Calla, corazón menguado...
calla... que nada sospeche,
ó te arranco con mis manos!

ESCENA VIII.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, DON RODRIGO.

Doña Violante y D. Rodrigo por la derecha, segundo término. Laura y Brígida por la derecha también, primer término.

VIOLANTE.

¡Hijo del alma!

FERNANDO.

¡Mi madre!

RODRIGO.

(Á Fernando.) ¿Así cumples mi mandato!

FERNANDO.

Pues de enojaros no trato;
voy á retirarme, padre.
(Hace un movimiento para salir.)

RODRIGO.

Espera. (Aparte.) (No sé por qué
hoy me duele ser severo.
Si mañana el hado fiero
fatal le fuese... No á fé:

no está bien mostrar enojos
cuando no los siento ya,
cuando le miran quizá
por última vez mis ojos.)

(En voz alta y casi cariñosa.)

Ven, Fernando; de esta casa,
que es tu casa solariega,
nadie la entrada te niega,
con justa medida y tasa,
como lo exige el deber,
que es el freno del amor,
como lo exige el honor
de quien va á ser tu mujer.
Detén el paso y reposa
aquí en honesta velada,
junto á tu madre adorada
y á tu prometida esposa.

(D. Fernando deja la capa y el sombrero en un sillón inmediato á la puerta de la izquierda. Los actores se colocan en el orden siguiente: D. Rodrigo y Doña Violante en los dos sillones que están junto á la mesa. Laura y Fernando en los dos taburetes. Brígida y Nuño en el gran banco de madera de la izquierda. Laura borda la banda roja; Nuño limpia la espada de D. Rodrigo; Brígida saca un libro de rezos; Doña Violante mira con inquietud y ansiedad á la dueña.)

NUÑO.

Dame.

(Á Brígida; ésta le da un paño ú otro objeto cualquiera.)

Gracias.

BRÍGIDA.

Y al acero
otra vez.

NUÑO.

(Limpiando el hierro.)
Es mi afición.

BRÍGIDA.

Natural ocupación
en un tan buen escudero.

NUÑO.

Vamos, Brígida, á tener
una velada famosa,
aunque no suceda cosa
que no sucediera ayer.
Yo la tajante á bruñir,
los chicos á enamorar,
los padres á vigilar,
y las dueñas... á dormir.

VIOLANTE.

(Aparte.) (No pude á Brígida yo
preguntar... ¡siempre Rodrigo!)

BRÍGIDA.

(¿Con que la carta?...) (Aparte á Nuño.)

NUÑO.

(Aparte á Brígida.) (Te digo
por cuarta vez, que llegó.)

LAURA.

(Aparte.) (¿Por qué no fija sus ojos
en los míos?) (Alto.) ¡Ay de mí!

FERNANDO.

¿Por qué suspiras así? (Aparte á Laura.)

LAURA.

Por tus enojos.

FERNANDO.

¡Enojos!
Velada es esta en verdad (Levantando la voz.)
que ensancha mi corazón:
mira allí nuestra ilusión
(Señalando á sus padres.)
convertida en realidad.
Amor en la juventud
confundió sus corazones;
del cielo las bendiciones
de amor hicieron virtud;
la muerte al fin sin piedad
querrá separar sus vidas;
pero á sus almas unidas

les queda la eternidad.
Bendigamos á la suerte
que tal dicha nos prepara:
unámonos en el ara
por la vida y por la muerte:
tú con esposo leal
y yo con esposa pura...
¡no temas... es ya segura
nuestra dicha terrenal!
(Con sarcasmo mal contenido.)

LAURA.

¡Esa mirada... ese acento!

VIOLANTE.

Eres injusto, Fernando...

RODRIGO.

¿Por qué razón, cómo ó cuándo?...

FERNANDO.

¡Porque me embriaga el contento!
Pero escucha, Laura mía;
si por aquella á quien ama,
cuando es honrada la dama,
toda su sangre daría
este pobre corazón,
bendiciendo su destino,

¡ay si encuentra en su camino
una sombra de traición!

LAURA.

¡En confusiones me pierdo
al escucharte!

FERNANDO.

No es nada.
Es que miro aquella espada
que limpia Nuño, y recuerdo
que mi padre me contó
una historia de amargura,
que la limpia empuñadura
por muchos años guardó
en su centro taladrado.

RODRIGO.

Es la historia provechosa.

FERNANDO.

Por lo menos es curiosa.

BRÍGIDA.

Y ¿hace mucho que ha pasado?

FERNANDO.

Mucho.

BRÍGIDA.

Déjame mirar
ese extraño hierro, Nuño.

FERNANDO.

Pero el misterioso puño
aun se puede aprovechar.

RODRIGO.

Ocupar puedes á fé
aquesta alegre velada,
refiriendo de mi espada
el origen.

FERNANDO.

Sí lo haré.

BRÍGIDA.

¿Será una historia de amor? (Á Nuño.)

NUÑO.

Yo no sé lo que será.

RODRIGO.

Comienza la historia ya.

NUÑO.

(Limpiando el hierro.)
No hay otro acero mejor.
(Pausa. Después Fernando comienza la historia. El Marqués toma un libro de sobre la mesa y lee atentamente

hasta el final de la escena. Laura sigue su labor, que á veces interrumpe, para oir á Fernando. Nuño continúa bruñendo la espada de su señor. Doña Violante se muestra inquieta: ya vuelve la vista hacia el jardín, ya mira con afán á Brígida.)

FERNANDO.

Cuenta una historia olvidada,
que cierta bella Beatriz
y un don Alvaro Moncada,
para ella en hora infeliz,
para él en hora menguada,

casaron allá en Sevilla,
y era su amor tan ardiente,
que si cruzaban la villa,
les señalaba la gente
como á humana maravilla.

Mas todo acaba en el mundo:
en todo se puede hallar
término, y término inmundo;
¡que fondo tiene hasta el mar,
con ser el mar tan profundo!

Le veis tranquilo y sereno,
y creyéreis con trabajo
que no es de cristal su seno;
¡pues de ese cristal debajo
hay doble fondo de cieno!

Mas por Dios que mi memoria
es ya sobrado infeliz:
volvamos á nuestra historia
y á nuestra hermosa Beatriz,
hermosa como una gloria.

Del rey moro de Granada,
cierto príncipe andaluz
llegó con una embajada,
bello cual ángel de luz,
al palacio de Moncada.

Á Beatriz enamoró,
mas siempre la halló cruel;
la embajada terminó,
y desdeñado el infiel
á Granada se tornó.

Mas ¡qué extraño es el destino!
¿Por qué Beatriz escondía
en su camarín divino
una carta que tenía
del príncipe granadino?

Probaba la carta aquella,
carta que escribió al partir,
que de la cristiana bella
jamás consiguió rendir
el corazón su querella.

Pero es cosa averiguada
que á veces en el jardín
bajo una espesa enramada,
y otras en su camarín
lánguidamente inclinada,

y muchas tras de la reja,
cuando la luz de la luna
el Guadalquivir refleja,
de aquel papel sin fortuna
buscaba la eterna queja.

Era una noche: miraba
tras la reja, cual solía,
la luna que se elevaba:
la carta á veces leía,
y leyéndola lloraba.

Una mano de repente
asió el papel misterioso;
dió un grito la delincuente,
y al volverse, de su esposo
se halló Beatriz frente á frente.

De lo que entre ambos pasó
no llegó al mundo ni un eco,
mas la Marquesa... murió.
Con la empuñadura en hueco,
don Álvaro hacer mandó

en Toledo el hierro aquel,
que veis en manos de Nuño,
y refirió un paje infiel
que vió á Moncada en el puño
meter sangriento un papel.

Después marchóse á la guerra,
y en una ruda batalla
en la granadina tierra,
sin casco y rota la malla,
á un moro ven que se aferra,

y aunque el moro era valiente,
le arroja sobre un terruño,
le mira fijo y ardiente,
y de aquella espada el puño
le hunde en la sangrienta frente.

Y aquí agrega el narrador,
que desde aquella jornada,
todo Moncada en rigor
en el puño de su espada
lleva el sello de su honor.

LAURA.

Triste es la historia y sombría.

FERNANDO.

(Á Laura.) Está pálida tu tez.

BRÍGIDA.

(Aparte á Nuño.)
(¿Con que la carta?)

NUÑO.

¡Otra vez!
(Aparte.) (No digo esta boca es mía,
pues respuesta no me exige.)

BRÍGIDA.

(Aparte á Nuño.)
(Ya estará la dama ansiosa.)

VIOLANTE.

(En voz alta.) Me fatiga hallarme ociosa.
La banda azul... (Á Brígida.)

BRÍGIDA.

(Á Nuño.) ¿No lo dije?

NUÑO.

(Aparte.) (¡Y que era Laura pensé!
¡Es Violante!)

(Brígida se levanta, después de tomar en el banco una banda azul y con ella se aproxima á Doña Violante. D. Rodrigo entre tanto sigue leyendo.)

VIOLANTE.

(Á Brígida en voz muy baja.) (¿Fuiste?)

BRÍGIDA.

(Bajo á Doña Violante.) Fuí.

VIOLANTE.

¿Y te contestó?

BRÍGIDA.

(Resueltamente después de dudar algo.) Que sí.
(Se separa de Doña Violante y vuelve hacia su asiento.)
(Lo que contestó no sé,
que respuesta no ha traido.)

NUÑO.

(Á Brígida con interés, saliéndola al encuentro.)
¿Fué Violante?

BRÍGIDA.

¡Por piedad!...
¡yo nada he dicho!

NUÑO.

(Insistiendo.) ¿Es verdad?

BRÍGIDA.

Pues ¿cómo lo has conocido?
(Pequeña pausa.)

RODRIGO.

(Dejando el libro abierto.)
¡Una famosa jornada

y una cimitarra dura!

(Se queda meditando algunos momentos, después cierra el libro, lo deja cáer sobre la mesa y se levanta.)

Aquí acaba la aventura,
y aquí acaba la velada.

(Todos se levantan.)

VIOLANTE.

(Desde su sitio.)

Adios, Fernando, hijo mio;
de retirarnos ya es hora.

NUÑO.

(Aparte desde su sitio también.)

(¿Será cual Beatriz traidora?)

LAURA.

(Á Fernando.) ¿Por qué muestras tal desvío?

FERNANDO.

(Á Laura.) ¡Desvío! ¡Vanas quimeras!
Siempre tu sombra seré,
y has de verme... ¡por mi fé!...
(Aparte.) (¡hasta cuando no quisieras!)

(Fernando se separa de Laura y se acerca á su madre y ésta á él; Nuño viene á buscar á D. Rodrigo como para recibir órdenes; Laura se aproxima á Brígida. De este modo los personajes forman tres grupos: en el centro Doña Violante y Fernando; á la derecha D. Rodrigo y Nuño; á la izquierda Laura y Brígida.)

(Aparte á Doña Violante.)

(¡Adios, mi madre querida,

limpio espejo en que me veo,
único sér en quien creo,
única fé de mi vida!)

(Se separa de su madre, se despide de D. Rodrigo, se dirige á la puerta de la izquierda, toma la capa y el sombrero y se detiene observando. Nuño se aparta hacia la derecha aproximándose á la segunda puerta.)

VIOLANTE.

(Aparte y haciendo un movimiento para seguir á Fernando.)

(Si mi súplica...)

FERNANDO.

(No á fé: (Deteniéndose.)
fuera inútil; yo deliro.)

NUÑO.

(Desde la puerta de la izquierda, segundo término.)

Alumbrad, Garcés, Ramiro...

RODRIGO.

Laura... (Despidiéndose de ella.)

LAURA.

Madre... (Acercándose á Doña Violante.)

FERNANDO.

(Aparte.) (¡Volveré!)

(Garcés y Ramiro aparecen con luces en la segunda puerta de la derecha; y por ella salen, precedidos de aquéllos, D. Rodrigo y Violante. Laura y Brígida salen

igualmente por la derecha, primer término. Fernando espera á que todos se retiren, y entonces cautelosamente pasa al jardín; al desaparecer por la puerta del fondo es cuando dice: «¡Volveré!»)

ESCENA IX.

NUÑO.

Se dirige lentamente al banco de la izquierda, toma la espada de D. Rodrigo y queda algunos minutos pensativo. Sin soltar la espada saca la carta de Doña Violante del pecho.

Esta es la carta. (Pausa.) Me fué
devuelta al fin por el Conde,
y en ella pronto sabré
si el secreto que ella esconde
es el que siempre pensé.
(Se prepara á abrir la carta, pero se detiene como dominado por una nueva idea.)
¿Pero qué intentas, villano?
Porque arde en tu fantasía
un pensamiento liviano,
¿prenda que á tí se confía,
vas á violar por tu mano?
(Nueva pausa: hace un movimiento para salir por la derecha.)
Devolveré á esa mujer
aquesta carta fatal.
Pero ¿es este mi deber?
(Deteniéndose de nuevo.)
Si fuese ella criminal,
su cómplice vengo á ser.

Basta ya de ruín temor,
y basta de necio empeño;
pues se trata de su honor,
y es su esposa y es mi dueño,
¡esta carta á mi señor!
(De nuevo se prepara á salir.)

(Otra vez se detiene.)
Mas si aquí está demostrada
la mancha de esa infeliz,
y él la ve... ¡Virgen sagrada!
¡va á morir como Beatriz
á las manos de Moncada!

¿Dónde, papel que maldigo,
ocultarte! ¡dó tenerte
que no te tenga conmigo,
que el Marqués no pueda verte...
y que te lleve consigo?

(Hablando con la espada.)
Hierro noble, limpio y duro,
vengador de aquel Moncada,
¿sabes de un sitio seguro
en donde una mano honrada
esconda un secreto impuro?

Voy á descubrir si es él
el de la noche fatal;
y entre tanto, hierro fiel,

En el puño de la e...

en tu puño de metal
guarda, guarda este pa...

Pero hasta el punto...
en que yo muestre a...
esta roja cicatriz,
no digas á tu señor
que es Violante otra...
(Guarda el papel en la emp...
llevándose la luz que hay sob...
da sola y á oscuras por breve...

ESCENA

DOÑA VIOLA...

Sale por la derecha, segundo términ...
después de mirar á todas partes, cier...
bre la me...

Nadie. (Suenan doce ca...
Las doce...
(Acercándose á la puerta...
Todo calla en el j...
Silencio y sombra...
¿se abrió una pu...
Algo se mueve a...
Es que el viento...
¿Qué rumor?...

murmura el ag...
Todo la noche...

bajo su negro capuz.
Olvidé poner la luz...
(Toma la luz, vuelve á la puerta del fondo y levanta la luz en alto.)
Pasos oigo... al fin...
(Retrocede hasta la mesa. El conde de Orgaz aparece en la puerta del fondo y en ella se detiene.)
El conde.

ESCENA XI.

DOÑA VIOLANTE, DON JUAN.

JUAN.

Vengo á cumplir mi promesa.
(Doña Violante apaga la luz y retrocede instintivamente algunos pasos.)
(En voz baja.) Matáis la luz y quedamos...

VIOLANTE.

Bien entre sombras estamos.

JUAN.

Como os agrade, Marquesa.
Señora... (Da algunos pasos.)

VIOLANTE.

Conde, apartad.

JUAN.

¿Dónde estáis, que marcho ciego?

VIOLANTE.

Se puede escuchar un ruego
lejos y en la oscuridad,
cuando benigno se escucha,
señor don Juan de Albornoz;
que es muy vibrante la voz
de una madre cuando lucha
por salvar la amenazada
vida del hijo que adora.

JUAN.

Todo lo sabéis, señora.

VIOLANTE.

Al palacio de Moncada
os hice venir á vos:
si todo no lo supiera,
¡de noche y de tal manera
nos halláramos los dos?

JUAN.

¿Qué me pedís?

VIOLANTE.

Que á ese duelo
renunciéis, y que salgáis
de Madrid.

JUAN.

No me pidáis
lo imposible.

VIOLANTE.

¡Por el cielo!

JUAN.

¡Yo cobarde!

VIOLANTE.

(En voz muy baja, desde lejos, suplicante y cruzando las manos.)

¡Por la cruz!

JUAN.

¡Ved que mi honra me pedís!

VIOLANTE.

(Sin poder contenerse, alzando la voz y marchando resueltamente hacia D. Juan.)

¡De honra habláis!... ¡honra decís!...
(Llegando hasta el Conde.)
¡Mal hice en matar la luz!
¡Veros quisiera la faz!...
¡Sin pedirme la honra mía
la tomó vuestra osadía
en el castillo de Orgaz!

JUAN.

¡Soy un infame!... ¡Lo soy!...
¡Hacéis bien en maldecirme!
Pero ¿qué podéis pedirme
cuando la existencia os doy?
Yo os lo juro por mi fé;
áun á costa de mi vida,
mi espada jamás vencida
de su pecho apartaré.

VIOLANTE.

Os creo... su vida... sí...
respetará vuestra diestra;
pero ¡ay! ¿y la vida vuestra?

JUAN.

Y ¿qué os importa de mí? (Con extrañeza.)

ESCENA XII.

DOÑA VIOLANTE, DON JUAN, FERNANDO.

Este aparece en la puerta del fondo sin capa y sin sombrero, ó los arroja al jardín, y se detiene sondeando las sombras con afán.

FERNANDO.

(Aparte.) (En el fondo del salón
sombras agitarse veo...
¡De tanto gozo, yo creo

que hoy me salta el corazón!
(Avanza lentamente hacia Doña Violante y D. Juan, que deben hallarse en primer término.)
¡Él y la mujer liviana!...
¡Él resiste y ella implora!...
¡Y llora!... ¡Llora traidora,
que no llorarás mañana!)
(Se acerca cada vez más.)

VIOLANTE.

(En voz muy baja.)
¡Cruzar con él vuestro acero!
¡Os digo que es imposible!
¡Os digo que fuera horrible!

FERNANDO.

(Desnudando el puñal.)
¡Los dos!... pero ¿cuál primero?

VIOLANTE.

(Á D. Juan, con voz apagada.)
¡Me hacéis apurar las heces
del cáliz de la amargura!

FERNANDO.

(Ya muy cerca de Violante, se detiene y quiere ver, pero sin conseguirlo.)
(Aparte.) (¡Es la noche tan oscura!...)
(Da algunos pasos más, y coge violentamente á su madre por un brazo.)
¡Pero al fin! (Con voz terrible.)

VIOLANTE.

(Da un grito inarticulado y dice para sí, con expresión que sólo á la actriz es dado interpretar.)

(¡¡Jesús mil veces!!)

(Doña Violante procura desprenderse: Fernando la sujeta: D. Juan vaga por la oscuridad. En toda esta escena, gran rapidez: el grito de Fernando «¡Pero al fin!!», el de Violante y lo que sigue, casi simultáneos.)

FERNANDO.

(Á gritos terribles.)
¡Hola... venid... despertad!...
¡Mis gentes todas arriba!...

JUAN.

¡No será mientras yo viva!...

FERNANDO.

¡Mi venganza presenciad!...
¡No te irás!... (Á su madre.) ¡Sufre tu cruz!
¡Don Juan, no huyáis!...
(Á su madre, hablándola de muy cerca y oprimiéndola con frenesí.)
¡Quiero verte!...
¡y á él también!... ¡al daros muerte!
¡Acudid todos!... ¡Ya!... ¡Luz!...

ESCENA XIII.

DOÑA VIOLANTE, FERNANDO, DON JUAN, LAURA, con una luz en la mano por la derecha, primer término. Da algunos pasos y se detiene.

FERNANDO.

(Sin soltar á su madre.)

¡Laura!... ¡Imposible!...

(Se vuelve hacia Violante; ésta se cubre el rostro con las manos; Fernando se las separa con violencia y la mira.)

¡¡Mi madre!!

¡Ojos, cegad!

(Le suelta y se cubre la cara con las manos.)

VIOLANTE.

¡Ay de mí!

(Cae de rodillas á los piés de Fernando.)

(Los personajes ocupan las posiciones siguientes: hacia la izquierda, segundo término, á donde han llegado en la lucha anterior, Doña Violante y Fernando; éste en pié cubriéndose el rostro, aquélla á sus piés; Laura á la derecha, primer término, cerca de la puerta por donde salió: D. Juan hacia la derecha, cerca de Laura.)

ESCENA XIV.

DOÑA VIOLANTE, FERNANDO, LAURA, DON JUAN, DON RODRIGO, NUÑO, RAMIRO.

Los tres últimos por la derecha, segundo término; don Rodrigo y Nuño con las espadas desnudas, Ramiro con una luz.

RODRIGO.

(Desde dentro.)
¡Nuño!... ¡Nuño!... ¡por aquí!...

LAURA.

¡Dios mio!

JUAN.

¡El Marqués!

VIOLANTE.

(Levantándose rápidamente.) ¡Tu padre!
(Este es el momento en que aparecen D. Rodrigo, Nuño y Ramiro; Laura da un paso hacia la derecha; D. Juan la sigue y queda siempre á su lado.)

RODRIGO.

(Mirando el grupo que forman Violante y Fernando.)
¿Quién de mi casa la paz
turba y el recogimiento?
¿Quién con torpe atrevimiento?...
(Volviendo la vista hacia ellos.)
¡Laura y el conde de Orgaz!

LAURA.

¡Yo y el Conde!... ¡No por Dios!...
¿Por qué me miráis así? (Á D. Rodrigo.)
¡No hay culpa, señor, en mí!
¡Madre... Fernando... los dos
defendedme!
(Corre hacia Violante y Fernando como implorando protección.)

FERNANDO.

(En voz alta.) ¡Desdichada!

JUAN.

(Aparte.) (¡Qué idea!... Sí: Laura es mía...
salvo á Violante...)
(Adelantándose hacia D. Rodrigo y presentándole el pecho.)
(En voz alta.) La fría
hoja, Marqués, de esa espada
hundid en el corazón,
que bien merece la muerte
quien penetró de esta suerte
en vuestra noble mansión.

RODRIGO.

Y á la noble casa mía
¿por qué entre sombras vinísteis?
(D. Juan vuelve la vista hacia Laura. D. Rodrigo sigue su mirada.)
¿Por Laura?

JUAN.

Vos lo dijísteis.

RODRIGO.

¿Y ella acaso consentía?

JUAN.

No en verdad; pero áun á ser
ella quien me hizo venir,
ni lo pudiera decir...

RODRIGO.

Ni yo lo quiero saber. (Pequeña pausa.)
Mañana Madrid entero
dirá que el viejo Moncada
halló la noche pasada
en su casa un caballero;
y como en aqueste instante
sólo hay dos damas en ella,
ó vino por Laura bella,
ó vino por mi Violante.

FERNANDO.

¡No... jamás... la madre mía!

RODRIGO.

(Á Fernando.) ¿Qué supones, insensato?
¡Tal dijiste y no te mato!

ACTO TERCERO.

La escena representa un salón del castillo de Orgaz: arquitectura de carácter triste y sombrío. En el fondo una gran ventana dividida por dos columnas muy ligeras en tres claros ó ventanas menores. Las tres ventanas abiertas: por ellas se ve el fondo, completamente oscuro, del cielo.

A la derecha del espectador, primer término, una enorme chimenea con fuego; en segundo término una puerta que conduce á las habitaciones que ha de ocupar Laura: entre la chimenea y la puerta un trofeo de diversas armas.

A la izquierda dos puertas; la de primer término, conduce á las habitaciones destinadas á Moncada; la de segundo término da paso á un corredor que termina en la esplanada del muro y que está en comunicación con la escalera de la torre. Se supone además que entre las habitaciones de Moncada y este corredor, hay comunicación directa. Entre ambas puertas un gran retrato de cuerpo entero que representa á Don Juan cuando era mozo.

A la izquierda, primer término, una mesa y un sillón; sobre la mesa una luz. A la derecha, junto á la chimenea, dos taburetes.

Una lámpara pendiente de la bóveda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ORDOÑO, MENDO.

Sentados á la chimenea, cuyo fuego avivan.

MENDO.

Mala noche, amigo Ordoño.

ORDÓÑO.

Mala noche, amigo Mendo.

MENDO.

Para este huracán del diablo
está el castillo muy viejo.

ORDOÑO.

Las torres se bambolean
desde la almena al cimiento.

MENDO.

Al anochecer se hundió
de la muralla un buen lienzo.
¿Bajaste á ver los escombros?

ORDOÑO.

Bajé, y el foso está lleno:
si hay quien pretenda asaltar
el castillo, ¡vive el cielo!
que ya brecha practicable
lluvias le abrieron y vientos.

MENDO.

El foso por el derribo;
la muralla por el hueco;
esta torre por las rejas
que suben de trecho en trecho
del zócalo á la ventana,
y por los mónstruos horrendos
de piedra que las adornan

cual fantásticos engendros,
juro que no hay en el valle,
Ordoño, un solo montero
que en cuatro saltos no llegue
á este salón.

ORDOÑO.

Ya lo creo.

MENDO.

De Orgaz al noble castillo
rinde ya su propio peso,
ó del aire las injurias,
ó las injurias del tiempo.

ORDOÑO.

Mal se apresta á recibir
á su señor y á su dueño;
mal á la bella condesa,
cuando ante sus plantas fiero,
en vez de tender alfombras,
sólo escombros va tendiendo.

MENDO.

De la boda bien no auguro.
Pero en fin... aviva el fuego.
(Pausa. Avivan el fuego de la chimenea.)
¿Viste la puesta del sol?

ORDOÑO.

Toda la tarde allá dentro
pasé arreglando salones,
que son muchos los viajeros:
Albornoz y doña Laura,
por una parte; y agrego
don Rodrigo y la Marquesa;
pajes, damas, escuderos
además; dueñas sin duda,
venerables por supuesto,
de las que será el castillo
quizá el hermano gemelo;
y cuenta que con la gente
menuda yo nunca cuento.
Me hablas de puestas de sol,
¡soles á mí! ¡por los cuernos
de Satán!

MENDO.

Pues yo la ví.

ORDOÑO.

¿Tú la viste? Lo celebro.

MENDO.

Desde aquel sitio. (Señalando la ventana.)

ORDOÑO.

¡Famoso!

MENDO.

Todos los vidrios abiertos,
y allá el ocaso, y el sol
en negras nubes envuelto.
De repente un rojo rayo
las rasgó como un acero,
y vino á dar, en la frente
de aquel retrato, de lleno.

ORDOÑO.

(Volviéndose sin levantarse del taburete y mirando el retrato de D. Juan.)
Albornoz veinte años há
era un hermoso mancebo.

MENDO.

Hermoso, tienes razón;
pero algo triste y siniestro
ví en ese rostro al herirle
del sol el postrer reflejo.
Y no es esto sólo.

ORDOÑO.

¿Hay más?

MENDO.

La vista bajé al momento,

y ví del bosque salir,
montado en un potro negro
en blanca espuma bañado,
á todo escape un mancebo,
como ese retrato hermoso,
como el retrato siniestro,
el sol también en su frente,
flotando al aire el cabello.
¿Fué ilusión? Yo no lo sé,
pero ¡era igual al del lienzo!
Sólo que estaba tan pálido,
que con ser humano cuerpo,
y aquello un cuadro no más,
creyeran todos al verlos,
vivo al de aquella pintura
y al del negro potro muerto.
Miró al castillo un instante;
hundió sus dos manos luego
en la revuelta melena;
los acicates sangrientos
en los ijares del bruto
clavó, al bruto revolviendo,
y se alejó del castillo
mesándose los cabellos.
Hundióse el sol en ocaso,
en sombras quedó ese lienzo,
y entre las sombras del bosque
perdióse el del potro negro.

ORDOÑO.

Mal presagio, si es verdad
que ya rondan caballeros,
castillo, que tan mal puede
guardar por ruinoso y viejo,
hechiceras castellanas
de ojos azules ó negros.
(Se oye el ruido del puente levadizo.)
Pero escucha... cayó el puente...
(Levantándose y asomándose á la ventana.)
pasan muchos... serán ellos.

MENDO.

Vamos allá. (Se levanta.)

ORDOÑO.

Vamos, sí.

MENDO.

Se acercan.

ESCENA II.

MENDO, ORDOÑO, BRÍGIDA, RAMIRO.

Los dos últimos por la izquierda, segundo término.

BRÍGIDA.

¡Gracias al cielo
que llegamos!

ORDOÑO.

(Á Mendo.) ¡Una dueña!

BRÍGIDA.

¡Qué cansada!... ¡Yo me muero!
Ramiro... dame tu mano...
ayúdame... Tú eres bueno...
(Va caminando apoyándose en Ramiro.)
dulce... amable... complaciente.
Gracias... gracias...
(Llega á uno de los taburetes é intenta sentarse, pero no puede conseguirlo por la rigidez de sus huesos y el dolor del cansancio.)
¡Ay, no puedo!
No te pareces á Nuño...
(Apoyándose en Ramiro.)
Al fin...
(Mirando á Ordoño y á Mendo después de sentarse.)
¡Hola, aquí tenemos
dos hidalgos! Dios os guarde.

MENDO.

Y Él á vos.

BRÍGIDA.

Á lo que pienso
¿sois de la casa del Conde?

ORDOÑO.

Acertó de medio á medio

la muy venerable dueña.

BRÍGIDA.

Pues se acerca vuestro dueño:
con que salid á esperarle.

ORDOÑO.

(Aparte á Mendo.) (Por no ver tal estafermo,
fuera yo á esperar al diablo
á las puertas del infierno.)
(Salen Ordoño y Mendo por la izquierda, segundo término.)

ESCENA III.

BRÍGIDA, RAMIRO.

Este último hace un movimiento para seguir á los escuderos.

BRÍGIDA.

No te vayas, no, Ramiro.
Ven; más cerca.

RAMIRO.

(Aparte.) (¡Qué tormento!)

BRÍGIDA.

Tras de los hombres de guerra
se va siempre tu deseo.
Aun eres niño.

RAMIRO.

No tanto.
Á Nuño, el buen escudero,
lanza, caballo y espada
preguntad cómo manejo.
Preguntad á don Fernando...

BRÍGIDA.

Fácil es. Si no sabemos
dónde está... Tú ya recuerdas
que el infeliz cayó enfermo
con una fiebre... ¡qué fiebre!
Que el Marqués, terco que terco,
mientras Fernando luchaba
con la agonía en el lecho,
de Laura la voluntad
torció con mano de hierro;
y que al fin, esta mañana,
ella de angustia muriendo
y el de Albornoz de ventura,
se casaron.

RAMIRO.

Bien me acuerdo.
Pero esta mañana ví
á don Fernando en el templo.

BRÍGIDA.

¿Tú lo viste?

RAMIRO.

Sí por Dios,
pero no más que un momento:
en un pilar apoyado,
casi entre sombras envuelto.
La lámpara de la Virgen
con resplandores inciertos,
á veces iluminaba
aquel rostro triste y bello;
y era tal su palidez,
que pensé un instante al verlo
que estatua de mármol era,
que del funerario lecho
de algún sepulcro se alzaba
para reclamar siniestro,
al Conde su bella esposa,
y á Laura sus juramentos.
Un *sí* se oyó en el altar,
se oyó un gemido en el templo,
y del pilar en la sombra
desapareció el mancebo.

BRÍGIDA.

Pues se ignora desde entonces
de Fernando el paradero.
Por eso doña Violante,
los amorosos extremos
del desesperado mozo

con mucha razón temiendo,
acompaña á doña Laura
á este castillo funesto,
á pesar de los pesares
y de sus tristes recuerdos.
¿Por eso digo? Además
otras razones sospecho
que debe tener. Ramiro,
hace días que yo observo
que es la Marquesa la sombra
de su esposo. (Pausa.) Junto al lecho
de Fernando, Nuño y ella
con sigilo y con misterio
hablaron. Lágrimas hubo:
á Nuño quiso el mancebo
en un rapto de furor
matar; mas cayó de nuevo
en el delirio. Ese Nuño...
que habló al Marqués yo recelo...
aquella carta...

RAMIRO.

¿Qué carta?

BRÍGIDA.

¡Miren el mal rapazuelo,
y qué curioso!

RAMIRO.

Si yo...

BRÍGIDA.

Bien que la culpa me tengo.

RAMIRO.

En verdad...

BRÍGIDA.

¡Digo que calles! (Rumor lejano.)
Que al fin han llegado creo. (Escuchando.)
Ayúdame á levantar. (Se levanta.)
¡Ay!... que apenas me sostengo!

ESCENA IV.

DON JUAN, LAURA, DON RODRIGO, DOÑA VIOLANTE, NUÑO, MENDO, BRÍGIDA, RAMIRO.

Los nuevos personajes entran por la izquierda, segundo término, y se colocan en el orden siguiente de izquierda á derecha: D. Juan y Laura, Violante y D. Rodrigo, Nuño y Mendo, Brígida y Ramiro: estos últimos ya junto á la chimenea. Nuño mira el salón con curiosidad. Violante con espanto; la actriz interpretará como su talento le inspire esta situación difícil.

RODRIGO.

Tú desfalleces, Violante.

VIOLANTE.

Es el cansancio no más.

(Aparte.) (¡Pensé no volver jamás!)

NUÑO.

(Aparte, mirando el retrato de D. Juan.)
(De aquel retrato el semblante...)

JUAN.

(Á Laura.) Voy tu mirada buscando,
y no encuentro tu mirada.

LAURA.

Madre... madre...
(Como huyendo de D. Juan y acercándose á Violante.)

VIOLANTE.

Laura amada...

LAURA.

(Á Violante en voz baja.)
(¿Dónde... dónde está Fernando?)

NUÑO.

(Á Mendo en voz baja, señalando el retrato.)
(¿Quién es el mancebo aquel
de hermosa y soberbia faz?

MENDO.

¿Quién ha de ser? El de Orgaz
cuando mozo.)

NUÑO.

(Aparte, con alegría.) (Al fin!... Es él.
¡Tu instinto, Nuño!)

(D. Juan se aproxima á Laura y á Violante y los tres quedan á la izquierda. Mendo se acerca á Brígida y á Ramiro y forman otro grupo á la derecha; en el centro quedan D. Rodrigo y Nuño.)

(Señor... (Á D. Rodrigo.)
Lo sé todo... todo!

RODRIGO.

(Á Nuño.) ¿Tú?

NUÑO.

¡Le encontré!... ¡Por Belcebú!

RODRIGO.

De la vida del traidor
yo decidiré más tarde
como cumpla á mi derecho.)

(D. Rodrigo se separa de Nuño y [illegible] Violante: los dos, D. Juan y Laura fo[illegible] izquierda; siempre á la derecha Brig[illegible] miro; Nuño queda en el centro.)

NUÑO.

(Aparte.) (Mientras [illegible]
yo castigaré al [illegible]

RODRIGO.

(En voz alta dirigiéndose á Laura.)
Ya mi obligación cumplí:
á noble esposo te doy,
y libre quedo desde hoy
de la palabra que dí.
Yo te amparé en tu orfandad
con mi casa y con mi espada;
mas ya cesa de Moncada
la paterna autoridad.
(Dirigiéndose á D. Juan.)
La tomásteis por esposa
violentando su deseo:
hoy vuestra esposa la veo;
hacedla, Conde, dichosa.
Pero tengo corazón,
quiero á esa niña, y si cesa
autoridad que me pesa,
no cesa mi protección.
Una noche os ví asaltar
mi palacio: no os maté
cual debí, porque pensé
más justo su honor salvar.
(Señalando á Laura.)
Quizá fuí con Laura duro;
mas la traigo pura y bella:
no me hagáis volver por ella,
porque entraré por el muro.

JUAN.

No há menester en rigor
abrir al muro portillo,
quien ya dentro del castillo
es del castillo señor.
(Inclinándose cortesmente.)

RODRIGO.

Violante está fatigada.

JUAN.

Yo mismo os conduciré...

RODRIGO.

No permito...

NUÑO.

(Aparte.) (Volveré.)

RODRIGO.

Adios, Laura.

VIOLANTE.

(Aparte abrazando á Laura.) (¡Desdichada!)
(Doña Violante, D. Rodrigo y D. Juan se dirigen hacia la izquierda, primer término. Laura queda en el centro.)

BRÍGIDA.

¿Y nosotros? (Á Mendo.)

MENDO.

(Señalando la puerta de la derecha.)
Por allí.

JUAN.

Pronto, Mendo, ve delante.

RODRIGO.

Albornoz... (Despidiéndose.)

JUAN.

Doña Violante... (Saludando.)

BRÍGIDA.

Vamos, Ramiro.

VIOLANTE.

(Aparte.) (¡Ay de mí!)

(Salen por la izquierda, primer término, Doña Violante y D. Rodrigo y detrás Nuño, precedidos por Mendo, que al llamarle D. Juan se separó de Brígida y de Ramiro y tomó la luz que había sobre la mesa. Hasta la misma puerta los acompaña D. Juan, y en ella queda hasta que desaparecen. Laura en el centro: la escena iluminada tan solo por la lámpara que pende de la bóveda. Brígida y Ramiro salen por la derecha al mismo tiempo que Doña Violante y D. Rodrigo.)

ESCENA V.

LAURA, DON JUAN.

D. Juan en la puerta de la izquierda contemplando á Laura. Esta en el centro sin mirarle; D. Juan se acerca lentamente.

JUAN.

Laura, Laura ¡compasión
en esta implacable lucha;
y aquí en el silencio escucha
la voz de mi corazón!
(Laura vuelve la cabeza y le mira un momento.)
Pero hasta haberme escuchado
no fijes en mí los ojos:
no me hables de tus enojos:
recuerdos de lo pasado
de tu espíritu destierra,
y piensa que nunca fué
amada cual yo te amé
mujer alguna en la tierra.
Yo sufro con tu dolor,
yo maldigo mi egoismo;
mi alma, Laura, es un abismo,
pero un abismo de amor;
¡tan grande, que ya de todo
me siento por tí capaz!
Vuelva la dicha á tu faz,
y si acaso buscas modo
y término á tu sufrir,

pronuncie tu labio puro
sólo una vez, «¡te amo!» y juro
ante tus plantas morir.
Una palabra de amor,
una tan sólo, y después
libre por siempre te ves
de este pobre soñador.
Dime «¡te amo!» y caigo inerte:
tan sólo una vez «¡te adoro!»
¡no es para secar mi lloro,
es para darme la muerte!

LAURA.

¡Vos morir! No por mi vida:
muerte yo sola merezco;
yo, Conde, que os pertenezco,
y tengo el alma rendida
y rendido el corazón
(escuchad bien) á otro hombre.
Conque, don Juan, no os asombre,
si tras esta confesión
necesaria, aunque cruel,
castigo de vos imploro,
por vuestro propio decoro,
para la esposa infiel.

JUAN.

¡No más!

LAURA.

Inútil porfía.
Por ventura ¿he de engañaros?
¿No debo acaso mostraros
tal cual es el alma mía?

JUAN.

¡Basta... basta... por piedad!

LAURA.

Yo cumplo así mi deber.

JUAN.

Calla, Laura.

LAURA.

No ha de ser.

JUAN.

¡Me enloqueces!

LAURA.

Escuchad.
(Pequeña pausa. Laura se acerca á D. Juan.)
Es mi eterna tentación,
ante mí siempre le veo;
ya le finge mi deseo,
ya le evoca el corazón.

Y son mis esfuerzos vanos:
en vano mi honor se afana:
¡qué más! ¡si áun esta mañana
enlazadas nuestras manos,

(Cogiéndole una mano á D. Juan y acercándose más á él.)

postrados ante el altar,
teniendo á mi Dios delante,
ví su pálido semblante
en la sombra de un pilar!

(D. Juan se separa de ella no queriendo oirla: Laura le sigue con insistencia.)

No basta, no, que sujete
al rebelde pensamiento;
las sombras, la luz, el viento
vida le dan. Un ginete
pensé que nos perseguía
al pasar el bosque há poco,
y era el pensamiento loco
que otra vez me le fingía.
¿No veis el retrato allí **(Señalando el retrato.)**
de un joven cuya mirada
está en nosotros clavada?
Pues cuando entramos aquí,
al muro la vista elevo,
algo á mi pesar buscando,
¡y allí estaba mi Fernando
(Señalando al retrato.)
en la imagen del mancebo!

(De nuevo se separa D. Juan, de nuevo le sigue Laura.)

¿Qué más, conde? (y observad
á dó llega mi delirio)
pintábais vuestro martirio,
de mí implorábais piedad
hace poco suplicante;
yo alguna vez os miré
¡oh insensata! y encontré
en vuestro propio semblante
(¡se concibe tal locura!)
y en vuestra propia mirada
¡de Fernando reflejada
la varonil hermosura!
¡Por eso hasta el corazón
alguna vez vuestro acento
penetró; por eso siento
por vos, conde, compasión!

JUAN.

¡Compasión harto cruel!

LAURA.

Pero no; vana quimera:
la verdad os debo entera;
¡mi compasión es por él!
¡Por él!... ¡que do quier contemplo!...
¡sobre las piedras del muro!...
¡en vuestro semblante duro!...
¡en el bosque!... ¡y en el templo!

JUAN.

Pues te falta verle... allí,
en la nada sumergido,
de donde sólo ha salido
para atormentarme á mí.

LAURA.

Y á la esposa... ¿qué escarmiento?...

JUAN.

Ninguno, porque ¡te adoro!
¿Ves?... ¡Me escarneces... y aún lloro!
(Con voz ahogada.)

LAURA.

Don Juan, llevadme á un convento.
(Con dulzura.)
¡A un convento, por piedad!

JUAN.

¿Perderte!... ¡Vana porfía;
el mismo Dios te hizo mía
por toda una eternidad!

LAURA.

¡Nunca!

JUAN.

Me has visto gemir

y llorar y padecer;
pero ¿sabes tú, mujer,
que resistirme es morir?

LAURA.

Eso quiero. (Acercándose á D. Juan.)

JUAN.

Vete. No... (Alejándose de ella.)
Vete, Laura.

(Pausa. Laura, después de contemplar algunos momentos al conde, se dirige lentamente á la puerta de la derecha. Nuño sale por la izquierda y avanza poco á poco manteniéndose en segundo término. Al llegar Laura á la puerta se vuelve á mirar al conde; éste la mira también, pero sin acercarse.)

¿Me amarás?

(Tendiendo hacia ella los brazos y con acento de súplica.)

LAURA.

¿Amaros, conde? ¡Jamás! (Sale.)

JUAN.

(Con violencia.) ¿Quién puede impedirlo?

(D. Juan se precipita hacia la puerta por donde salió Laura; Nuño le cierra el paso.)

NUÑO.

¡Yo!

ESCENA VI.

DON JUAN, NUÑO.

JUAN.

Déjeme paso el villano.

NUÑO.

¿No me conocéis?

JUAN.

No á fé.

NUÑO.

Pues yo, buen conde, pensé
que quien partió por su mano,
armada de duro acero,
de un asalto en la ocasión,
y en este mismo salón,
la frente del escudero,
al ver esta roja y ancha
cicatriz, recordaría
aquella deuda, y querría
dar al hidalgo revancha.

(D. Juan le oye desde el principio con atención, y ambos se adelantan hasta colocarse en primer término.)

JUAN.

¡Aquel!...

(Con extrañeza y curiosidad y como procurando recordar.)

NUÑO.

Cabal.

JUAN.

¿Eres tú?....

NUÑO.

Preguntad á ese mancebo,
(Señalando al retrato.)
y á esta cicatriz que llevo
veinte años ¡por Belcebú!

JUAN.

(Con desprecio.)
Y ¿qué pretendes? ¿matarme?

NUÑO.

Ya os lo dije.

JUAN.

Estás demente.
Vete á descansar.

NUÑO.

Prudente
será, don Juan, escucharme.

JUAN.

(Saca la espada con su vaina del cinto y la coloca en el trofeo.)

Si ésta tu sangre vertió,
fué en lucha franca y leal.

NUÑO.

Pues en otra lucha igual
vuestra sangre busco yo.

JUAN.

¡Vive el cielo que si salgo
del torreón á la esplanada!...

NUÑO.

Será mi dicha colmada.

JUAN.

¿Tanto me aborreces?
(Acercándose á él con nueva curiosidad.)

NUÑO.

Algo.

JUAN.

Yo no desciendo hasta tí.

NUÑO.

Hidalgo soy, buen Orgaz,

y está diciendo mi faz
(Señalando la cicatriz.)
que vos pusísteis en mí,
y donde jamás se esconde,
y es de nobleza destello,
de vuestras armas el sello:
¡con que iguales somos, Conde!

JUAN.

Y ¿cómo te llamas?

NUÑO.

Nuño.

JUAN.

¿Qué más?

NUÑO.

Peralta después.

JUAN.

¿Escudero?

NUÑO.

Del Marqués.

JUAN.

¿Hidalgo?

NUÑO.

De viejo cuño.

JUAN.

Pues bien, Nuño de Peralta,
nobilísimo escudero,
á este humilde caballero
ya la paciencia le falta;
y aunque tus timbres se enojen,
si no me dejas pasar,
mis hombres voy á llamar,
y á ordenarles que te arrojen
por el muro (que gran maña
tienen para esto mis gentes)
pues con ánimo te sientes
para salir á campaña.

NUÑO.

Si aquí no me detuviera
la precisa obligación
de dar castigo á un felón,
por verme bien pronto fuera
de este castillo, en que es llano
á un noble de tal valer (Señalándole.)
deshonrar á una mujer
y temblar ante un anciano,
no desde el muro, señor,
desde la torre más alta

saltára Nuño Peralta
de buen grado y sin temor.

JUAN.

¿Qué estás diciendo? (Acercándose.)

NUÑO.

¿Entendéis
por fin, Conde, que interesa
al honor de la Marquesa
que al escudero escuchéis?

JUAN.

Habla claro y diligente:
el de Orgaz te está escuchando;
y por Dios que va pensando
que tal vez será prudente,
por evitar un desliz
de tu lengua deslenguada,
que renueve con su espada
esa vieja cicatriz.

NUÑO.

¿Habéis de opinión cambiado?

JUAN.

Habla y pronto.

NUÑO.

Sí hablaré.

JUAN.

¿De aquella escena?...

NUÑO.

Guardé,
aunque en mi sangre anegado,
aunque hendida la cabeza,
siempre un recuerdo punzante,
y *la carta* de Violante
trocó mi duda en certeza.

JUAN.

¿Tú tienes la carta? (Con nueva sorpresa.)

NUÑO.

Sí.
(D. Juan hace un movimiento para acercarse á Nuño: éste le mira irónicamente.)
Pero en sitio bien seguro.
Si os doy la muerte, yo juro,
pues que vengar conseguí
la deshonra de mi dueño,
la carta al punto rasgar,
y vuestra infamia olvidar
como se olvida un mal sueño.
Mas si reñir no os agrada,
al Marqués la carta doy,
que há mucho tiempo que soy

escudero de Moncada,
y mi señor don Rodrigo
no ha de vivir deshonrado
por ella, por mí engañado,
y el burlador sin castigo.
Y como este viejo ignora
(Golpeándose en el pecho.)
lo que es una felonía,
y busca la luz del día,
esto que os repito ahora,
esto á la Marquesa dije
y á don Fernando en su lecho.
Con que ensanchad vuestro pecho,
y ved si por fin elige
ponerse de mí delante,
pero sin más dilación,
á la vuelta del torreón,
ó dar la muerte á Violante.
Escoged pronto, don Juan,
ó hago avisar al Marqués.
(Acercándose con ánimo decidido á la puerta de la derecha.)

JUAN.

¡Calla, insensato!... ¡Después!

NUÑO.

¡Ramiro!
(Llamando á dicha puerta de la derecha.)

JUAN.

¡Voto á Satán!

NUÑO.

¡Ramiro!

JUAN.

(Con ira.) ¿Quieres morir?

NUÑO.

Nos espera la esplanada:
al fin está despejada
la luna. Podemos ir.

JUAN.

Ahora no, Nuño. Más tarde.

NUÑO.

(Llamando aún en voz alta.)
¡Ramiro!

JUAN.

¡Por vida mía!...

NUÑO.

¿Cómo!
(Acercándose mucho á D. Juan y mirándole fijamente.)
¿Dudáis todavía?
(Con profundo desprecio.)
¿Os habréis vuelto cobarde?

JUAN.

(Le coge con violencia por un brazo y le contempla algunos momentos.)

¡Vamos!...

(Se precipita al trofeo de la derecha y toma la espada que en él dejó, mas con tal ira y apresuramiento que deja caer algunas de las armas al suelo. Desnuda la espada, arroja la vaina, se acerca á Nuño, le coge por un brazo y le habla con voz reconcentrada y terrible. A pesar de estas indicaciones, el actor interpretará la escena precedente como juzgue oportuno.)

¡Y al sentir hundido
en la garganta este acero,
recuerde el necio escudero
que él tan sólo lo ha querido!

(Se dirigen D. Juan y Nuño hacia la puerta de la izquierda, segundo término, pero antes de salir aparece Ramiro en la puerta de la derecha, y en ella se detiene vacilante como si no pudiera desprenderse de las sombras del sueño. Al fin D. Juan y Nuño salen con las espadas desnudas.)

ESCENA VII.

RAMIRO.

Una vez, y dos, y tres,
á voces han pronunciado
mi nombre...

(Acercándose á la puerta por donde salieron D. Juan y Nuño y mirando con extrâñeza.)

Pero ¿qué veo?...
O el sueño rinde mis párpados,

y en el aire finge seres
con las sombras del espacio,
ó por aquel corredor
marchan, la espada en la mano
dos hombres... ¿Será tal vez
ilusión?... ¡Contornos vagos
van perdiéndose á lo lejos!...
¡Pajecillo fascinado
por los ruidos de la noche
y la inquietud del cansancio,
abre los ojos y mira!
¡Despierta, no estés soñando!

(Pausa. Mira á todas partes con afán; escucha á las puertas, se acerca al corredor, después á la ventana. Luego viene al primer término.)

Nada... nada... todos duermen.
Tiende la noche su manto
sobre los viejos torreones
del castillo solitario.
Calma y silencio do quier.
Sólo á lo lejos el paso
del centinela se escucha,
ó el viento allá entre los álamos,
ó alguna piedra que rueda
por la barbacana abajo.

ESCENA VIII.

LAURA, RAMIRO.

Sale Laura por la derecha, segundo término, vestida de blanco, andando con precaución y hablando en voz muy baja.

LAURA.

¡Ramiro!... ¡Ramiro!... (Llamándole.)

RAMIRO.

¿Vos?...
¿Vos, señora?...

LAURA.

¿Has escuchado
hace poco en esta sala
voces... y gritos extraños...
ruido de armas al caer
del suelo en el duro mármol?...
¿Ó eras por ventura tú?

RAMIRO.

No en verdad: yo descansando
de las fatigas del viaje
me hallaba, y he despertado
porque tres veces «¡Ramiro!»
con ronco acento gritaron.
Llegué al salón...

LAURA.

¿Y qué viste?

RAMIRO.

Yo no sé si ví bien claro...

LAURA.

¿Qué pensaste ver? ¡Concluye!

RAMIRO.

Dos hombres que espada en mano
caminaban á la par
del corredor á lo largo.

LAURA.

¡Dos hombres!... ¿Quiénes? (Alarmada.)

RAMIRO.

No sé.

LAURA.

Nadie al castillo ha llegado.
¿No es cierto?... Dí... Las cadenas
del puente no rechinaron.

RAMIRO.

Lo ignoro: há rato dormía.

LAURA.

Yo no he dormido: he llorado...
y nadie vino.

RAMIRO.

¿Quién sabe?
uno de los dos... no trato
de alarmaros; pero creo
que era don Juan.

LAURA.

¿Y Fernando
el otro? (Con angustia.)

RAMIRO.

No sé.

LAURA.

Imposible.
¡El cielo no es tan tirano!
¡Son demasiadas angustias
para un día! ¡Está colmado
el sufrimiento!... Mas no...
(Mirando á la ventana.)
¡amanece!... ¡está más claro!
(Entiéndase que esto es ilusión de Laura; no amanece, pero ha salido al fin la luna y las tres ventanas y el fondo están iluminadas por el resplandor del astro.)
¡ya no es un día... ya es otro!

Vete... vete... te lo mando...

RAMIRO.

Pero ¿á dónde?

LAURA.

¡A todas partes!
Del corredor á lo largo
busca á esos hombres... Pregunta...
¡pregunta por mi Fernando!

RAMIRO.

Doña Laura...

LAURA.

¿Tienes miedo?
Iré yo.

RAMIRO.

Nunca he temblado;
y pues lo queréis, señora,
hombres, fantasmas ó diablos,
tras ellos he de correr
sin reposo hasta encontrarlos.
(Sale Ramiro por la puerta del corredor, es decir, por la izquierda, segundo término.)

ESCENA IX.

LAURA, después FERNANDO.

LAURA.

En vano quise olvidar;
en vano cerré mis párpados;
siempre ante mí se presenta
la imagen del sér amado.
(Fijando la vista en el retrato de D. Juan.)
¡Otra vez él!... De las llamas
(Señalando á la chimenea.)
al llegar sobre el retrato
el rojizo resplandor,
en ese joven gallardo
me hace ver... No hay duda... sí...
su mirar... su rostro pálido...

(Laura queda vuelta de espaldas á la ventana y mirando como fascinada el retrato de D. Juan. D. Fernando, vestido de negro, aparece en la ventana del fondo trepando hasta subirse en ella: en consiguiéndolo, queda en pié, sobre el antepecho de la división del centro, agarrado á una de las columnillas con una mano, dominando la escena, un poco inclinado hacia el exterior de la torre, con la cabeza descubierta, encerrado, por decirlo así, en el marco de la ventana, como lo está el retrato de D. Juan en su propio marco, y destacándose sobre el fondo claro del paisaje. Pronuncia los versos siguientes sin saltar al suelo.)

FERNANDO.

Ya del abismo salí
sobre vosotros trepando,

los que la torre guardáis,
dragones, grifos y endriagos,
y escalas del aire fueron
vuestras melenas y garfios.
¡Mónstruos de piedra, que al muro
para rechazar mi asalto
brotábais de entre las sombras,
vencidos quedad abajo,
con las fauces de granito
abiertas al negro espacio!
¡Al fin dentro del castillo!
(Saltando al suelo desde el antepecho de la ventana. Laura se vuelve y se reconocen.)

LAURA.

¿Quién?...

FERNANDO.

¡Mi Laura!

LAURA.

¡Mi Fernando!
(Precipitándose uno hacia otro con amoroso transporte.)
¿Es ilusión del deseo?

FERNANDO.

¡Al fin, Laura, estoy aquí!...

LAURA.

¿Eras el del bosque?

FERNANDO.

Sí.

LAURA.

(Se abrazan de nuevo apasionadamente.)
¡Al fin, Fernando, te veo!...
¡Me juraban que morías...
ir á tí no me dejaron...
hasta el altar me arrastraron...
te llamaba y no venías!

FERNANDO.

Lazos de fuego me ataban
en un lecho de dolor...
¡preguntaba por mi amor
y jamás me contestaban!
Pero esta mañana huí...
en un templo te miré
hacer traición á mi fé...
por un bosque te seguí...
un castillo negro y alto,
por entre mónstruos de piedra,
y agarrándome á la hiedra,
tomé después por asalto...
¡Y al fin ya estoy junto á tí!...
¡Eres, mi Laura, mi bien!...
¡Mis ojos al fin te ven!...
y ahora ¡que vengan aquí!

¡que vengan en su demencia
á arrancarte de mis brazos,
y verán los torpes lazos,
que empezó por la violencia
y acabó por la traición
ese conde infame y vil,
rotos en pedazos mil
al golpe del corazón!

LAURA.

¡Silencio por Dios, Fernando:
puede venir el de Orgaz!

FERNANDO.

Yo nunca escondo mi faz;
al de Orgaz vengo buscando.
(Alejándose de ella.)
¡Yo robar á tu pureza,
mujer, en noche callada,
una criminal mirada!
¡Yo en tu divina belleza,
como ladrón que se esconde
el bien ajeno al hurtar,
mis viles ojos saciar
á escondidas de ese conde!
¡Si tal creyera de tí,
si yo tal cosa pensara,
por liviana te matara
y por miserable á mí!

¡A todos llama!

LAURA.

¡Dios mío!

FERNANDO.

¡A todos!

LAURA.

(En tono de súplica.) ¡No puede ser!

FERNANDO.

¡Pues bien, yo!...

LAURA.

¿Qué vas á hacer?
¡Silencio... silencio, impío!
¡Madre!...
(Acercándose á la puerta de la izquierda, primer término, y llamando en voz baja.)
No temas, Fernando.
¡Madre!... No temas, vendrá.
La pobre no dormirá;
que bien sé yo, que llorando
esta noche de agonía
pasó junto al triste lecho.

VIOLANTE.

Laura... (Apareciendo en la puerta.)

LAURA.

¡Se rasga mi pecho!...
¡Él!... (Acercándose á Doña Violante y extendiendo el brazo hacia Fernando.)

VIOLANTE.

¡Fernando?

FERNANDO.

¡Madre mía!

ESCENA X.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO.

VIOLANTE.

¡Tú aquí!... ¡lo estoy viendo y dudo!
¿qué buscas?

FERNANDO.

(Señalando á Laura.) Busco mi bien;
y si es preciso, también
vengo á servirte de escudo.

VIOLANTE.

¡Templa por Dios tu irritada,
delirante fantasía!

LAURA.

¡Fernando!

FERNANDO.

No, Laura mía.

VIOLANTE.

¡Fernando!

FERNANDO.

No, madre amada.
De esta cárcel de dolor
saldréis las dos á la vez;
¡tú, el ángel de mi niñez! (Á Violante.)
¡y tú, el ángel de mi amor! (Á Laura.)
Veréis mi espada sangrienta;
caerá rechinando el puente;
pasarás alta la frente, (Á Laura.)
y tú vengada la afrenta. (Á Violante.)

LAURA.

¡Huye!

VIOLANTE.

¡Vete!

FERNANDO.

(Á Violante.) Ten confianza

en la altivez de mi pecho.

VIOLANTE.

Yo sola tengo derecho
para pedirte venganza. (Con energía.)

FERNANDO.

¡Y me rechazáis las dos!

VIOLANTE.

¡Si venganza no te pido
es que Dios no lo ha querido!
¡Vete, Fernando, por Dios!
¡De tu pobre madre anega
los ojos amargo llanto!
¡Ella, que te quiere tanto,
en vano á tus plantas ruega!

FERNANDO.

Madre... madre...

VIOLANTE.

¡Compasión!
¡Pero alguien viene!...
(Volviéndose alarmada hacia la izquierda y explorando con la vista el corredor.)
¡Qué miro!...

FERNANDO.

¿Quién es?

LAURA.

¡Mi paje!

VIOLANTE.

¡Ramiro!

ESCENA XI.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, RAMIRO.

Ramiro entra precipitadamente por la izquierda, segundo término; viene pálido, descompuesto, volviendo atrás la vista y con un puñal de hoja muy ancha en la mano: el mismo que limpiaba Nuño en la escena primera del primer acto. Todos le rodean con interés.

RAMIRO.

¡Socorro!... ¡Tras el torreón...
(Con voz interrumpida.)
al terminar la esplanada...
con un acero hasta el puño
en el pecho... muere Nuño!

FERNANDO.

¡Muere Nuño!...

RAMIRO.

¡Aunque empañada
ya su voz por la agonía...
una, y dos veces, y tres...
preguntó por el Marqués;

dijo que verle quería!...
Negra pluma del sombrero
rompe con mano convulsa:
moja en la sangre que impulsa
la herida; sobre este acero
escribe, que en el puñal
enmohecido la roja
tinta bien prende; me arroja
la carta al fin de metal
prohibiéndome que la lea,
y aunque algo más murmuraba,
yo comprendí que deseaba
que don Rodrigo la vea.
¿Dónde está el Marqués?... ¡Señor!
¡Don Rodrigo!... (Llamando.)

FERNANDO.

(Pidiéndolo.) ¡Ese puñal!...

VIOLANTE.

¿Qué dirá?
(Á Fernando con angustia y en voz baja.)

RAMIRO.

¡Noche fatal!
(Fernando le quita el puñal á Ramiro, y él y su madre buscan luz para leer lo que en el puñal está escrito.)

VIOLANTE.

De esa luz al resplandor...
(Señalando la lámpara que pende de la bóveda.)

RAMIRO.

Salida hacia la esplanada
hay de este lado...

FERNANDO.

¡Más luz!

(Él y su madre procuran leer al pié de la lámpara.)

RAMIRO.

¡Don Rodrigo!

(Sale por la izquierda, primer término.)

ESCENA XII.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO.

FERNANDO.

¡Por la cruz!
«¡En el puño de la espada!»

Leyendo lo que dice en el puñal.)

¡Con sangre así escribió Nuño!

VIOLANTE.

¡Se confunde mi razón!

FERNANDO.

¡Tu carta de perdición (Á Violante.)
de la espada está en el puño!

VIOLANTE.

¿Qué estás diciendo?

FERNANDO.

¡Infeliz!
¡recuerda aquella velada,
la venganza de Moncada
y la muerte de Beatriz! (Pausa.)

VIOLANTE.

(Como hablando para sí con expresión de profundo terror.)
¡Ramiro hasta el moribundo
va á conducir á mi esposo!...
¡Nuño hablará!... ¡Dios piadoso,
en qué abismo tan profundo
la fatalidad me arroja!...
(Retrocediendo hacia la mesa como si huyese de alguien.)

LAURA.

¡Madre!

FERNANDO.

¡Mi madre!

VIOLANTE.

¡No puedo!...
¡No puedo más!... ¡Tengo miedo!...
(Se abraza á su hijo con angustia y demuestra en todo

el profundo terror que la domina. La actriz, sin embargo, interpretará este momento como crea oportuno.)

¡Aparta de mí esa hoja!

(Fernando arroja sobre la mesa el puñal y sostiene á su madre, que cae en sus brazos desfallecida; él y Laura la consuelan, formando los tres un grupo estrechamente unido.)

ESCENA XIII.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, DON JUAN.

Este último sale por la izquierda, segundo término.

JUAN.

Él se empeñó: no hablará:
lleva el secreto consigo.

(Deteniéndose y mirando el grupo que forman Violante, Laura y Fernando.)

¡Un hombre allí!... ¡Don Rodrigo
el lecho abandona ya!

(Se acerca D. Juan, se vuelve D. Fernando y se reconocen: Doña Violante y Laura rodean á Fernando como dispuestas á contenerlo.)

FERNANDO.

¡Don Juan!

JUAN.

¡Fernando!

VIOLANTE.

¡Fernando!

JUAN.

¡Junto á mi Laura al mirarte
ansia inmensa de matarte
de mí se va apoderando!

FERNANDO.

Pues sacia tus ansias, Conde:
mata si puedes.

VIOLANTE.

(Á Fernando.) ¡Impío!

JUAN.

¡Hace alardes de bravío,
y entre mujeres se esconde!

FERNANDO.

(Con terrible desprecio.)
¡Esconderme!... ¡Desdichado!

LAURA.

¡Fernando!... (Conteniéndole.)

VIOLANTE.

¡Fernando!

FERNANDO.

Madre,

cuando aquí venga mi padre
ha de hallar su honor vengado.
Quizá templen su crueldad
del infame los despojos.
(Señalando á D. Juan.)

VIOLANTE.

(Alzando las manos al cielo.)
¿Dónde acaban tus enojos
y comienza tu piedad?

JUAN.

¿Quién te trajo? (Á Fernando.)

FERNANDO.

¡Belcebú,
que él también te trajo á tí!

JUAN.

Y ¿cómo llegaste aquí?

FERNANDO.

¡Por asalto, como tú!

JUAN.

Pues de una vez acabemos,
que es nuestro odio muy profundo,
y ya juntos en el mundo
no cabemos.

FERNANDO.

No cabemos.

JUAN.

Yo pude dichoso ser
si tú no hubieras nacido,
que por tí sólo he perdido
mi dicha en esa mujer.
Al acercarme á su amor
siempre tú te interpusiste,
y siempre, insensato, fuiste
mi castigo y mi dolor,
cual si quisieran los hados,
para atormentarme así,
hacer un engendro en tí
de mis culpas y pecados.
¡Basta ya! ¡basta, Moncada!...
¡quiero calma y busco paz,
y á morir vas en Orgaz
por el hierro de mi espada!
(Desnuda el acero.)

FERNANDO.

Si mucho me odias á mí,
el odio que por tí siento
ni cabe en el pensamiento,
ni casi me cabe aquí.
(Golpeándose el pecho.)

Contempla estas dos mujeres
que me estrechan en sus brazos.
De aquestos divinos lazos,
de aquestos divinos seres,
sin motivo y sin razón,
piensa, don Juan, lo que has hecho...
(Desprendiéndose en un arranque de ira de Violante y de Laura y desnudando el acero.)
¡y cubre, don Juan, tu pecho,
porque voy al corazón!

VIOLANTE.

¡No, Fernando!... (Sujetándole de nuevo.)

FERNANDO.

¡Madre mía!...
¡suelta!...

VIOLANTE.

¡Imposible, Fernando!
(Abrazándose á él desesperada.)

LAURA.

¡Por mí!

VIOLANTE.

¡Te ruego... abrazando
tus rodillas!...

FERNANDO.

¡Qué porfía!
(Se desprende de Violante y de Laura y cae sobre D. Juan

con ímpetu terrible: las espadas se cruzan y comienza el combate.)

JUAN.

¡Al fin!
(Al cruzar su hierro con el de Fernando.)

LAURA.

¡Madre!

VIOLANTE.

¡Por piedad!...
¡no más!... ¡no más!

LAURA.

(Á D. Juan.) ¡Asesino!

VIOLANTE.

¡Lo quiere el cielo divino!...
¡cúmplase su voluntad!
(Se precipita entre los combatientes y sujeta el brazo á Fernando; D. Juan baja su espada al ver que su adversario no puede defenderse.)
(Á Fernando.) ¡Detén el hierro homicida!...
¡Para el brazo!... ¡Caiga inerte!...
¡Tú no puedes dar la muerte
á quien te ha dado la vida!

FERNANDO.

¡Él!...
(Dando un paso hacia atrás y dejando caer el hierro.)

JUAN.

¡Qué dice!

FERNANDO.

(Con voz ahogada.) ¡Por favor!...
¡Yo no he comprendido, madre!

JUAN.

¿Él es?...

VIOLANTE.

¡Tu hijo!...

FERNANDO.

(Señalando á D. Juan.) ¡Mi padre!

(Se alejan uno de otro horrorizados: D. Juan se cubre el rostro con las manos: Fernando queda inmóvil como petrificado por la terrible revelación.)

VIOLANTE.

¡Lo quiso vuestro furor!

(Pausa. Quedan todos inmóviles, silenciosos, anonadados. Á pesar de las anteriores indicaciones, los actores interpretarán esta escena como crean oportuno.)

ESCENA XIV.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, DON FERNANDO, DON JUAN, DON RODRIGO. Este último por la puerta del corredor.

RODRIGO.

(Enjugándose una lágrima y con voz conmovida.)
¡Pobre Nuño!... Los impíos
muerte le dieron.
(Fijando la vista en los demás personajes.)

¿Qué es esto?

(Pausa. Después se dirige á D. Juan.)

Vuestro castillo es funesto
sin duda para los míos.
En este castillo fué
donde amenazó la vida
de mi Violante querida
un traidor que nunca hallé.
Allí, sobre la esplanada
y á la espalda del torreón,
traspasado el corazón
por el hierro de una espada
murió Nuño... mi escudero.
Corro á buscaros, y cuando
os encuentro, á mi Fernando
amenaza vuestro acero.
¡Mucho mi sangre os enoja!...
El pobre Nuño murió...
mas Ramiro me advirtió
que de un puñal en la hoja
algo con sangre hay escrito.
¿Dónde está ese hierro?

(Busca con la mirada por todas partes; los demás personajes, saliendo de su estupor, siguen con la vista á Don Rodrigo. Al fin éste divisa el puñal sobre la mesa.)

¡Allí!...

¡allí lo veo!...

(Se dirige hacia la mesa: movimiento de terror en



VIOLANTE.

¡Ay de mí!

(Volviéndose hacia Fernando é implorando su protección.)

FERNANDO.

(Fernando se precipita y coge el puñal en el instante mismo en que D. Rodrigo extiende la mano hacia él.)

(Aparte.) (¡Jamás!)

(En voz alta y cogiendo el puñal.)

No.

(Fernando y D. Rodrigo quedan cerca de la mesa mirándose fijamente, aquél con el puñal en la mano, éste extendiendo el brazo para cogerlo. Los demás personajes se acercan con ansiedad: Doña Violante al lado de su hijo: D. Juan al lado de D. Rodrigo: Laura al lado de Doña Violante.)

RODRIGO.

¡Lo necesito!

VIOLANTE.

(Aparte.) (¡Hijo!)

RODRIGO.

¡Mi sangre se inflama!

(Procurando coger el puñal.)

FERNANDO.

¡No ha de ser! (Resistiendo.)

RODRIGO.

¡Yo te lo mando!

FERNANDO.

¡No ha de ser!

RODRIGO.

¡Basta, Fernando!

FERNANDO.

(Aparte con acento terrible.)
(¡El abismo me reclama!)
(Fernando se halla entre D. Rodrigo, que le sujeta el brazo para coger el puñal, y Doña Violante: D. Juan y Laura en las posiciones indicadas. En los movimientos de D. Rodrigo para apoderarse del puñal y de Fernando para impedirlo, ambos personajes y los que los rodean se habrán separado de la mesa viniendo al centro del escenario.)

VIOLANTE.

(Al oido de su hijo con suprema angustia.)
(¡No puedes borrarlo!... ¡no!...
¡te observa!)

RODRIGO.

¡Aunque no te cuadre!
(Haciendo un esfuerzo para coger el puñal.)

FERNANDO.

(Acercándose á su madre y con acento trágico.)
¡¡Cómo no borrarlo, madre,

mientras tenga sangre yo!!
(Se desprende violentamente de todos, se hunde el puñal en el pecho y cae: todos le rodean: el puñal debe quedar en la herida hasta el final del drama.)

VIOLANTE.

¡Hijo!...

LAURA, JUAN, RODRIGO.

¡Fernando!...

RODRIGO.

¿Qué has hecho?

FERNANDO.

(A D. Rodrigo con afán.)
¡Perdón!... ¡Vivir no podía
sin la dulce prenda mía!
(¡Aquí dentro de mi pecho
(Volviéndose hacia su madre y en voz baja.)
queda el secreto guardado!)

RODRIGO.

¡Y tú morir!... ¡No!... ¡Socorro!...
(Levantándose y andando de un lado á otro.)
¡Ah de mis gentes!... ¡Yo corro
á buscarlas!... ¡Desdichado! (Sale vacilante.)

ESCENA XV.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, DON JUAN.

VIOLANTE.

¿Qué dice? ¡morir!...

FERNANDO.

Mi muerte,
madre, borra tu deshonra.

VIOLANTE.

¡Qué me importan vida y honra,
hijo, si llego á perderte!

FERNANDO.

(A D. Juan con voz muy ahogada.)
Por la violencia me diste
vida que yo no quería,
tal vez porque presentía
que era la vida muy triste.
Me engendraste por sorpresa,
me engendraste sin amor,
y pues comprendo, señor,
por tu angustia que te pesa,
me apresuro á devolverte
tu sangre... ¡padre del alma!
y voy á buscar la calma
en los brazos de la muerte.

¡Para tí... mi corazón!

(Abrazando á su madre.)

¡Oye... para tí... el convento!

(Atrayendo á sí á Laura y en voz baja.)

¡Para ese... el remordimiento!...

(Extendiendo el brazo á D. Juan: después se detiene; parece luchar consigo mismo, y al fin le abre llorando los brazos en último y supremo arranque.)

¡No, padre... no... mi perdón!

JUAN.

¡Fernando!... ¡Fernando!...

(Cayendo de rodillas ante él.)

FERNANDO.

¡Ved!...

¡Don Rodrigo viene allí!

¡Lejos, muy lejos de mí!...

(Rechazándole dulcemente.)

¡Vuestra aflicción... contened!

ESCENA XVI.

DOÑA VIOLANTE, LAURA, FERNANDO, DON JUAN, DON RODRIGO, RAMIRO, MENDO, ORDOÑO.

Los tres últimos con luces; la escena hasta este momento habrá estado iluminada tan solo por la lámpara que pende de la bóveda.

FERNANDO.

(Incorporándose penosamente y llamando por señas á D. Rodrigo, ya con el estertor de la muerte.)

¡Un favor... en... mi... agonía!...

RODRIGO.

(Corre á él sollozando y le abraza cariñosamente.)
¡Yo concedértelo juro!

FERNANDO.

¡Quisiera... ese acero... puro...
llevar... á la tumba... fría!...
(D. Rodrigo saca la espada y se la entrega. Fernando se apodera de ella ansiosamente: después, ya espirando, se vuelve hacia su madre y le habla en voz baja.)
¡Ya está... tu honra... asegurada...
del sepulcro... en el arcano...
que siempre tendré... mi mano...
EN EL PUÑO DE LA ESPADA!
(Oprime convulsivamente el puño de la espada: la aprieta contra su pecho y muere. Todos le rodean llorando: D. Juan cae de rodillas, ocultando el rostro entre las manos.)

FIN DEL DRAMA.



Ó LOCURA Ó SANTIDAD

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Estrenado en Madrid, en el Teatro Español, el 22 de Enero de 1877.

PERSONAJES DE ESTE DRAMA
Y ACTORES QUE LO DESEMPEÑARON EN LA NOCHE
DEL ESTRENO.

DON LORENZO DE AVENDAÑO (1), Sr. Vico (D. Antonio).
ÁNGELA, Sra. Marín.
INÉS, Srta. Contreras.
LA DUQUESA DE ALMONTE, Sra. Fenoquio.
EDUARDO, Sr. Calvo.
JUANA, Srta. Boldún.
DON TOMÁS, Sr. Oltra.
EL DOCTOR BERMÚDEZ, Sr. Benavides.
BRAULIO, Sr. Riquelme.
BENITO, Sr. Romea.
UN CRIADO, Sr. Castro.

La escena en Madrid, en casa de D. Lorenzo.

(1) Por enfermedad del Sr. Vico, se encargó á la quinta representación del papel de D. Lorenzo el Sr. Cepillo.

AL EMINENTE ACTOR

DON ANTONIO VICO.

Cumplo deber ineludible, ejerzo acto de justicia y procuro dar público testimonio de cuánto admiro su gran talento y su inagotable inspiración, dedicando á usted esta obra, que fué la elegida para su beneficio y en que á tal altura raya usted.

Usted, que desde mi primer ensayo en EL LIBRO TALONARIO, *ha venido ganándome aplausos y triunfos; usted, que ha sido sucesivamente sobre la escena: el D. Carlos de Quirós de* LA ESPOSA DEL VENGADOR, *el Banquero de aquel epílogo de* LA ÚLTIMA NOCHE, *el Fernando de* EN EL PUÑO DE LA ESPADA, *el Pablo de* CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA *y el Lorenzo de* Ó LOCURA Ó SANTIDAD, *bien merece, y es harto humilde recompensa, ya lo conozco, á cambio de tantos y tantos arranques sublimes, de tantos y tantos gritos desgarradores, de tantas maravillas de expresión, esta muestra de mi gratitud, de mi admiración y de mi amistad.*

ECHEGARAY.



ACTO PRIMERO.

La escena representa el despacho de Don Lorenzo: forma octógona.—Á la izquierda del espectador, y en primer término, una chimenea encendida: encima un gran espejo de marco negro: en segundo término, una puerta.—Á la derecha, en primer término, otra puerta: en segundo término, una ventana.—En el fondo, la puerta principal.—En los dos chaflanes ó lados oblícuos del octógono, grandes estantes con libros.—Á la izquierda, una mesa de despacho con pupitre y sillón.—Á la derecha, un sofá.—Sobre algunas sillas, sobre la mesa, en las repisas de los estantes y en las paredes, libros y objetos artísticos en confusión, pero sin que aparezca recargado el conjunto.—El adorno, elegante y rico, pero de gusto muy severo: cortinajes y muebles oscuros.—Es día de invierno: la luz muy escasa.

ESCENA PRIMERA.

DON LORENZO.

Sentado á la mesa y leyendo atentamente.

«Las misericordias, respondió D. Quijote, »sobrina, son las que en este instante ha usado

»Dios conmigo, á quien, como dije, no las im»piden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y »claro, sin las sombras caliginosas de la igno»rancia, que sobre él me puso mi amarga y »contínua leyenda de los detestables libros de »las caballerías. Ya conozco sus disparates y »sus embelecos, y no me pesa sino que este »desengaño ha llegado tan tarde, que no me »deja tiempo para hacer alguna recompensa, »leyendo otros que sean luz del alma. Yo me »siento, sobrina, á punto de muerte; querría »hacerla de tal modo, que diese á entender, que »no había sido mi vida tan mala, que dejase »renombre de loco; que puesto que lo he sido, »no querría confirmar esta verdad en mi muer»te.» (Suspende la lectura y queda pensativo largo rato.) ¡Locura, luchar sin tregua ni reposo por la justicia en esta revuelta batalla de la vida, como luchaba en el mundo de sus imaginaciones el héroe inmortal del inmortal Cervantes! ¡Locura, amar con amor infinito, y sin alcanzarla jamás, la divina belleza, como él amaba á la Dulcinea de sus apasionados deseos! ¡Locura, ir con el alma tras lo ideal por el áspero y prosáico camino de las realidades humanas, que es tanto como correr tras una estrella del cielo por entre peñascales y abrojos! Locura es, según afirman los doctores; mas tan inofensiva, y, por lo visto, tan poco contagiosa, que

para atajarla no hemos menester otro Quijote. (Pausa. Después se levanta, viene al centro del escenario, y de nuevo se queda pensativo.)

ESCENA II.

DON LORENZO, DOÑA ÁNGELA, DON TOMÁS.

Los dos últimos se detienen en la puerta de la derecha, primer término, y desde allí, medio ocultos por el cortinaje, observan á Don Lorenzo. Éste en el centro y volviéndoles la espalda.

ÁNGELA.

¿Lo ve usted? Como siempre: leyendo y pensando.

DON TOMÁS.

Ángela, su esposo de usted es todo un sabio; pero no abusemos de la sabiduría. Si la cuerda, cuanto más tensa, da sonidos más agudos, también con mayor facilidad se rompe; y al romperse, á la divina nota, sucede un eterno silencio. Mientras el cerebro se agita en sublimes espasmos, la locura acecha: no lo olvide usted. (Pausa.)

DON LORENZO.

¡Extraño libro, libro sublime! ¡Cuántos problemas puso Cervantes en tí, quizá sin saberlo! ¡Loco tu héroe! Loco, sí; loco. (Pausa.) El que no oyera más que la voz del deber al marchar por la vida; el que en cada instante, do-

minando sus pasiones, acallando sus afectos, sin más norte que la justicia, ni más forma que la verdad, á la verdad y la justicia acomodase todos sus actos, y con sacrílega ambición quisiera ser perfecto como el Dios de los cielos... ese, ¡qué ser tan extraño sería en toda sociedad humana! ¡Qué nuevo Don Quijote entre tanto y tanto Sancho! Y al tener que condenar en uno el interés, la vanidad en otro, la dicha de aquél, los desordenados apetitos de éste, las flaquezas de todos, ¡cómo su propia familia, á la manera del ama y la sobrina del andante caballero; cómo sus propios amigos, de igual suerte que el cura y el barbero y Sansón Carrasco; cómo jayanes y doncellas, y duques y venteros, y moros y cristianos á una voz le declararan loco, y por loco él mismo se tuviera, ó al morir lo fingiría, porque le dejasen al menos morir en calma!

DON TOMÁS.

(**Acercándose á D. Lorenzo y poniéndole una mano en el hombro. Doña Ángela se acerca también.**) Lorenzo.

DON LORENZO.

(**Volviéndose.**) Tomás... Ángela... ¿Estábais ahí?

DON TOMÁS.

Sí, escuchábamos á medias tu filosófico mo-

nólogo. Y ¿á cuenta de qué son esos sublimes desahogos de mi buen amigo?

DON LORENZO.

Lecturas del Don Quijote, que se me suben á la cabeza, y allá se mezclan con otras modernas filosofías, que andan vagando, como diría mi empedernido Doctor, por las celdillas de la sustancia gris.

DON TOMÁS.

Como diría todo el que quisiera decir algo puesto en razón.

ÁNGELA.

¡Qué espanto! ¿Van ustedes á empezar una de esas interminables disputas sobre el positivismo y el idealismo y todos los demás *ismos* del Diccionario, que son otros tantos abismos del sentido común?

DON TOMÁS.

No se alarme usted, Ángela, que algo más interesante tengo que decir á Lorenzo.

DON LORENZO.

Y algo más urgente tengo yo también que preguntarte. (Á Tomás.)

ÁNGELA.

Ya lo creo: más interesante y más urgente que los disparates y embelecos de que se llenan ustedes la cabeza, es la salud de nuestra niña.

DON LORENZO.

¿Cómo encuentras hoy á la hija de mi vida? (Con afán.)

ÁNGELA.

¿Cómo está Inés? (Pausa.)

DON LORENZO.

¡Vamos!... ¡Responde!... ¡No nos tengas en esta ansiedad! (Nueva pausa. D. Tomás mueve la cabeza con aire de disgusto.)

ÁNGELA.

¡Don Tomás, por Dios! ¿Peligra acaso?

DON LORENZO.

¡Qué dices, mujer! No pronuncies esa palabra.

DON TOMÁS.

Alto, alto. ¡Qué de prisa van ustedes! Es cosa grave, no lo niego.

DON LORENZO.

¡Qué dices!

ÁNGELA.

¡Qué dice usted!

DON LORENZO.

¿Cuál es su enfermedad? ¿Qué nombre tiene?

ÁNGELA.

¿Cómo se cura? Porque debe curarse de algún modo. Es preciso, Tomás, es preciso que usted salve á mi hija.

DON TOMÁS.

¿Cuál es su enfermedad? Una de las que causan más estragos entre los vivientes. ¿Qué nombre tiene? Amor, le llaman los poetas: nosotros los médicos le damos otro nombre. ¿Cómo se cura? Hoy por hoy con el cura; y es tan probado específico, que al mes de haberlo usado, ni memoria queda en ambos cónyuges de la fatal dolencia.

ÁNGELA.

¡Qué bromas tiene usted, don Tomás! Me ha dejado usted sin gota de sangre en las venas.

DON TOMÁS.

Ello es que hablando sériamente, y dadas las condiciones de esa niña, su temperamento

nervioso, su sensibilidad extrema y ese su romántico amor, la dolencia es grave; y si no se busca pronto remedio en la dulce calma de la vida conyugal, Ángela, amigo mío, me duele decirlo, pero el deber me lo ordena, no cuenten con Inesita. (Con seriedad.)

DON LORENZO.

¡Tomás!

ÁNGELA.

¿Usted cree?...

DON TOMÁS.

Creo que Inés ha heredado la imaginación exaltada y fantástica de su padre; que hoy la fiebre del amor circula por todas sus venas en olas de fuego; y que si no la casan ustedes, y muy pronto, con Eduardo; si ella llega á comprender que sus esperanzas no han de realizarse, los delirios de su fantasía y las violencias de su pasión, aunque no sé en qué forma, sé por desdicha que han de herirla de muerte.

DON LORENZO.

¡Dios mío!

ÁNGELA.

¡Hija mía!

DON TOMÁS.

Ya saben ustedes mi opinión: opinión expuesta sin rodeos ni ambajes, cual lo exige lo urgente del caso, y con la lealtad á que me obligan el cariño que nos une, y el que profeso á esa inocente niña.

ÁNGELA.

(Á Lorenzo con tono resuelto.) Tú lo has oido: es preciso que Inesita y Eduardo se casen.

DON LORENZO.

Bien lo quisiera, Ángela. Eduardo es bueno, es inteligente, quiere á nuestra hija con delirio; pero...

ÁNGELA.

Pero ¿qué? ¿Que no somos nobles y que la madre de Eduardo, la Duquesa viuda de Almonte, se opone á esta unión? Y ¿qué importa si él quiere, y no es ella la que ha de casarse?

DON LORENZO.

Ángela, piénsalo bien; ¡dar pábulo nosotros á la rebeldía del hijo contra la madre!...

ÁNGELA.

Piénsalo bien, Lorenzo; ¡sacrificar nuestra hija á las vanidades de esa mujer?

DON LORENZO.

Lamentar vanidades y desdichas, cosa fácil me parece: buscar remedio al daño es lo que importa.

ÁNGELA.

¿Por qué no hablar á la Duquesa? Dicen que aparte de sus preocupaciones aristocráticas es buena mujer, y que con delirio quiere á su Eduardo. Vas allá y le suplicas y le ruegas.

DON LORERZO.

¡Yo suplicar! ¡Yo rogar! ¡Humillarme yo! No soy yo ciertamente quien ha de ir á pedirle su hijo: ella es la que debe venir á mi casa á pedirme la mano de Inés. Las conveniencias sociales, el respeto á la mujer, mi propio decoro así lo exigen.

ÁNGELA.

Aquí tiene usted al filósofo, al sabio, al hombre perfecto, rebosando vanidad y orgullo. (Dirigiéndose á D. Tomás, que se habrá acercado á la mesa y estará hojeando libros.)

DON LORENZO.

Ángela, eres injusta: no es orgullo, es dignidad. Dignidad, sí; porque no es decoroso que mendiguemos para la frente de Inés, que en sí

lleva la mejor corona, la corona ducal que desdeñosa nos niega otra familia; no es decoroso, repito, que vayamos de puerta en puerta, y menos si en sus dinteles hay labrados blasones, tendiendo la mano para que nos hagan la limosna de un nombre, cuando Inés tiene el mío, tan bueno, por limpio y por honrado, como otro cualquiera que lo sea mucho.

DON TOMÁS.

Lorenzo tiene razón; pero usted, Ángela, también la tiene.

ÁNGELA.

Pues bien, no vayas tú; conserva incólume tu dignidad de sabio y de filósofo. Yo, que no soy más que una pobre madre, yo iré. Á mí no me causa sonrojo ir de puerta en puerta mendigando, no coronas ni blasones, sino la felicidad y la vida de mi hija.

DON LORENZO.

Ni á mí tampoco, Ángela: tienes razón. Diga el mundo lo que quiera, piense lo que pensare la Duquesa, iré. ¿No es verdad que debo ir? Tú que tienes un criterio recto y severo, y que juzgas de las cosas á sangre fría, dime tu opinión con franqueza. (Á Tomás.)

ÁNGELA.

¡Ah! ¡Qué hombre! ¡Pues no está discutiendo si debe ó no debe ir! Estas cosas, señor filósofo y señor marido, se resuelven con el corazón, no con la cabeza. Mucho es que no empezaste á revolver librotes, buscando en ellos la solución del problema. Á maravilla tengo, que no estés ya escudriñando si entre los filósofos alemanes, ó entre los clásicos griegos, ó en la ininteligible maraña de tus obras matemáticas, no hubo algún autor que tratase concretamente el caso peregrino del futuro casamiento de la señorita Doña Inés de Avendaño con Don Eduardo de Almeida, duque de Almonte; y cuenta que si por *a* más *b*, te demostrase alguno de tus predilectos sabios la inconveniencia del casamiento, por *a* más *b*, dejarías morir á la pobre hija de mi alma.

DON LORENZO.

No te burles de mí, Ángela. Tú sabes que adoro á Inés.

ESCENA III.

DON LORENZO, ÁNGELA, DON TOMÁS, INÉS.

Esta última entra por la derecha primer término, al pronunciar Don Lorenzo las últimas palabras y se detiene al oir su nombre.

DON LORENZO.

¡Qué es por su vida! ¡Qué es por su felicidad! No: por secar una lágrima suya, diera yo todas las de mis ojos: por una hora de ventura para mi Inés, trocára yo contento en horas de martirio todas las que me restan de existencia.

(Inés sin que la vean todavía, tiende los brazos hacia su padre con expresión de cariño y agradecimiento y le manda un apasionado beso.)

Vaya, no hablemos más del asunto. Iré hoy mismo á ver á la Duquesa; rogaré, suplicaré, me humillaré si es preciso, y cederá. ¿No ha de ceder? **(Movimiento de alegría en Inés: Ángela se acerca y coje de la mano á su esposo con efusión.)** No tengo títulos de nobleza, pero tengo un nombre, que si por el trabajo y el estudio no he podido hacer ilustre...

DON TOMÁS.

Ilustre, sí, mi buen Lorenzo.

DON LORENZO.

Ilustre no, pero sí respetable. Y tengo además muchos millones, que heredé de los míos y que cederé á Eduardo y á la Duquesa, para que doren de nuevo sus soberbias coronas un tanto deterioradas por el tiempo. Conque ya lo sabes: (Á Ángela.) se casará Inés y será feliz, y su felicidad será la nuestra.

ÁNGELA.

Y la tuya, la de todos nosotros, que viviremos mirándonos en tí. ¡En tí, Lorenzo mío, que cuando no te embrutece la ciencia, eres el más amante, el más bondadoso y el mejor de los hombres!

INÉS.

¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! (Desfalleciendo y apoyándose en la puerta para no caer.)

ÁNGELA.

¡Inés, hija mía! (Corriendo á sostenerla.)

DON LORENZO.

¡Inés, Inés!... ¿Qué tienes? (Lo mismo.)

DON TOMÁS.

¿Vamos, niña, qué mimos son esos? (Acercándose á ella.)

INÉS.

(Acercándose al sofá de la derecha y sentándose en él. Todos los demás la rodean con solicitud.) Nada, no es nada... es... que quiero llorar... y tengo tanta alegría, que no puedo... Es que quiero reir... y siento que acuden lágrimas á mis ojos... ¡Es que te quiero mucho... mucho, padre mío! (Abrazándole y haciéndole mimos.) ¡Qué bueno eres!... ¡Qué bueno te hizo Dios!... Soy feliz... muy feliz. (Rompe á llorar en brazos de su madre.)

ÁNGELA.

Así, hija mía: llora, desahógate. ¿Ves qué bueno es tu padre? Quiérele mucho.

INÉS.

Con toda mi alma... Y ¿cuándo vas á ir? ¿Hoy mismo, verdad?

DON TOMÁS.

¡Ah, egoistilla! ¿Conque queremos mucho á papá cuando hace lo que nos agrada? Y si no fuese á casa de la Duquesa ¿le querríamos tanto... tanto... tánto como ahora? (Burlándose de sus protestas de cariño.)

INÉS.

Lo mismo.

DON TOMÁS.

¿Conque lo mismo? (En tono de duda.)

INÉS.

De verás; pero estaría tan triste que no se me ocurriría decírselo. (Con cierta malicia.)

DON TOMÁS.

Ya!

INÉS.

Antes, algo me oprimía el pecho y me apretaba la garganta. Ahora, sin esfuerzo alguno... así... espontáneamente, á la par que corren dulces lágrimas de felicidad, brotan palabras de cariño. Antes, sólo hubiera podido decirle: ¡qué desdichada soy, padre mío!... Ahora ya no pienso en mí, pienso en él, y del corazón me sube á los labios este grito de amor: ¡cuánto te quiero! (De nuevo abraza á su padre.)

DON LORENZO.

¡Inés, hija mía!

INÉS.

Y á tí también, madre... á tí también. (Abrazando á su madre. D. Lorenzo y D. Tomás se separan del sofá en que quedan Ángela é Inés, y vienen al centro.)

DON TOMÁS.

¡Pobre filósofo! Mira, ninguna de las dos ha leido una sola página de todos esos libros, y saben más que tú. Te crees fuerte, y en sus manos eres cera blandísima: te crees sabio, y en sus brazos eres un inocente, por no decir que un tonto: te crees justo é incorruptible, y la voluntad de esas dos mujeres te llevaría á todas las injusticias y á todas las flaquezas.

DON LORENZO.

No, Tomás, cuando la idea del bien me sostiene, mi voluntad es de hierro.

DON TOMÁS.

No digo «lo veremos,» porque son dos ángeles; pero ¡ay si no lo fuesen! Déjame parodiar al gran poeta y decir en romance: «Tentación, llevas nombre de mujer!»

DON LORENZO.

«Palabras, palabras y palabras!» había dicho antes, sin duda en previsión de que tú le parodiases. (Con cierta exaltación.)

DON TOMÁS.

¡Ya te subes al trípode!

INÉS.

No incomode usted á papá.

DON LORENZO.

No me incomodan, hija mía, las extravagancias de este doctor.

DON TOMÁS.

Conque quedamos en que por cariño, por amistad, por amor, por esas que tú llamas atracciones misteriosas de un alma sobre otra alma se puede y se debe llegar...

DON LORENZO.

Hasta el sacrificio, sí; jamás hasta la culpa.

DON TOMÁS.

¡Bonita máxima para un libro de moral!

DON LORENZO.

Y aún mejor para una conciencia.

DON TOMÁS.

Y ¿no habrá casos en que, para evitar males mayores, tenga que transigir esa catoniana conciencia con uno tan pequeño, tan pequeño, que no llegue á ser ni grano de arena?

DON LORENZO.

Al echarlo sobre sí, bien pronto pesaría como montaña de granito.

DON TOMÁS.

¿Á la montaña te subes, no bastándote el trípode?

INÉS.

Vamos, don Tomás... Que no le diga usted esas cosas á papá.

DON TOMÁS.

En resumen: guerra á muerte al mal, bajo todas sus formas y disfraces. ¿No es cierto?

DON LORENZO.

Tú lo has dicho.

DON TOMÁS.

Pues aplicación inmediata de esa teoría. Y en verdad que lo había olvidado y es toda una novela. Escúchame atento: oigan ustedes.

DON LORENZO.

¿Qué es ello? **(Ángela é Inés se acercan á D. Tomás.)**

DON TOMÁS.

Rogóme esta mañana una mujer que en su nombre te trajera...

DON LORENZO.

¿Qué?

DON TOMÁS.

Un beso.

ÁNGELA.

¡Para él!

DON LORENZO.

¡Para mí!

DON TOMÁS.

Sí, pero no se alarme usted. (Á Ángela.) Es el beso de una anciana, y en lágrimas viene empapado: es la última y dolorosa contracción de unos labios moribundos: es el postrer adios de un sér que dentro de breves horas no existirá.

DON LORENZO.

No adivino...

DON TOMÁS.

Ella... esa pobre mujer me hizo llamar esta mañana: subí á la bohardilla en que muere: me dijo su nombre, que á no decírmelo, ja-

más la hubiera conocido; y jurándome que fué inocente, rogóme, sin embargo, que intercediera contigo para que la perdonases.

DON LORENZO.

Estás hablando un lenguaje del cual ni una sola palabra comprendo.

DON TOMÁS.

¿Recuerdas la muerte de tu madre?

DON LORENZO.

¡Qué pregunta, Tomás! No conocí á mi padre: murió cuando yo era muy niño; pero mi madre... ¡Ah, madre mía! (Conmovido.)

DON TOMÁS.

¿Recuerdas que al sentirse de improviso herida de muerte, quiso hablarte y no pudo, y que entonces, arrancándose convulsivamente del cuello un rico medallón de que jamás se desprendía, lo puso en tus manos fijando en tí con suprema angustia sus ojos velados ya por la eterna sombra?

DON LORENZO.

Bien lo recuerdo. Sigue... sigue...

DON TOMÁS.

¿Recuerdas, por fin, que al morir tu madre y al perder tú el sentido, desapareció el medallón, y que fué acusada de robo?...

DON LORENZO.

¡Ella!... ¿Es ella?... ¡Juana, mi nodriza!... ¡Mi pobre Juana!

DON TOMÁS.

Juana es la que á dos pasos de aquí agoniza en una miserable bohardilla: Juana, la que en el triste beso que te traigo, implora tu perdón.

DON LORENZO.

¡Juana!... ¡Mi segunda madre!... ¡La que durante veinticinco años fué, para mí, madre verdadera! Pero ¿qué hablabas de perdón? ¿Qué de transigir con el mal? Ni perdonar es transigir, ni de mi perdón há menester la pobre anciana. ¡Ella... ella ser capaz!... ¡Imposible!

DON TOMÁS.

No tan imposible. Cuando la doncella que guardaba las joyas de tu madre dió parte al juez de la pérdida del magnífico medallón de brillantes, y se hicieron las primeras investigaciones, Juana negó tenerlo; y, sin embargo,

averiguóse que ella lo había arrancado de tus manos al perder tú el sentido, y dos días después fué sorprendida al dejar el medallón tras unos jarrones de porcelana. Redújosela á prisión; fué condenada; en cárcel infamante sufrió la pena de su delito, y sólo tus influencias y tus eficacísimas recomendaciones pudieron devolverle, ya que no la honra perdida, la libertad al menos.

DON LORENZO.

(Con exaltación.) Y bien, yo digo que Juana acusada, que Juana en el banquillo del reo, que Juana en infamante reclusión, es inocente, y que la justicia humana se equivoca.

DON TOMÁS.

Las apariencias...

DON LORENZO.

Engañan no pocas veces.

DON TOMÁS.

Y ¿cómo se explica?...

DON LORENZO.

Alguna explicación tendrá; algún misterio hay aquí que ignoramos.

DON TOMÁS.

(Á Ángela.) Ya se lanzó á caza de misterios, y en busca de explicaciones sobrenaturales para un hecho que, á mi modo de ver, tiene sencilla y natural explicación en la flaqueza humana.

DON LORENZO.

Pues yo sé que mi pobre nodriza era incapaz de acción tan baja. Yo la hubiera defendido, á no impedírmelo la enfermedad que sufrí á la muerte de mi madre; y cuando libre ya la pobre mujer, desapareció, lágrimas de verdadero dolor vertí por ella. Dios sabe si con afán la busqué por todas partes; Dios sabe si deseaba que viniese á mí... y ella... cruel... ¿por qué no vino? No, Juana, mi buena Juana, no morirás sin que yo te estreche en mis brazos, sin que te devuelva tu beso de despedida. (Con agitación creciente. Toca un timbre, y aparece un criado de librea.) ¡Hola! ¡El coche!... ¡Al momento, al momento! ¡Voy á traerla á mi casa... ahora mismo!... ¿No es cierto, Ángela, que debo traerla? ¿No es cierto, Inés?

ÁNGELA.

En todo caso es una obra de caridad.

DON LORENZO.

¡Es una justísima reparación! (Sale un momento por la puerta de la izquierda.)

DON TOMÁS.

¡Es lo más bueno... pero lo más cándido! Y creerá como artículo de fé todo lo que esa pobre anciana le cuente. Y él mismo le ayudará á inventar cualquier historia extravagante. ¡Ay, Ángela! tenemos que hacer un escrutinio en esa librería, como aquel *donoso y grande* que hicieron el cura y el barbero en la del ingenioso hidalgo.

ÁNGELA.

¡Ah, si yo pudiera!

(Vuelve á entrar D. Lorenzo en trage de calle.)

DON LORENZO.

Ea, en marcha: tú vienes conmigo para ayudarme á traerla. (Á Tomás.)

DON TOMÁS.

Siempre estoy á tus órdenes.

DON LORENZO.

Pero ¿crees que pueda venir?

DON TOMÁS.

Muere la infeliz de consunción, y lo mismo puede espirar allá en su bohardilla, que sobre los almohadones de tu coche, que al entrar en este para ella encantado palacio. Posible es, sin embargo, que la reanime la alegría y que gane algunas horas de existencia...

DON LORENZO.

Pues vamos allá. Adios, Ángela; adios, Inés.

INÉS.

Adios... Y luego... ¿verás... á la Duquesa?... (Con mimo.)

DON LORENZO.

Sí, hija mía, iré más tarde. Tú puedes esperar, la pobre anciana no: ella es primero.

ÁNGELA.

¿Y casándose mi niña, usted me responde de que no corre ningún peligro? (Aparte á D. Tomás.)

DON TOMÁS.

Los del matrimonio, señora, que no son pocos.

(Tomás y Ángela salen por el fondo hablando en voz baja. Detrás D. Lorenzo é Inés: ésta le despide en la puerta.)

ESCENA IX.

Inés.

Vuelve al centro del escenario, alegre, batiendo palmas.

¡Hoy mismo hablará á la Duq...
prometido, y él es muy formal; ...
pre lo que promete. Pues clar...
mi padre habla tan bien! Vaya...
sabio. La convencerá de ...
hombre como él no supiera...
señora de que yo debo casar...
¿de qué le servía haber ...
qué tener tantos libros en fr...
y en alemán, y hasta en gri...
inútil! Pero ¡cá! de la Du...
quiera. Además, dicen ... Como ...
santa. ¡Pues no! Como santa: lo ...
Eduardo. Una santa: lo ...
siendo santa no me dej...
¡buena santidad te dé Di...
su santidad? Nada, ...
que nos casaremos. ...
tira; si parece un sueño, ...
sueño, que no despie...
sueño. Este es el des...
son sus librotes. ...
Newton, Kant, He...

re, Lagrange, Platón, Santo Tomás... Claro, si fuera un sueño no me acordaría yo de todos esos nombres, ni ¿qué sé yo de tan ilustres señores? (Mirando por el balcón.) Cuando repito que no es un sueño: allá fuera la lluvia que cae, y cae, y cae... ¡Qué cosa tan alegre es la lluvia! ¡Parece que el aire se convierte en barritas de cristal! Y allí en el espejo me veo yo. (Se acerca al espejo con mimo y coquetería.) Yo soy, yo misma, bien me conozco. Yo, con mi cara ovalada, que dice Eduardo que es ¡de un óvalo tan perfecto!... ¡Vea usted qué gusto tiene! Y con mis ojos pardos, que dice Eduardo ¡que son tan hermosos! No, para mentir diciendo cosas agradables no hay otro como él. Verdad es, que en este momento con la alegría y con el calor de la chimenea brillan mis ojos de un modo... Yo quisiera ser muy bonita; más bonita todavía... para él... para él... que no viene... ¡Cuánto tarda! Ahora que deseo yo que venga, no ha de venir... Ya verá usted cómo no viene. ¡Ah, los hombres qué egoistas son y qué malos!

ESCENA V.

INÉS, EDUARDO.

INÉS.

(Saliendo á su encuentro.) ¡Eduardo... Eduardo!

EDUARDO.

¡Inés de mi vida!

INÉS.

¡Vaya una hora de venir!

EDUARDO.

Siempre vengo á las dos. (Con tono sumiso.)

INÉS.

Y son las tres.

EDUARDO.

¡Es posible! (Mirando el reloj.) No, vida mía, las dos menos cuarto.

INÉS.

Las tres. (Con autoridad.)

EDUARDO.

(Enseñándole el reloj.) Las dos menos cuarto. ¿Te convences? (Señalando al reloj de la chimenea.) Y en ese, la misma hora.

INÉS.

(Ofendida.) Bueno, bueno: tú tienes razón. ¡Qué amante tan fino, que me regatea los minutos; que á toda hora le parece temprano para venir, y á toda hora tarde para separarse

de su Inés; que sujeta los latidos de su corazón al volante de su cronómetro!

EDUARDO.

(Suplicante.) ¡Inés!...

INÉS.

Vete... Vete... Si no son las dos todavía... si faltan quince minutos... Te vas á la Carrera de San Jerónimo; das un paseo mirando la gente, y á las *dos en punto* vuelves.

EDUARDO.

Inés...

INÉS.

¡Si esa es la hora á que acostumbras venir! ¡Pues no faltaba más! ¿Qué diría el Observatorio astronómico si adelantases?

EDUARDO.

Por Dios, perdóname... he hecho mal.

INÉS.

No: si quien ha obrado muy de ligero he sido yo. El deseo me adelantaba las horas... y tú para castigarme, vas, y ¿qué haces? ¡me pones delante de los ojos un cronómetro de Losada! (Haciendo con la mano el ademán brusco del que

mete, como vulgarmente se dice, un objeto por los ojos.) ¡Qué galán tan poético!

EDUARDO.

Confieso mi culpa, y me arrepiento, y te pido mil veces perdón.

INÉS.

Ya. ¿Lo confiesas? Más vale así.

EDUARDO.

Es que venía tan contento, tan contento, con tanta alegría en el alma, que ni supe lo que dije, ni áun ahora mismo sé lo que digo.

INÉS.

Yo también fuí injusta al acusarte, Eduardo; pero estaba tan alegre, tan alegre... deseaba tanto que vinieses, que los instantes me parecían siglos...

EDUARDO.

Has de saber, alma mía...

INÉS.

(Sin escucharle.) Tengo que darte una gran noticia.

EDUARDO.

(Lo mismo.) Que al fin somos dichosos.

INÉS.

Ya lo creo: dichosos para toda la vida.

EDUARDO.

¡Si parece mentira!

INÉS.

Porque mi padre ha prometido, que hoy mismo, hoy mismo ¿lo comprendes?... ¡Pero si no me escuchas!

EDUARDO.

(Sin atenderla.) Porque mi madre...

INÉS.

¡Tu madre! ¡Qué?...

EDUARDO.

Vendrá dentro de media hora á tratar de nuestro casamiento.

INÉS.

¿Ella?... ¿La Duquesa?

EDUARDO.

(Con solemnidad cómica.) La señora Duquesa de Almonte tendrá el honor de pedir á los seño-res de Avendaño esta blanca mano (Cogiendo la

mano de Inés.) para su hijo don Eduardo; aunque Eduardito ya se apoderó de ella, ya la apretó contra su corazón, y no sería fácil que la soltase aunque no se la dieran.

INÉS.

¿Ella... ella va á venir?... Bien decían todos. ¡Si esa mujer es una santa!

EDUARDO.

Esa mujer es mi madre: me quiere con todo su corazón, y esta mañana me abracé á ella llorando, y llorando en mis brazos, cedió á mi ruego. En mucho tiene los gloriosos hechos de sus antepasados, religioso culto rinde al honor, y prefiriera mi muerte á mi enlace con quien en su nombre llevara la menor mancha; pero aprecia en lo que vale á don Lorenzo, sus glorias científicas, que glorias son también; su...

INÉS.

Bueno, bueno: basta ya de historias. De todo ello se deduce que vendrá hoy mismo, que nos casaremos muy pronto, y que seremos muy felices, ¿no es verdad? Pues esto es lo que importa: es decir, lo que á mí más me importa: no sé si tú...

EDUARDO.

Ingrata ¿dudas de mí?

INÉS.

No dudo: pero no es poca dicha que tu madre haya cedido, porque si no... Tú me quieres mucho, ya lo sé... pero tú... Á una madre se le debe respeto... y si ella te hubiera dicho que no, como buen hijo que eres ¿no es verdad, Eduardo? no le hubieras dado un disgusto; y con mucho dolor de tu alma hubieras dejado á esta pobre Inés, que te ama... ¡no lo oigas, ingrato; que no lo oiga nadie!... que te ama tanto, que sin tí... ¡mira si es locuela!... se hubiera muerto de dolor.

EDUARDO.

¡Inés mía!

INÉS.

Conque ya ves si debo estar agradecida á tu madre, porque no es á tí, es á ella, á quien debo mi felicidad.

EDUARDO.

¡Cruel! ¿Sabes tú lo que yo hubiera hecho ante los obstáculos, lo sabes tú?

INÉS.

Sí: ceder, dejarme.

EDUARDO.

Eso nunca; por nada, por nadie.

INÉS.

Júramelo.

EDUARDO.

¡Te lo juro por lo más sagrado!

INÉS.

¡Cuánta dicha!

EDUARDO.

¡Qué felicidad!

ESCENA VI.

Inés, Eduardo, Juana, Don Lorenzo, Don Tomás.

Juana aparece en la puerta del fondo, sostenida por Lorenzo y Tomás: se detiene un instante para tomar aliento y después avanza. Viste trage de color oscuro y muy pobre.

EDUARDO.

(Volviéndose.) ¡Qué grupo tan sombrío! ¿Por qué viene esa negra nube á empañar el azul de nuestro cielo?

INÉS.

Es Juana: la nodriza de mi padre: ya verás qué novela: luego te la contaré.

DON LORENZO.

Despacio, despacio, Juana.

JUANA.

¿Quién es aquella señorita?

DON LORENZO.

Inés, mi hija. Acércate, Inés. (Inés se aproxima. Eduardo la sigue.)

JUANA.

¡Qué hermosa! ¡Un ángel me parece! Que al cerrar yo los ojos para siempre vea un sér como tú á mi lado y será que estoy en el cielo.

DON LORENZO.

Otro paso más.

DON TOMÁS.

Un esfuerzo todavía: el último. (Llegan hasta el sofá y en él sientan á Juana, quedando todos á su alrededor.)

JUANA.

Quisiera darle un beso. (Señalando á Inés. Inés se acerca aún más: Juana le coge una mano y la trae á sí.) No... tu mano abrasa y mi aliento hiela... no he de besarte... fuera mi beso el beso de la muerte. (La separa dulcemente de sí, y le suelta la mano.) Con el pensamiento te besaré... con los labios no.

DON TOMÁS.

(En voz baja á Inés y Eduardo.) (Vámonos. La pobre mujer desea hablarle á solas.) (Á Juana.) Hasta luego y buen ánimo: acabaron ya las penas.

JUANA.

Las de este mundo, sí.

INÉS.

¡Pobre mujer! (Deteniéndose un momento para mirarla.)

EDUARDO.

Ven, Inés mía. (Salen Tomás, Inés y Eduardo por la derecha.)

ESCENA VII.

DON LORENZO, JUANA.

JUANA.

¿Se fueron ya? (Después de una pausa.)

DON LORENZO.

Sí, mi querida Juana; ya estamos solos.

JUANA.

Al fin... al fin llegó este momento tan deseado. Todo llega... pero todo pasa. Oye, Loren-

zo: la vida se va... se va muy aprisa, y antes he de decirte muchas cosas. Lo primero, que soy inocente; que yo... no pensé... que yo... no quise... que yo... (Acongojándose.)

DON LORENZO.

Lo sé, Juana, lo sé.

JUANA.

No lo sabes. Todo está contra mí... todo.

DON LORENZO.

Por Dios, no te agites: olvida, descansa.

JUANA.

¿Olvidar? Sí, pronto olvidaré. ¿Descansar? Me queda tanto tiempo para descansar, que hoy quiero vivir... aunque sufra, aunque llore... Quiero llevarme á la fosa lágrimas, y besos, y sollozos... para llenar aquel silencio y aquella soledad con algo que recuerde la vida. (Pausa.) Por eso quisiera decirte una cosa... Pero ¿cómo, sin prepararte? ¿cómo, sin que antes de la revelación venga la duda, y antes de la duda la sospecha, y antes de la sospecha el presentimiento, y antes del presentimiento ese no sé qué, sombra que proyecta en el alma algo que allá á lo lejos viene?... Tú no me comprendes; ni yo sé explicarme, aunque hace

cuarenta años que estoy siempre con la misma idea: mira tú si yo debía explicar bien estas cosas.

DON LORENZO.

Dí lo que quieras, pero sin agitarte.

JUANA.

Sí; lo diré. ¿Cómo he de morir yo sin decír- telo? En primer lugar, para que te convenza de que no fuí una miserable... la... dro... (Ocultándose el rostro.)

DON LORENZO.

Calla, calla... No pronuncies esa pa[illegible]

JUANA.

Y además... porque abrirte [illegible] último consuelo que me res[illegible] Lorenzo. ¡Los que van á mo[illegible] tas! Para tí será dolor horr[illegible] mí ha de ser suprema dicha.

DON LOREN[illegible]

¿Cómo puede ser para [illegible] dicha para tí, mi buena Jua[illegible]

JUA[illegible]

¿Cómo puede ser?... [illegible]

hijo mío... ¡Hijo mío!... Permíteme que te dé este nombre. ¿No te enfadas, verdad?

DON LORENZO.

¡Por Dios, Juana!

JUANA.

Bueno... Pues yo te llamaré hijo... y tú me llamas madre. Llámame madre. Alégrese el cielo ó regocíjese el infierno, has de llamarme madre.

DON LORENZO.

¡Madre mía!

JUANA.

No... así no... no es de ese modo. ¡Cruel! **(Arrojándose á Lorenzo para abrazarlo, pero conteniéndose y cayendo en el sofá.)**

DON LORENZO.

¡Pobre mujer! ¡Delira!

ESCENA VIII.

JUANA, DON LORENZO, INÉS.

Inés entra corriendo y muy contenta por el fondo y se acerca á su padre. Viene agitada y apenas articula las palabras.

INÉS.

Padre... padre... La Duquesa... viene... viene... ¿no adivinas?

DON LORENZO.

¿Ella?

INÉS.

Sí... Para tratar de aquéllo: Eduardo ha vencido.

DON LORENZO.

¡Qué felicidad! ¡Inés mía!... Al fin quiso Dios...

INÉS.

¿Estás contento?

DON LORENZO.

¿Y tú? (Abrazándola.)

INÉS.

Yo... si tú lo estás... Conque vamos... vamos pronto.

JUANA.

(Cogiéndose á Lorenzo.) No... no quiero que vayas; no has de dejarme.

DON LORENZO.

Voy al instante. (Á Inés.)

INÉS.

No tardes... Que no tardes... Si se ofende...

DON LORENZO.

No temas: que la reciba Ángela allá en el salón... con toda solemnidad. Llevaré á Juana á su cuarto y saldré en seguida. (Sale Inés por el fondo.)

ESCENA IX.

JUANA, DON LORENZO.

DON LORENZO.

(Queriendo llevarla, pero ella se resiste.) Vamos, Juana; ven á descansar; luego hablaremos cuanto quieras.

JUANA.

Luego no. ¿Y si muriese antes?

DON LORENZO.

No pienses tal cosa. (Con impaciencia.)

JUANA.

Veinte años há que no te veo, y ahora no me dejan estar contigo ni un solo instante. ¡Son muy crueles!

DON LORENZO.

Después, mi buena Juana. (Queriendo levantarla.)

JUANA.

¿Y tú también quieres irte?... ¡Tú también! ¡Ah! yo haré que te quedes conmigo.

DON LORENZO.

¡Juana!

JUANA.

Oye... esto no más; después vete, si quieres: yo, yo misma cogí el medallón.

DON LORENZO.

¿Tú?

JUANA.

Sí.

DON LORENZO.

¿Para qué?

JUANA.

Para que tú no lo vieras.

DON LORENZO.

¿Y por qué?

JUANA.

Porque dentro había un papel, y en ese papel escritas por tu madre unas palabras, y esas palabras no quería yo que tú las leyeses.

DON LORENZO.

Y ¿qué palabras eran?

JUANA.

Estas: de memoria las sé: «Lorenzo, hijo mío, en el relicario que está á la cabecera de mi cama hay oculto, y en sobre cerrado, un pliego. Cuando yo muera, ábrelo, lee lo que en él, durante una noche de remordimiento, escribí, perdóname y que Dios te inspire.»

DON LORENZO.

«¡Perdóname y que Dios te inspire!» ¿Decía? (Con extrañeza.)

JUANA.

Sí.

DON LORENZO.

Y además, he oido no sé qué de remordimiento. (Con creciente curiosidad.)

JUANA.

Remordimiento era la palabra. Ahora vete si quieres.

DON LORENZO.

(Pensativo.) No. (Pausa.) ¿Y ese pliego?

JUANA.

Que tu madre lo había escrito, no era un misterio para mí; dónde estaba oculto, he ahí lo que ignoraba. Que algo encerró en el medallón, bien me lo dijo mi tenaz vigilancia; y lo que el papel contenía bien lo adivinaron mis recelos. Por eso cogí el medallón. Era mi legítima presa: me había costado aquel secreto veinte años de lágrimas y de dolores, que ni más amargas ni más intolerables se conciben.

DON LORENZO.

¡Perdón... remordimiento... un secreto... mi madre!... No adivino lo que quieres decir... Sombras confusas pasan por mi mente... y así como relámpagos de angustia por mi corazón. Tú deliras y me haces delirar.

JUANA.

No.

DON LORENZO.

Pero aquel pliego oculto en el relicario...

JUANA.

Fué mío, y tú no lo viste, porque no debías verlo. Como tu madre iba á morir, á ella ¿qué

le importaba? Bien te lo dije: nada hay más egoista que la muerte.

DON LORENZO.

¿Pero ese pliego?...

JUANA.

Yo lo tengo.

DON LORENZO.

¿Aquí?

JUANA.

Aquí: (Llevando la mano al pecho.) aquí: mira, es una hoja no más de papel, y sin embargo, ¡me pesa tanto sobre el corazón!

DON LORENZO.

Pues he de verlo.

ESCENA X.

JUANA, DON LORENZO, DON TOMÁS, por el foro.

DON TOMÁS.

¡Lorenzo... Lorenzo!...

DON LORENZO.

¿Qué? (En tono brusco é impaciente.) ¿Qué quieres?

DON TOMÁS.

Ha llegado la Duquesa.

DON LORENZO.

Sea en buen hora.

DON TOMÁS.

(Aparte.) ¡Qué tono! (En voz alta.) Ven á recibirla.

DON LORENZO.

Ya iré.

JUANA.

¡No me dejes, por Dios! ¡Por la salvación de tu alma! (En voz baja.) Si supieras...

DON TOMÁS.

¿Vienes?

DON LORENZO.

Sí... pero... pero no me hostigues... Digo que iré.

JUANA.

No te vayas... y te lo diré todo... todo. Te daré ese pliego... el que escribió tu madre hace veinte años... es su letra... es su firma... tú verás... pero no me dejes.

DON TOMÁS.

(Cada vez más impaciente.) ¡Vamos, Lorenzo!

DON LORENZO.

Ya he dicho que iré... iré luego... Yo sé cuándo debo ir. Ahora vete. (Aparte á Juana.) Dame el pliego.

JUANA.

Cuando se marche ese hombre. (Aparte á Lorenzo.)

DON LORENZO.

¡Vete! (Con violencia.)

DON TOMÁS.

Pero la Duquesa...

DON LORENZO.

Que espere. ¿No hace ella esperar á nadie en sus antesalas? Pues mejores que las suyas son las mías.

DON TOMÁS.

¿Estás en tu juicio?

DON LORENZO.

En el mío, sí; en el tuyo, no, que mal estuviera. Vete pronto.

DON TOMÁS.

¿Qué tienes, Lorenzo? (Acercándose á él con interés.

DON LORENZO.

Nada, nada... cansancio de oirte... ¡Déjame por Dios santo!

DON TOMÁS.

Bueno... bueno... pero, Señor, ¿qué le pasa á este hombre?

ESCENA XI.

DON LORENZO, JUANA.

DON LORENZO.

¡Ya estamos solos!

JUANA.

¡Lorenzo!

DON LORENZO.

¡Qué! ¿Dudas? ¡Mira que te dejo!... ¡Prometiste darme ese papel! La ventura de mi hija me espera allí; y, sin embargo, una mano de hierro, la férrea mano de la implacable fatalidad, me retiene á tu lado. Considera, Juana, si estoy decidido á averiguar este secreto.

JUANA.

¡Lorenzo!

DON LORENZO.

¡El papel!... ¡Pues para mí lo escribió mi madre, es mío!

JUANA.

No te incomodes conmigo, Lorenzo de mi alma. Aquí está... Este es... (Sacándolo del pecho.)

DON LORENZO.

Venga... (Queriendo cogerlo.)

JUANA.

Espera... espera... yo misma he de leerlo... leeré más despacio que tú... y de este modo... lo que aquí dice no se te entrará de un golpe por los ojos...

DON LORENZO.

Pues lee. ¡Veamos!

JUANA.

Sí, Lorenzo mío; pero no mires; oye no más. (Colocándose de modo que Lorenzo no vea lo escrito en el papel.) «Lorenzo, hijo mío, perdóname.» (Leyendo.)

DON LORENZO.

¡Otra vez!

JUANA.

(Sigue leyendo.) «Conozco que se acerca el fin de »mi vida, y los remordimientos han hecho »presa en mí.» (Pausa.)

DON LORENZO.

¡Sigue!

JUANA.

«Quisiera decirte la verdad, y te amo dema- »siado para decírtela. Lee en estos renglones, »que mancho con mis lágrimas, el secreto de »tu existencia, y hágase después tu voluntad.»

DON LORENZO.

¡El secreto de mi existencia! ¡Dame! (Queriendo coger el papel.)

JUANA.

No.

DON LORENZO.

¿Que pesadilla es esta, Juana? ¿Qué círculo de hierro has puesto sobre mi frente, que con intolerable presión me oprime las sienes?... Dame...

JUANA.

¡No, por Dios!

DON LORENZO.

¡Ha de ser! (Cogiendo el papel y leyendo con horrible angustia.) «Tu padre era rico, muy rico; por mi»llones, por muchos millones se contaba su »caudal; yo era muy pobre; no tuvimos hijos.» ¡No tuvimos hijos, dice!

ESCENA XII.

DON LORENZO, JUANA, ÁNGELA; después EDUARDO.

ÁNGELA.

(Entrando precipitadamente.) ¡La Duquesa!...

DON LORENZO.

(Da un grito de ira. Juana le arranca el papel y lo oculta.) ¡Otra vez! ¡Vete!... ¿Á qué vienes?

ÁNGELA.

Lorenzo... Lorenzo...

EDUARDO.

(Entrando precipitadamente.) ¡Don Lorenzo!

DON LORENZO.

¿Tú también? ¡Idos!... ¡Idos todos!

ÁNGELA.

¿Qué es esto, Dios mío? ¿Qué es esto? ¿Qué tienes, Lorenzo? Vuelve en tí.

DON LORENZO.

Idos... Idos... os lo suplico... si es preciso de rodillas... pero dejadme... ¡Ah! ¡El egoismo humano!... ¡Piensan que no hay más que sus pasiones y sus intereses!... ¡Tomás!... ¡Ángela!... ¡Eduardo!... ¡La Duquesa!... ¡Todos! ¡Ah! ¡La gota de agua sobre el cráneo!

EDUARDO.

Es que mi madre viene...

ÁNGELA.

Es que la Duquesa, impaciente de esperar, viene aquí...

EDUARDO.

Dice que quiere buscar al sabio en su antro.

DON LORENZO.

¡Pues que venga, pero vosotros dejadme! ¡Dejadme... ó me volveré loco de desesperación!

ÁNGELA.

No, imposible: su madre de usted no puede verle en tal estado. (Á Eduardo.)

EDUARDO.

Venga usted, Ángela; venga usted. Ganemos tiempo, detengámosla en la galería, y á ver si entre tanto logra Inés calmarle.
(Salen Ángela y Eduardo por el foro.)

ESCENA XIII.

DON LORENZO, JUANA.

DON LORENZO.

¡El papel!... Ese papel funesto ¿dónde está?... Tú lo tienes...

JUANA.

Sí. (Sacando el papel.)

DON LORENZO.

Pues dámelo... ¡No tuvimos hijos, decía! (Procurando leer, pero sin conseguirlo.) ¿Donde está?... ¡No sé! ¡No veo las letras! ¡Una nube me pasa por delante de los ojos! ¡No tuvimos hijos! ¡No puedo!... ¡No puedo!... Lee tú... por fa-

vor... (Juana toma el papel.) Ahí... ahí... donde dice: «No tuvimos hijos!»

JUANA.

(Leyendo.) «Sabía mi esposo que una enferme»dad incurable minaba rápidamente su exis»tencia. El infeliz llevaba la muerte en el co»razón. Loco de amor, quiso asegurarme toda »su fortuna, y yo... hice mal, ahora lo conoz»co, hice mal porque él tenía padre, pero yo... »perdóname, Lorenzo, tú que eres tan bueno »y tan honrado; yo acepté.» (Pausa.)

DON LORENZO.

Sigue... Sigue...

JUANA.

«Buscamos un niño... no puedo, no puedo »escribir más. Juana conoce este secreto. Jua»na te lo dirá todo. Una vez más te ruego que »me perdones. Adios, Lorenzo mío, y que él »te inspire. Te he querido como á hijo, aun»que no lo has sido nuestro.»

DON LORENZO.

¡Yo! ¡Yo! ¡Yo no era!... ¿Qué dice?... ¡Yo no era su hijo! ¡Yo llevo un nombre que no es mío! ¡Cuarenta años há que gozo bienes ajenos! ¡Yo lo he robado todo!... ¡Posición social,

apellido, riquezas! ¡Todo! ¡todo! ¡Hasta las caricias de mi madre, porque no era mi madre!... ¡Hasta sus besos, porque yo no era su hijo!... ¡No! ¡Esto no es posible!... ¡Yo no soy tan miserable!... ¡Juana... Juana... por Dios vivo que me digas la verdad! Mira; ya no es por mí: sea de mí lo que Dios quiera: es por mi familia... por esas desdichadas mujeres... es por mi hija... por mi Inés de mi vida... que se morirá... ¡y yo no quiero que se muera! (Llorando con desesperación.)

JUANA.

Es verdad, sí; pero, calla... ¿Qué importa, si nadie lo sabe?

DON LORENZO.

Pero ¿es verdad?

JUANA.

Lo es. (En voz muy baja.)

DON LORENZO.

¡Pues parece mentira! ¿Aquella mujer que tanto me amaba no era mi madre?

JUANA.

No. ¡Tu madre te amaba más!

DON LORENZO.

Pues ¿quién era?

JUANA.

¡Lorenzo!

DON LORENZO.

¡Cómo se llama!

JUANA.

Mírame sin cólera, y te lo diré.

DON LORENZO.

¿Dónde está?

JUANA.

¡Luchando con las torturas de un infierno!

DON LORENZO.

¿Murió también?

JUANA.

¡Muriendo está!

(En la última parte de este diálogo, Juana se levanta, y ella y Lorenzo forman un grupo agitado, ardiente, delirante. Al pronunciar ella la última frase, cae de nuevo y sin fuerzas en el sofá.)

DON LORENZO.

¡Juana!

JUANA.

(Retorciéndose de angustia.) ¡¡No, ese nombre, no!!

DON LORENZO.

¡¡Madre!!

JUANA.

¡¡Sí... ese nombre, sí; hijo mío!!

(Se levanta de nuevo por arranque supremo, y se abraza á Lorenzo.)

ESCENA XIV.

DON LORENZO, JUANA, DON TOMÁS.

DON TOMÁS.

Ya está ahí... ya llega...

JUANA.

(Desprendiéndose de los brazos de Lorenzo.) Déjame... vienen... vienen... que no me vean...

DON LORENZO.

¡No... espera... yo no sé qué voy á decirte... pero tengo que decirte muchas cosas!...

JUANA.

Luego... Adios... ¡Ya puedo morir! ¡Le llamé hijo!

(Juana se dirige lentamente á la puerta de la derecha. Lorenzo la sigue: Tomás en observación en el fondo.)

DON LORENZO.

No, todavía, no...

(Juana desaparece tras los cortinajes. Lorenzo quiere entrar: Tomás acude desde el fondo y le detiene á la fuerza, cerrándole el paso y obligándole á retroceder. La actitud de Lorenzo en esta escena y en la siguiente queda encomendada al talento y á la inspiración del actor.)

ESCENA XV.

DON LORENZO, ÁNGELA, INÉS, DUQUESA, EDUARDO, DON TOMÁS.

Los nuevos personajes vienen por el foro.

DUQUESA.

¿El señor de Avendaño? (Con exquisita cortesía. Pausa.)

DON LORENZO.

¡Avendaño! ¡Avendaño!... No sé dónde está, señora. (Con voz triste y sombría, y con cierta distracción.)

ÁNGELA.

¿Qué dice? (Aparte.)

INÉS.

Pero ¿qué es esto, Dios mío?

DUQUESA.

Comprendo, señor Avendaño, el disgusto que mi presencia le causa... Vengo á arreba-

tarle la prenda más querida de su alma (Señalando á Inés.), y no extraño en verdad que me trate usted como á enemiga. (Con dulzura.)

DON LORENZO.

¡Enemiga mía es la suerte, nadie más!

INÉS.

Pero ¿qué es esto? ¡Dios mío! (Aparte.)

DUQUESA.

Tiene usted razón: encarnizada enemiga es de los padres.

DON LORENZO.

¡Y más aún de los hijos!

DUQUESA.

No lo niego; pero en fin, leyes divinas son estas que gobiernan los dolores humanos, y fuerza es respetarlas. (Procurando dar otro giro á la conversación, pero sin conseguir dominar su extrañeza.)

DON LORENZO.

¡Ay, señora, que esas leyes divinas son más crueles á veces que si fueran obra de la crueldad humana! (La Duquesa hace un vivo movimiento de impaciencia. Eduardo se acerca á ella; Inés á su padre; Ángela y Tomás observan con asombro.)

INÉS.

(Aparte á Lorenzo.) ¡Por Dios, padre!

EDUARDO.

(Aparte á la Duquesa.) ¡Madre, madre, por mí!

DUQUESA.

(Con altivez y entonación un poco seca.) Soy madre, adoro á mi hijo, sé que su felicidad es imposible si no la comparte con esta señorita; y á perder un hijo, prefiero tener dos.

INÉS.

¡Ves qué buena, padre mío! (Aparte á D. Lorenzo.)

DON LORENZO.

¡Perder un hijo es horrible desdicha!

DUQUESA.

¿Quiere usted dar al mío el nombre de hijo también? (Con dulzura y adelantándose hasta D. Lorenzo.)

INÉS.

(Con angustia y en voz baja.) Contesta, padre.

DON LORENZO.

(Se queda mirando á su hija, le coge la cabeza entre las manos y de nuevo la contempla con pasión.) ¡Qué hermosa eres!

¡Imposible parece que tú no puedas más que la ley del honór!

DUQUESA.

(Sin poder ya dominarse.) En suma, señor de Avendaño: ¿quiere usted que mi hijo, el Duque de Almonte, dé su nombre á la señorita Inés?

DON LORENZO.

(Con sublime violencia.) ¡Si yo fuera un infame, buena ocasión de dar nombre ajeno á quien no lo tiene propio!

INÉS.

¡Padre!

ÁNGELA Y DON TOMÁS.

¡Lorenzo!

DUQUESA.

He de confesar lealmente que ni comprendo sus contestaciones de usted, ni su actitud, que es muy otra de lo que yo esperaba; y me limito á preguntarle por última vez: ¿acepta usted?

DON LORENZO.

Yo soy un hombre honrado: la desgracia podrá vencerme, no mancharme. Señora Duquesa de Almonte, ese matrimonio es imposible.

DUQUESA.

¡Ah! (Sintiéndose herida y retrocediendo un paso.)

INÉS.

¿Qué dices?... ¡Padre!... ¡Imposible!

DON LORENZO.

¡Imposible, sí!... Porque no soy Avendaño; porque mis padres no eran mis padres; porque esta casa no es mi casa; porque no puedo darte, hija de mi alma, más que un nombre escarnecido y manchado; porque soy el más infeliz de los hombres, y no quiero ser el más miserable!

INÉS.

¡Padre, padre!... ¿Por qué me matas? (Cae en el sillón.)

ÁNGELA.

¿Qué has hecho, insensato?

DON LORENZO.

¡Inés!... ¡Inés!... ¡Venciste, Dios mío, pero ten compasión de mí!
(Todos rodean á Inés.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto anterior. Es de noche. La chimenea está encendida: una vela con pantalla sobre la mesa de despacho.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO.

Aparece escuchando á la puerta de la derecha; después viene al centro.

Nada se oye. ¿Habrá vuelto en sí? ¡Oh, Dios mío, y en esta vida, qué cerca de la vida está la muerte! (Pausa.) ¡Y piensan que he de renunciar á mi adorada Inés! ¡Suponen que yo he de dar crédito á esa ridícula historia que don Lorenzo refiere! ¡Pobre sabio! ¿qué sabe él lo que se dice? (Breve pausa.) Y áun siendo cierto lo que afirma ¿dejaría de ser Inés la más hermosa y la más amante de las mujeres? Será mía, aunque tenga que arrastrarme á los piés de mi madre y regarlos de lágrimas: cederá don Lorenzo aunque tengamos que ponerle una mordaza y una camisa de fuerza: y esa pobre mendiga, que con sus delirios contagió al desatentado filósofo, se irá de aquí, se irá lejos, muy lejos de nosotros. ¡Con tal que Inés resista el golpe

que recibió de su padre! (Acercándose otra vez á la puerta y escuchando.) Nada... nada: silencio; siempre el mismo silencio. (Volviendo al centro del escenario.) Su padre... ¡Ah, su padre! Dios me perdone, pero casi le aborrezco. (Exaltándose por grados.) ¡Insensato, y cómo se complacía en torturarla! ¡Su padre, sabio sin seso, ateo con pujos de santidad, nuevo D. Quijote con el ingenio de menos y la pedantería de más, falso caballero Bayardo de la honradez! ¡Qué padre es ese que desgarrando el corazón de una hija pretende ganar reputación de virtud! ¡Fuera la virtud así, y me pareciera más simpático el crimen! Nadie viene... y pasan las horas... Alguien se acerca.

ESCENA II.

EDUARDO, DUQUESA, por la derecha.

EDUARDO.

¡Madre mía!... ¿Inés, cómo está Ines?... ¿Ha vuelto en sí?

DUQUESA.

Al fin, á Dios gracias. ¡Pobre niña! No he querido marcharme hasta que pasara el peligro; pero ya está bien. Y ahora, hijo mío...

EDUARDO.

Ahora he de verla.

DUQUESA.

¡Eduardo!

EDUARDO.

Y después hemos de hablar á don Lorenzo; y después...

DUQUESA.

Y después has de concluir con mi paciencia. He hecho por tí cuanto el decoro, la dignidad y los respetos sociales me han permitido, y algo más; pero ha llegado el instante de que te muestres hombre, de que recuerdes quién eres, y de que escuches la voz del deber.

EDUARDO.

Bien dices: haré lo que hacer deba; pero no sé, y perdóname, madre mía, si entendemos el deber del mismo modo.

DUQUESA.

Debes renunciar á Inés para siempre.

EDUARDO.

¿Por qué? ¿Porque es pobre?

DUQUESA.

No es eso.

EDUARDO.

Entonces ¿por qué, madre mía? ¿Porque don Lorenzo intenta tan sublime acción, que si la realiza, ha de eternizarse su nombre en libros y en historias, y hasta quién sabe si alcanzará puesto en el calendario?

DUQUESA.

Buen humor gastas, y no es esta mala señal.

EDUARDO.

Quiero probarte que conservo toda mi sangre fría. Y por lo demás, á don Lorenzo hay que tomarlo en broma, ó hay que encerrarlo en una casa de Orates.

DUQUESA.

No digas esas cosas, Eduardo; no me gusta que hables de ese modo. Aunque hay algo de exagerado, no poca precipitación, y cierto alarde melodramático en los proyectos de don Lorenzo, no puede desconocerse que su conducta es la de un hombre de bien.

EDUARDO.

¿Porque se goza en la desventura de su hija?

DUQUESA.

Porque cumple leyes divinas sin respeto á pasiones humanas.

EDUARDO.

Pues si tan honrado es don Lorenzo, y el brillo de acciones nobles se hereda, rico en nobleza heredada viene á ser el ángel de mi vida.

DUQUESA.

Y rico en heredada deshonra también. (En voz baja, con energía y acercándose á su hijo.) Inés no tiene un nombre bueno ó malo que llevar, porque se ignora cuál es el de su padre, y el de esa mujer está en los infames registros de una casa de corrección por delito de robo.

EDUARDO.

¡Calla!

DUQUESA.

Ser nieta de una humilde nodriza, [illegible] de usurpación de estado civil, es el [illegible] de esa pobre niña, si lo que don [illegible] ma es cierto. Será tal vez exc[illegible] aristocrático rehusar tan nob[illegible] así me han hecho las que tú, [illegible] derna, consideras rancias [illegible]

EDUARDO.

Pues bien, madre, yo amo á Inés.

DUQUESA.

Loco estás, hijo mío.

EDUARDO.

Locura dicen que es el amor; conque no es maravilla que lo esté.

DUQUESA.

Sí, lo estás, y á mí misma me haces perder el juicio.

EDUARDO.

¿Prefieres perderme á mí?

DUQUESA.

Basta, Eduardo: salgamos de esta casa, donde en mal hora entraste por vez primera.

EDUARDO.

Pero díme; ¿no es Inés un ángel?

DUQUESA.

Ángel del cielo me pareció la pobre niña al llegar: ángel de dolor, al dejarla.

EDUARDO.

¿No confiesan todos que don Lorenzo es un sabio, y no dices tú que es un santo?

DUQUESA.

Injusticia fuera negarle clarísimo talento y honradez intachable.

EDUARDO.

¿Luego no está el mal en ellos?

DUQUESA.

No lo está.

EDUARDO.

Pues el escándalo ¿no puede evitarse? (A... cándose á su madre, y en voz baja.) ¿Quién conoce... desdichada historia, verdadera ó falsa, que... falsa que verdadera me parece? Nosotros... callaremos... Don Tomás, y es como de l... milia. Esa infeliz mujer, y en breves hor... eterno silencio sellará sus labios. Don L... zo, y al fin es padre y hará por su hija l... tú no quieres hacer por mí. ¡Oh, madre... qué buscar la desesperación y la muerte... está la dicha en nuestras manos?

DUQUESA.

¿Pero lo ves, desdichado? ¿Ves con...

tacto del crimen pervierte los más nobles caracteres? ¿No conoces que me propones una infamia, que me quieres hacer cómplice de una felonía? Dios mío, ¿qué han hecho de mi hijo, que tales cosas dice y tales ideas acaricia?

EDUARDO.

Pero ¿quién habla de infamias, ni quién propone felonías? ¿Es que don Lorenzo nos hace á todos perder la razón, ó es que te deleita mi martirio?

DUQUESA.

Pero ¿no hablabas de evitar el escándalo con el silencio?

EDUARDO.

Sí.

DUQUESA.

¿Pues entonces?...

EDUARDO.

Escucha, madre, lo que yo dije ó lo que quería decir. Si la historia de don Lorenzo es cierta, que lo dudo, se busca con sigilo y con cautela á los legítimos herederos de esa maldecida fortuna, y de ella se les hace donación en cualquier forma.

DUQUESA.

Pero ¿con qué pretexto?

EDUARDO.

Para pedir no fuera fácil encontrarlo; para dar, no temas que nos falten, y todos han de parecer igualmente buenos al que reciba.

DUQUESA.

Pero Inés llevará un nombre que no le pertenece.

EDUARDO.

Llevará el mío, que vale por todos.

DUQUESA.

¡Ah, en eso tienes razón! Pero don Lorenzo...

EDUARDO.

Déjale en paz, que harto tiene que hacer con sus filosofías. Pensemos en nosotros, y piensa que todo, todo puede arreglarse si tú consientes. Una palabra tuya da la vida á la pobre Inés; nueva vida me da, que con tu crueldad me arrancabas la que me diste con tu amor; devuelve la dicha á esta infeliz familia; y sin escándalo, ni ostentación, ni aparatoso alarde pasan á sus legítimos dueños las usur-

padas riquezas. ¿Dónde están aquí la infamia y la felonía?

DUQUESA.

Me fascinas, Eduardo: no sé qué decirte; pero una voz interior me advierte que esto no es lo justo ni lo recto; que la ficción nunca es preferible á la verdad; que en don Lorenzo, á pesar de sus delirios, triunfa el deber; que en tí, á pesar de tus argucias, la pasión triunfa.

EDUARDO.

Pero ¿por qué? Contéstame.

DUQUESA.

No sé discutir contigo, Eduardo.

EDUARDO.

Lo que no sabes es quererme.

DUQUESA.

¡Que no te quiero! ¡Cruel! ¡No lo crees tú al decirlo, pero el corazón se me oprime al escucharlo!

EDUARDO.

Pues cede.

DUQUESA.

¡Hijo mío, por Dios!

EDUARDO.

Vas á ceder, bien lo veo: tu frente está pálida: en tus ojos hay lágrimas: tiemblan tus labios. (Con voz cariñosa.) Es que ya se agitan para decirme que sí; y ¿por qué no! En lo que yo he pensado ¿hay alguna cosa que no armonice por manera absoluta con ese ideal de perfección moral que tú y don Lorenzo acariciáis? ¿Hay en mi plan algo malo?

DUQUESA.

Sí, Eduardo.

EDUARDO.

¡Será tan poco! ¡Un átomo, una sombra, un escrúpulo! ¿Y no merezco yo la pena de un pecadillo venial? Busca en el pueblo, á quien á veces tratas con harto desdén, y del que te separa como abismo profundo tu aristocrática educación, busca una madre y pregúntale si por la vida de su hijo no ahogaría en un grito de amor todos esos refinamientos de conciencia.

DUQUESA.

¡Es que lo que otra madre haga, soy yo capaz de hacerlo! (Con apasionado arranque.)

EDUARDO.

(Abrazándola.) ¡Gracias, gracias, madre mía!

DUQUESA.

Pero...

EDUARDO.

Lo has dicho, lo has dicho. (Sin dejarle hablar.) Y además, tal vez nada de esto sea necesario. ¿Quién nos asegura que la historia de don Lorenzo es cierta? ¿Qué pruebas materiales hay? Ninguna, que sepamos. El dicho de una mujer que agoniza y delira. ¿Y esto basta?

DUQUESA.

No, en verdad.

EDUARDO.

Pues ni áun eso tenemos, porque todavía D. Tomás no ha podido interrogar á Juana. ¿Sabemos si ella lo dijo, ó si don Lorenzo lo soñó? ¡Ah, la cabeza de don Lorenzo no está segura!

DUQUESA.

No lo está, no.

EDUARDO.

¡Qué exaltación, qué extravío!

DUQUESA.

Yo pensé que se había vuelto loco.

EDUARDO.

Y lo estará. Estos sabios concluyen por locos todos ellos. El mismo don Tomás reconoce, la misma Angela confiesa, que don Lorenzo no discurre como otros hombres.

ESCENA III.

La Duquesa, Eduardo, Ángela por la derecha.

ÁNGELA.

Por dios, señora, no nos deje usted todavía. Inés quiere verla: la llama á usted anegada en llanto: usted es su único consuelo.

DUQUESA.

¡Pobre niña!

ÁNGELA.

Dejó el lecho sin que pudiéramos evitarlo, porque su agitación nerviosa es tal, que infunde miedo, y quiso venir á buscar á usted, pero le faltaron las fuerzas. Vaya usted, por Dios, Duquesa, á consolar á mi hija; á usted que es

madre cariñosa, otra madre muy desgraciada se lo ruega.

EDUARDO.

Y le vas á decir que todavía hay esperanza, que todo depende de don Lorenzo, ¿no es verdad?

ÁNGELA.

¡Cómo! ¿Será cierto? ¡Ah, señora! (Se acerca á la Duquesa y le coge las manos con efusión.)

EDUARDO.

Sí, yo le explicaré á usted... (Á Ángela.) Conviene que hable usted al alma á su esposo.

DUQUESA.

Pero... (Eduardo sin atender á su madre se separa á un lado con Ángela, y los dos hablan en voz baja. Aparte.) (¡Este Eduardo, este hijo mío hace de mí cuanto quiere! ¿Qué le digo yo á la buena señora, si él asegura que ya estoy conforme?... ¡Ah, qué cabeza!... Y la niña es hermosa como un ángel y simpática como ninguna. ¡Pobre Inés! Y don Lorenzo posee... ó poseía una fortuna regia!... ¡Ah, grandezas y vanidades humanas!)

ÁNGELA.

Comprendo... Comprendo. (Á Eduardo. Después se vuelve á la Duquesa.) ¡Cómo le agradezco á usted

tanta bondad! Lleve usted pronto la buena nueva á mi pobre Inés: yo entre tanto procuraré que Lorenzo consienta, y consentirá. Sí: es preciso. Ó no tiene corazón, ó ha de consentir.

EDUARDO.

Vamos, madre.

DUQUESA.

(¡Cómo ha de ser!)

EDUARDO.

¡Qué buena eres! (Salen por la derecha la Duquesa y Eduardo.)

ESCENA IV.

ÁNGELA, DON LORENZO, este último por la izquierda.

DON LORENZO.

Ahí mi madre que espira... y allá aquel pedazo de mi alma... ¿Qué hacer, Dios mío? (Se dirige lentamente á la puerta de la derecha, pero en el momento de entrar, Ángela le cierra el paso.)

ÁNGELA.

¿Á dónde vas, Lorenzo?

DON LORENZO.

Á ver á mi hija.

ÁNGELA.

Imposible... Ya volvió en sí, y tu presencia pudiera causarle mucho mal; tanto, por lo menos, como el que tus palabras le causaron.

DON LORENZO.

Es que yo quiero verla.

ÁNGELA.

Es que no debes verla; y ya que en tí el deber siempre impera, no por mi voluntad, que nada es ante la tuya, por tu propia y reflexiva voluntad (Con ironía.) respetarás el solitario llanto de la pobre Inés.

DON LORENZO.

Tienes razón. (Pausa. Vienen los dos al centro del escenario.) ¡Hija de mi alma! ¿Qué dice de mí?

ÁNGELA.

Nada.

DON LORENZO.

¿No me acusa?

ÁNGELA.

No sé lo que en el fondo de su alma murmurará el dolor.

DON LORENZO.

¡Ser yo su verdugo! ¡Yo destruir todas sus esperanzas! ¡Haber desgarrado yo su corazón!

ÁNGELA.

Conciencia perfecta tienes de tu obra, Lorenzo. Menos malo, si á la reparación te ayuda el remordimiento.

DON LORENZO.

¡Desdichado de mí!

ÁNGELA.

¡Tú desdichado! La desdichada es ella, no tú, que en la contemplación de tus perfecciones morales y altas virtudes encontrarás de seguro goces inefables y divinos consuelos. (Con ironía.)

DON LORENZO.

¡Qué mal me juzgas, y qué mal me comprendes!

ÁNGELA.

¡Juzgarte mal, y admiro humildemente los frutos de tu santidad! ¡No comprenderte! En esto sí que dices bien; que seres superiores como tú, no están al alcance de pobres inteligencias como la mía. (Con sarcasmo.)

DON LORENZO.

Tus palabras, Ángela, se me clavan como agudos puñales en el corazón.

ÁNGELA.

¿En el corazón? ¡Imposible!

DON LORENZO.

Pero ¿qué querías que hiciese? Habla, aconseja, resuelve, da luz á mi espíritu que en tinieblas se agita.

ÁNGELA.

¿Qué quería que hicieses? Lo que ahora quiero. Que salves la vida de tu hija. Que no pongas más obstáculos á su boda. Que no irrites el orgullo de la Duquesa con brutales é inútiles revelaciones. Que no hagas imposible con un nuevo escándalo el remedio del daño que causaste.

DON LORENZO.

En puridad, tú quieres que calle.

ÁNGELA.

Sí, que calles.

DON LORENZO.

Pero eso sería infame.

ÁNGELA.

No lo sé: siento; no discuto.

DON LORENZO.

Es que todo mi sér se subleva ante esta idea. ¡Yo, cómplice del más repugnante de los delitos, porque es el más cobarde! ¡Yo, gozando riquezas usurpadas, y nombres postizos, y dichas que no son nuestras, porque Dios no quiso que lo fuesen, y pues Él no lo quiso no deben serlo! ¡Inés, y tú, y yo, y todos, encharcados en el fango! ¿Es esto lo que me aconsejas? (Exaltándose por grados.) Entonces la virtud es una mentira: entonces vosotras, los seres que yo más amé en el mundo, porque en vosotras veía algo divino, sois miserables egoistas, repulsivas al sacrificio, presas de la codicia, juguetes de la pasión: entonces... ¡sois tierra y no más que tierra! ¡Pues si sois tierra, deshaceos en polvo, y arrástrenos á todos el viento de la tempestad! (Con extrema violencia.)

ÁNGELA.

¡Lorenzo!

DON LORENZO.

¡Seres sin conciencia y sin albedrío son átomos que hoy se juntan y que mañana se separan! ¡Allá va la materia, dejadla ir!

ÁNGELA.

¡Tú deliras, Lorenzo! ¡Yo no te comprendo! ¡Yo no sé lo que quieres!

DON LORENZO.

Respetar la justicia y la verdad.

ÁNGELA.

¿La verdad?

DON LORENZO.

Sí.

ÁNGELA.

¿Y la dirás en voz alta á todo el mundo?

DON LORENZO.

La diré.

ÁNGELA.

¿Y nos dejarás en la miseria?

DON LORENZO.

Ganaré vuestro sustento y el mío con mi trabajo.

ÁNGELA.

¿Ganar tú? ¡Vanidad de sabio! Pero sea. Oye, Lorenzo. Si esas riquezas no son tuyas, devuélvelas enhorabuena. (Lorenzo da un grito de ale-

gria y se acerca con los brazos abiertos á Ángela.) Ni las privaciones me asustan, ni soy la mujer miserable y egoista que tú pintabas há poco.

DON LORENZO.

Ángela, mi buena Ángela, perdóname.

ÁNGELA.

¿Quieres mi perdón? ¿Quieres que siga bendiciendo, como siempre bendije, la hora en que fuí tu esposa?

DON LORENZO.

Sí.

ÁNGELA.

Pues bien, cumple como hombre honrado; pero en silencio, con prudencia, sin ruido, sin ostentación, sin escándalo.

DON LORENZO.

Y ¿para qué? Si no querrá la Duquesa, ni aun de ese modo, que Eduardo sea el esposo de mi hija.

ÁNGELA.

Eduardo responde del consentimiento de su madre.

DON LORENZO.

No cederá.

ÁNGELA.

Cederá: es mujer; es madre. No todos alcanzan tu perfección.

DON LORENZO.

No lo creo.

ÁNGELA.

¿Es que no lo crees, ó es que lo temes?

DON LORENZO.

Mas suponiendo que cediese, ¡cómo he de conservar un nombre que no es mío!

ÁNGELA.

¡Ah, miserables sutilezas, á las que sacrificas la vida de Inés!

DON LORENZO.

Un nombre, Ángela, es en la vida social...

ÁNGELA.

Un nombre es un sonido, aire que se agita, algo que pasa; ¡vanidad humana! Y una hija es un sér que está hecho de nuestra propia carne y de la sangre de nuestras propias venas; un sér que al brotar de la nada recogimos en nuestro seno, y que al venir al mundo recibi-

mos en nuestros brazos; que nos dió su primera sonrisa y su primer beso y su primer llanto; que vivió de nuestra vida, y fué á la par nuestro placer más puro y nuestro más agudo dolor; un sér á quien amamos más que á nosotros mismos, pero sin la levadura egoista que afea todos nuestros demás amores; único amor divino que existe en la tierra, y que si el cielo es cielo, allá tras lo azul y en el mismo Dios existirá también. Escoge ahora, ¡impío! entre lo que tú llamas un nombre y lo que yo llamo una hija.

DON LORENZO.

Tus palabras me enloquecen, Ángela.

ÁNGELA.

Pues enloqueciste para tormento de Inés, ¿qué mucho que enloquezcas para su dicha?

DON LORENZO.

Ángela... Ángela... en parte... sí... tienes razón... soy un pobre demente... mis escrúpulos son quizá exagerados. ¡Mi hija, mi Inés, tan buena, tan hermosa! ¡Y moriría... sí... moriría!...

ÁNGELA.

Al fin... ¡Lorenzo, mi buen Lorenzo!

DON LORENZO.

Pero aguarda... no... mis ideas se confunden... ¡un torbellino de fuego gira dentro de mi cráneo! Sin embargo, aun así comprendo, que no basta renunciar á los bienes que poseo; es preciso que diga por qué renuncio á ellos.

ÁNGELA.

¡Lorenzo!

DON LORENZO.

(Sin escucharla y como hablando consigo mismo.) De otro modo devuelvo materialmente bienes también materiales, es verdad; pero sin reconocer el legítimo derecho de las personas á quienes he despojado; restituyo, pues, traidora y cobardemente, y á la sombra de otro derecho artificioso y vano que para comodidad mía y beneficio de mi familia yo forjé con malas artes, lo que debí restituir en toda su integridad.

ÁNGELA.

¡Cuántas palabras altisonantes, Lorenzo!

DON LORENZO.

(Sin atenderla.) Al conservar un nombre que no es mío, soy un miserable ladrón, es preciso decirlo por más que la palabra me queme los

labios. Robo un nombre y un derecho; privo á mis víctimas de sus más poderosos medios de defensa contra la codicia que en cualquier tiempo pueda despertarse en mis sucesores, doy quizá ocasión en lo futuro á nuevas iniquidades. ¿Lo ves?... ¿Lo ves, mujer ciega? Hay que decir la verdad, toda la verdad, en voz alta, suceda lo que quiera.

ÁNGELA.

¡Lorenzo!

DON LORENZO.

Un juez, un tribunal ¿me despojaría por sentencia sólo de mis bienes, ó de mis bienes y de mi nombre á la vez? De todo, de todo, ¿no es verdad? Pues lo que un juez hiciera, debo hacerlo yo, juez de mí mismo, ó soy un miserable. Ahí tienes, ahí tienes, desdichada, lo que me grita la conciencia. No, yo no quiero ser honrado á medias, porque en todo aquello en que no sea enteramente honrado, seré infame por entero. ¡Ah! estas cosas son muy claras: nada más claro que el deber.

ÁNGELA.

Pero entonces, siendo el hecho público, la Duquesa no consentirá.

DON LORENZO.

No consentirá: ya te lo decía yo.

ÁNGELA.

¡Ah! Lorenzo, Lorenzo; lo eres todo: filósofo, moralista, jurisconsulto y por de contado, hombre de bien! ¡Todo, todo... miserable máquina de pensar, todo menos padre!

DON LORENZO.

Quieres volverme loco, y has de conseguirlo.

ÁNGELA.

Ya no es posible.

DON LORENZO.

¿Lo estoy?

ÁNGELA.

Lo estás, y cuenta que no has llegado á lo más profundo del abismo. Óyeme, que yo también entiendo algo en esto de la lógica: al fin soy tu mujer. ¿Vas á decir la verdad, toda la verdad?

DON LORENZO.

Toda.

ÁNGELA.

¿Á la justicia humana?

DON LORENZO.

A la justicia divina inútil me parece, que ya en este momento nos está juzgando á los dos.

ÁNGELA.

Compréndeme, Lorenzo. Quiero decir si repetirás todo lo que nos contaste há poco, al juez, al escribano, ¿qué se yo? á los que han de recoger estos bienes que tú abandonas y han de entregarlos á sus dueños.

DON LORENZO.

Sí, á esos.

ÁNGELA.

¿Y referirás toda la historia?

DON LORENZO.

Preciso será.

ÁNGELA.

Pues atiende. Tendrás que decir que esa mujer, tu nodriza Juana, es tu madre.

DON LORENZO.

De ese modo lavaré la mancha que sobre ella arrojó una sentencia inícua. Bastara esto

sólo para que el silencio que me aconsejas fuera un crimen.

ÁNGELA.

Y esto sólo basta para que sea un deber el silencio. ¿No ves, desdichado, que si Juana es inocente del delito que se le imputó, es reo de un delito mayor? ¡Usurpación de estado civil se llama! Bien lo sabes. Falsificar la familia, que es escarnecerla y destruirla; arrancar un inmenso caudal á sus legítimos dueños, que es algo más que recoger del suelo un medallón; cubrir un nacimiento ilegítimo con un nombre honrado, que es envolver en manto de armiño la podredumbre del vicio! Si Juana es tu madre, todo esto ha hecho Juana, y en su maldad ha persistido durante cuarenta años.

DON LORENZO.

(Separándose de Ángela y oprimiéndose la cabeza con las manos.)

¡Calla, calla por Dios santo!

ÁNGELA.

Eso te pido yo; ¡calla!

DON LORENZO.

¡Es mi madre!

ÁNGELA.

Y ¿qué importa? Quien inmola á la hija ino-

cente, ¿por qué ha de ...
pable? ¿No son supe...
las leyes humanas...
cia, el deber, la ...
cer los fueros del ...
la carne?

Tienes razón: ...
(Huyendo de Ángela.)

¿Por qué? Mira ...
tan débil como es...
el deber que de...
ra. ¿No exige que ...
moribunda al ca...
na. Ya ves como ...

¡Lógica del in...

Y la tuya ¿de ...

(Huyendo de Ánge...
do más. ¡Inés ...
mal te hice, Á...

tes? (Viene á caer ya sin fuerzas en el sillón inmediato á la mesa.) ¡Ah, mi cabeza, mi cabeza arde!

ÁNGELA.

Lorenzo... Lorenzo... (Con dulzura.)

DON LORENZO.

Sí: tienes razón... sí: soy un pobre demente... ¿Qué sé yo lo que debo hacer?... ¡Todo es sombra! ¿Qué es la verdad? ¿Qué es la mentira?

ÁNGELA.

(Aparte.) Fuí muy cruel, pero salvé á mi hija: no hablará. (Lorenzo está sentado, desplomado más bien, en el sillón: tiene los brazos sobre la mesa y en las manos oculta el rostro. Ángela se acerca á él con cariño y le habla con dulzura.) Lorenzo, perdóname.

DON LORENZO.

¡Vete, vete por Dios!

ÁNGELA.

Quise mostrarte el abismo en que caías; quise salvar á Inés; quise salvarte á tí de tus propios furores.

DON LORENZO.

Sí... sí, Ángela... lo comprendo... pero déjame.

ÁNGELA.

¿Me perdonas?

DON LORENZO.

Te perdono... y te amo... ¡Pobre Ángela, tú también padeces! Pero deseo estar solo.

ÁNGELA.

Pues bien, me voy: pero no te aflijas; ya buscaremos camino de salvación. Diré á Inés que quieres verla. ¿No deseas estrecharla contra tu pecho?

DON LORENZO.

Si ella quiere... (Con tono sumiso.)

ÁNGELA.

Pues espérame aquí, vendré á llamarte, y allá cerca de nuestra pobre niña, todos reunidos, animados del mismo deseo, aunando nuestras voluntades, tú has de ver cómo vencemos la fatalidad que nos abruma.

DON LORENZO.

La venceremos... sí, la venceremos... (Repitiendo lo que oye sin saber lo que dice.)

ÁNGELA.

Adios... y no me guardes rencor.

DON LORENZO.

¡Rencor!... ¡Á tí!

ÁNGELA.

¡Adios!

ESCENA V.

DON LORENZO.

Sentado á la mesa y con aire de profundo abatimiento. La chimenea arde con luz rojiza: la habitación aparece envuelta en grandes sombras que se condensan fantásticamente en los cortinajes. Larga pausa.

Ya estoy solo. ¡Cuántas sombras por todas partes! ¡Qué poco brilla esta luz! Mejor: crezcan las tinieblas: ¡á mí la oscuridad! En ella es donde se nos aparece más luminosa la conciencia. Quiero el bien, pero no sé dónde está: mi voluntad es fuerte, pero mi razón se ofusca. Tres nombres relampaguean ante mis ojos en la negra noche en que me agito. ¡Ángela, Juana, Inés! ¡Á mi calvario me lleva mi destino, y sin quejarme subo la cruz de mis dolores! Pero vosotras, pero tú, Inés mía, ¿por qué habéis de precederme marcando con vuestras lágrimas el camino que han de ensangrentar mis plantas? Yo solo... sea; pero vosotras, no. ¡Ah, Dios mío, que la luz de mi conciencia se

apaga, que mi voluntad desfallece, que la desesperación se apodera de mi espíritu! Yo anhelo el bien, y en tí lo busco. ¡Señor, ven á mí: ven, que yo te llamo! ¡Sombras que me rodeais; espacio en que dolorido me revuelvo; tiempo que eres para mí eternidad de congojas; y tú, silencio augusto, que por algo compasivo me escuchas: llamad todos á vuestro Dios, que mi voz no le alcanza! ¡Decidle que no quiero que muera mi hija, que aparte de ella el cáliz de la amargura, y que todo lo agote entre mis labios! ¡Á mí, todo... á ella, no! ¡Es tan hermosa, es tan buena, es tan pura!... ¡Ella no! ¡Ella no, Dios mío! (Deja caer la cabeza sobre la mesa y llora amargamente. Pausa.)

ESCENA VI.

DON LORENZO, JUANA.

Aparece en la puerta de la izquierda, y en ella se detiene.

DON LORENZO.

Girones de sombra han pasado ante mis ojos. (Pausa.) ¿Será todo esto un sueño? No. Juana está ahí dentro: y la prueba... la prueba... (Abre el pupitre y saca un pliego.) la prueba es esta. No es un sueño por desgracia. Es la realidad implacable y terrible. Cien veces la he leido y no

me sacio de leerla. «Te he querido como hijo, aunque no lo has sido nuestro...» ¡Aunque no lo has sido nuestro!...

JUANA.

(Aparte y observándole.) Está leyendo... leyendo la carta de la que creyó madre suya. Su madre soy yo: nadie más que yo. (Avanza aunque con trabajo, algunos pasos.) ¡Cuánta tristeza en su frente! ¿Hay lágrimas en sus ojos?... ¿En sus ojos? No sé. Quizá estén en los míos que le miran. En él ó en mí están: yo veo lágrimas en alguna parte. (Da algunos pasos más.) ¿Llorar él? ¿Por qué? ¿Porque soy su madre? ¿Sentirá que yo sea su madre? Pero ¿qué le importa si nadie más que él sabe mi secreto y yo voy á morir! Sí, á morir... á morir muy pronto. La noche eterna y fría va penetrando hasta lo más profundo de mi sér: algo muy negro está dentro de mí. (Da un paso más, vacila y se apoya en la mesa para no caer. Lorenzo se vuelve hacia ella.)

DON LORENZO.

¡Juana!

JUANA.

¡Siempre ese nombre!

DON LORENZO.

¡Madre!

JUANA.

Te enoja que lo sea; bien lo conozco.

DON LORENZO.

¡Que tal pienses de mí!

JUANA.

Pues si enojos no son, será vergüenza de tenerme por madre.

DON LORENZO.

¿Avergonzarme yo? Mañana sabrá todo el mundo que yo soy tu hijo.

JUANA.

¡Mañana! ¿Qué intentas? Tardo está ya mi oido, y sin duda no comprendí lo que dijiste. (Con espanto.)

DON LORENZO.

Dije mal. Mañana no. Es preciso que antes salgas de España, y cuando estés en sitio seguro, porque á veces la justicia de los hombres es muy cruel, yo proclamaré la verdad en voz alta; yo me despojaré de un nombre que no es mío; yo devolveré riquezas usurpadas. Es ya cosa resuelta.

JUANA.

¡Jesús de mi vida!

DON LORENZO.

Y después con Ángela y con mi pobre niña iré á buscarte.

JUANA.

¿Tú en la miseria, tú en la deshonra, tú sin más nombre que un nombre escarnecido y manchado? Pero ¿por qué? ¿Por qué?... ¿Quién te obliga á ello? Habla, hijo mío, que me haces perder el juicio. ¿Quién?

DON LORENZO.

Mi conciencia, madre, y tu culpa.

JUANA.

Pero ¿piensas decir la verdad?

DON LORENZO.

¿Por qué me la dijiste á mí? (Con enojo.) Si yo nada hubiese sabido... no tendría hoy que dar la muerte á mi hija.

JUANA.

¿Por qué?... ¡Y me lo pregunta! ¡Y no lo comprende! ¡Ingrato! (Oculta el rostro entre las manos y llora amargamente.)

DON LORENZO.

¡Madre!

JUANA.

Porque iba á morir... porque voy á morir... y antes era preciso que supieses lo que por tu felicidad hizo esta pobre mujer. Además quería que una vez al menos me llamases madre. Por esto... nada más que por esto... porque del corazón me subía á la garganta y me ahogaba, algo, que al fin no pude contener, y tuve que decirte ¡eres mi hijo!

DON LORENZO.

Te comprendo, madre mía, y no te acuso.

JUANA.

Pero tú no piensas hacer lo que has dicho, ¿no es cierto? ¡Fuera una infamia para con tu familia, fuera una crueldad para con esta pobre anciana!

DON LORENZO.

Crueldad, sí; infamia, no: que con esta crueldad otras infamias borro.

JUANA.

¡Lorenzo!

DON LORENZO.

¡Perdóname!

JUANA.

¿Dices que yo cometí una infamia? (Asombrada.)

DON LORENZO.

Nada digo.

JUANA.

¡Pero fué por tí... por tí... por tí, hijo mío! (Con voz cada vez más ahogada. Lorenzo permanece silencioso, sombrío y sin volverse hacia su madre.) ¡Fué por él, Dios mío, y así me paga! ¡Lorenzo!

DON LORENZO.

El mal no puede prevalecer: la obra de iniquidad se arruina bajo su propio peso: mi sacrificio lavará tu culpa.

JUANA.

¡Lorenzo!

DON LORENZO.

(Acercándola á la luz, poniendo en su mano la carta y obligándola á leer.) ¿Qué dice ahí?

JUANA.

«Perdóname y que Dios te inspire.» (Sentándose y leyendo con trabajo.)

DON LORENZO.

Pues bien, madre, la perdoné y he pedido inspiración al cielo: tus súplicas son inútiles.

ESCENA VII.

JUANA, DON LORENZO, ÁNGELA, por la derecha.

ÁNGELA.

Lorenzo, Inés te llama. (Desde la misma puerta de la derecha y sin penetrar en la habitación.)

DON LORENZO.

¡Ella!... ¡mi hija!... sí, voy... Perdóname, madre mía, volveré muy pronto.

JUANA.

(Deteniéndole, y en voz baja.) Ya sé que me desprecias; ya sé que me odias...

DON LORENZO.

¡Madre!

JUANA.

Pero no por mí, por ella, por esa niña... (Incorporándose.)

DON LORENZO.

¡Ni áun por ella! (Con desesperación.)

JUANA.

¡Ah! (Cae en el sillón y se cubre el rostro con las manos. Salen Lorenzo y Ángela.)

ESCENA VIII.

JUANA, queda con el papel en la mano.

¡Ni áun por ella! (Sollozando.) Sacrifícate, Juana, por tu hijo: renuncia á sus caricias: clávate las uñas en el pecho al verle besar á otra mujer y llamarla madre: bebe por dentro lágrimas de amargura y recógelas en el corazón hasta que rebose ó estalle: recibe en la frente marca infamante: consúmete de miseria y de dolor en una bohardilla veinte años, sin más dicha ni más consuelo que verle pasar á lo lejos en su coche. ¡Ay, Dios mío, yo muero! (Pausa: después reanimándose un tanto.) Más... más aún... Tú, pobre Juana, sufriendo todo lo que he dicho; y en cambio, hazle rico, sabio, ilustre, bueno, y... á la hora de la muerte preséntate á él, sólo á pedirle un beso, sólo buscando que te diga: «¡qué buena eres, cuánto me has querido!...» y él no te dirá nada de eso: te mirará triste y severo... te dirá que cometiste una infamia... que es preciso que él borre tu culpa... que tu obra es... obra de iniquidad...

¡Obra de iniquidad!... ¡Ah, Lorenzo, hijo mío!... ¿por qué eres tan cruel? ¿Por qué arrojas con desprecio todo lo que á costa de mi felicidad te he dado?... ¡Mira que me cuesta muchas lágrimas! (Cambiando de tono, levantándose con arranque de desesperación y viniendo á la derecha.) ¡Y mi sacrificio habrá sido inútil! ¡Y habré perdido yo mi dicha y le habré perdido á él! ¡Insensata, egoista! ¿Por qué le dije la verdad? (Pausa.) Pues no ha de ser: no ha de ser: la obra de iniquidad no amenaza ruina todavía, pobre visionario. ¡Yo lo negaré todo! (Con voz apagada.) Serás feliz, y rico, y poderoso á tu pesar. Él puso en mis manos la única prueba. (Tendiendo el brazo hacia la mesa en que está el papel.) Bueno, bueno; entre su madre y su hija van á salvarle: ¡extraña coincidencia! ella llamándole le obliga á alejarse, y yo me quedo... Ea... Agotemos las fuerzas que me restan. Ahora me acerco poco á poco, y entre las sombras... Así fué de oscura aquella noche en que mi ama vino á buscarme al lecho y murmuró en mi oido: ¿quieres que tu hijo sea rico y feliz? Y yo dudé... y luego dije que sí... Y ahora... Y ahora digo que sí. (Llegándose á la mesa. Pausa.) ¿Vuelve Lorenzo? (Aplicando el oido.) Sí; me parece que vuelve... ¡Y me pedirá la carta como antes me la pidió!... Vamos... al fuego... (Quiere andar, pero no puede.) Oigo su voz... me faltan las fuerzas... no me da tiempo...

¡Va á venir!... No... pues yo no se la doy... Es otra vez mi presa... ¡Ah!... Ya sé... Ya sé... Pondré dentro del sobre un papel en blanco para que al pronto nada note... (Ejecutando la operación que acaba de indicar.) ¡Obra de iniquidad la llama Lorenzo! ¡Pobre hijo mío, que á veces es inocente como un niño! Así... así... lo dejo donde estaba... y este á las llamas. (Arroja el papel al fuego y se inclina para verlo arder.) ¡Llama es ya! Su resplandor ilumina el rostro de mi antigua señora. (Viendo un retrato que hay en la pared.) Mira, mira, ya es ceniza; y era la única prueba. ¿La única? No: otra queda, pues quedo yo; pero muy pronto seré ceniza también. (Pausa.) Ahora me voy á mi cuarto... (Dando unos pasos.) Dios mío, me faltan las fuerzas... (Haciendo un esfuerzo y dando unos pasos más.) Pero le he salvado... será rico... feliz... No veo... no veo... Esa luz se apaga... ¿Se apaga ella ó la de mis ojos? (Se acerca á la mesa, coge la vela y de nuevo intenta marchar.) ¡Luz!... ¡luz!... ¿Dónde está mi cuarto? ¡Sombras!... ¡todo sombras!... ¡Ay de mí!... ¡Dios mío!... ¡No puedo... no puedo! (Deja caer la luz: sólo queda iluminada la habitación por el reflejo rojizo de la chimenea. Ella cae también entre la chimenea y la mesa.)

ESCENA IX.

JUANA, DON LORENZO, INÉS, ÁNGELA, DUQUESA.

Los cuatro últimos por la derecha. Lorenzo entra como huyendo de su hija: ésta se detiene en la puerta. Viene vestida de blanco: detrás de ella y medio ocultas por el cortinaje, Ángela y la Duquesa.

DON LORENZO.

(Viniendo al centro del escenario.) ¡No más! ¡No más! ¡Es la última prueba! La última, sí; pero ¡ay! que mi voluntad vacila.

ÁNGELA.

(Aparte á Inés.) Síguele, no le dejes: cederá.

INÉS.

¿Por qué huyes de mí, padre mío?

(Avanza algunos pasos, muy pocos: detrás de ella Ángela y la Duquesa. Es preciso dar á esta escena todo el carácter fantástico que en sí tiene, para que el efecto corresponda á la idea del drama. D. Lorenzo está en el centro del proscenio manifestando con su actitud, en sus ademanes y su entonación, que sostiene una última y desesperada lucha consigo mismo. Inés, bella y poética, se aproxima lentamente á su padre: siempre la siguen Ángela y la Duquesa vestidas de negro, inspirándole cuanto dice. Juana agoniza. El despacho está envuelto en grandes sombras; el reflejo de la chimenea ilumina de lleno á Inés.)

DON LORENZO.

¡Allí está la tentación! Pero ¡qué hermosa

es! ¡Qué aureola de divina belleza la circunda! ¡Única luz entre tanta sombra!

ÁNGELA.

(Aparte á su hija.) ¿Lo ves? Ya no acierta á resistir... Ruégale... ruégale... Inés mía.

INÉS.

(Avanzando.) ¡Ven á mis brazos!

DON LORENZO.

(Retrocediendo.) ¡Ay de mí si los ciñe á mi cuello como dulcísimo dogal!

JUANA.

(Aparte con voz apagada.) Un dogal al cuello... Tiene razón...

INÉS.

¡Por Dios santo, padre mío, por el amor que me tienes; por las lágrimas de estos ojos que cuando yo era niña tanto querías y tanto besabas! (Llevándose las manos al rostro, retirándolas después, y dándoselas á besar á su padre.) ¡Mira, mira y cómo se desprenden de mis párpados! Mis dedos las recogieron al caer: bésalas y sentirás en tus labios su amargura.

DON LORENZO.

Sí: las besaré... las besaré... pero ¡ay, si una sola de las mías cayese en los tuyos!

JUANA.

(Aparte.) ¡Caer!... Han dicho caer... ¡Yo también caigo en abismo sin fondo! Pero antes... antes... quiero abrazar á mi hijo.

INÉS.

¡Padre! (Lorenzo retrocede. Inés, Ángela y la Duquesa le siguen.)

ÁNGELA.

¡Lorenzo!

JUANA.

¡Han dicho Lorenzo! Allí... allí... veo algo... (Levantándose penosamente y avanzando.)

DON LORENZO.

No... no... digo mil veces que no... ¡Queréis envilecerme!

INÉS.

Y tú, padre mío, ¿quién lo creyera? ¡quieres mi muerte! Y si no ¿por qué te opones á este amor que es mi vida?

DON LORENZO.

Yo, Inés mía... no... la Duquesa... la Duquesa es.

ÁNGELA.

No es cierto. La Duquesa cede.

DON LORENZO.

¡Á precio de deshonra!

DUQUESA.

No es cierto, Inés: á trueque de silencio.

INÉS.

¿No estás oyendo, padre mío?

DON LORENZO.

(Separándose de ellas, rechazándolas y retrocediendo.) ¡Sólo oigo voces que me piden mi conciencia!... ¡Sólo veo sombras que entre las sombras me persiguen!... Fantasmas del espacio... engendros de la tentación... ¡dejadme!... ¡Dejadme por Dios vivo; que si sois fuertes para atormentarme el corazón, sois débiles, muy débiles para torcer mi voluntad!

JUANA.

¡Su voz!... ¡Lorenzo!... ¡Lorenzo!... (Llegando á él y abrazándole.)

DON LORENZO.

¡Madre! (Abrazándola también.)

INÉS.

(Amparándose de Ángela.) ¿Qué voz es esa? ¿Quién es esa mujer? ¿Qué sombra brotó de las tinieblas y ciñó á mi padre con sus brazos? ¡Tengo miedo!

DON LORENZO.

¡Juana!... ¡Madre mía!

INÉS.

¡Su madre! ¿Por qué la llama su madre?

DON LORENZO.

Porque es mi madre, y porque he de decirlo.

JUANA.

¡Yo! ¿Su madre yo? ¡Jesús, qué idea!... ¡Bien quisiera... serlo!

DUQUESA.

¿Oye usted... oye usted lo que dice?

ÁNGELA.

¡Lo niega!

DON LORENZO.

¡Lo eres! (Con violencia.)

JUANA.

¡Ah... pobre Lorenzo mío! (Con risa forzada.) ¡Hijo de mi alma! (Al oido y abrazándole.)

DON LORENZO.

¡Por la tuya, que repitas en voz alta lo que me dices al oido!

JUANA.

Yo... al oido... Pues ¿qué te dije? ¡Ser su madre!... ¡Qué mayor dicha!...

DON LORENZO.

¡Ah!... ¡Lo niegas! (Con furor.)

ÁNGELA.

¡Lorenzo!

DON LORENZO.

¡Niegas que eres mi madre! (Con creciente furor.)

JUANA.

Y ¿cómo no?

DON LORENZO.

¿De mí renegaste al nacer yo, y vuelves á

renegar á la hora de tu muerte! (Con horrible desesperación.)

JUANA.

(Abrazándose á él, y formando los dos un grupo tan estrechamente unido, que es imposible en la oscuridad conocer si se abrazan ambos, ó si en su furor la estrecha Lorenzo contra sí.) ¡Hijo de mis entrañas! (Con voz moribunda, al oido.)

DON LORENZO.

¡Eso... Eso!... (Ya delirante.)

JUANA.

¡Yo muero!

DON LORENZO.

¡No... madre mía!

DUQUESA.

¡Jesús mil veces! ¡Ese hombre va á matarla!... ¡Socorro! (Corriendo hacia la puerta de la derecha.)

ÁNGELA.

¡Eduardo!... ¡Tomás!

DON LORENZO.

¡Madre!... ¡Madre!...

JUANA.

No... Dios mío... No... ¡eso no!

ESCENA X.

DON LORENZO, INÉS, JUANA, ÁNGELA, DUQUESA, DON TOMÁS, EDUARDO.

Los dos últimos por la derecha con luces. Todos acuden y procuran separar á Lorenzo de Juana.

DON TOMÁS.

¡Vamos!... ¡Vamos!...

DON LORENZO.

¡Madre mía!... ¡Perdón!... ¡Perdón!... Si no quieres, no te llamaré madre... ¡madre mía!

JUANA.

A... dios...

DON LORENZO.

¡Juana!

JUANA.

(Haciendo un esfuerzo horrible, se levanta como herida en el corazón por el nombre de Juana, y cae.)

DON TOMÁS.

¡Muerta!

DON LORENZO.

¡No... no es posible! (Abrazándose á su madre.) Para matarla la llamé ¡madre!... y el último grito que oyó de mis labios... fué ¡Juana! ¡Ah, Dios mío! Dios mío! ¿Por qué la castigas así, y por qué me abandonas?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

DON TOMÁS, después un CRIADO.

DON TOMÁS.

Todo en calma. Ni se oye el llanto de Inés, ni ruge la cólera de Lorenzo. Calma precursora de nueva tempestad. (Pausa.) Momentos hay en que dudo y vacilo. Él... él... mi buen amigo, mi pobre Lorenzo... Esta idea no me da punto de reposo. En fin, muy luego sabremos la verdad: entre tanto, valor, y cumplamos para con esta atribulada familia deberes sagrados que nadie con mejor deseo que yo ha de cumplir.

CRIADO.

Un caballero á quien acompañan dos... que... vamos... yo no sé si lo son... aunque su traje... En fin, ese caballero me ha dado para usted esta tarjeta, y allá fuera esperan todos.

DON TOMÁS.

(Mirando la tarjeta.) ¡Ah! ¡El Doctor Bermúdez! Que pase... que pase...

CRIADO.

¿Y los otros dos?

DON TOMÁS.

Que esperen. (Sale el criado.) Á medida que se aproxima el momento crece mi ansiedad y crecen mis dudas. ¡Pobre Ángela, qué golpe! ¡Pobre Inés!... ¡En qué estado de excitación nerviosa se halla la desdichada niña! ¡Qué lucidez en su mirada! ¡Qué claridad en sus juicios! Nadie le explicó lo que ocurre... y yo creo que lo sabe todo; y adivina lo que no sabe, y sospecha lo que no adivina! No: esta situación no puede prolongarse más: afrontemos la realidad por triste que sea.

ESCENA II.

Don Tomás, Doctor Bermúdez: después dos loqueros vestidos decentemente, pero dando á conocer en su fisonomía y en sus maneras que no son lo que aparentan.

DON TOMÁS.

¡Doctor!... (Saliendo al encuentro y dándole la mano.)

DOCTOR.

¡Don Tomás!...

DON TOMÁS.

Puntual como de costumbre.

DOCTOR.

No, vengo con alguna anticipación... para dejar convenientemente instalados á esos dos...

DON TOMÁS.

Sí, sí, comprendo.

DOCTOR.

Los he hecho vestir de manera que don Lorenzo no sospeche... porque como sólo se trata de esas precauciones generales...

DON TOMÁS.

Ya, ya... muy bien. Es preciso caminar con prudencia. Rapto de furor, verdadero rapto de furor, como dije á usted, sólo ha tenido uno; el de la otra noche. Pudiera ser que yo me equivocase...

DOCTOR.

Mucho lo celebraría... y usted lo celebraría también.

DON TOMÁS.

¡Ay, amigo mío, estoy que no sé lo que me pasa! En fin, su ciencia de usted, su práctica,

su profundísima penetración han de sacarnos de dudas.

DOCTOR.

¡Usted me lisonjea! Estando usted...

DON TOMÁS.

No cuente usted conmigo, Doctor; no estoy para nada: me declaro incompetente: se trata de mi mejor amigo, casi de un hermano. Además, siempre me ha parecido... Usted conoce mi escuela: entre la razón y la locura no hay una línea divisoria...

DOCTOR.

Evidente, evidente, y todos los sabios tienen algo...

DON TOMÁS.

Cabal; la excitación del cerebro pasa de cierto límite y...

DOCTOR.

Justo. Veremos, veremos lo que puede hacerse por don Lorenzo. Conque esos dos chicos...

DON TOMÁS.

Fácil ha de ser inventar cualquier historia: serán los testigos... ó se le dirá que vienen con

el escribano... Cualquier cosa. El pobre Lorenzo no está para fijarse en estos pormenores.

DOCTOR.

Y ¿dónde esperan?

DON TOMÁS.

Ahí dentro. (Señalando la puerta de la izquierda.)

DOCTOR.

(Asomándose al fondo.) ¡Eh! ¡Braulio! ¡Benito! (Entran los dos loqueros algo cortados y mostrando en sus ademanes toscos y torpes lo que son.)

DON TOMÁS.

Entren ustedes ahí, en ese gabinete: si son ustedes necesarios ya se les avisará, y entre tanto, quietos. (Los loqueros saludan y entran por la izquierda.) Desde que murió Juana no ha vuelto á entrar Lorenzo en esa habitación. (Á Bermúdez.) En cerrando la puerta... (La cierra.)

DOCTOR.

(Mirando el reloj.) Vuelvo en seguida: antes de que llegue el escribano estoy aquí. Voy... muy cerca...

DON TOMÁS.

¿Una visita?

DOCTOR.

Sí: un caso muy bonito de locura. (Ángela entra por el fondo y se detiene al ver á Bermúdez.) ¿Es?... (Aparte á Tomás, indicándole con la mirada á Ángela.)

DON TOMÁS.

Sí: la esposa. No hable usted con ella.

DOCTOR.

Hasta luego. (Aparte á Tomás.) Señora... (Saludando. Sale por el fondo.)

ESCENA III.

ÁNGELA, DON TOMÁS.

Ángela sigue con la vista á Bermúdez, después mira hacia el gabinete en que entraron los loqueros.

ÁNGELA.

¿Quién es ese que sale? ¿Quiénes son dos hombres que vinieron con él?

DON TOMÁS.

Cálmese usted, Ángela. Todo se arreglará. Estas son precauciones, pero necesarias, porque ¿quién sabe? puede tener Lorenzo otro rapto de furor como anteanoche, y por ustedes, por él mismo...

ÁNGELA.

No, Tomás, no diga usted eso.

DON TOMÁS.

¿No recuerda usted, Ángela, con qué frenesí estrechaba entre sus brazos el cuerpo moribundo de la pobre Juana? Ahora que nadie nos oye, y en confianza, yo creo que él... fué... la causa determinante...

ÁNGELA.

¡Tomás! ¡Tomás!

DON TOMÁS.

Por lo menos apresuró su muerte: y ¿no vió usted cómo en su delirio él mismo se acusaba? No nos forjemos ilusiones: fué un verdadero ataque de...

ÁNGELA.

(Llorando.) ¡Lorenzo! ¡Lorenzo mío!

DON TOMÁS.

Y la crisis puede volver, porque hoy...

ÁNGELA.

Sí, ya sé lo que se propone... ¡Ay, Tomás, qué desgraciados somos! ¡Qué desgraciado es mi pobre Lorenzo!

DON TOMÁS.

¿Qué hace ahora?

ÁNGELA.

Está muy en calma: escribe, pasea... quiere estar con Inés y conmigo como si la soledad le espantase. Hace poco me miró con tristeza, pero con cariño, me besó en la frente y me dijo: «¡pobre Ángela!»

DON TOMÁS.

No contradecirle.

ÁNGELA.

No señor: en todo le damos la razón.

DON TOMÁS.

Y ¿sigue en sus trece?

ÁNGELA.

¡Ay, sí señor! De cuando en cuando pregunta qué hora es: se impacienta porque el escribano no viene, y murmura con voz sorda: «mal que pese al mundo entero, he de cumplir mi obligación.»

DON TOMÁS.

¡Qué hombre! ¡Qué carácter!

ÁNGELA.

Tomás, por Dios santo, que no me engañe usted. ¿Usted cree que Lorenzo?... ¡No puedo, no puedo pronunciar esa horrible palabra!

DON TOMÁS.

Yo nada creo todavía. Veremos, Ángela: veremos, mi buena amiga. Precisamente para salir de una vez de esta insufrible ansiedad, hice venir al Doctor Bermúdez: un alienista de primer orden.

ÁNGELA.

¡Pero si es imposible!... ¡Si digo que es imposible!

DON TOMÁS.

Ojalá acierte usted, y no debemos perder la esperanza; pero ¿imposible?... ¡Ah, la razón humana es tan poca cosa!

ÁNGELA.

¡Ay, mi esposo de mi alma! No... no quiero... ¡no ha de ser! (Con desesperación.)

DON TOMÁS.

Vamos, Ángela, juicio, valor, por aquella pobre niña, por Inés al menos. Y ¿quién sabe

todavía? Veremos qué explicaciones da Lorenzo, qué pruebas presenta...

ÁNGELA.

¡Qué pruebas ha de presentar el desdichado mío, si á la misma Juana moribunda le oí yo repetir: «no... no... no eres mi hijo,» mientras él, frenético, delirante, estrechándola en sus brazos, pugnando por arrancar de aquel cuerpo ya casi muerto, una confesión imposible, la llamaba «¡madre!» con el grito estridente de la demencia! No me consuele usted: es inútil: yo sé que nuestra desventura es inevitable.

DON TOMÁS.

Harto lo temo.

ÁNGELA.

¿Y aquel modo de recibir á la Duquesa? Él, tan cortés siempre; siempre tan fino...

DON TOMÁS.

Tiene usted razón: aquel día lo comprendí yo todo, pero nadie se resigna cuando la fatalidad le hiere tan de repente.

ÁNGELA.

Y adorando, como adora, á su hija, ¿quién hace lo que él pretende hacer hoy?

DON TOMÁS.

Nadie, Ángela, nadie, no habiendo perdido el juicio.

ÁNGELA.

Y ¿usted le ha dicho á Bermúdez?...

DON TOMÁS.

Todo no: fuera peligroso; pero lo bastante para que nos dé su opinión.

ÁNGELA.

Y ¿cuál es?

DON TOMÁS.

No he de ocultarle á usted...

ÁNGELA.

¡Inútil, Tomás; inútil!... ¡Si yo sé bien que no hay remedio!

DON TOMÁS.

Con un buen régimen; separado de aquellas personas que por lo mismo que son para él tan queridas, con su presencia han de irritar de contínuo su exagerada sensibilidad...

ÁNGELA.

¡Tomás!...

DON TOMÁS.

En un buen establecimiento de España ó del extranjero...

ÁNGELA.

¡Qué... qué!... ¿qué quiere usted decir?... ¿Separarlo de nuestro lado!... ¡Llevárselo! ¡Á él... á él! ¡No, jamás; soy su esposa! ¡No lo consiento!

DON TOMÁS.

La presencia de Inés estimula su delirio.

ÁNGELA.

Y la ausencia de su hija será su muerte.

DON TOMÁS.

Ahogó entre sus brazos á aquella pobre mujer.

ÁNGELA.

No, Tomás, no: en eso no tiene usted razón: en los brazos de Lorenzo no corre peligro la pobre Inés. ¡Es su hija!

DON TOMÁS.

Y él pensaba que Juana era su madre.

ÁNGELA.

No ha de ser, Tomás: no ha de ser. ¿Por qué en vez de atormentarme no busca usted alivio para mis penas?

DON TOMÁS.

¡Ángela!

ÁNGELA.

Verdad es, mi buen amigo, que no es fácil hallar consuelos para mi dolor.

DON TOMÁS.

Los hay en todo dolor humano, por grande que sea.

ÁNGELA.

Menos en este.

DON TOMÁS.

En este, más que en todos, y si no, discutamos á sangre fría.

ÁNGELA.

¿Y cómo, cuando la fiebre nos abrasa las venas?

DON TOMÁS.

Óigame usted. Si lo que afirma Lorenzo fue-

se verdad; si presentara pruebas terminantes...

ÁNGELA.

Entonces mi Lorenzo no habría perdido la razón: nosotros seríamos los ciegos y desatentados. ¡Oh, qué dicha!

DON TOMÁS.

No tanta, porque entonces les esperaba á ustedes la miseria, la deshonra, la muerte...

ÁNGELA.

¡Calle usted, Tomás!

DON TOMÁS.

La muerte digo, además de la miseria, porque Inés moriría. En cambio si la desgracia de Lorenzo es cierta...

ÁNGELA.

No siga usted... no quiero pensar en tales cosas.

DON TOMÁS.

Pues piense usted en Inés, y con el pensamiento en ella sepa usted, Ángela, que estas heridas son, triste es decirlo, pero fuerza es confesarlo, horribles, sí; mortales, no; que sólo es mortal para la juventud lo que destruye

el porvenir, no lo que precipita en la nada lo pasado.

ÁNGELA.

¡Por Dios, Tomás!...

DON TOMÁS.

De la desgracia de Lorenzo depende la felicidad de Inés; no lo olvidemos.

ÁNGELA.

Cúmplase la voluntad de Dios, pero no despierte usted en mí, ideas que antes me espantan que me consuelan.

ESCENA IV.

ÁNGELA, DON TOMÁS, DON LORENZO, por la derecha.

DON LORENZO.

(Aparte.) Pero ¿dónde dejé yo la llave? ¡Ah, mi cabeza!... Y el escribano vendrá muy pronto... y en aquel pupitre guardé la carta: bien me acuerdo: sí... hace dos días... cuando mi madre...

DON TOMÁS.

¡Pobre Ángela! ¡Terrible es la prueba! (Sin ver á Lorenzo.)

DON LORENZO.

¿Cómo?... ¿Qué dicen? ¡La prueba, sí: de la prueba hablaban! (Con inquietud y buscando la llave del pupitre sobre la mesa.)

ÁNGELA.

Terrible es, muy terrible caminar entre dos abismos... Lorenzo á un lado... Inés á otro... Tiene usted razón.

DON LORENZO.

(Con enojo y en voz alta.) ¡La he perdido!

DON TOMÁS.

(Volviéndose, aparte.) ¡Desdichado; pienso que sí!

ÁNGELA.

¡Lorenzo!

DON LORENZO.

¡Ah!... ¿Estábais?... (Con mirada recelosa y como si no los hubiera visto antes.)

ÁNGELA.

¿Qué buscas?... Nosotros te ayudaremos. (Con dulzura.)

DON LORENZO.

¿Vosotros?... No. ¿Para qué? Yo solo.

ÁNGELA.

Pero dí al menos ¿qué has perdido?

DON LORENZO.

Todo: hasta el amor de los míos. ¡Mira si puedo perder más!

ÁNGELA.

No, Lorenzo, no lo creas.

DON LORENZO.

Al fin... la llave... ¡Gracias al cielo! (Aparte, con desconfianza.) Y estaba puesta... puesta... (Abre con ansiedad el pupitre y coge el pliego que dejó Juana.) ¡Ah! ¡Aquí está!... Se me ha quitado un peso de encima... (Leyendo.) «Para Lorenzo.» Este es el pliego.

ÁNGELA.

(Acercándose.) ¿Encontraste lo que buscabas?

DON LORENZO.

Sí. (Tomás se acerca también.)

ÁNGELA.

¿Qué papel es ese?

(Lorenzo se preparaba á sacar el pliego de su sobre; pero al ver que Ángela y Tomás se acercan, lo mete en el pupitre, echa la llave y se la guarda.)

DON LORENZO.

Uno muy importante. (Con cierta desconfianza y mirándoles con recelo.) ¿Para qué queréis saberlo?

ÁNGELA.

No te enfades, Lorenzo mío. Perdóname si he sido indiscreta.

DON LORENZO.

¡Perdonar yo! Yo soy quien há menester vuestro perdón. Por mí, por mi culpa, ¡vais á ser tan desgraciadas!

ÁNGELA.

No digas eso: no lo seremos nunca siendo tú dichoso.

DON LORENZO.

Y yo ¿podré serlo, no siéndolo tú, no siéndolo mi Inés de mi vida?

ÁNGELA.

Lo será también.

DON LORENZO.

Imposible: porque ¿sabes tú cuál es mi pensamiento?

ÁNGELA.

Ya me lo explicaste. ¿No lo recuerdas?

DON LORENZO.

(Á Tomás.) ¿Y tú?

DON TOMÁS.

También.

DON LORENZO.

¿Y lo aprobáis?

ÁNGELA.

(Con dulzura.) Bien hecho estará lo que tú hagas.

DON LORENZO.

(Á Tomás.) Y tú ¿qué dices?

DON TOMÁS.

Lo mismo.

DON LORENZO.

¡Lo mismo! (Pensativo.) ¡Qué conformidad! ¿Sabéis que hice llamar á un escribano?

ÁNGELA.

Lo sabemos.

DON LORENZO.

(Mirando á los dos.) Lo sabéis. Y ¿sabéis que he de hacer que levante acta notarial y en toda forma de mi declaración y de mi renuncia?

ÁNGELA.

Sí, Lorenzo mío.

DON LORENZO.

Para que luego el juez provea á lo que en derecho procede. ¿No es cierto?

DON TOMÁS.

Es natural.

DON LORENZO.

(Á Ángela.) Y tú ¿qué dices?

ÁNGELA.

(Con voz llorosa.) Si estos bienes que hoy disfrutamos no te pertenecen... bien haces.

DON TOMÁS.

Si el nombre que llevas no es tuyo, preciso será que á él renuncies.

ÁNGELA.

Y en todo caso tu voluntad es ley.

DON LORENZO.

¡Pero ley tiránica... impía!... ¿No es verdad?

ÁNGELA.

Ley que yo acato como la mejor.

DON LORENZO.

(Inquieto, nervioso, casi irritado.) Y ¿no resistes? ¿y no lucháis?

DON TOMÁS.

Tu conducta es la de un hombre honrado. En rigor no podías hacer otra cosa.

DON LORENZO.

¡Qué sumisión tan inverosímil! ¡Qué docilidad tan extraña! ¡Qué cambio tan repentino! Me estáis mintiendo... ¡Digo que me estáis mintiendo! (Con violencia.)

ÁNGELA.

¡Por Dios, Lorenzo!

DON TOMÁS.

(Aparte.) (¡Ah, no hay esperanza! La demencia invade como negra ola su cerebro.)

DON LORENZO.

(Calmándose.) En fin, mejor es así. (Pausa. Con ternura y acercándose á Ángela.) ¿Dónde está Inés?

ÁNGELA.

¡Pobre hija mía!

DON LORENZO.

¿No la defiendes contra mí? Pues sin embargo, esa es tu obligación. (Con dulzura.)

ÁNGELA.

¡Ay Lorenzo! ¿Qué puede contra tí esta infeliz mujer? Tu voluntad se templa en la lucha y en la desgracia: la mía cede hasta besar el polvo.

DON LORENZO.

Tienes razón: es irresistible mi voluntad cuando el deber me inspira. Y ¿qué dices á todo esto? (Á Tomás.)

DON TOMÁS.

Que así será.

DON LORENZO.

Así es. (Pausa.) ¡Pobre Ángela!... Y ¿sabes tú lo que vamos á hacer, firmada que sea el acta y entregada la prueba?

DON TOMÁS.

¿Tienes una prueba?

DON LORENZO.

¿No lo sabías? (Aparte con extrañeza.) (Pues de ella hablaban cuando yo entré.) Sí, la tengo; evidente, irrecusable, clara como la luz, aunque es negra como la noche y la traición.

ÁNGELA.

Cálmate, Lorenzo.

DON TOMÁS.

Y ¿cuál es?

DON LORENZO.

Una carta de mi madre... de aquella mujer que se llamaba madre mía.

ÁNGELA.

(Aparte.) (¡Dios mío! ¿Será verdad?)

DON LORENZO.

Su firma, su letra... y está allí... en mi poder.

DON TOMÁS.

(Aparte.) (¡Ah! Si así fuese...)

DON LORENZO.

Pues bien, entregada la prueba, tú (Á Ángela.) y la pobre Inés, y yo saldremos al momento de esta casa... de esta casa que ya no será nuestra, y de la que hoy mismo la ley tomará posesión hasta que acudan los herederos de Avendaño. (Animándose gradualmente.) Y en tanto nosotros, sin recursos, sin nombre, sosteniendo en nuestros brazos una hija moribunda, porque Inés morirá, tú me lo aseguras (Á Tomás.) iremos solos, solos y desesperados... No, dije mal. Blasfemé. Iremos con la honra entera, con la conciencia tranquila, alta la frente, y Dios con nosotros. ¿Qué me importa que todos me abandonen si Él me acompaña?

ÁNGELA.

Tu voluntad es ley, Lorenzo... (Abrazándole.) Antes lo dijeron mis labios: ahora te lo dice mi corazón.

DON TOMÁS.

(Aparte.) Si la prueba existe... este hombre es un santo. Pero, ¡ay! que si no existe, mi pobre Lorenzo es un demente.

CRIADO.

(Anunciando.) La señora Duquesa y el señorito Eduardo.

ÁNGELA.

Que pasen. (Á Tomás.) ¿Usted los avisó?

DON TOMÁS.

(Aparte á Ángela.) Hablé con ellos anoche. La Duquesa me prometió venir, y ya lo ve usted, cumple su palabra.

DON LORENZO.

No he de verlos... quiero estar ó solo... ó con vosotros... no más. Adios... Ángela mía.

ÁNGELA.

Adios, Lorenzo.

DON LORENZO.

(Mirando el reloj.) ¡Qué tardo marcha el tiempo! (Se dirige á la puerta de la derecha, Tomás le acompaña.) ¿Avisaste á los testigos? (Al llegar á la puerta.)

DON TOMÁS.

Dos esperan ya, y otro vendrá más tarde.

DON LORENZO.

¿Quiénes son?

DON TOMÁS.

No los conoces: son amigos mios.

DON LORENZO.

Y míos ¿por qué no?

DON TOMÁS.

Pensé que los míos lo eran tuyos.

DON LORENZO.

(Le mira un momento.) Y lo son. (Aparte.) (¡Ah! ¡Esta conformidad! ¡Hubiera preferido... que me resistieran... que luchasen!...)

ESCENA V.

ÁNGELA, DUQUESA, EDUARDO, DON TOMÁS.

ÁNGELA.

Duquesa...

DUQUESA.

¡Señora! (Saludándose cariñosamente.)

ÁNGELA.

¡Siempre tan buena con nosotros!...

DUQUESA.

No podía negar á ustedes en trance tan cruel el consuelo de una amistad verdadera. Dios ha querido que por distintos modos la misma

desgracia venga á herirnos. (Esta última frase, en voz baja señalando á Eduardo.)

ÁNGELA.

Pero ¿cuál es el nombre de la desgracia que á mí me hiere? no lo sé.

EDUARDO.

Pues ha llegado el momento de averiguarlo: se llama miseria y vergüenza, y muerte de Inés, ó se llama?...

ÁNGELA Y DUQUESA.

¡Eduardo!

EDUARDO.

Perdóname, madre mía: todos nos debemos hoy la verdad. Tú lo has dicho: «Transigiré con la desgracia de don Lorenzo por el amor que te tengo, por el amor que me tienes; nunca transigiré con su pública deshonra: nunca, ni aun á precio de tu vida.» De mi vida, madre, ¿no es esto?

DUQUESA.

(Con tono triste, pero enérgico.) Sí.

EDUARDO.

(Dirigiéndose á Ángela.) Pues bien, señora, sepamos el nombre de la desgracia que á usted la

hiere: ¿se llama deshonra, ó se llama locura? Este es el problema y es preciso resolverlo. Si don Lorenzo dice verdad; si su juicio está firme; si presenta pruebas de lo que asegura, respetemos su cruel virtud. Pero si, como yo creo por mil indicios que casi constituyen evidencia, un velo eterno cubre su mente y para siempre apagóse la luz de su razón, entonces defienda usted, Angela, es en usted obligación sagrada, el nombre que lleva, su posición social, su fortuna, la misma honra de don Lorenzo, contra sus propios delirios, y ¿por qué no decirlo? la felicidad y la vida de Inés. No deje usted tan altos intereses y tan caros objetos á merced de un demente.

DUQUESA.

¡Eduardo!

EDUARDO.

La palabra es dura, pero al fin había de pronunciarse. Sepamos de una vez si esta batalla de honras y vidas, en que don Lorenzo nos ha empeñado, es lo que parece ó lo que temo; y en suma, si el heróico sacrificio del implacable sabio es locura ó santidad.

DUQUESA.

Basta, Eduardo. (Angela se sienta en el sofá y llora amargamente. La Duquesa se acerca á ella.)

DON TOMÁS.

(Á Eduardo.) La dicha de esta familia como si fuera mi propia dicha me interesa. Lo que usted propone está previsto, y la ley y la ciencia resolverán.

DUQUESA.

Que Dios los ilumine á ustedes. (Á Ángela.) Vamos, señora: valor, conformidad. ¿Dónde está Inés?

ÁNGELA.

¿Quiere usted verla?

DUQUESA.

Sí.

ÁNGELA.

Venga usted. (Á Tomás.) Y usted también: quiero que la vea. Tres dias hace que sólo la fiebre le da fuerzas... ¡Ah, mi hija... mi hija se muere!

DON TOMÁS.

¡Pobre niña! (Salen Ángela, la Duquesa y Tomás.)

ESCENA VI.

EDUARDO.

¡Y dudan todavía! ¡Qué ceguedad! ¡Y no comprenden que el bueno de don Lorenzo á

fuerza de buscar, no la razón de las sinrazones como el andante caballero, sino la razón de todas las razones que han inventado los sabios, concluyó por perder la única que á Dios plugo darle, que fué la razón natural! ¡Oh! No ha de ser: no he de permitir yo que sacrifiquen la vida de Inés á las extravagancias de un pobre loco.

ESCENA VII.

EDUARDO, INÉS.

Sale agitada y como huyendo, del gabinete de la izquierda, que fué donde entraron los loqueros.

INÉS.

¿Quiénes son esos hombres, quiénes son?

EDUARDO.

¡Inés de mi vida! ¡Qué pálida estás! ¡Qué círculo cárdeno orla tus divinos ojos! (Saliéndole al encuentro.)

INÉS.

Pero respóndeme: ¿quiénes son? ¿á quién esperan? ¡Que se vayan! (Acercándose con precaución á la puerta que quedó abierta y mirando: Eduardo procura traerla al proscenio.) ¡Hay en ellos algo siniestro!... Mi padre... ¿dónde está mi padre? Buscándole,

entré en ese gabinete por el salón, y los he visto... y no los quiero ver, y no puedo apartar de ellos los ojos.

EDUARDO.

Pero ¿qué tienes?... ¿Por qué no me miras? ¿Por qué huyes de mí? Inés, Inés, ¿te pesa nuestro amor?

INÉS.

(Viniendo al proscenio.) ¡Nuestro amor! Tú sabes que es mi vida; pero ¡ay, Eduardo! ¡á qué terrible prueba ha querido Dios someterlo! Tú no comprendes esto. ¡Dicha suprema es para mí tu amor, y la esperanza de tu amor aún mayor dicha! Mayor, mucho mayor; que en él está el presente, que en ella está todo el porvenir. Y sin embargo, Eduardo mío, la esperanza es un crimen en tu pobre Inés: un crimen. ¿Se comprende crueldad semejante? Lo que á ningún sér humano se le niega, me niega á mí el destino. Yo era ayer una niña: mi pensamiento flotaba risueño en un limbo blanco y trasparente, como vaporosa neblina entre rayos de luna: hoy es plomo, según pesa: hoy es lava, según arde. ¡Si vieras qué cosas tan horribles me dice en el silencio de la noche! Y esos pensamientos no son míos; no es mi voluntad quien los forja: vienen yo no sé

de dónde: yo los rechazo, pero ellos vuelven: y primero me acosan con quejidos que dicen «¡pobre padre tuyo!» y luego me hostigan con voces de tentación que murmuran: «Inés... Inés... ¿Quién sabe?... aún puedes ser feliz: tu amor es aún posible: espera... espera... pobre niña.» ¿Comprendes tú nada más horrible, porque esto debe ser el ángel malo, que oir dentro de una misma la voz de Satanás, de él que nada espera, hablando de esperanzas?

EDUARDO.

Vuelve en tí, Inés mía.

INÉS.

(Acercándose á Eduardo.) ¡Tengo remordimientos!

EDUARDO.

¿De qué?

INÉS.

Yo no sé; yo no he hecho nada malo. ¡Padre mío! ¡pobre padre mío!

EDUARDO.

¡Ángel de mi vida! ¡Inés de mi alma! Cálmate, cálmate, yo te lo ruego.

INÉS.

Mira, Eduardo, quisiera morir.

ESCENA VIII.

DON LORENZO, INÉS, EDUARDO.

Don Lorenzo entra por el fondo y se detiene al [illegible]

DON LORENZO.

(Aparte.) (¡Morir ha dicho!)

EDUARDO.

¿Tú morir? No, Inés, eso no; no [illegible]

INÉS.

¿Por qué? Si no muero de dolor, [illegible] ser dichosa, he de morir de [illegible]

DON LORENZO.

(Aparte.) (¡De remordimiento! [illegible] á ser dichosa! ¿Qué nueva [illegible] aire y está pesando sobre mi [illegible] dimiento!... ¡Ya sorprendí al [illegible] bra más! Cruzo salones y [illegible] una á otra parte, espoleado [illegible] frible angustia, y oigo [illegible] do, y fíjanse en mí ojos [illegible] comprendo tampoco, y [illegible] sonríen, y nadie se me [illegible]

huyen ó me observan...) ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? (En voz alta.)

INÉS.

(Yendo á él y abrazándole.) ¡Padre mío!

DON LORENZO.

¡Inés! ¡Qué pálida estás! ¿Qué dolorosa contracción hay en tus labios? ¿Por qué finges sonrisas que han de terminar en sollozos?... ¡Qué hermosa en su dolor! ¡Y todo es culpa mía!

INÉS.

No, padre.

DON LORENZO.

¡Qué cruel soy! ¡Ah! tú lo piensas, aunque no lo dices.

EDUARDO.

Es un ángel Inés, y no caben pensamientos rebeldes en ella; pero ¿quién al verla sufrir no ha de pensarlo y no ha de decirlo?

DON LORENZO.

Nadie: tiene usted razón.

EDUARDO.

Pues si yo la tengo, no la tiene usted. (Con energía.)

DON LORENZO.

Yo la tengo también. Hay algo más pálido que la pálida frente de la doncella enamorada: hay algo más triste que las tristes lágrimas de esos divinos ojos: hay algo más cruel que la sonrisa de esos labios, y algo más trágico que la muerte del sér querido.

EDUARDO.

Y ¿qué otras palideces, y qué otras lágrimas, y qué otras tragedias son esas? (Con violencia y desdén.)

DON LORENZO.

¡Insensato! (Cogiéndole por un brazo.) ¡La palidez de la culpa, las lágrimas del remordimiento, la conciencia de la propia infamia!

EDUARDO.

¡Y es infamia y remordimiento y culpa hacer la felicidad de Inés?

DON LORENZO.

(Con desesperación.) ¡No debía serlo!... ¡Pero lo es! (Pausa.) ¡Y ese es mi tormento! ¡Y esa idea es la que ha de volverme loco!

INÉS.

¡No, padre mío; no digas eso! Sigue tu camino sin pensar en mí. ¡Qué importa que yo viva ó que yo muera?

DON LORENZO.

¡Inés!

INÉS.

Pero no vaciles... y sobre todo que nadie te vea vacilar: que tu palabra sea clara y persuasiva como lo es ahora: que el enojo no te ciegue... Calma, calma, padre mío. ¡Por Dios te lo pido!

DON LORENZO.

¿Qué dices?... ¡No comprendo!...

INÉS.

¿Acaso sé yo lo que digo?... Adios... Adios... No quiero afligirte.

EDUARDO.

¡Ay, si escuchara usted á su corazón; si hiciera usted callar á su pensamiento! (Á Lorenzo.)

INÉS.

Déjale... Ven conmigo... no le hostigues... ó harás que te aborrezca! (Á Eduardo.)

DON LORENZO.

¡Pobre niña!... ¡También ella lucha, pero también ella vence! ¡Por algo es hija mía!

(Con arranque de supremo orgullo. Inés y Eduardo se dirigen al fondo: al pasar por delante de la puerta del gabinete ve Inés á los loqueros y hace un movimiento de horror.)

INÉS.

¿Qué visión siniestra pasa ante mi vista?... ¡Aquellos hombres!... No, padre, no entres ahí.

EDUARDO.

¡Ven... ven, Inés mía!

INÉS.

(Á su padre.) No... no... Yo te lo ruego.

DON LORENZO.

(Dirigiéndose hacia ella.) ¡Inés!

INÉS.

¡Aquellos hombres! ¡Aquellos!... Mira.

(Extendiendo el brazo hacia el gabinete. D. Lorenzo se detiene y mira también: en este instante los loqueros, al oir gritos, asoman por entre los cortinajes la cabeza.)

EDUARDO.

(Llevándose á Inés.) ¡Por fin!...

ESCENA IX.

DON LORENZO, BRAULIO, BENITO.

(Breve pausa.)

DON LORENZO.

¿Quiénes podrán ser? Pasen ustedes.

(Los loqueros entran con cierta timidez: hablan con frases cortadas y secas.)

BRAULIO.

Don Tomás...

DON LORENZO.

(Aparte.) (Ya comprendo.)

BENITO.

Nos dijo que esperásemos ahí...

DON LORENZO.

Dispensen ustedes: yo no sabía...

BRAULIO.

No hay de qué.

DON LORENZO.

(Aparte.) (Extraño aspecto en verdad.) Pero siéntense ustedes.

BENITO.

Gracias.

BRAULIO.

Estamos bien de cualquier modo.

DON LORENZO.

No puedo consentir...

BRAULIO.

Usted se empeña...

BENITO.

Si el señor lo manda, mejor se espera así.
(Se sientan ambos en el sofá: D. Lorenzo queda en pié.)

DON LORENZO.

(Aparte.) (Algo siniestro se refleja en esas miradas, ó es que la mía refleja los relámpagos que cruzan por mi espíritu.) (Los observa de nuevo con atención. En voz alta.) Inés fué la que al pasar los vió á ustedes y la que me previno...

BRAULIO.

Sí, una señorita muy bella.

BENITO.

Pero muy triste.

BRAULIO.

Parecía una dolorosa.

(Á cada contestación que dan los loqueros, que debe ser, como queda dicho, cortada y seca, guardan silencio, por decirlo así, repentino; permaneciendo rígidos é inmóviles y mirando hacia el frente con cierta vaguedad.)

DON LORENZO.

Se asustó al verlos á ustedes y vino huyendo: no lo extrañen; la pobre está muy enferma... y es casi una niña...

BRAULIO.

(Con cierta sonrisa vaga y como de idiota.) Siempre nos sucede lo mismo en las casas.

DON LORENZO.

(Aparte, con extrañeza.) ¡En las casas!

BENITO.

(Fijando su vista casi por primera vez en D. Lorenzo, y después volviendo á mirar al frente.) Será la hija de ese pobre señor, ¿eh?

DON LORENZO.

¿De quién?

BENITO.

(Sin mirarle.) Del que está...

(Hace un movimiento, llevándose la mano á la frente, pero sin

mirar á D. Lorenzo. D. Lorenzo hace á la vez otro movimiento de sorpresa que sólo el actor puede interpretar debidamente. Como ninguno de los loqueros le mira, no pueden observarlo.)

DON LORENZO.

(Aparte.) (¡Ah! ¡No!... ¡Qué idea!) (En voz alta y dominándose.) Justo, Inés es la hija de... (Desde este momento Lorenzo los observa con creciente ansiedad.)

BENITO.

¡Qué hermosa es! Pero ¡qué triste está!

BRAULIO.

¡Ya! Motivos tiene para estar triste.

DON LORENZO.

¿Ustedes saben?...

BRAULIO.

Todo. (Mirando otra vez á D. Lorenzo y luego separando la vista.)

DON LORENZO.

¿Don Tomás les ha dicho?...

BENITO.

¿Á nosotros? No.

BRAULIO.

Él habló con el Doctor.

BENITO.

¿Á nosotros? ¿Con qué objeto? Nosotros en cumpliendo con nuestra obligación...

DON LORENZO.

(Aparte.) (Siento un sudor frío, como sudor de muerte, por todo mi cuerpo. Yo deliro... Nada de esto es verdad.) (Repitiendo maquinalmente.) Con su obligación...

BRAULIO.

Nosotros en estando á la mira por si se desmanda...

DON LORENZO.

Por si se desmanda... ¿Quién?

BRAULIO.

¡Él!

DON LORENZO.

(Retrocede unos pasos mirándolos con terror: se pasa la mano por la frente como para desechar una idea: retrocede más, vacila y se apoya en la mesa. Después habla con voz opaca, muy baja y cortando las palabras.) ¿Conque ustedes lo saben todo?

BRAULIO.

Casi todo.

BENITO.

Como hace tanto que esperamos, hemos oido las conversaciones de los criados.

DON LORENZO.

¿Y ellos?...

BRAULIO.

De pe á pa. Parece que anteanoche tuvo don Lorenzo un ataque. Usted lo sabrá mejor que nosotros.

DON LORENZO.

Sí. (Con voz cada vez más apagada y más sombría.)

BENITO.

Dícese que ahogó á una pobre anciana.

(Lorenzo hace un movimiento de horror, y de nuevo se cubre el rostro con las manos.)

BRAULIO.

¡Vaya con el hombre! ¡Bien empieza! Y claro... Siempre sucede lo mismo... La familia...

DON LORENZO.

¡La familia! (Separando las manos, dando unos pasos como movido por una sacudida eléctrica, mirándolos con suprema ansiedad y hablando con voz sorda.)

BRAULIO.

¡Pues! La familia... es natural... Como que

dicen que quería regalar toda su fortuna; ¡qué sé yo cuantos millones! ¡Diablo de loco! Nada: lo mejor es lo que han dispuesto: fuera, fuera. Nos lo llevamos, y quedan las señoras tranquilas.

DON LORENZO.

¿Á mí!!... ¿Ellas!!... ¿Ángela!!... ¿Inés!!... ¡No!... ¡No!... ¡Imposible! (Retrocede de nuevo hacia la izquierda. Sólo el talento del actor puede interpretar estos gritos desgarradores.)

BRAULIO.

(Volviéndose hacia D. Lorenzo. Aparte.) (Pero ¿qué tiene este señor?) Mira... mira... (Á Benito.)

(Ambos loqueros se incorporan un tanto y se inclinan hacia la izquierda, mirando con curiosidad á D. Lorenzo: debe estudiarse con cuidado el grupo que forman dichos personajes.)

DON LORENZO.

¡Aire!... ¡Luz!... No... ¡luz no! ¡Tinieblas!... ¡No quiero ver!... ¡No quiero pensar!... (Cae en el sillón y hunde la cabeza entre las manos.)

BENITO.

¡Toma!... Si yo creo que es...

BRAULIO.

¡Buena la hicimos!

BENITO.

¡Quién pensara!...

BRAULIO.

Volvámonos á nuestro escondite.

BENITO.

¡Y chitón! No digamos nada. (Se levantan, y con mucha precaución y observando á D. Lorenzo sin cesar, se dirigen al gabinete.)

BRAULIO.

Claro: ni una palabra. Nos mandaron que ahí: pues ahí. No debimos movernos.

BENITO.

Como se oían gritos y llantos... (Llegan á la puerta, se detienen y miran á D. Lorenzo, que sigue en la misma actitud. Un criado entra por el fondo, pasa rápidamente y sale por la derecha.) Déjale... Déjale... Mientras esté tranquilo... (Entran en el gabinete y cierran la puerta.)

ESCENA X.

DON LORENZO, DON TOMÁS con el CRIADO por la derecha.

DON LORENZO.

¡Dios mío! ¡Aparta el cáliz de mis labios!... ¡No puedo más, no puedo más!... ¡Si es que no

puedo más! (Solloza con desesperación.) ¡Me hiciste creer en ellas! ¡me hiciste amarlas!... ¡Y ellas, las traidoras!... ¡No!... ¡No! ¡Señor, me has dado la vida, quítamela, pronto!... ¡Mira, Dios mío, que me asalta horrible tentación de arrancar con mis propias manos la podrida vestidura de mi carne! ¡Morir... quiero morir!... ¿Lo ves?... ¡De rodillas te lo pido!... ¡De rodillas!... ¡Sé bueno!... ¡Sé compasivo!... ¡La muerte!... ¡La muerte!... ¡La muerte á mí, pálida mensajera de tu amor! (Cae de rodillas junto al sillón, y apoyándose en él dobla la cabeza y oculta el rostro en las manos.)

DON TOMÁS.

(En voz baja al criado.) ¿Vienen ambos?

CRIADO.

(Lo mismo á Tomás.) Sí señor, el escribano y el Doctor Bermúdez.

(Don Tomás y el criado se detienen en el centro al reparar en Lorenzo, que sigue de rodillas y sollozando.)

DON TOMÁS.

¡Infeliz! (Dando un paso hacia D. Lorenzo: luego se arrepiente y se dirige al fondo.) ¿Para qué? Terminemos pronto.

(Salen D. Tomás y el criado.)

ESCENA XI.

Don Lorenzo, después Don Tomás y el Doctor Bermúdez.

DON LORENZO.

¡Ya estoy más tranquilo! ¡La herida es mortal! ¡La siento... aquí en el corazón! ¡Gracias, Dios bueno! **(D. Tomás y el Doctor entran por el fondo y se detienen observando á D. Lorenzo.)**

DON TOMÁS.

Mírelo usted, allí... junto al sillón.

DOCTOR.

¡Desgraciado!

DON LORENZO.

(Levantándose y aparte.) (¡Ah, sér miserable! Todavía... Todavía... acariciando esperanzas imposibles... ¿Imposibles?... ¿Y si ellas creen de buena fé que yo?... ¡Ah! si me amasen, no lo creerían! **(Con desesperación. Pausa.)** Yo le oí á Inés... á la hija de mi alma... decir: «¡Remordimientos!» ¿Por qué decía remordimientos? **(Con agitación creciente y en alta voz.)** ¡Todos... miserables!... Casi se alegrarían de que yo muriese... No... no moriré hasta cumplir mi obligación de hombre honrado, hasta dar desenlace á mi locura.)

DON TOMÁS.

(Poniéndole una mano en el hombro.) Lorenzo.

DON LORENZO.

(Volviéndose y al reconocerle retrocediendo con disgusto.) ¡Él!

DON TOMÁS.

Te presento al señor de Bermúdez, uno de mis mejores amigos. (Pausa. D. Lorenzo mira á los dos de un modo extraño.)

DOCTOR.

(Á Tomás en voz baja.) Vea usted cómo procura dominarse: él tiene conciencia vaga de su situación: no me queda duda.

DON LORENZO.

Uno de tus mejores amigos... uno de tus mejores amigos...

DOCTOR.

(Aparte á Tomás.) (Se le escapa la idea y se afana por retenerla.)

DON LORENZO.

Pues si es uno de tus mejores amigos, de su lealtad me responde la tuya. (Con ironía.)

DOCTOR.

(Aparte á Tomás.) (Al fin encontró la frase: pero vea usted qué entonación tan poco natural.) (En voz alta.) Vengo á ser testigo, según me afirma Tomás, de un nobilísimo rasgo.

DON LORENZO.

Y además de una indigna traición.

DON TOMÁS.

Lorenzo...

DOCTOR.

(Aparte á Tomás.) (Déjele usted decir.)

DON LORENZO.

Y de un ejemplar castigo.

DOCTOR.

(Aparte á Tomás.) (Muy grave, amigo don Tomás... muy grave.)

DON LORENZO.

Avisa á todos... (Á Tomás.) á todos; á propios y á extraños. Que vengan aquí; y que esperen aquí mis órdenes mientras yo cumplo allá mi deber. ¿Á qué aguardas?

DOCTOR.

(Aparte á Tomás.) (No hay que contradecirle: avise usted.)

(Tomás toca un timbre, aparece un criado, á quien habla en voz baja y el cual luego sale por la derecha.)

DON LORENZO.

Es la última prueba: casi me inspiran lástima los traidores. ¡Ah! la seguridad del triunfo me sostiene. Calma, corazón. Ya están... ya están... No quiero verlas... ¡Á mí que tanto las amaba!... No quiero... ¡y á ellas se tornan mis ojos... y las buscan... y las buscan!...

ESCENA XII.

DON LORENZO, DON TOMÁS, el DOCTOR. Por la derecha ÁNGELA INÉS, DUQUESA y EDUARDO.

DON LORENZO.

¡Inés! ¡No es posible! ¡Ella! ¡No es posible!... ¡Hija mía! (Se precipita con los brazos abiertos hacia ella. Inés corre á su encuentro.)

INÉS.

¡Padre! (Al ir á abrazarla se interpone Bermúdez que los separa violentamente.)

DOCTOR.

¡Eh!... vamos... don Lorenzo, puede usted causar mucho daño á su hija.

DON LORENZO.

(Cogiéndole por un brazo y sacudiéndole con violencia.) ¡Miserable!... ¿Quién eres tú para separarme de ella?

DON TOMÁS.

¡Lorenzo!

EDUARDO.

¡Don Lorenzo!

ÁNGELA.

¡Dios mío!

(Las mujeres se agrupan instintivamente, Inés en los brazos de su madre, la Duquesa junto á las dos. Tomás y Eduardo acuden á librar á Bermúdez de las manos de D. Lorenzo.)

DON LORENZO.

(Dominándose: aparte.) ¡Ya!... Pensarán los imbéciles que es un nuevo acceso de locura. ¡De locura! ¡Já, já, já! (Riendo con carcajada contenida. Todos le observan.)

DOCTOR.

(Aparte á Tomás.) (Evidente.)

ÁNGELA.

(Aparte.) (¡Ah, mi pobre Lorenzo!)

INÉS.

(Aparte.) (¡Ah, padre mío!)

DON LORENZO.

(Aparte.) (Ya veréis cómo acaba mi locura. Antes de salir de esta casa con qué placer arrojaré á ese Doctor. ¡Ánimo! La lucha me da fuerzas. ¿Pues qué? ¿No hay más que declarar loco á un hombre porque cumple con su deber? ¡Ah!... no es posible. La humanidad no es tan ciega ó tan infame. ¡Basta ya! ¡Calma! Traición, empieza tú; y empieza tú, castigo.) (En voz alta.) Ha llegado la hora de que cumpla un deber sagrado, aunque por todo extremo doloroso. Inútil es que ustedes presencien formalidades que la ley exige, y que fueran harto molestas. El representante de la ley allí me espera, y yo, cumpliendo otra ley más alta, voy á despojarme de bienes que no son míos, y de un nombre que en conciencia ni yo puedo llevar ni puede llevar mi familia. Después vendré aquí, y con mi esposa, y con mi... con mi hija, sin que nadie me lo pueda impedir, sin que podáis resistirme vosotras, saldré de esta casa, que fué para mí pasado de amor y felicidad; que es hoy presente de traición y de infamia. Señores, (Á Tomás y Bermúdez.) ustedes me preceden: yo se lo ruego.

(Entran todos lentamente en el gabinete de la izquierda. Al salir dirige Lorenzo una última mirada á Inés.)

ESCENA XIII.

ÁNGELA, INÉS, DUQUESA, EDUARDO.

Las tres mujeres en primer término. Eduardo, escuchando á la puerta del gabinete.

INÉS.

¡Dios mío, sálvale!

ÁNGELA.

(Abrazando á su hija.) Sí, tienes razón. Pensemos sólo en él; pidamos sólo por él.

DUQUESA.

Deber sagrado es en ustedes anteponer á su dicha la de don Lorenzo; pero en todo caso obligación no menos sagrada es conformarse con una más alta voluntad que la nuestra. **(Pausa.)**

INÉS.

(Á Eduardo.) ¿Qué dice?... ¡Por Dios!... ¿Qué dice?

EDUARDO.

Está hablando; su frase es fría y severa; pero sin vacilaciones ni ambigüedades. **(Eduardo vuelve á la puerta.)**

ÁNGELA.

¡Qué angustia, qué ansiedad! ¡La muerte es preferible á este suplicio!

INÉS.

Y ¿qué importa lo que diga mi pobre padre, si de antemano está juzgado?

ÁNGELA.

No, hija mía; no digas eso.

INÉS.

Sí: lo digo porque yo lo siento, porque yo lo veo en los que son ahora sus jueces.

ÁNGELA.

Pero ¿qué ves?

INÉS.

En esa gente, la monomanía del oficio...

ÁNGELA.

¿Y en Tomás?

INÉS.

Sus opiniones científicas... qué sé yo... sus propias locuras...

ÁNGELA.

¿Pero en mí?

INÉS.

(Abrazándose á ella.) ¡El amor que me tienes!

ÁNGELA.

¡Calla, Inés, calla!

INÉS.

¡Todos contra mi padre! ¡Pobre padre mío!

DUQUESA.

Usted, delira, Inés.

INÉS.

Sí, deliro: comò usted y como todos nosotros, ¡menos él... menos él!... ¡Me lo dice el corazón! Usted misma, señora, lo que desea es la felicidad de Eduardo; y Eduardo, mi amor; y su amor, yo; y mi padre, su virtud, su honradez son obstáculos para todos nosotros, y en todos nosotros se agita algo oscuro que envuelve en sombras nuestras conciencias. ¡Padre mío! ¡Padre mío!

ÁNGELA.

¡Por Dios, Inés, quė ideas!

INÉS.

¿Qué dice?... ¿Qué dice?... ¡Oigo su voz!

EDUARDO.

(Acercándose.) Habla de una prueba terminante.

INÉS.

¡Ojalá! (Á Eduardo.) ¿Y ahora?

EDUARDO.

Le exigen la presentación de la prueba para que conste en el acta y para su entrega al juez.

ÁNGELA.

¿Y él?

EDUARDO.

Él sonríe con risa de triunfo. Está pálido, muy pálido; pero sereno y digno. Aquí se acerca. (Viene Eduardo al proscenio y dice aparte.) (¡Este hombre me da miedo!)

INÉS.

(Aparte.) (¡Ojalá... aunque muera mi amor!)

ÁNGELA.

(Á la Duquesa.) ¿Será verdad?

DUQUESA.

(Á Ángela.) ¿Será verdad?

EDUARDO.

(Aparte viendo entrar á D. Lorenzo.) (¡Ah! ¡Seré yo el insensato!...)

ESCENA XIV.

ÁNGELA, INÉS, DUQUESA, EDUARDO, DON LORENZO, DOCTOR, DON TOMÁS.

La situación de los personajes es la siguiente: las tres mujeres, formando un grupo y estrechamente unidas, junto al sofá, en el cual se apoyan: Eduardo, detrás del sofá, mirando á D. Lorenzo con temor y como dominado por él. D. Lorenzo, avanzando tranquilo y altivo hacia el centro del escenario. Tomás y Bermúdez vienen detrás de él y se detienen á algunos pasos de la puerta.

DON LORENZO.

(Acercándose á la mesa y poniendo la mano con aire de triunfo sobre el pupitre.) Aquí está la prueba... Aquí está la verdad. (Pausa. Abre el pupitre y saca el sobre con el pliego en blanco. Después avanza hacia el proscenio: Tomás y Bermúdez por un lado, Eduardo por otro, se aproximan á él.) ¡Desdichados los que imaginaban sacrificarme á su interés ó á su pasión! ¡Cuán amargo será el desengaño! ¡Cuán cruel será el castigo! ¡Ojalá pueda mitigarlo mi perdón! (Profundamente conmovido.)

ÁNGELA.

(Acercándose.) ¡Lorenzo!

*

INÉS.

¡Padre!

DON LORENZO.

¡Esta es la prueba, Tomás: esta es la prueba, Ángela: esta es la prueba, hija mía! Oid. (Pausa. D. Lorenzo rompe el sobre. Todos se acercan á él y le rodean.) Esta es... ¡Qué es esto! (Separando el papel de sus ojos y pasando por ellos las manos.) ¿Qué sombras empañan mis ojos?... ¿Hay lágrimas en ellos y me impiden ver?... ¡No!... Antes lloré... Ahora no estoy llorando. (Vuelve á mirar el papel con horrible ansiedad, lo extiende, lo vuelve, busca por todas partes lo escrito.) ¿Pero dónde está lo que escribió aquella mujer?... Si yo lo he leido mil veces... Y ahora no puedo... (Á Tomás, mostrándole el papel.) ¿Qué dice aquí?... Lee... lee pronto... Pero ¿qué dice?

DON TOMÁS.

Nada, pobre Lorenzo.

DON LORENZO.

¡Nada!... (Mirando otra vez el papel.) ¡Me engañas! ¡Bermúdez, ese me engaña! ¡Es uno de los miserables que han urdido esa infame traición!... Lea usted... lea usted...

DOCTOR.

Está en blanco el papel.

DON LORENZO.

¡No hay nada escrito! ¿Dice usted que no hay nada escrito? No es verdad... no... no es verdad. ¡Inés, hija mía, mi único amor, ven, salva á tu padre!... ¿Qué dice aquí?

INÉS.

¡Nada veo, padre mío!

DON LORENZO.

Nada... Tampoco ella... Pero esto ¿no es una prueba?

DON TOMÁS.

Sí, desdichado amigo... una prueba... y harto cruel.

DON LORENZO.

(Dándose una palmada en la frente.) ¡Ah, lo comprendo! (Mirando á Tomás y á Ángela.) ¡Antes hablaban de una prueba!... ¡Tú!... ¡Y tú!... (Á Ángela y á Tomás.) ¡¡La quitaron de allí!!... ¡¡Jesús!!.. ¡¡Jesús!! (Se aparta de ellos con horror: todos se separan de él, y de este modo queda en el centro, pero un poco aislado. El actor interpretará este momento como crea oportuno. Pausa.) ¡Sea!... ¡Sea!... ¡Vencido!... ¡Miserablemente vencido! ¡Cómo se gozan en su triunfo! ¡Con qué hipó-

crita dolor me contemplan! ¡Y fingen que lloran! ¡Todos lo fingen! (Pausa.) ¡Ay... mi corazón! ¡Ay... ilusiones de la vida!... ¡Ay... el amor! ¡Ay... mi hija!... ¡mi hija!... ¡Fantasmas que giran y huyen... huid para siempre!... ¡Y yo creía en todo! ¡Qué azul era el cielo! ¡Qué blanca la frente de Inés!... Y ahora ¡en qué voy á creer! Ya lo veis: no lucho. Cedo: vuestra es la victoria. ¿Aquellos hombres para qué han venido si yo no resisto? Iré á donde queráis. ¡Adios! (Á Tomás que se le acerca y le coge la mano.) ¡No me toques! ¡Cuando la piel humana me roza, me parece que sobre mi carne deslizan víboras! Yo solo... solo, subiré á mi calvario, con la cruz de mis dolores, sin infame Cirineo que me ayude. Adios, amigo leal (Siempre á Tomás.) tú que has salvado la fortuna de esta desconsolada familia de entre las manos de un loco. Adios, Ángela... mi tierna esposa... ¡Veinte años hace que te dí, loco de amor, el primer beso! ¡Hoy, también loco, te envío el último! (Envía un beso con un grito de horrible desesperación.)

ÁNGELA.

¡Lorenzo!

DON LORENZO.

¡Pero no te acerques, que pudiera ahogarte entre mis brazos! (Ángela retrocede.) Adios, Inés;

hija mía... (Con voz llorosa.) Si puedes... sé feliz... Á tí nada te digo... No puedo hablarte con enojo. (Da algunos pasos y se detiene falto de fuerzas: quieren acercarse á él, pero los rechaza.) Dejadme: no necesito á nadie. El sudor empapa mi frente, y la sed seca mis labios, y algo que quema mucho me hincha los párpados. (Deteniéndose.) Oye... Inés... ¡hija mía! ¡Si aún me conservas algún amor; si por ventura sientes compasión hacia tu padre; si te pesa lo que entre todos habéis hecho... ven por última vez á mis brazos! ¡Que yo lleve á ese infierno de dolor que me aguarda una lágrima de tus ojos en mi frente y un beso de tus labios en mis labios!

INÉS.

¡Padre!

(Quieren sujetarla, pero se desprende de todos y corre hacia Don Lorenzo, que se precipita hacia ella y la oprime frenético contra su pecho.)

DON LORENZO.

¡Hija!

(Todos se precipitan hacia ellos, pero sin pretender separarlos todavía.)

INÉS.

¡No!... ¡que no te lleven! ¡Yo te amo!... ¡Todos mienten menos tú!

DON LORENZO.

¿Tú no quieres que me lleven aquellos hombres?

INÉS.

No... no... Defiéndete... ¡Defiéndeme á mí!...

DON LORENZO.

Sí... Yo te defenderé... Que te arranquen de mis brazos. **(Quiere huir con ella, oprimiéndola contra su pecho.)**

ÁNGELA.

¡Mi hija!... ¡Mi hija!... ¡Socorro!

(Eduardo, Tomás y Bermúdez, pugnan por separar al padre de la hija.)

DON LORENZO.

¡No la soltaré!... ¡Eternamente contra mi pecho!

INÉS.

¡Sí, sí, padre mío! ¡Defiéndeme!

DOCTOR.

Es preciso.

EDUARDO.

¡Don Lorenzo!

DON TOMÁS.

¡Lorenzo!

DUQUESA.

¡Dios mío! ¡Va á matarla como mató á Juana!

ÁNGELA.

¡Inés!

(Todos estos gritos casi simultáneos: la lucha rápida: los loqueros salen. Por último los hombres sujetan á D. Lorenzo, y las dos mujeres contienen á Inés, arrancando de este modo á viva fuerza á la hija de los brazos del padre.)

EDUARDO.

¡Al fin!

INÉS.

¡Padre! **(Tendiendo hacia él los brazos.)**

DON LORENZO.

No he podido más, hija... no he podido más... Aquí sobre mi rostro siento tus lágrimas y tus besos... Ella me amaba... era inocente... ¡Dios mío, ya lo veo, tú aceptaste mi martirio en aquella noche de lucha y de tentación á cambio de su dicha! ¡No me arrepiento! ¡Hazla dichosa... muy dichosa!... ¡y para mí... para mí solo su cáliz de amargura!...

INÉS.

¡Adios! ¡Yo iré á salvarte!

DON LORENZO.

¡Qué podrás tú... hija mía... si Dios no me salva!

(Queda cerca del gabinete entre los loqueros, Eduardo, Tomás y Bermúdez que le sujetan. Inés contenida por las mujeres y en primer término, tendiendo hacia él los brazos.)

FIN DEL DRAMA.



ÍNDICE.

